

El ascensor se detuvo en el cuarto piso. Junto a la puerta ocho destacaba la placa del especialista "Dr. Alfredo Sivera. Psiquiatra". Pulsé el timbre. Abrió una enfermera pelirroja de extraordinario parecido con mi tía Julia, y me hizo pasar a un pequeño despacho.

- Siéntese. Tenga la bondad.

Se situó ante una diminuta Hispano-Olivetti e inició la batería de preguntas rituales de los informes médicos.

- ¿Es la primera vez que viene a consulta ?

- Sí.

- Su nombre, por favor.

- Francisco Brunete Villena.

Escribía sólo con el dedo índice, como una gallina que picoteara en el teclado. Al finalizar el denodado esfuerzo, suspiró hondo y me acompañó a la sala de espera.

- Siéntese un momento. Enseguida le recibirá el doctor.

Cuando llegó su compañera, una enfermera morena de aspecto dulce y muy bien conjuntada de carnes, le faltó tiempo para decirle :

- Si quieres ver a Paul Newman, echa un vistazo a la sala de espera.

Simuló ordenar las viejas revistas mientras me contemplaba a hurtadillas y luego se acercó sonriendo:

- ¿Quiere acompañarme ?

Me llevó hasta un despacho victoriano, tapizado en cuero negro donde destacaba una magnífica *chaisse-longue*. De pie, tras el escritorio, el doctor Sivera, afable y de gestos pausados, llevando en la mano el informe que acababa de mecanografiar la enfermera. Me tendió la mano y me invitó a sentarme.

- Bueno, bueno, señor Brunete. Usted me dirá. Soy todo oídos.

Permanecí en silencio sin saber por dónde empezar y, al fin, sólo acerté a decir:

- No sé lo que me ocurre. Estoy hecho un lío.

- Es comprensible. No se preocupe -me tranquilizó-. A la mayoría de la gente le sucede lo mismo alguna vez en su vida.

- ¿A usted también ?

- Sí. Por supuesto -el doctor esbozó una sonrisa-. Pero... En fin. Veamos, veamos. Explíqueme qué es lo que le ocurre a usted.

Titubeé un momento buscando las palabras que mejor pudieran expresar mi estado de ánimo.

- El cine me devora, doctor. Sin darme cuenta, sin saber porqué, de pronto me encuentro como si estuviera rodando una película. Siempre me parece que estoy en un plató en pleno rodaje. Incluso cuando duermo, no ceso de hacer películas, y me despierto gritando: ¡Corten! ¡Corten!

- ¿Es usted actor ?

- No. Pero soy un cinéfilo empedernido.

- Ésa puede ser la causa. Pero no debemos precipitarnos. La mente es muy compleja.- me miró como si quisiera penetrar a través de mis ojos para poder escrutar el cerebro-. Saldremos de dudas con unas cuantas sesiones de psicoanálisis.

- ¿Psicoanalizarme?

- Sí. Hemos de desentrañar todo lo que guarda usted en su pensamiento. ¿Desde cuándo tiene esas sensaciones?

- Las he tenido toda la vida.

- Espero que será suficiente con unas ocho sesiones de media hora de duración -consultó la agenda y añadió-: Si está dispuesto, podríamos

comenzar hoy y vendría los martes y viernes a las 5 de la tarde. Deberá firmar este impreso autorizándome a grabar todo cuanto diga.

- De acuerdo. Estoy decidido. Últimamente algunos han empezado a tomarme por loco.

- Olvide esa palabra y confíe en mí. -Se levantó del sillón y me acompañó hasta el diván-. Ahora tumbese aquí. Relájese y cuénteme, desde el principio, todo lo que recuerde de su vida. -Me entregó el micrófono y puso en marcha el magnetófono-.

- Ya puede comenzar

CINTA N° 1

MADRID DE POSGUERRA. LA FAMILIA.

Nunca llegué a conocer a los abuelos maternos. Por lo que me contaron, el abuelo Salustiano Villena fue un indiano que se hizo rico en Santiago de Cuba con los negocios del tabaco. Llegó a Madrid en 1922 para casarse con su prima, la abuela Mercedes, sobrina del Cardenal Primado y huérfana de padres, que vivía de soltera en el Palacio Episcopal ocupada en repartir la sopa boba a los pobres de Madrid. El matrimonio tuvo tres hijos, tía Julia, mi madre y la tía Sonsoles, una sietemesina que nació muerta y durante mucho tiempo guardaron en un frasco de formol para poder enseñarla a las visitas. El abuelo Salustiano murió en plena Guerra Civil, fusilado en Paracuellos por equivocación. Contaban de él que era un hombre muy aficionado a la cháchara y extraordinariamente bienhumorado, hasta el punto que, en la cárcel, le llamaban El Indiano Risueño, y nunca se supo con certeza si la verdadera causa de que le llevaran ante el paredón

fue porque siempre se estaba riendo, asunto éste que ponía de muy mal humor a la gente de armas.

La abuela pudo sacar adelante a las dos hijas con el dinero de Cuba, pero la vida sin el abuelo le era cada vez más difícil y los continuos celos entre las dos hijas acabaron por precipitar su muerte.

El problema de mi madre, agravado cuando a los quince años le salieron vedijas en las piernas, era la celotipia. Nunca estaba satisfecha con lo que la vida le deparaba y, desde pequeña, vivió sumida en un terrible estado de celos hacia su hermana Julia, que la llevaba a las más absurdas situaciones, empeñada en poseer todo cuanto ella tuviera

- ¡Quiero una falda como la de Julia! – Y la abuela le compraba una falda-

- ¡Quiero unos zapatos como los de Julia! – Y su pobre madre le compraba los zapatos-

Hasta el punto que fueron estas continuas exigencias la causa de la muerte de la abuela. Sucedió el día en que tía Julia formalizó sus relaciones con Roberto Retuerto, marqués de Retuerto y miembro de la carrera diplomática. Mi madre no lo pudo resistir, y presentándose como una posesa ante la abuela Mercedes que, como todas las tardes, tomaba chocolate con el Obispo, comenzó a gritar:

- ¡Yo quiero un novio como el de Julia! ¡Yo quiero un novio como el de Julia!
¡Yo quiero un novio como el de Julia!

Esta vez, la buena señora no pudo comprarle un novio, y mientras se abanicaba para aliviarse el sofoco del chocolate, harta de oír aquel rosario de continuas peticiones, decidió morir tranquilamente para no seguir aguantando más a la pelmaza de su hija. El Obispo sacó la cajita con los santos óleos y aprovechó para darle la extremaunción; luego, apurando la taza de chocolate, se despidió de la familia con un *Requiescat in pace*.

El novio de tía Julia era un diplomático elegante y distinguido, de pelo negro y bigotito, muy parecido a Clark Gable. Un hombre altamente apetecible para cualquier mujer. Fumaba cigarrillos turcos en boquilla de ámbar, tenía un

Maserati descapotable y llevaba anudado al cuello, con estudiada indiferencia, un pañuelo blanco de seda como los pilotos de guerra en las películas americanas. Su noviazgo oficial fue casto y reprimido dentro de la moral al uso en aquellos tiempos. Por tal motivo, tía Julia vivió la maravillosa aventura de perder el tesoro de la virginidad con un excombatiente de la División Azul.

Al día siguiente del venturoso suceso, mientras se teñía el vello púbico con agua oxigenada, para parecer una auténtica *fraulein*, como le gustaba al ex divisionario, le contaba a su hermana:

- Ayer estuve paseando en bicicleta por la Gran Vía con un chico que hizo la guerra con los alemanes en la División Azul. No es que fuera muy guapo, pero le sentaba muy bien el uniforme. Ya verás la foto que nos hicimos.

- Pero ¿y Roberto?

- Roberto es un novio formal. Un novio para casarse.

Mi madre la miró comida por los celos y tía Julia se explayó:

- ¡Al fin he conocido lo que es el amor!

Como siempre su hermana se le adelantaba en todo.

- ¿Os habéis acostado?

- No fue necesario. Además de poeta, era muy habilidoso y lo solucionamos de pie, en el portal de casa. Empezó diciéndome: te voy a enseñar cómo besan las alemanas. Me lamió los labios con suavidad. Cerré los ojos y cuando su mano comenzó a acariciarme los muslos sin dejar de besarme, noté por primera vez que se me endurecían los pezones. Poco a poco fue metiendo su mano entre mis bragas y, antes de que terminara de recitarme al oído unos versos de García Lorca, me sentí felizmente humedecida.

Mamá no lo pudo soportar, era la primera vez que oía una descripción tan realista, y dando un grito se encerró en el cuarto de baño. El delicado problema de sus piernas la había mantenido casta y virginal. Procuraba evitar toqueteos y rozamientos con los hombres, pero, a partir de ese día, los celos hacia su hermana afloraron con toda su intensidad y, obsesionada por las maravillas que le

sucedían a tía Julia, inició una cruzada febril para conseguir un novio que le hiciera paladear los placeres prohibidos. Aunque se hizo asidua a todos los cócteles, homenajes, recitales, y presentaciones que se anunciaban en las páginas de ABC, transcurrieron dos años sin conseguir la perita en dulce que soñaba. Hasta que un buen día, en el Círculo de Bellas Artes, conoció al que iba a ser mi papá, un joven poeta de mediana estatura, pelo rubio engominado con exceso de brillantina, Jefe de Centuria de Falange, Excombatiente de la División Azul, y con mucho predicamento en el reducido ámbito de sus amigos literatos, donde se le auguraba un magnífico porvenir. Fumaba tabaco negro, andaba siempre pedaleando sobre una vieja bicicleta de guerra, y llevaba, anudada al cuello, una bufandita de lana marrón. Con aquel aspecto de posguerra no podía compararse con el marido de su hermana. Pero mi madre, hastiada de esperar, decidió casarse con el poeta, pensando que su tabaco negro, su bicicleta y su bufanda de lana, se convertirían en los cigarrillos turcos, el Maserati y el pañuelo blanco del diplomático. Y en su desvarío por emular a su hermana llegó a imaginar que algún día acompañaría al poeta falangista a Estocolmo para recoger el Premio Nobel.

Desde que nací me preguntaba qué iba a ser de mí con aquella madre comida por los celos y un padre poeta y falangista, que guardaba celosamente en una caja de madera el secreto de un crimen.

Hasta mediados de los cincuenta vivimos en Madrid, en Hortaleza 24, entresuelo izquierda. Un piso oscuro y angosto lleno de humedades y grandes cucarachas peregrinas, envuelto en el perfume de la col y el gas ciudad, y acompañados por el ruido constante de la máquina de subir puntos de media que mamá manejaba de sol a sol, mientras se consumía pensando en la suerte de su hermana, casada con aquel pollo pera del cuerpo diplomático.

Mi padre, oficinista en la Jefatura Provincial del Movimiento, pasaba el tiempo libre sentado ante la mesa camilla, escribiendo poesías para obtener la flor natural y su correspondiente premio en metálico de alguno de los muchos certámenes que convocaban los ayuntamientos y diputaciones de toda España. Una España machadiana y de secano, llena de envidias y rencores dejados por la Guerra Civil.

Gracias a la imaginación que, como dice La Fontaine, tiene sobre nosotros más imperio que realidad, logré sobrevivir en aquel escenario de hambre, frío y aburrimiento letal, mientras en el país, aislado por las Naciones Unidas con la retirada de embajadas, se premiaba a las familias prolíficas, condenaban a *Gilda*, toreaba Manolete, y el cubano Antonio Machín cantaba *Angelitos Negros*. Más tarde se casó la hija de Franco. Barcelona celebró el Congreso Eucarístico Nacional, se estrenó *Bienvenido Mister Marshall*, y apareció el *Biscuter*.

Para aliviar el picor de los sabañones que enrojecían mis manos, el remedio más efectivo era meárselas, y poco a poco, sin colonias ni desodorantes, el cuerpo se impregnaba del tufo proverbial de la pobreza. Para combatirlo, todos los sábados por la tarde, mi mamá encendía un algodón empapado de alcohol, calentaba la habitación, y, metido en una gaveta de cinc, me lavaba con jabón Lagarto. Al tiempo que me fregoteaba con el estropajo, repetía siempre la misma cantinela:

- Estás flaco, blanco y esmirriado -Y sin tener en cuenta la precaria situación en que vivíamos, añadía:- ¡Ay Paquito, Paquito, con lo que me gustaría a mí verte sonrosado y gordito como tu primo Ángel!

Yo la miraba atónito y ella seguía muy en su papel:

- ¡Ay los hijos! ¡No paráis nunca de dar disgustos!

Cuando me dejaba seco y repeinado, poniéndome unas gotitas de limón para que no se me levantara el pelo, se dedicaba a hostigar a mi padre; leía lo que estaba escribiendo por encima del hombro, torcía el gesto, y acababa diciendo:

- Así no llegarás a ninguna parte. ¡Ya podrías parecerte a Pemán o a Rubén Darío! Te falta prosopopeya.

A papá, que no tenía mi fortaleza de ánimo, le afectaban sobremanera aquellos juicios implacables y permanecía cariacontecido en profundo silencio. Me daba mucha pena verlo sufrir así, y en cuanto tenía diez céntimos, cosa que ocurría por Navidad, acudía al quiosco de la esquina dispuesto a comprarle diez céntimos de prosopopeya. El quiosquero dudaba un momento y al fin me decía:

- No chaval, no tengo de eso. Pregunta en la farmacia.

Pero yo, a mi edad, y con sólo diez céntimos, no me atrevía a entrar en la farmacia, pues me habían dicho que la prosopopeya era una medicina para la impotencia y las enfermedades secretas.

En mil novecientos cincuenta y dos, al cumplir siete años, vestido con el uniforme de Falange, correa y fusil de madera incluidos, hice mi primera comunión en un clima de misterios y prohibiciones: no robarás, no matarás, no fornicarás, no tomarás el Santo Nombre de Dios en vano... La palabra que más curiosidad despertaba en mí, era fornicar, y una noche, cuando mis padres dormían, tomé el diccionario y leí: fornicar: *tener ayuntamiento o cópula carnal fuera del matrimonio*. Aquello aumentó todavía más el misterio que rodeaba a las palabras del catecismo, y alcanzó su culminación al oír hablar al catequista de la transubstanciación que yo tomé por un maravilloso truco de magia potagia.

Como éramos pobres y no teníamos muchacha, mamá debía realizar todos los trabajos de la casa. Los jueves por la tarde, siguiendo la costumbre propia de las chicas de servicio, libraba, y se iba a la Plaza Mayor para disfrutar del descanso entre los reclutas que allí acudían en busca de chachas, doncellas y criadas. Aunque todavía tenía las piernas bastante impresentables, pues a los diecinueve años no se le ocurrió otra cosa que afeitarse las vedijas con la navaja barbera del abuelo Salustiano -que se conservaba en la casa como una reliquia- no tardó en encontrar pareja, y comenzó su relación con un sargento de caballería llamado Benito. Como es natural, a papá, no le hacía mucha gracia, no sólo

porque los jueves por la noche cuando regresaba a casa olía a caballo, sino por la cuestión calderoriana del honor que, según supe luego, estaba relacionada con la fornicación. Pero como el sargento era un muchacho noble y de holgada posición económica que además nos regalaba productos del economato, lo que suponía una bendición en aquellos tiempos de escasez, al fin, mi padre permitió que el soldado entrara en casa y establecieran unas relaciones formales.

A partir de entonces, el sargento Benito venía todos los domingos por la mañana para ir los cuatro, como una respetable familia, a misa de doce. La misa de doce en España, al igual que el traje de los domingos, la chapa de Auxilio Social, y el cocido o la paella, según regiones, formaban parte ineludible de las costumbres dominicales de la época. Después del Santo Sacrificio, Benito nos invitaba a un restaurante de la Cuesta de Moyano y, ante aquella mesa tan bien surtida por gentileza del sargento, mi padre, tras ponerse morado de cocido, cochinillo y pedir dos flanes de postre, pensaba liándose un *caldo de gallina*: “Mañana, cuando lo cuente en la oficina no se lo van a creer”. Luego paseábamos para hacer la digestión. Mi padre marchaba al Círculo de Bellas Artes y se unía al coro de aduladores que escuchaban embelesados a los grandes poetas del momento para tener derecho a ser invitado a café. A mí, me dejaban en el cine del barrio, donde mi madre conocía al señor Manolo, el acomodador, un hombre gordo, con bigote a lo Kaiser Guillermo, que me cuidaba en las largas tardes de No-Do y programa doble. Ellos se marchaban a toda prisa hacia la casa porque el sargento, que era sobrino de canónigo, tenía gran afición a dormir la siesta con pijama y orinal.

Aquel primer noviazgo extraconyugal tan provechoso, del que toda la familia se beneficiaba, especialmente mamá que, llevada de su carácter enamoradizo, vivía las tardes dominicales con la sonrisa prendida en los labios, terminó el aciago día en que una yegua le partió la cabeza al sargento de una terrible coz.

- Mamá, mamá ¿por qué no viene Benito?

- Benito no vendrá más. El Señor se lo ha llevado al cielo -sentenció derramando un lágrima sobre el punto de la media que estaba subiendo-.

- ¿Y ya no podremos ir los domingos a comer al restaurante?

- No hijo mío, no.

Mi padre levantó la vista de sus versos y preguntó con cierta preocupación:

- ¿Y a ti no se te reconoce ninguna condición de viuda para poder continuar sacando los alimentos del economato?

Ella guardó silencio sorbiéndose las lágrimas y él insistió pragmático:

- Si quieres puedo yo presentarte a un teniente, también de caballería, que viene por el Círculo.

Mi madre, a la que no le gustaba que jugaran con sus sentimientos, adoptando un aire muy digno, como Bette Davis en aquella famosa secuencia de *La Heredera*, se levantó de la silla y exclamó con voz de doblaje:

- ¡Ya no soporto más esta horrible situación!

Y con el gesto altivo y desdeñoso de una gran dama, se encerró en la habitación. A partir de ese día, como si se hubieran condenado todas las puertas a la esperanza, comenzamos a sufrir un angustioso tiempo de hambruna. El escaso sueldo que traía mi padre y las pocas pesetas que ganaba ella subiendo puntos de media, apenas daban para mal comer, y la pobre mujer, transida de dolor, pasaba el día lamentándose:

- ¡Señor, Señor! ¿Por qué nos has abandonado?

Durante las tardes dominicales, papá siguió encontrando cobijo y café en el Círculo de Bellas Artes, mientras a mamá y a mí nos acogía el calorcillo del cine de barrio gracias a la gentileza del señor Manolo. Yo me sentaba en las primeras filas para vencer mi incipiente miopía y ella se acomodaba en la última, la que llamaban de los mancos, para complacer a los clientes que le llevaba el acomodador. Así hacía una obra de caridad aliviando a las personas necesitadas y de paso se traía unas pesetas a casa.

Me acostumbré muy pronto a contemplar la vida bajo el prisma mágico de las películas americanas, por eso el día que mi madre comenzó a quejarse cada vez que tenía que orinar, y mi padre dijo que podrían ser arenillas, se me iluminó la mente. Acababa de ver una película de John Wayne en el lejano Oeste, donde los buscadores de oro se afanaban removiendo las arenas de un río, en busca de pepitas de oro, y pasé toda la noche ideando un plan. A la mañana siguiente me puse manos a la obra. Tomé la bacinilla de debajo de la cama matrimonial, cogí un cedazo de la cocina y tal como había visto a los mineros de la película, fui vertiendo el contenido del orinal en el cedazo y, poniéndolo debajo del chorro del agua, comencé a moverlo y entre las arenillas aparecieron dos pepitas de oro.

- ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Era un milagro. El día de mi primera comunión había pedido encarecidamente a Dios Todopoderoso que alejara de nuestra casa el fantasma del hambre, y el Señor venía en mi ayuda.

- ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Todas las mañanas, durante tres meses, seguí buscando en el orinal de mi madre las pepitas del codiciado metal, que mi padre empeñaba en el Monte de Piedad, para poder sobrellevar nuestra precaria situación. Hasta que, de repente, llegó el *The End* de aquella película. A mamá le desaparecieron las molestias, dejó de orinar arenillas y volvimos de nuevo a hundirnos en la miseria. Y otra vez repitió su frase preferida:

- ¡Señor, Señor! ¿Por qué nos has abandonado?

Atravesé entonces una de las épocas más tristes de mi vida. Por las noches, al apagarse las luces y cesar todos los ruidos, un silencio cargado de desolación se apoderaba de la casa. Ovillado para defenderme del frío en la soledad de mi cama, sorbía las lágrimas del infortunio, preguntándome por qué había tenido la desgracia de nacer en este siniestro piso de la calle de Hortaleza. No acababa de comprender que viniéramos al mundo al albur de una eyaculación precoz que, la mayoría de las veces, sin la protección de profilácticos, solía coger

desprevenidas a las mujeres por no alegar a tiempo un inoportuno dolor de cabeza que tantas vidas desgraciadas hubiera podido evitar.

Mi existencia transcurría lenta y famélica en aquel universo gris, lleno de privaciones. Sólo se alegraba en el momento mágico en que rugía el león de la Metro sobre la pantalla del entrañable cine de barrio. Entonces yo me reencarnaba en las vidas, made in USA, de unos personajes maravillosos que lo tenían todo. Mis adorables padres eran James Stewart y Loretta Young. Vivíamos felices en una hermosa casa sobre una colina rodeada de araucarias y magnolios en las afueras de Boston. El abuelo, Spencer Tracy, venía a recogerme en su cadillac verde menta para llevarme al Ritz-Carlton a tomar helado de grosella mientras él, con otros prohombres adinerados, comentaba las cotizaciones de la Bolsa paladeando un *scotch*. Por la tarde íbamos a casa de tía Dolly a merendar su delicioso pastel de zanahoria y grosellas. Tocaba el piano a cuatro manos con mi prima Susan de la que estaba enamorado, y, al anochecer, los dos, cogidos de la mano, paseábamos por el parque escuchando a la orquesta de Glen Miller que tocaba *Chattanooga choo-choo* en el kiosko central poniéndonos ciegos de coca-cola y palomitas de maíz.

Cuando finalizaba el sueño americano en *technicolor*, se proyectaba en la pantalla la imagen de Franco tocado con el gorrito militar. Sonaba el himno nacional, y todos los espectadores, puestos en pie, cumplíamos la obligación de saludar brazo en alto, al estilo fascista, a nuestro Caudillo de España por la Gracia de Dios. Luego, el señor Manolo me ayudaba a ponerme el abrigo heredado de mi primo Ángel, y abandonaba el cine con aspecto serio y circunspecto, obsesionado por las fabulosas historias vividas desde mi butaca.

En la calle, las gentes andaban deprisa huyendo del frío de la noche. La vieja castañera, con las manos iluminadas de sabañones, ofrecía su mercancía calentita en cucuruchos de papel de periódico.

- ¡*Informaciones!* ¡Ha salido *Informaciones*, con las últimas noticias!

- ¡Iguales para hoy. Esta noche se sortea!

Los escaparates mostraban la escasez de aquellos tiempos de bloqueo económico; y yo, sin un céntimo en el bolsillo, debilitado por los ayunos, me sentaba en el tope del tranvía para poder llegar a casa.

- ¡Anda niño, bájate de ahí que te vas a dar una leche!

El tranvía haciendo sonar la campana, corría perdiéndose en la noche bajo una lluvia de chispas cada vez que se le salía el trole.

Mis padres me esperaban sentados alrededor de la mesa camilla; ella inclinada sobre la maquinita de subir puntos y él, con la colilla maloliente entre los labios y la bufandita de lana, a modo de estola, mirando cómo bajaban y subían los pechos de su santa esposa al ritmo de una respiración llena de profundos suspiros.

- Tómate un vaso de agua con una cucharadita de leche condensada y métete en la cama.

Pero yo prefería refugiarme debajo de la mesa camilla en busca del calorcillo del brasero para ver una película neorrealista. Desde aquella privilegiada posición, observaba la mano trémula y manchada de tinta del poeta buscando la fruta prohibida entre los muslos de su mujer.

- ¡Estáte quieto, no seas pesado!

- Por favor, Amparo.

- ¡Parece mentira! En la maldita situación en que nos encontramos y tú todavía...

El poeta, presumiendo de hombre culto, echaba mano del refranero:

- “Donde no hay harina todo es mohína”.

- Llámalo como quieras –

Hubo un momento de silencio que yo aproveché para echar una firma en el brasero. El poeta pobre, sin dejar de acariciarle las rodillas a su mujer, le preguntó:

- ¿Te acuerdas de los botes de melocotón que traías del economato militar?

- Desde luego, a ti todo lo que sea comer...

- ¿Y no me dejarías probar esto, dulzura?

La mujer, como santa María Goretti, cerró las rodillas de golpe y gritó:

- Esto lo tienes crudo mientras sigas siendo un pobre chupatintas. -Y remató- ¿Por qué no te parecerás al marido de mi hermana?. Y tú, esmirriado -se dirigió a mí dándome una patada- sal de ahí abajo y deja de fisgar.

Volvían a aflorar los terribles celos, y, en aquel arrebató, mi madre se transfiguraba mientras su rostro y su cuerpo adquirían toda la belleza trágica de la condesa Alexandra en el palacio de invierno de San Petesburgo. Sus ojos se iluminaban de ira, endurecía el semblante, y dirigiéndose a su marido, le prodigaba las más terribles invectivas, reprochándole su fracaso poético y sobre todo económico. Era precisamente ahí, en lo económico, donde más le dolía. Luego, me preguntaba:

- ¿Por qué no te pareces más a tu primo Ángel y te conviertes en un niño modelo?

Yo le hubiera podido decir a ella por qué no se parecía a Loretta Young y tenía un padre como Spencer Tracy, pero estaba seguro de que era incapaz de captar la sutileza y prefería permanecer callado. La función terminaba con aquella frase altisonante que siempre repetía:

- ¡No puedo soportarlo más. Acabaréis conmigo!

Y se encerraba en la habitación dando un terrible portazo.

Muchas veces me quedaba con ganas de aplaudir. No cabía duda que mamá tenía madera de actriz, pues, al cerrar los ojos para evocar aquellas escenas que tan a menudo sucedían en casa, cambiaba el argumento de la película y veía a una Olivia de Havilland, orgullosa y soberbia, anatematizando sin piedad a un frustrado marido alcoholizado, mientras su amante, Clark Gable, peinado y relamido como tío Roberto, le movía el bigote en un guiño de complicidad y huían juntos para vivir un apasionado romance en las cálidas arenas del Trópico.

Pese a tantas desgracias, yo llevaba casi siempre la sonrisa prendida en los labios, lo cual me ocasionaba infinidad de problemas, pues cuando en la clase ocurría cualquier incidente, y el cura preguntaba ¿quién ha sido? Indefectiblemente era yo el culpable por no adoptar el gesto serio y

cariacotenido de los que saben disimular. Muchos me tachaban de estúpido y anduve algún tiempo preocupado por el cúmulo de desgracias que podría traerme esta costumbre de sonreír, hasta que descubrí que Shakespeare había dicho: “Los deseos se consiguen más fácilmente con la sonrisa que con la espada”. Y me tranquilicé.

Durante aquellos días se hablaba en Madrid, del macabro crimen del cine Montera. En el lavabo de caballeros, sobre la taza del water, apareció un saco conteniendo un cuerpo de mujer horriblemente troceado. Aunque los periódicos lo atribuían a la eterna conspiración judeo-marxista, la emisora Radio España Independiente sostenía que el asesinato era obra de un grupo de falangistas instigados por la mujer de un famoso Camisa Vieja y Procurador en Cortes. La buena señora había querido dar un escarmiento a la amante de su marido y, por lo visto, a los falangistas se les fue la mano. Recordé que la caja de madera que mi padre guardaba debajo de su cama contenía, nada más y nada menos que un brazo humano. Fui a la habitación. Tomé la caja y al abrir la tapa, observé aterrorizado que los dedos se movían como llamándome a resolver el misterioso crimen. La cerré preso de pánico y volví a dejarla debajo de la cama. ¿Habría participado mi padre en aquel macabro suceso?

Todas las noches, al regresar del cine atiborrado de imágenes en color, me preguntaba dónde estaría el Clark Gable que pudiera aliviar nuestra situación. Hasta que un buen día apareció en casa del brazo de mi madre. Era un apuesto teniente de caballería. Lucía bigotito, gorra de plato y botas de media caña con espuelas de plata que tintineaban al andar. Tenía un aspecto verdaderamente distinguido y procedía de una familia acomodada de Salamanca,

- Cuando quieran pueden venir a la dehesa. Tenemos una ganadería de reses bravas.

Ante la solvencia económica, mi padre entró directamente en materia:

- Supongo que ya conoce las condiciones para venir a esta casa.
- Pues... sí. Su señora ya me ha adelantado algo.

- Muy bien, pues yo le voy a concretar: los domingos iremos los cuatro juntos a misa de doce, -los principios son los principios-. Luego, nos invitará usted a comer en un buen restaurante. Después ustedes dejarán al niño en el cine y tendrán toda la tarde a su disposición. Cinco mil pesetas al mes será la cantidad que tendrá que abonarme. -Dio una larga calada al cigarro y continuó con voz campanuda-. Pero lo más importante, *conditio sine qua non*, como dicen los clásicos, es que usted consiga un carnet del economato militar a mi nombre.

Estaba admirado. Por primera vez oía hablar a mi padre con el aplomo y la seguridad de un auténtico hombre de negocios. Había logrado impresionar al milite que, dándole vueltas a la gorra entre sus manos, no pudo menos de responder:

- Acepto. Acepto todas las condiciones. Pero la comida de los domingos...

- ¿Acaso usted no come los domingos?

- Sí, sí, pero... he de comer con mi familia.

- ¡Ah! ¿Tiene usted familia? ¿Y para lo de la misa no tiene problemas?

- No. Mi mujer es protestante.

- ¡Hombre, haberlo dicho! Bastante desgracia tiene usted.

- Si no le parece mal -propuso el teniente- yo le entregaría todas las semanas mil pesetas y ustedes tres podrían ir a comer sin mí.

- No es mala idea ¿verdad Amparito?

Tomó a mi madre por la cintura para afirmar su protagonismo, y, dirigiéndose con suficiencia al oficial, se permitió una velada amenaza:

- Por su bien, muchacho, no olvide traerme pronto el carnet del economato.

Fue una secuencia maravillosa. Al teniente Clark Gable se le había enfrentado esta vez el poeta Robert Mitchum en una interpretación magistral, llena de fuerza, defendiendo sus minas de oro, mientras Loreta Young, sentada sobre sus rodillas, le decía:

- Oh querido, sabía que lo conseguirías.

La harina del teniente hizo desaparecer la mohína de nuestro hogar y, durante dos años, vivimos un tiempo de bonanza. Nuestros estómagos agradecidos se acostumbraron pronto a la nueva vida y la casa pareció perder su lobreguez, mientras la felicidad de los amantes aumentaba a medida que pasaban

los días. Él le decía que encontraba en ella el amor tradicional que no le daba su esposa alemana. Y ella le bautizó con el nombre de Centella, por el esplendor de su eyaculación. Los domingos, el teniente me obsequiaba con una peseta. Una peseta de papel con la efigie y el escudo de Franco que yo dilapidaba alegremente, a la salida del cine comprándome castañas pilongas, regaliz y gaseosa.

Seguía soñando la vida en *technicolor* de las películas americanas y, entre las poluciones nocturnas, buscaba a la prima Susan, pecosa y con trenzas, para irnos al parque cogidos de la mano y emular al teniente Centella al ritmo del *Chattanooga choo-choo*.

Al día siguiente en el confesionario, le contaba estos sueños con todo lujo de detalles al padre Juanola y siempre me hacía la misma pregunta:

- ¿Pero tú te has tocado?

- No padre.

- No te toques nunca hijo mío. Los que se tocan se quedan ciegos, se les seca el cerebro y mueren entre horribles sufrimientos. Y lo peor...

- ¿Qué es lo peor, padre? –preguntaba muerto de miedo-

- Lo peor, hijo mío, es que se van al infierno para toda la eternidad.

Siguiendo las reglas impuestas por el cabeza de familia, acudíamos a misa todos los domingos. Ella, con zapatos topolino y la mantilla de blonda; él, de camisa azul luciendo el yugo y las flechas y la medalla de exdivisionario. El militar con su uniforme de gala y las espuelas mejicanas de plata, como las del vaquero bueno de la película. Yo llevaba un trajecito del hijo del teniente que me sobraba por todas partes, parecía uno de aquellos niños famélicos, procedentes de Alemania, que venían a España de vacaciones.

Un buen día paseando hacia la Puerta del Sol para que el teniente pudiera tomar el tranvía y llegar a comer a su casa, apareció ante nosotros una mujer alta y rubia, envuelta en un abrigo negro. El militar se detuvo al verla. ¡Era Greta Garbo! Por la puerta de un viejo café se escapaba la música de *Lili Marlen*.

-¿ Ist dies die frau mit dur du mich betrüst? -le gritó al teniente-

- No, no. No es lo que tú crees -balbuceó poniéndose lívido-

La enigmática señora se descalzó un zapato negro de altísimo tacón de aguja y, cogiéndole por el cuello de la guerrera, le escupió a la cara en perfecto castellano:

- ¡A mí no me pone los cuernos ningún español de mierda como tú!

Y con el zapato le asestó un golpe certero y seco en la cabeza. El tacón metálico de aguja se le clavó hasta el cerebro y la masa encefálica, gris y espesa, fluyó a borbotones envuelta en un hilo de sangre como lava de un volcán. La alemana, altiva y elegante, se alejó subiéndose el cuello del abrigo, y un grupo de curiosos se arremolinó a nuestro alrededor para contemplar al soldado muerto. Yo sostenía su gorra entre mis manos, y mucha gente depositaba en ella unas monedas, no sé si por compasión o como pago por el espectáculo. Cuando llegó la ambulancia y retiró el cuerpo sin vida del teniente, contamos el dinero que había en la gorra y comprobamos asombrados que sumaba, justamente mil pesetas, las mismas que el teniente Centella tenía que habernos dado para comer ese domingo.

La muerte del militar abrió un nuevo paréntesis de incertidumbre en nuestro hogar, pero gracias a los buenos oficios de mi padre con el carnet del economato militar en el bolsillo, pudimos afrontar con más tranquilidad la crisis económica a la que estábamos condenados. Hasta que un buen día, como una milagrosa aparición, se presentaron en casa tío Roberto, tía Julia y el primo Ángel.

Quedamos muy impresionados al verlos asomar por la puerta cargados de regalos. Las relaciones entre las dos hermanas estaban deterioradas a causa de los terribles celos de mi madre, y desde la boda apenas nos habíamos reunido las dos familias. Sólo por Navidad, siguiendo la tradición cristiana, tía Julia nos regalaba un paquete de ropa vieja de su marido y su hijo. A mamá se la llevaban los demonios ante el gesto magnánimo de su hermana, y a punto estaba siempre de tirar la ropa a la basura, pero la extrema necesidad se lo impedía y, gracias a sus conocimientos de corte y confección *Sistema Martí*, acababa adaptando los trajes a nuestras medidas. Al vernos vestidos con aquellas ropas, se hacía la ilusión, por

un momento, de contemplar a tío Roberto y al primo Ángel, los dos tesoros más envidiados de su hermana.

Tío Roberto presentaba un magnífico aspecto pese al accidente sufrido en una expedición cinegética y, palpándose la bragueta en un extraño gesto impropio de un embajador, se sentó en el sillón desvencijado de mi padre y encendió un cigarrillo turco. Las dos hermanas se sentaron en el sofá, junto a mi padre que no quitaba ojo a las piernas de su cuñada. Yo me senté en el suelo, y el primo Ángel, ausente y distinguido, permaneció de pie para no mancharse los pantalones. Estábamos todos expectantes. Nos observábamos como bichos raros. ¿A qué santo venía esta extraña visita? La conversación no lograba fluir con naturalidad y resultaba muy inconexa: Tía Julia hablaba de las tendencias de la moda. Mamá se quejaba de la carestía de la vida. Tío Roberto explicaba las grandes ventajas que supondría el nuevo gobierno de tecnócratas bajo la vicepresidencia de Carrero Blanco, y mi padre aseguraba que querían cargarse a los falangistas. Mis ojos permanecían fijos en los paquetes envueltos en papel brillante, pues, aunque la publicidad de unos grandes almacenes recomendaba: “Practique la elegancia social del regalo”, yo sólo conocía la existencia de éstos por las películas. Menos mal que tío Roberto, haciendo gala de su generosidad, ordenó a su hijo.

- Anda Ángel. Dales los regalos.

Para mi madre fue un precioso modelo de Pertegaz en organza azul con escote de pico y lazos de seda alrededor de la cintura.

- Póntelo, cuñada. A ver cómo te sienta -le pidió tío Roberto.

Le estaba francamente espléndido, resaltaba todas las sinuosidades de su cuerpo y, con la falda hasta los pies, el problema de sus piernas pasaba desapercibido. Papá recibió una moderna pluma estilográfica *Parker*, recién traída de Tánger, que le permitiría escribir sus versos sin tener que mojar cada vez en el tintero, y sonrió agradecido. -Qué poco podía imaginar que con aquella misma pluma se firmaría muy pronto su certificado de defunción-. Cuando vi mi regalo no pude reprimir un grito de emoción. Era un uniforme blanco de Almirante de la Armada, el antiguo traje de comunión de mi primo Ángel que, dada la diferencia de altura, me venía a mí como hecho a medida. Al momento

me vi al mando de la Sexta Flota de los Estados Unidos acompañado de Gregory Peck y Rock Hudson, en el puente de mando del portaaviones Saratoga, mientras Doris Day -mi prima Susan- me escribía cartas de amor desde un pequeño pueblecito de Arizona.

Ante la esplendidez de los regalos hubo un repertorio de exclamaciones admirativas y nos volvimos a besar en prueba de agradecimiento, aprovechando para oler de cerca las magníficas colonias de nuestros parientes. Calmadas las primeras emociones, preguntó tía Julia:

- ¿Habéis oído hablar del Padre Peyton?

Mis papás se miraron extrañados. Yo, como asiduo al cine y a la radio, estaba al corriente de todo lo relativo al Padre Peyton. Era el *boom* religioso del momento, un jesuita americano dedicado a propagar por todo el mundo la devoción al rezo del santo rosario, anunciando a los cuatro vientos que la familia que reza unida permanece unida. Una idea magnífica en aquella España de Franco, donde un tercio de los Procuradores en Cortes -señores que ostentaban el poder en las provincias- se elegían entre las buenas familias españolas. Por eso, el Padre Peyton llenaba plazas de toros y campos de fútbol provocando entusiastas conversiones. Mis tíos habían sido tocados por su gracia y estaban ahora ante nosotros para demostrarlo. Tío Roberto, en su papel de embajador plenipotenciario, se levantó del sillón llevándose como siempre la mano a la entrepierna, carraspeó para aclararse la garganta y habló en tono solemne:

- Mis queridos hermanos y sobrino. El mirífico mensaje del Padre Peyton rebosante de amor, nos ha hecho ver la luz y venimos a sellar con vosotros los lazos familiares que nunca debieron romperse.

Mi madre, hechizada por la figura de Clark Gable, no le quitaba ojo a su cuñado, y admirada de tanta prosopopeya, a punto estuvo de desmayarse cuando éste sacó un rosario del bolsillo del chaleco y entregándoselo muy ceremoniosamente, como si se tratara de las cartas credenciales, añadió:

- Queremos que recéis también vosotros el santo rosario, pensando, que las familias que rezan unidas permanecen unidas.

Se produjo un momento de religioso silencio. De pie, con las manos sobre el regazo y la cabeza baja parecíamos sacados del *Ángelus* de Millet. Sólo faltó oírse el Ave María de Schubert.

- Ahora, querido cuñado, viene la gran noticia.

- ¡Le han hecho embajador en Londres! -se adelantó orgullosa tía Julia-

Al primo Ángel le rebosaba la satisfacción por las orejas y tío Roberto, tomando de nuevo la palabra, le dijo a mi padre:

- He conseguido un puesto para ti en las oficinas de la embajada.

Al oír esto pensé que se había producido el primer milagro del Padre Peyton. Un milagro que, además de traernos la bonanza económica, alejaría a mi madre de los peligros del sexo militar. Además, daba la feliz coincidencia que por aquellos días, acababan de otorgarle el Nobel al poeta Juan Ramón Jiménez, ¿sería una premonición para mi padre? Tía Julia, esbozando una sonrisa de dama caritativa del ropero parroquial, puso la rúbrica a nuestras ilusiones entregándole un sobre a su hermana.

- Aquí tienes los billetes y algo de dinero. Compraos ropa adecuada. La próxima semana os esperamos en Londres.

Volvimos a intercambiarnos efusivas muestras de gratitud, pero el abrazo de mi padre con tía Julia -sintiendo el poderío de sus pechos - fue más largo de lo habitual, y vi en sus miradas que tenían algo que ocultar.

Cuando los tíos y el primo abandonaron la casa se esfumó el insoportable olor a col y gas ciudad y noté una vaharada de perfume francés y tabaco rubio, el aroma inconfundible de la gente rica. Por primera vez el semblante de mis padres irradiaba felicidad y, después de la cena, ya no permanecieron sentados en la mesa camilla, ni sucedió tampoco ninguna de aquellas desagradables escenas que acababan con mi madre dramatizando su desgracia. Cogieron la botella de vino y, riendo a carcajadas, se encerraron en su habitación. Yo aproveché para ponerme el traje de almirante y, apostado en el puente de mando del portaaviones Saratoga, ordené a Gregory Peck que tomara el mando de la primera escuadrilla para iniciar el bombardeo. Barbara Stanwyck, responsable de la enfermería del buque, se despidió con un beso de Frank Sinatra que mandaba las lanchas de desembarco, y cuando estaba todo listo para entrar en combate y me disponía a

dar la orden de ataque, apareció en el horizonte mi abuelo Spencer Tracy en su barca de pesca cantando: “Ay mi pescadito no llores ya más. Ay mi pescadito deja de llorar”. Embargados por los recuerdos de la infancia, decidimos todos dejar la guerra para mejor ocasión.

Al día siguiente, al despertarme, mis padres seguían encerrados en su habitación. Habían cesado los gritos y carcajadas y sólo se escuchaba un plácido diálogo de ronquidos. Abandoné la cama vestido todavía de marinero y me senté junto a la mesa camilla buscando el calorcillo que aún despedía el brasero. A través de los cristales desnudos de cortinas, se filtraba la luz macilenta del amanecer invernal y, al tiempo que me desperezaba, encendí la radio y escuché el final de una canción de Antonio Molina. Luego, la voz cursi de una locutora anunció:

- "Lo mejor para los granos es el ungüento Cañizares".
- "Lámparas Philips, mejores no hay".
- "Contra el dolor, tableta Okal".
- "Si no lo veo no lo creo, pero que barato vende almacenes San Mateo".
- "Español, recuerda que la paz de Franco es la base de tu prosperidad".
- "Aspirina sólo hay una, aspirina Bayer".
- "Españoles acudid todos a la manifestación de la plaza de Oriente".
- "No hay barba que se resista, hoja Iberia la conquista".
- "Ding-dong. El reloj Festina da la hora exacta".

Un locutor muy redicho dio las notas necrológicas que nunca escuchaban los interesados, y a continuación, entre música de película de Cecil B. de Mille, comenzó el programa del Padre Peyton. En ese preciso instante salieron mis papás de la habitación y vinieron junto a mí como dos ángeles de la guarda. Reunidos los tres devotamente alrededor del aparato de radio *Invicta*, oímos las palabras de nuestro salvador, el jesuita americano, con la esperanza puesta en un futuro lleno de prosperidad.

Pasamos la mañana en los almacenes San Mateo admirando boquiabiertos, por las cuatro plantas, todo lo que se exhibía en aquel cuerno de la abundancia al que nunca tuvimos acceso por nuestras carencias económicas. Por primera vez sentimos el enorme placer de ir de compras y, a mediodía, salimos a la calle

completamente transformados. Mamá, con una falda larga y un jersey verde de cuello cisne muy ceñido marcando los encantos de un busto que había hecho enloquecer a un sargento y a un teniente de caballería. Mi padre, conservando su camisa azul, que daba fe de su adhesión a los inquebrantables principios del Glorioso Movimiento Nacional, lucía un terno de alpaca, entre gris y marrón, que le confería cierto aire de representante de comercio. A mí me pusieron unos pantalones semilargos por debajo de la rodilla, un jersey rojo de cuello alto y unos zapatos de Segarra. Si me llegan a comprar la gorrita, que yo tanto deseaba, hubiera parecido el chico del anuncio del champan Freixenet.

Al vernos reflejados en la luna de un escaparate, nos miramos esbozando la sonrisa de los triunfadores: Tuvimos la certeza de que, unidos al padre Peyton, al fin, Dios se había apiadado de nosotros y comenzaba una nueva vida en *technicolor*, y, para colmo, con la ayuda de los tíos, a partir de ahora, cabalgaríamos a lomos del caballo blanco de la felicidad.

¡CLICK!

- Está bien señor Brumete. La sesión ha terminado.
- ¿Qué tal voy doctor? ¿Qué le ha parecido?
- He de reconocer que tiene usted una memoria prodigiosa.

El doctor Sivera sacó la bobina del magnetófono, la colocó en su caja y anotó sobre ella : "Primera cinta. Madrid de posguerra. La familia".

- Me sorprende que usted a los siete añitos ya se planteara la vida de una manera tan crítica.

Estaba pendiente de sus palabras. Me quedé mirándole fijamente antes de contestar y le expliqué con cierta preocupación :

- Tenga en cuenta que desde los tres años, me pasaba todas las tardes en el cine y al volver a casa eran inevitables las comparaciones. ¿Le parece raro ?
- No, no. en absoluto. Tranquilícese. A mí también me gustaba el cine.

- Pero es que yo desde pequeño me identificaba de tal modo con las películas que llegaba a experimentar muchas veces un verdadero sufrimiento.

- Sin embargo, oyendo su relato, podría parecer una persona fría y sin sentimientos.

- Yo soy un sentimental. No me gustaría que tuviera una imagen falsa de mí.

- Está bien. No se preocupe. Iré conociéndole poco a poco. Le espero el viernes.

- ¿No me receta nada?

- Tranquilidad, señor Brunete. Tranquilidad.

El viernes siguiente, cuando llegué a la consulta me abrió la puerta, la enfermera morena que se parecía a Pier Angeli. Noté que se le alegraban los ojos y me sonrió

- Le estábamos esperando.

Confieso que el recibimiento tranquilizó mi ánimo. Fuímos directamente al despacho del psiquiatra. Puso en marcha el magnetófono y en cuanto me tumbé en el diván, sin dejar de sonreír, me entregó el micrófono.

- Cuando quiera puede comenzar. Don Alfredo vendrá enseguida.

CINTA N°2

LONDRES. MI PRIMER MUERTO

El taxista esperaba en la puerta de casa para llevarnos al aeropuerto, pero mis padres se habían levantado con mal pie y seguían discutiendo a grandes voces encerrados en su habitación.

- ¡Yo no me marcho sin la caja!

- Ese maldito brazo va a ser tu perdición. Debías haberte desprendido de él hace mucho tiempo.

- Tú sabes que no puedo.

- Sí puedes. Lo que te ocurre es que estás obsesionado por toda aquella historia.

- Sea como sea, he de llevármela conmigo.

- ¡Hombre! Ahora que comienzan las cosas a irnos bien, no querrás que acabemos en la cárcel acusados de asesinato.

Yo intervine asomándome a la puerta de la habitación.

- El taxi está esperando.

- ¡Pues que espere. Coño. Que espere! -gritó mi madre-.

- ¡Que se vaya a la mierda! -añadió mi padre-.

Apenas habían pasado veinticuatro horas de lo que parecía el inicio de una nueva vida, y otra vez se perdían las buenas formas por culpa de aquel asqueroso brazo.

Al fin cesó la discusión. Les oí hablar en voz baja y pensé que habían llegado a un acuerdo. Me ordenaron entrar en la habitación, y mi madre, sacándome el brazo derecho de la manga del jersey me lo sujetó al cuerpo con esparadrapo. La manga quedó flácida y vacía como si estuviera manco. Sonrió a mi padre y le preguntó:

- ¿Qué te parece?

- Magnífico.

El taxi, circulando entre los primeros 600 que acababan de aparecer en España, atravesó los suburbios y descampados polvorientos que rodeaban Madrid y llegó al aeropuerto. Mis padres cargaron con las maletas, yo cogí con mi único brazo la cajita de madera y nos dirigimos hacia la aduana. Depositaron el

equipaje sobre el mostrador y el funcionario hizo la revisión de rutina. Luego, reparando en la caja que yo llevaba, pidió que la abriese. Sentí un escalofrío.

- Anda hijo. Muéstrasela al señor aduanero.

Miré a mi madre sin comprender y apoyé la caja sobre el mostrador. El funcionario la abrió y no pudo reprimir un gesto de asco. Mi padre le explicó, dirigiéndome una sonrisa de lástima:

- Sufrió un accidente. Le llevamos a Londres para ver si se lo pueden reinsertar.

Los tíos vivían en el palacete de la embajada en *Belgrave Street*. A nosotros nos instalaron en el 69 de *Old Rosse Street*, una pequeña pero confortable casa del barrio de *Croydon*, cerca de *Melrose Place*. Comparada con la vieja casa de Madrid, aquella parecía un palacio y, por gentileza de tía Julia, disponíamos hasta de un mayordomo. Ahora sí que estaba metido en una película, y además en versión original, porque al salir a la calle todos hablaban en inglés y, aunque no entendía nada, me sentía importante. Mamá dominó muy pronto el idioma, pues se aficionó en desmesura al teléfono y pasaba el día llamando a cualquier número para practicar. Siguiendo la recomendación de su hermana, ingresó en el Ejército de Salvación y, ataviada con el uniforme del cuerpo, tocaba el bombo en compañía de otras respetables señoras predicando por las calles del barrio, moralidad y buenas costumbres, y así se integró fácilmente en la sociedad inglesa.

Desde la visita de los tíos a la casa de Madrid, no dejábamos ninguna noche de rezar el rosario en familia, y la bendición del Padre Peyton se hacía cada vez más patente entre nosotros. Nuestra situación económica mejoró hasta tal punto que ya no sufríamos necesidades de ropa ni de comida, y aunque el dinero no corría a manos llenas, yo mismo llevaba siempre unos peniques en el bolsillo y mi madre no tuvo que recurrir al comercio carnal.

Papá trabajaba por las mañanas en las oficinas de la embajada y por la tarde acudía al Club de los Poetas Locos para dar rienda suelta a su inagotable vena poética. Pronto me di cuenta de que aquellas reuniones iban transformando

su personalidad; parecía más refinado en sus gestos y en el lenguaje y, poco a poco, fue prescindiendo de las veladas hogareñas con el consiguiente disgusto de mi madre que pretendía siempre tenerlo subyugado. Para colmo, se tornó presumido y le dio por comprarse ropa y perfumes caros que difuminaron el recuerdo de aquel hombre gris de la bufandita marrón y la colilla de tabaco negro pegada entre los labios.

La presencia del mayordomo en nuestra casa, debida a una piadosa estratagema de tía Julia para intentar aplacar los celos de su hermana, fue el catalizador que transformó la vida de mamá. Por lo que observé desde el mismo día de su llegada, comprendí que aquel buen hombre, con el pelo prematuramente blanco, ademanes distinguidos y olor a Lavanda, que parecía siempre recién salido del baño, iba a ser mano de santo para ciertas cuestiones que aquejaban a mi madre.

Una mañana, desayunaba en la cama leyendo el *Variety*, cuando se topó con la siguiente noticia: *Julia Retuerto, la esposa del embajador de España, conquista el premio a las piernas más bonitas de Londres en el gran concurso patrocinado por la firma Marks & Spencer.*

No pudo reprimir el ataque de celos. Dio un grito horrible y prorrumpió en sollozos histéricos. Comptom, que sacaba brillo a la única bandeja de plata que teníamos en casa, estaba ya advertido por tía Julia de este grave problema que afectaba a mi madre y acudió solícito a su lado.

- ¿Qué os ocurre *lady* Amp?

Mi mamá se llamaba Amparito pero desde que llegamos a Inglaterra, además de obligar al criado a anteponerle el título de lady, se empeñó en que todos la llamásemos Amp. Aquello era una cursilería además de una onomatopeya, pues parecía que siempre estuviésemos comiendo: Amp, Amp, Amp.

- Lea esto.

Comptom arqueó la ceja derecha, se caló el monóculo y echó una ojeada a la revista.

- Tranquilizaos. Os comprendo perfectamente. Stendhal asegura que lo que hace tan agudo el dolor de los celos, es que la vanidad no puede ayudar a

soportarlos. Yo opino lo contrario y, si lo tenéis a bien, podría daros una solución para que os enorgullecierais de vuestras piernas.

Así comenzó todo. Bajaron a la cocina y siguiendo las indicaciones de Comptom, se tumbó sobre la mesa. La luz que pendía del techo delataba una infinidad de puntos negros sobre sus piernas. Eran las huellas, todavía pinchosas, que le quedaron cuando, se afeitó las vedijas con la navaja barbera del abuelo cubano. El mayordomo retiró del fuego una cazuela llena de un extraño mejunje parecido al puré de lentejas y, con mucha parsimonia, fue embadurnándole las piernas. Esperó diez minutos, desprendió los pedazos de aquella especie de cera y con ellos desaparecieron los restos de las antiguas vedijas. Las piernas lucían suaves y brillantes mostrando la belleza de su perfecto torneado. A partir de este momento nació entre los dos una relación pigmaloniana que, poco a poco, fue consolidándose, y aquel mayordomo presbiteriano se convirtió en su ángel de la guarda, un personaje que nunca le ocasionó molestias y estuvo siempre dispuesto a ayudarla.

El tiempo inglés transcurría con normalidad. Llovía casi todos los días y al anochecer, el *smog* difuminaba los contornos del paisaje urbano llenándolo de misterio. A las cinco en punto de la tarde, cuando en España los matadores se santiguaban y las mujeres se colocaban la peineta para asistir a las corridas de toros, en los buenos hogares ingleses, la gente se reunía con gran ceremonial para tomar *el five o'clock tea*.

A los pocos meses de llegar a Inglaterra, mi vida quedó congelada a causa de un accidente. Un autobús me atropelló en Picadilly Circus y permanecí en coma durante cuatro años. Al despertar de nuevo a la vida –hecho que mi padre atribuyó siempre al carácter milagroso del brazo incorrupto que guardábamos en la caja de madera y que ahora presidía la mesa principal del recibidor- tuve la sensación de haber dormido una sola noche como si me despertara al día siguiente del atropello. Todo seguía igual, pero yo había crecido mucho, la ropa se me había quedado pequeña y según el calendario acababa de cumplir 17 años.

- ¡Vaya estirón que ha dado este muchacho!

Estrené mi primer pantalón largo y todo el mundo estuvo de acuerdo en que parecía un inglés.

Durante aquellos cuatro años ocurrieron importantes sucesos. Por el anuario del *Times* tuve noticia del triunfo de la Revolución Castrista que hubiera colmado de alegría a mi abuelo materno Salustiano Villena. Conocí también la llegada del primer cohete ruso a la luna. La aparición de la píldora anticonceptiva que tantas preocupaciones quitaría a mi madre. Las bodas de plata del General Franco –una inmensa satisfacción para mi padre como buen falangista que era-. Y el suicidio de Marilyn, uno de mis amores secretos bajo cuyos pechos hubiera querido guarecerme pues salí del sueño, con la libido a flor de piel y desde entonces las mujeres se convirtieron en la gran obsesión de mi vida. En ese tiempo de ausencia, en mi casa se perdió la buena costumbre del rezo del santo rosario, y al regresar del hospital comprobé que, aunque todo parecía seguir inmerso en el monocorde tedio anglosajón, el problema de los celos estaba al rojo vivo en sus dos principales puntos de referencia: tío Roberto y el primo Ángel, a los que seguía comparando con mi padre y conmigo, con resultados francamente negativos para nosotros. Pero, al igual que yo descubrí la solución de la mano de las mujeres, también mi padre supo encontrar en el Club de los Poetas Locos, la fórmula para vencer el complejo de inferioridad al que pretendía arrastrarle su mujer.

La prima Susan de mis sueños de cine se hizo realidad en Dorothy, la hija del reverendo Flanagan, una quinceañera pecosa con gafas y cuerpo de mujer.

- ¿Te importa que te acompañe?
- No te he visto nunca por la iglesia.
- Estuve en cama durante cuatro años.
- ¡Ah! ¿Tú eres el españolito?

Una semana más tarde los sueños se hicieron tangibles. Fue la primera vez que toqué el cuerpo de una mujer y en ese mismo instante comprobé que tenía algo de electricidad, pues se me erizó el vello y sentí un agradable hormigueo por todo el cuerpo.

Nos veíamos todos las tardes a la salida de clase y desde el mediodía notaba que el corazón se me aceleraba esperando la hora de la cita para acariciarla. Su formación calvinista hacía que desconociera la idea de pecado y, dejándome llevar por el impulso, me las ingeniaba para descubrir los besos en la

boca, acariciar sus cálidos pechos y el pubis florido donde guardaba la campanita del placer. Lo único que Dorothy me tenía prohibido era la penetración que de tantas maneras había visto en los grabados del Kamasutra, y cuando le pregunté el motivo de su particular castidad me contestó sonriendo con una frase de Young:

- “El que no ha gustado los placeres de un amor casto no conoce toda la felicidad que puede dar una mujer”.

- Esa historia te la debe haber contado el reverendo Flanagan.

- Te equivocas. Mi padre sólo dice que hay que darle largas a la culminación para que el hombre nunca pierda el interés.

- ¿Entonces se trata de una cuestión práctica?

- Llámalo como quieras.

Pero si no conseguí entrar en la gruta secreta de Dorothy, al menos, gracias a ella penetré en el templo sagrado del cine. Sucedió durante las vacaciones del verano.

- Me voy a Dover con mi hermana y un grupo de amigos de la *London Film School* para rodar la película de fin de curso.

¿Había oído bien? El cine, que fue mi alimento espiritual desde la más temprana edad, me llamaba. Aquellas palabras de Dorothy resonaban en mis oídos como el rugido del león de la Metro y no lo pensé dos veces.

- ¡Te acompaño!

Fue mi viaje iniciático al cine de carne y hueso. Partimos temprano desde la estación Victoria en el ferrocarril especial de vapor que se usó para el rodaje de *Historia de un pequeño tren*, reforzado por una vieja locomotora Power-Fox-Smith de 1920, y durante todo el viaje aluciné como si estuviera metido de lleno en *El asesinato del Orient Express*.

Dover parecía un escenario perfecto levantado por la *Rank Organisation Productions*, y en cada esquina creía reconocer a David Niven, Margaret Lockwood, James Mason...

Por la tarde encontramos a los de la *London Film School* intentando rodar en el embarcadero. Cogido de la mano de Dorothy presenciaba emocionado las peripecias del rodaje. La historia era muy sencilla: un triángulo amoroso y un

doble asesinato. Pero aquellos estudiantes de cine no parecían estar muy dotados para el séptimo arte y se pasaban el tiempo discutiendo sin ponerse de acuerdo. Al fin decidí intervenir, no en balde yo era un auténtico hijo del cine. Poseía la originalidad de Orson Wells, la gracia de Willy Wilder, conocía el plano secuencia de Buñuel, la teoría del montaje de Eric Von Stroheim, la fuerza expresiva de Ford y el dominio de actores de Elia Kazan. Inmediatamente me hice cargo del rodaje. Durante doce días viví en estado de gracia al frente de la película dirigiendo hasta los más mínimos detalles. Luego continué ayudándoles en el montaje y la sonorización, y en junio, la película resultó triunfadora en los exámenes de fin de curso.

Al año siguiente los amigos de la hermana de Dorothy, rendidos ante la evidencia de mis dotes excepcionales de cineasta, me llevaron con ellos a la Escuela y, amparado por el grupo, disfruté durante todo un curso en aquel templo de los hijos de Lumiere, hasta que la situación en mi casa, con el continuo enfrentamiento de mis padres, se hizo insoportable y, advertido por Comptom, tuve que abandonar aquella escuela de ficción para afrontar la triste realidad de mi hogar.

Un hogar que, desde mi accidente, estaba presidido por el misterioso brazo. Papá compró en Portobello, una preciosa caja de caoba con su asa, su cristal y sus puertecitas, y en ella colocó, a modo de imagen, el brazo incorrupto en posición vertical con la palma de la mano extendida imitando el saludo falangista. Lejos de los miedos y las represalias que hubieran podido surgir en Madrid, y obnubilado por una repentina fe hacia aquel pedazo de carne humana, lo tenía entronizado en el lugar principal de la casa tal y como se hacía en los buenos hogares españoles con la imagen del Corazón del Jesús.

Había sido un sábado cargado de ocio y aburrimiento; tiempo adecuado para agudizar los antagonismos. Al atardecer, papá salió de casa oyendo la letanía de reproches de mamá:

- ¡Eres un hombre zafio! ¡No tienes estilo! ¡Ya podías aprender de tu cuñado Roberto!

Mi padre no contestó, e incluso cerró la puerta con suavidad sin permitirse el lujo de dar un portazo. Pero por la noche, cuando regresó de la tertulia en el club, y sorprendió a mi madre en el sofá con el mayordomo, se limitó a decir:

- Por favor Comptom, deje lo que tenga entre manos y súbame un whisky a la biblioteca.

Colgó el sobretodo en la percha, se quitó los guantes y dejó el sombrero sobre la caja del brazo incorrupto que presidía el saloncito de la entrada. Mi madre, que desde siempre le repugnó la presencia de aquella reliquia, gritó sin poderse contener:

- ¡Deberías quitar ese maldito brazo de la mesa del recibidor!

- ¡Lo tendré donde me dé la gana!

- ¿Pero tú estás loco? ¿Qué van a pensar las visitas de nosotros?

- Que piensen lo que quieran. No me importa.

- ¿No comprendes que la gente creerá que hemos matado a alguien y tenemos aquí el cuerpo del delito como si fuera un trofeo?

Mi padre adoptó por un momento una actitud prepotente como aquel día que, transfigurado en Robert Mitchum, amenazaba al teniente Centella exigiéndole el carnet del economato y gritó:

- ¡El brazo se quedará aquí, por cojones!

Aquella palabra le perdió. Y ella, que conocía sus puntos débiles, le cortó en seco:

- Cállate y no desvaríes. No querrás que vayamos a la cárcel por un problema hormonal -y recordándole el cúmulo de desgracias que sufrió lord Byron cuando intentó fundar por primera vez el famoso club, atajó tan desagradable situación-. Si quieres que sigamos viviendo en paz y no delate tu afición al Club de los Poetas Locos, esconde inmediatamente esa reliquia en el desván.

Todavía la Inglaterra victoriana se cobraba sus víctimas. Mi madre había descubierto el secreto de aquel extraño club y estaba dispuesta a chantajearlo, consciente de la debilidad de su carácter. Mi padre se sintió de nuevo a su merced. Agachó la cabeza, tomó la caja resignadamente y se subió al desván. En

aquel momento tuve la certeza de que el abandono del rezo del santo rosario iba a traer sobre nosotros una nueva desgracia.

La mesa, el sillón desvencijado y la librería repleta de libros polvorientos, bañados de misterio por la luz mortecina que se filtraba a través de la claraboya, constituían todo el mobiliario de lo que iba a ser, desde ahora, su celda de castigo. Dispuso, en el centro de la mesa, a modo de tabernáculo, el preciado relicario con el brazo incorrupto, se sentó, sacó la pluma estilográfica regalo de tío Roberto, y comenzó a escribir versos llevado por una milagrosa inspiración. Al amanecer sintió una gran paz interior y, perdida la noción del tiempo, permaneció varios días sin salir de su encierro, hasta el punto que hubo que subirle la cama del mayordomo para que durmiese allí. Pasaba gran parte del día en mística contemplación ante la reliquia olvidándose incluso de probar bocado, y en algún momento de éxtasis llegaba a ver moverse los dedos de la mano. Alucinado por el prodigio, se disciplinaba el cuerpo, influido por las teorías freudianas aprendidas en el Club. Intentaba adquirir poderes mentales para luchar contra su mujer, y le pedía a la reliquia el milagro, recitando las enseñanzas del doctor Escudero:

- Voy a encontrar fácilmente el pensamiento positivo y bueno, adecuado para programar en mi cerebro todo el bien que me conviene. Voy a vivir con más paz, con más tranquilidad, con más bienestar y felicidad, con un mayor autocontrol. Me va a resultar mucho más fácil encontrar solución a todos los problemas que me plantea la vida.

Tras repetir esta oración una y mil veces, ayunar todos los días y disciplinarse al anochecer y al amanecer, el brazo incorrupto, al que con tanta fe se encomendaba, obró el milagro y le dio la fuerza necesaria para emprender la cruzada contra su mujer.

Un buen día, abandonó el desván, repuso la reliquia en la mesa del recibidor y volvió a la vida normal convertido en un perfecto *gentleman* hermafrodita. Ya no usaba brillantina para el pelo que se le había rizado con tantas penitencias. Hablaba con gran desenvoltura sin alterarse lo más mínimo y se enorgullecía de ser un ciudadano de Sodoma. Desde ese momento, gracias al completo dominio de su mente, se revistió de la flema británica y con aquellos

modales corteses pero distantes, todas las noches, cuando regresaba del Club, lograba sacar de quicio a mi madre.

- Comptom, deje cuanto tenga entre manos y súbame un whisky a la biblioteca.

- No, no, por favor, no vayas -susurraba ella esperando la inminente llegada del orgasmo.

Pero Comptom, cumpliendo fielmente sus obligaciones de mayordomo, dejaba las delicias que tenía entre manos y le subía el whisky.

- ¿Qué tal va todo Comptom?

- Muy bien señor. Llamó lord Swanson para invitarle a tomar el té.

- Está bien. No se olvide de anotarlo en mi agenda.

- *Lady* Karrington mandó este sobre confidencial para usted.

- ¡Qué pesadez de mujer. Es insaciable!

- Los duques de *Burberry*, también...

- ¡Basta! Es suficiente Comptom. Prepáreme el baño y el smoking que he de salir a cenar esta noche.

Mamá, agazapada detrás de la puerta, seguía toda aquella conversación muerta de celos por los éxitos de papá y sin poder contenerse irrumpió en la habitación.

- ¿Me llevarás a cenar contigo?

- No creo que estés presentable.

- Sí. Ya he solucionado lo de mis piernas. ¿No te has fijado?

- Bueno... no están mal. He de reconocer que Comptom hizo un buen trabajo. Pero... Te falta el estilo y la elegancia de tu hermana.

Había tocado su punto flaco. Lanzó un grito de rabia y dando un portazo se encerró en el cuarto de baño para dar rienda suelta a su llantina. Comptom, que se ocupaba en tomar la temperatura del agua y echar las sales, que tanto le gustaban a mi padre, la contempló sin decir palabra. Papá entró desnudo, como acostumbraba desde que logró el control de su mente, y se metió en la bañera. De aquel oscuro falangista ex-combatiente, que trabajaba en las oficinas del Movimiento de la calle de Alcalá, sólo quedaba en su antebrazo un tatuaje de la División Azul con el yugo y las flechas -un curioso símbolo de los Reyes

Católicos que adoptó la Falange para su escudo-. Comptom miró aquella marca con curiosidad, y mi padre le aclaró orgulloso:

- *Miles gloriosus*. Soldado valiente, Comptom. Yo fui un soldado valiente. Luché junto a los alemanes en el frente de Rusia.

El mayordomo sonrió y, armado de un cepillo, comenzó a frotarle la espalda, mientras ella desahogaba su rabia en un llanto histérico y descompasado secándose las lágrimas con trocitos de papel higiénico.

- Por favor Comptom, aproveche el agua y bañe también a la señora. Le sentará bien.

Y envuelto en su albornoz de rayas blancas y azules, en un gesto de consumada elegancia, abandonó el cuarto de baño.

Viendo salir de casa a papá con el smoking y el bastón de puño de plata, no podía menos de reconocer que aquel siniestro brazo había obrado el prodigio maravilloso de convertir a un simple falangista en un perfecto lord inglés. Sin duda, la mujer asesinada y encontrada a trozos en los lavabos del cine Montera, redimida por el terrible martirio, subió al cielo para formar parte de la Corte Celestial y, a través del brazo, derramaba sus gracias sobre mi padre. Un padre en la plenitud de su poderío que, cuando regresaba a altas horas de la noche, después de haber festejado la memoria de lord Byron, se acercaba indefectiblemente a la habitación de su mujer y, golpeando la puerta con los nudillos, decía en tono grave:

- Vamos Comptom, deje lo que tenga entre manos y súbame un whisky a la biblioteca.

Esta frase, repetida noche tras noche, se hacía insoportable para mi madre que sufría lo indecible ante aquella prepotente actitud, no sólo porque le ocasionaba el *coitus interruptus* en brazos del mayordomo, sino porque además, se sentía postergada y herida en su amor propio. Y un buen día, decidió dar el paso decisivo de su vida.

Con ayuda de Comptom, que conocía perfectamente las interioridades de la embajada y los embajadores, puso en marcha su estrategia para conquistar al cuñado. Ropa interior de color fucsia, el preferido por el embajador. Un ligero con los colores de la bandera nacional, que según Comptom excitaban mucho su

libido. Medias negras con costura. Y un vestido malva de generoso escote para mostrar el inicio de esos senos que parecían querer escapar como palomas. Tras los últimos toques de maquillaje, el mayordomo la contempló reflejada en el espejo y sugirió:

- Para daros una nota de españolidad, que tanto le gusta a vuestro cuñado, deberíais poner también la mantilla y la peineta.

Comptom le ayudó a ponérselas. Luego la olisqueó, con ese gesto de perro pachón característico de los mayordomos ingleses, y al notar una pizca de acidez en sus sobacos, tomó el vaporizador, y la perfumó con *Embrujo de Sevilla*.

Al verla aparecer en su despacho de la embajada, tío Roberto se levantó con cierta dificultad y tras besarla en las mejillas, no pudo reprimir una pregunta:

- ¿Acaso hay toros en Londres esta tarde?

- ¡Oh no! Me arreglé así, sólo para venir a verte.

- Estás elegantísima, cuñada. Eres el vivo retrato de la mujer española.

- ¿Y no me merezco una bienvenida más cariñosa? -preguntó ofreciéndole los labios-

- No sé si debería...

- ¿Por qué no?

- Tu hermana...

- ¿Está aquí?

- No está en *Coventry*, con los *Bradley*, pasando el fin de semana.

- Entonces no tienes excusa.

La lengua sabia de mi madre despertó los genes de tenorio en tío Roberto, dormidos desde el terrible accidente de la India.

- ¿Quieres que nos acomodemos en el diván?

- No me digas que vas a hacerme la escena del sofá así tan de repente.

- ¿Acaso no has venido a eso? -preguntó mi tío con elegante cinismo tomándola de las manos-

Ella le miró lánguidamente con sus ojos de miope color miel. Suspiró hondo para que sus pechos enhiestos subieran y bajaran, y le acarició el bigote con el dedo índice. El bigote del embajador se estremeció con aquel perfume tan español que parecía brotar del canalillo de los pechos de su cuñada.

- ¿Podrías bajarme un poco la cremallera?

Le sobrevino un momento de indecisión pensando en su mujer. Se sirvió una copa de *Bourbon* para tomar fuerzas y, atraído por el cuerpo esplendoroso y el enervante aroma del *Embrujo de Sevilla*, comenzó a bajarle la cremallera. Con el pulso acelerado, bañado en sudor, se detuvo un momento para controlar la respiración. Sacó un pañuelo, se secó la frente, y continuó abriendo los dientes de la cremallera que guardaba el tesoro prohibido. Al aparecer las bragas enmarcadas por el liguero, no pudo reprimirse:

- ¡Qué fantástico, un liguero con los colores de la enseña nacional!

- ¿No besas la bandera?

El embajador, haciendo gala de buen patriota, se arrodilló y la besó con unción mientras ella permanecía en pie como la Victoria de Samotracia acariciándose la melenita color calabaza; pero al ver que tío Roberto desfallecía, tomaron asiento de nuevo en el sofá buscando un pequeño respiro.

- Te veo muy emocionado. ¿Por qué no te quitas la chaqueta y te aflojas el nudo de la corbata?

Parecía que el embajador no estaba hecho para estas guerras y, mi madre, se dispuso a ayudarlo. Le desabrochó el cinturón, introdujo la mano por la cintura y, de repente, cambió de color.

- ¡Qué barbaridad! ¡Qué huevos más duros tienes!

Mi tío se sonrojó sin saber qué contestar.

- Ahora comprendo por qué cada vez que te levantas y te sientas te echas mano a la bragueta para poner en su sitio estos testículos tan pesados.

- Sí, son de marfil -se excusó mi tío-. He de reconocer que a veces resultan incómodísimos.

Mi madre volvió a tocarlos y se oyó el cloc-cloc característico del choque de las bolas de billar. Sonrió sin salir de su asombro y añadió:

- Son fantásticos. Nunca me había dicho nada mi hermana.

- Es una larga historia.

- ¡Cuenta, cuenta! No tenemos prisa.

- Sucedió hace mucho tiempo, estando de agregado en la embajada de Nueva Delhi. Una tarde, a la caída del sol, volvíamos de cazar el tigre a lomos de un

elefante y, al bajar deslizándome por la trompa, me enganché la vejiga con el colmillo del paquidermo y perdí los testículos.

- ¡Qué tragedia, Dios mío! Me da una dentera espantosa. Debió de ser terriblemente doloroso.

- Figúrate.

- ¿Y qué fue del elefante?

- Le descerrajé un tiro en la cabeza. Luego, siguiendo los consejos de un brahamán le corté un colmillo y con el marfil me hicieron dos huevos nuevos.

- Parece una historia de Kipling. Y ¿qué tal te funcionan?

- La erección es un poco lenta, pero el problema principal es que no puedo tener hijos.

Al oír aquella confesión, a mi madre le vino a la cabeza la imagen del primo Ángel. Entonces... Si el marido de su hermana no podía tener hijos ¿de dónde había salido aquel niño tan rubio? Soltó lo que tenía entre manos, se subió la cremallera del vestido y salió a toda prisa de la embajada ante la mirada atónita de mi tío que no acertaba a comprender lo que ocurría.

Tomó un taxi.

- Al 69 de Old Rosse Street. Deprisa, por favor.

Una pregunta le martilleaba el cerebro: ¿Cómo se había quedado embarazada su hermana, si el marido tenía los huevos de marfil?

Al llegar a casa, fue directamente al armario ropero. Olvidado en lo más hondo, colgaba el antiguo uniforme de mi padre de la División Azul. Revolvió en los bolsillos y encontró una vieja cartera de piel. Mezclada entre los papeles, halló la fotografía de mi padre y tía Julia montados en bicicleta paseando por la Gran Vía.

- “Era un chico muy habilidoso y lo hicimos de pie en el portal de casa”.

Se puso lívida y cayó desmayada sobre la cama. El mayordomo tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para reanimarla. Poco a poco, recobró el color y lo primero que dijo fue:

- He de vengarme de mi marido.

- ¿Del señor?

- Sí. Me engañó con mi hermana y es el padre de su hijo.

- ¿Y qué dice vuestro cuñado el embajador? ¿Tenéis pruebas?
- Sí. Las acabo de tener en mis propias manos.
- Pero ¿pruebas de peso?
- Sí, sí. Por supuesto. De mucho peso.
- La solución es más fácil de lo que tú estás pensando, mamá.
- ¡Vaya hombre! ¿Qué haces tú aquí? Desde que has salido del coma apareces siempre en los momentos más inesperados.
- Voy buscando el argumento para un buen guión.
- Pues aquí tienes uno. ¿A ver cómo solucionas el asunto de mi venganza?
- Las películas sobre dramas familiares son siempre un coñazo. La familia es una institución muy complicada.
- ¿No me irás a echar un sermón?
- En absoluto. Sólo tienes que mirar la nuestra para darte cuenta. Las disputas casi siempre suelen ser por cuestión de dinero. Y luego están las ataduras sentimentales donde acabas perdiendo tu privacidad. En fin, que la familia es una falta de libertad.
- Bueno, como discurso no está mal, pero ¿qué hago yo con tu padre?
- La única forma para cortarle las alas a tu marido es quitarle su talismán.
- ¿A qué te refieres?
- A ese brazo incorrupto que venera con tanta devoción.

Se quedaron un momento rumiando mi idea sin decir palabra. De pronto se les iluminaron los ojos. Comptom asintió con la cabeza y fue al recibidor para recoger la caja. Por primera vez mamá tuvo una sonrisa para mí y me acarició el pelo.

- Creo que ya no tienes nada que envidiar a tu primo Ángel.

Buscamos afanosamente un escondite y, al final, metimos la caja con el brazo en el interior de la chimenea y esperamos la llegada de mi padre.

Al sonar las diez en el reloj de la Torre de Londres, sir Francis Brunete de Armas, como le llamaban en el Club, apareció en casa, elegante y seguro de sí mismo. Cerró de un portazo para que todos nos percatáramos de su presencia y aseveró:

- ¡Comptom. Deje cuanto tenga entre manos y súbame un whisky a la biblioteca!

De pronto reparó en que la mesa del recibidor estaba vacía.

- ¿Quién ha tocado el brazo incorrupto? –balbuceó-.

Había perdido su prepotencia. Con el rostro descompuesto se dirigió a nosotros suplicante:

- Ayudadme a buscarlo.

Guiados por él, comenzamos a peregrinar por la casa. Andaba preso de una gran excitación y repetía una y otra vez: ¡No es posible! ¡No es posible! Revisábamos con minuciosidad todos los rincones y, a medida que pasaba el tiempo sin aparecer la preciada reliquia, su desesperación iba en aumento. Al acercarse a mirar por la chimenea, yo mismo le advertí.

- No, no te manches, está llena de hollín.

Metí la cabeza y al momento la saqué nevada de negro.

- No. Aquí tampoco hay nada.

Mi madre volvió a sonreírme por segunda vez aquella noche y sentí nacer una relación de complicidad entre nosotros. El desasosiego del poeta seguía in crescendo. Tras la infructuosa búsqueda, desprotegido de su reliquia, comenzó a encontrarse mal. Se tumbó en el sofá aquejado de agudos dolores estomacales. Pidió que me acercara a su lado y con la voz entrecortada me preguntó:

- ¿Conoces la oración de José Antonio?

- No –respondí tapándome la nariz con disimulo-.

- Pues repite conmigo. “Señor y Dios nuestro José Antonio está contigo. Nosotros queremos lograr aquí la España unida y erecta que él ambicionó. Nos guía el Caudillo. Señor, protege su vida y alienta nuestros esfuerzos para que cumplamos esta consigna suprema”.

Agotado por el esfuerzo quedó en silencio respirando con dificultad y al poco tiempo sobreviniéronle fuertes temblores y una abundante sudoración. Deliraba consignas falangistas y, de vez en cuando, se quejaba de frío y pedía que encendieran un fuego de campamento y le trajeran su boina roja. Ante el lamentable estado que presentaba, mi madre ordenó a Comptom que avisase inmediatamente al doctor.

Había sido un proceso psicossomático extremadamente rápido. Diez minutos antes, llegaba a casa hecho un figurín y rebosando salud y, ahora, se encontraba en un lamentable estado de postración. Sus pupilas se dilataban cada vez más y cuando vio entrar al mayordomo, seguido del médico, sufrió un estremecimiento y exhaló el último suspiro.

El médico sacó unos papeles y observé que se palpaba los bolsillos buscando algo con que escribir. Entonces me di cuenta de que se cumplía el presentimiento que tuve cuando nos visitaron los tíos en la casa de Madrid cargados de regalos; subí rápidamente al desván, cogí la pluma Parker que le regalara tío Roberto y se la entregué al galeno para que firmara el certificado de defunción. El doctor, antes de despedirse, advirtió:

- Este cadáver no me gusta nada, algo me huele mal. Habrá que hacerle la autopsia.

El coche de la funeraria llegó un poco más tarde y se llevó el cadáver. ¡Dios mío qué solos se quedan los muertos! Pero al momento deseché tal idea, pues en realidad los muertos son el no ser, y el no ser es la nada o la carencia absoluta de todo. Por eso, aquella visión de mi padre muerto era sólo un efecto óptico, porque papá ya no existía, y cuando uno no existe, no puede estar solo. El único inconveniente de los muertos es que nos hacen víctimas de sus recuerdos.

Mi madre se puso aquella noche un camisón negro y a mí me cosió un brazalete del mismo color en la manga del pijama. Me dio las buenas noches con un beso. Hizo la señal de la cruz sobre mi frente para que se alejaran los malos pensamientos y, mientras Comptom observaba todo el ritual sin comprender la extraña costumbre de los lutos, me arropó y me volvió a besar en la frente como si todavía fuera un niño.

Se apagaron las luces de la casa. La oscuridad y el silencio nocturno lo invadieron todo y me dormí pensando en Dorothy, la impenetrable hija del reverendo Flanagan, con la esperanza de una dulce polución nocturna.

A media mañana se presentaron en casa dos inspectores de Scotland Yard. Durante la autopsia, habían encontrado en el antebrazo de mi padre un tatuaje con el escudo falangista que despertó sus sospechas. Inglaterra mantenía una orden de busca y captura sobre media docena de soldados españoles de la

División Azul a los que acusaba de un turbio asunto de espionaje y secuestro durante la guerra con Alemania; por eso, al descubrir el tatuaje, pensaron de inmediato que Francisco Brunete de Armas podría ser uno de los buscados. Los policías registraron la casa y recogieron todos sus efectos personales. Se llevaron papeles, libros, ropa e incluso el tubo de pasta de dientes donde los espías solían guardar los microfilms. Menos mal que no descubrieron el brazo oculto en la chimenea.

Aquella misma tarde, alrededor del ataúd cubierto con la bandera nacional, celebramos el funeral. Un grupo de amigos del Club de los Poetas Locos cantó los salmos del Apocalipsis contoneándose al ritmo de la melodía *Hermosos son tus pechos y tus caderas - Cual ánfora griega con vino de Éfeso - Dejad Señor que sacie en ella mi sed*. A tío Roberto todavía le duraba la excitación del día anterior. No apartaba los ojos de los pechos de mi madre y cuando se acercó para darle el pésame, en el prolongado abrazo, se oyó el cloc-cloc de sus huevos, a causa de una intempestiva pero milagrosa erección. Tía Julia, anegada en un océano de lágrimas, me estrechaba contra su pecho despertando en mí todas las apetencias al comparar su cuerpo con el de Dorothy. Llenándome de besos de consuelo, me susurró:

- Te espero mañana a las cinco. No digas nada a nadie.

El primo Ángel, que sin saberlo se había quedado huérfano de padre, dirigió una oración por el muerto finalizando con un *Requiescat in pace*, y el encargado de la funeraria preguntó:

- ¿Lo quieren quemado o prefieren...?

- Queremos que las cenizas quepan en esta caja de Farias.

Mientras el fuego eterno del horno cumplía su trabajo, se acercó un caballero muy bien trajeado y le explicó a mi madre:

- Señora, soy el representante de la Lloyd's. Como usted sabrá, la embajada de España tiene concertada con nosotros una póliza de vida de todos sus empleados. Le esperamos la próxima semana para hacerle efectivo el pago de dicha póliza.

Le entregó una tarjeta, hizo una inclinación de cabeza y desapareció.

Como ocurre en los funerales, todos los asistentes tuvieron una frase amable para el difunto, y en cuanto finalizaron de dar el pésame, tío Roberto, tía

Julia, el primo Ángel, mi madre y yo, nos fuimos a tomar el té llevando a papá debajo del brazo en la cajita de Farias.

Aquella noche ya no apareció mi padre pidiendo a Comptom que le subiera un whisky a la biblioteca. Estábamos sentados en la cocina y por un momento, sin saber cómo ni por qué, los sentimientos nos delataron: mamá y yo nos miramos con los ojos humedecidos. Comptom que estaba preparando un ponche, dejó la bandeja sobre la mesa y sentándose junto a ella le tomó la mano y por primera vez sus labios esbozaron una sonrisa. Toda aquella frialdad que parecía acompañar al inglés, era una máscara para ocultar el enamoramiento que sentía, pues tal como les ocurrió al sargento y al teniente de caballería, la condición enamoradiza de mi madre hacía que los hombres, más que atraídos, se sintieran fuertemente enamorados. Les dejé solos y me fui a ver la televisión.

Estaba desvelado sin poder conciliar el sueño a causa de la cita con mi tía. Desde que salí del coma profundo, la seducción que sobre mí ejercían las mujeres iba en aumento, y deseaba acercarme a ellas en busca de un roce o una caricia. Menos mal que encontré a Dorothy que calmó mis primeros apetitos, pero la prohibición de entrar en la gruta del placer, me empujaba cada día con más fuerza a descubrir lo que allí se encerraba. Tía Julia, siempre tan cariñosa para el beso y el abrazo familiar, con su eterna sonrisa, el pelo encendido y aquellos pechos que me atraían como imanes, era el oscuro objeto de mis deseos. Llegué puntual al domicilio particular de los embajadores. Una doncella culipava me acompañó hasta el saloncito donde me esperaba mi tía para tomar el té.

No sé cuánto tiempo estuvimos juntos, pero al despedirme, todavía con los ojos llenos de estrellas, sólo tuve fuerzas para preguntar:

- ¿Tía, puedo volver mañana?

- Por supuesto. Hoy ha sido la primera lección. Me he acordado mucho de tu padre.

- De pie, debió resultarte muy incómodo.

- Pero fue la primera vez y eso no se olvida.

- Tienes razón tía. Tampoco yo lo olvidaré.

A la mañana siguiente estalló el escándalo. Al analizar todas las pertenencias encontraron la famosa fotografía en donde mi padre, luciendo la

cruz de hierro alemana sobre la guerrera del uniforme, montaba en bicicleta acompañado de tía Julia. Este hallazgo confirmaba su pertenencia a la División Azul y, al fijarse detenidamente en la fotografía, descubrieron que su acompañante era la actual esposa del embajador de España. En la sección de internacional del *Times* apareció la foto con el siguiente pie: "*Un antiguo miembro de la División Azul que colaboró estrechamente con las fuerzas alemanas, lleva de paseo en su bicicleta a la esposa del actual Embajador de España en Londres. ¿Puede tolerar el gobierno de su Majestad que sus relaciones con España estén en manos de antiguos simpatizantes del régimen de Hitler?*".

La noticia le estropeó el desayuno a tío Roberto. Se levantó hecho una fiera, se acercó a la cama de tía Julia y le espetó:

- No sabía que tu difunto cuñado era el padre de nuestro hijo. Podías haber elegido mejor. ¡Un falangista! ¡En menudo lío me has metido!

El primer secretario llamó a la puerta de la habitación.

- Adelante Troncoso.

Entró sofocado, agitando los periódicos de la mañana como si quisiera desprender de ellos la noticia del escándalo.

- Tranquilícese hombre. Llame al *Foreign Office*, hablaré con lord Evans. Usted ocúpese de mandar un desmentido a la prensa negando cualquier tipo de relación mía con Alemania.

Durante toda la mañana los teléfonos entre la Embajada y el Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid echaron humo para evitar a toda costa cualquier incidente diplomático. El Ministro en persona habló con mi tío.

- Amigo Roberto, discreción. Mucha discreción. Abjure usted de los alemanes si hace falta, pero que de ningún modo trascienda a la prensa lo de sus huevos. Tal como están las cosas con los ingleses, podría ser el fin de su carrera diplomática.

- No se preocupe señor Ministro. Éste es un secreto entre mi mujer y yo.

- Pues guarden el secreto por encima de todo. La patria lo exige, amigo Roberto.

- Sí señor Ministro. A sus órdenes. ¡Arriba España!

El Ministro colgó el teléfono.

A mediodía, durante el almuerzo, entre el rosbiff con salsa de menta y el puding de manzana, tío Roberto volvió a insistir:

- Julia, prométeme que nadie sabrá una palabra de lo mío.

- Sí, pero deberías tener más cuidado y no echarte la mano a la bragueta cada vez que te sientas o te levantas. Al final la gente acabará sospechando algo.

Era demasiado tarde. Al día siguiente, en la viñeta de humor del *Sunday Mirror*, se veía al embajador de España, montado sobre un elefante, a las puertas de la verja del Peñón de Gibraltar con la siguiente leyenda: "*El embajador de España no tiene huevos para pedir Gibraltar*".

¿Cómo había podido trascender a la prensa el secreto de tío Roberto? Aparte de tía Julia, sólo mi madre había hecho sonar el cloc-cloc de sus huevos de marfil y, aconsejada por Comptom, remató su venganza contándoselo al periódico. Aquella familia modelo que durante tanto tiempo fue el punto de referencia de sus celos tenía los días contados.

Cuando el *Sunday Mirror* llegó a Madrid, se conmocionó el Ministerio de Asuntos Exteriores. El Secretario General tuvo su correspondiente ataque de asma. Apenas se repuso, llamó al jefe del gabinete técnico y al encargado de las relaciones con Europa. Todos se echaron las manos a la cabeza y pasaron el periódico al Ministro.

- ¡Lo sabía. Lo sabía! Ese imbécil de Retuerto ha sido incapaz de ocultar lo de su prótesis.

Al Ministro se le presentaba ahora el problema más espinoso. Tenía que dar la noticia a su Excelencia el Jefe del Estado. Preocupadísimo por la reacción de Franco, partió hacia el Pardo.

El palacio estaba envuelto en un silencio blando de algodón impregnado en aceite alcanforado, y los personajes que lo habitaban, circunspectos y de edad madura, se movían sigilosamente como viejos fantasmas. Eran todos antiguos excombatientes de la Guerra Civil orgullosos de estar al servicio del Caudillo.

- Parece que trae usted malas noticias -le saludó el Jefe de la Casa Civil.

El Ministro, abrumado por la responsabilidad, no contestó. Atravesó el salón de los siete pecados capitales acompañado por un ujier que cojeaba a causa

de una herida de guerra, y tras ser cacheado por la policía especial, tomó asiento en la antecámara esperando que el peluquero terminara de recortarle el bigote a Su Excelencia. Media hora después, el secretario particular abrió la puerta del despacho. Franco, embutido como una morcilla dentro de su uniforme de Capitán General, sentado en un sillón, sin que los pies llegaran a tocar el suelo, contestó al saludo del Ministro.

- ¿Qué os trae por aquí querido Ministro?

Abrió su cartera oficial, sacó un ejemplar del *Mirror*, lo dobló por la página donde venía el chiste y se lo entregó a su Excelencia. Franco lo observó a través de sus gafas de media luna, y devolviéndoselo, sentenció con su voz de tiple ligera:

- Estos ingleses además de masones son unos inmorales.

- Tiene usted razón, Excelencia. Es una inmoralidad.

- Bien, bien, Ministro. En ese caso, ordenad a la policía que retire ese periódico de los quioscos y que no se distribuya por España. Asunto terminado.

El Ministro se despidió admirado de la perspicacia de aquel anciano que, iluminado por el Altísimo, había tomado la resolución más acertada para el escabroso problema que a punto estuvo de desencadenar un gravísimo incidente diplomático.

Tan pronto regresó al Ministerio, cursó las oportunas órdenes y destituyó fulminantemente al embajador en Londres. Nunca le gustó la actitud mundana y presuntuosa de Roberto Retuerto, y ésta era una magnífica ocasión para alejarle de un puesto de tanta responsabilidad.

- Esta vez ha ganado tu madre.

Fue lo primero que me dijo tía Julia cuando al día siguiente del escándalo, a las cinco de la tarde, llegué de nuevo a la embajada para tomar el té. Tuvo el buen gusto de no mencionar los celos de su hermana y puso toda su sapiencia en la segunda lección magistral, introduciéndome en el jardín de las delicias de las

zonas erógenas. Estuvo sencillamente divina, y yo creí encontrarme en los brazos de los ángeles al comprobar la naturaleza multiorgásmica de mi querida tía.

Pero ya no hubo tercera lección. A primera hora del día siguiente, tío Roberto, tía Julia y el primo Ángel abandonaron Londres con destino al consulado de un país perdido en el lejano Oriente.

El rostro de mi madre no podía ocultar la alegría del triunfo sobre su hermana. Habían sido muchos años de perdedora y tuvo la sensación que a partir de ahora iba a ser ella la gran protagonista. Con la tarjeta que le entregara el caballero de la Lloyd's durante el funeral, se presentó en las oficinas. Junto a la póliza de seguros se había protocolizado un testamento, y el encargado de siniestros que llevaba el caso, tras ofrecerle un té, inició la lectura del farragoso documento poniendo gran énfasis en el relato.

- Si pudiera usted abreviar...

El funcionario, un actor fracasado, que, por su afición a los grandes parlamentos, disfrutaba leyendo como si declamara a Shakespeare, accedió de mala gana.

- En resumidas cuentas, usted tiene que cobrar 2.000 libras esterlinas por el fallecimiento de su marido. Según lo establecido en el testamento, recibirá ahora 200 libras y las otras 1.800, siguiendo la última voluntad del finado, se le harán efectivas en estas oficinas cuando traiga el justificante de haber depositado en la cripta del Valle de los Caídos las cenizas de su marido.

Dieciocho años de vida en común con el falangista le iban a valer 2.000 libras. Le vendrían bien para iniciar una nueva vida. ¿Pero, a santo de qué deseaba su marido que le llevaran al Valle de los Caídos? En fin, ganas de dar la lata hasta después de muerto. Cogió las 200 libras y salió a toda prisa camino de casa.

En cuanto abrió la puerta, le faltó tiempo para gritar.

- ¡Comptom, Comptom! ¿Dónde está la caja de Farias?

- ¿Para qué quiere usted esa porquería, señora?

- ¡Vale 2.000 libras Comptom!

Era un argumento de peso y el mayordomo explicó:

- Esta mañana vi a su hijo en el jardín con la cajita.

Me sorprendió debajo del magnolio, dando los últimos toques a mi obra de arte. Había construido una cruz de madera y en el centro puse la foto de papá que recorté del *Sunday Mirror* con una leyenda que decía: *R.I.P. Aquí yace Francisco Brunete de Armas. Tu esposa e hijo no te olvidan.* Al no ver la caja, mi madre preguntó asustada:

- ¿Dónde está tu padre?
- Acabo de enterrarlo, mamá.
- ¡Saca inmediatamente la caja!
- No puedo, si no traes un permiso para la exhumación.
- No seas memo. Esa caja vale 2.000 libras.

En menos de un minuto desenterré la caja de Farias. No estaba dispuesto a que en mi casa volviese a faltarnos el dinero.

Después de cenar, mamá preparó la maleta, y colocó entre su ropa interior la caja de Farias con las cenizas, debidamente cerrada con un trocito de celo. Luego, sentada ante el espejo del tocador, el mayordomo le sujetó los rulos envolviéndolos con la redecilla, le aplicó la leche hidratante de siempre-vivas, le preparó dos almohadas para que no se estropeará el peinado y se metieron en la cama.

- Por favor, Comptom escuche bien lo que le digo. Mañana en cuanto hayamos abandonado Londres, deshágase del maldito brazo.

- Creo que la señora no debería precipitarse.

- ¿Pero no se da cuenta de que si la policía lo descubre, puede acusarle a usted de encubridor?

- Yo no me desprendería de esa reliquia milagrosa por nada del mundo.

- ¿No me diga que un inglés escéptico como usted puede creer en esas cosas?

- Vistos los efectos que obró en su marido, no cabe duda que ese brazo tiene poderes especiales.

- ¡Pero Comptom!

- Usted no conoce las dificultades que va a encontrar en su país. Lléveselo. Le aseguro que le dará suerte.

A la mañana siguiente, Comptom, sacó la caja con el brazo incorrupto del interior de la chimenea y me llevó al estudio de su amigo, el famoso fotógrafo Peter Greenwald.

- ¡Vaya! ¿De dónde has sacado este muchacho tan elegante?
- Tengo un presentimiento y me gustaría conservar un testimonio gráfico.
- ¿Presientes que va a llegar a Ministro?
- Me refiero al brazo.
- ¿De dónde has sacado esa porquería?
- Es una reliquia del chico.

Yo no había abierto la boca. Me miró fijamente y esbozando una sonrisa sentenció:

- Hay que ver la afición que tienen estos españoles a las reliquias.

Mister Greenwald era conocido en todo el mundo, gracias al invento del “Retrotiempo Inglés”, un curioso sistema de lentes plano-convexas que producía en el negativo, el rejuvenecimiento de la persona retratada; con lo cual se podía complacer a las señoras que siempre deseaban parecer jóvenes, sin arrugas y otras imperfecciones. Yo, que ya empezaba a tener cierta dosis de coquetería, le pedí al fotógrafo que me dejara como de siete añitos cuando hice la primera comunión.

Acopló el sistema óptico adecuado, me colocó junto a una mesita, dispuso sobre ella la caja con el brazo incorrupto, y el relámpago del flash me congeló, lleno de inocencia, para la posteridad en una placa de halogenuro de plata.

Por la tarde, antes de salir para el aeropuerto, mi madre, como hiciera antes de abandonar Madrid, volvió a sujetarme el brazo al cuerpo con esparadrapo, y quedó flotando en el aire la manga vacía de la chaqueta, donde había cosido un brazalete negro, como señal de luto por la muerte de papá, que me daba un aire serio y circunspecto. Parecía un “Mutilado por la Patria” de aquellos que, tenían asiento reservado en los autobuses y en los cines de la España de posguerra.

- Procura no perder la caja –me dijo Comptom-. Vuestra suerte depende de ella.

¡CLICK!

El doctor Sivera desconectó el magnetófono.

- Por hoy es suficiente.

- No estoy cansado. Si quiere puedo continuar.

- No, no. Está bien. Si conserva la foto que le hicieron en Londres tráigamela el próximo día.

- ¿Cree que puede ser interesante?

- No sea impaciente. Su mente es un puzle prodigioso y cualquier pieza puede ayudarnos a completarlo.

- ¡Ah! Claro que sí. Ahora que dice lo del puzle, recuerdo una película de Hitchoch en la que a Anthony Perkins le acusaban de asesinato y...

- Por favor, por favor, señor Brunete. Olvídese por una vez del cine y límitese a traerme la foto el próximo día.

- ¿Y cómo ve mi personalidad? ¿Le sigo pareciendo una persona fría y calculadora?

- Pues...No le diría que no. Existe, sin duda, un comportamiento atípico en su manera de actuar que...

- ¿Quiere decir que no soy una persona normal?

Me miró, molesto por la insistencia, e intentó sosegar mi ánimo.

- Tenga calma. Acabamos de empezar. No pretenda sacar conclusiones. Procure distraerse durante el fin de semana.

La enfermera me acompañó hasta la puerta; todavía llevaba la sonrisa prendida en sus labios afrutados.

El martes a las cinco de la tarde me presenté en la consulta del psiquiatra con la foto. No pude vencer una tentación de coquetería y se la mostré a la enfermera pelirroja que se parecía a tía Julia. Le faltó tiempo para llamar a la morenita.

- Ves como se parece a Paul Newman.
- Me he permitido traerles unos bombones.
- Es usted muy amable

El doctor Sivera nos sorprendió a los tres comiendo bombones en animada conversación, pero no pareció darle importancia.

- Bien. Bien, Francis, me alegro de verle más relajado. Pase al despacho y tumbese.

Se puso la bata blanca, corrió las cortinas para atenuar la luz y se sentó junto a mí.

- Ya sabe que a cada cinta solemos ponerle un título. La primera fue "Madrid de Posguerra". ¿Qué me sugiere para la del último día?

- Podría titularla "Londres. Mi primer muerto".
- Excelente. Es un bonito recuerdo de su padre. ¿Y la de hoy?
- "El Valle de los Caídos"

CINTA N° 3

EL VALLE DE LOS CAÍDOS

El escenario de mi infancia estaba totalmente transformado. Tuve la sensación de que había transcurrido un siglo desde que abandonamos Madrid. El

Plan de Desarrollo, puesto en marcha por los Ministros opusdeístas de Carrero Blanco, había dado sus frutos y en los descampados, a la sombra de altas grúas, crecían enormes bloques de viviendas colmeneras, con la placa de latón sobre el dintel de la puerta mostrando el yugo y las flechas y la leyenda “Viviendas de protección oficial”.

Sin preguntarle nada, el taxista, un individuo ilustrado en política y sexo, nos explicó durante el trayecto, que en los altos organismos y en los ministerios mandaban los tecnócratas de misa diaria, en constante pugna con los de Falange. Que las furcias de postín alternaban en Chicote, cita obligada para los señores de provincias que venían a Madrid a tramitar asuntos en los ministerios, y que seguían, inasequibles al desaliento, las famosas putas de la calle Ballesta y adyacentes, para estudiantes y empleados, aliviadas ahora por el feliz descubrimiento de la penicilina. Nos contó que Franco seguía inaugurando pantanos y pescando cachalotes. Y que el todopoderoso Tío Sam, reencarnado en la figura de Eisenhower, le había otorgado su bendición en una visita memorable, mientras los españoles emigraban a la próspera Europa para poder comer.

En las calles apenas se veían falangistas, pero permanecía inalterable la pléyade de militares uniformados, y recordé las buenas relaciones que tuvimos en mi casa con el estamento militar que tanto nos ayudó a soportar las carencias alimenticias de aquel tiempo. Abundaban también los curas con sotana a los que se acercaban los niños para besarles la mano y recibir una estampita. Se veían las paseadoras de cofia blanca y delantal almidonado empujando aquellos carros de ruedas altísimas, y en la Plaza Mayor, donde mi madre conoció al sargento Benito y el teniente Centella, continuaba reuniéndose la soldadesca y las chicas de servicio.

Nos registramos en el Hostal Burgalés, en la Puerta del Sol, como lady Amp y Francis, pensando que aquellos nombres ingleses serían más apropiados para llevar a buen fin, nuestras gestiones, tal como nos aconsejara Comptom. Tras dejar la maleta y la caja con el brazo incorrupto, nos fuimos a comer al restaurante de la Cuesta de Moyano donde nos llevaba el bueno de Benito, aquel sargento de caballería que murió a consecuencia de una cox.

- ¿Te apetece recordar el pasado? Te advierto que la nostalgia es mala compañera.

- No importa. Guardo buenos recuerdos de los hombres que se cruzaron en mi vida.

- ¿Incluso de papá?

- También tuvo algún buen momento.

- ¿Te gustaría volverte a casar?

- ¿Estás loco? El matrimonio es un invento de las religiones para mandar sobre las parejas y fomentar la reproducción.

- Además, por lo que vi en casa, la convivencia debe ser una cuestión muy difícil.

- Sí, hijo, sí. No se te ocurra casarte. A no ser que sea un buen negocio.

Apenas había cambiado la decoración. El dueño del restaurante, un hombre alto y huesudo que siempre le puso a mi madre muy buenos ojos de cintura para arriba, se quedó mirándola y ella le preguntó con coquetería:

- ¿Se acuerda de mí?

- ¡No me voy a acordar! Era usted la mujer más hermosa que pisaba este restaurante. Si no hubiera sido por sus piernas, seguro que en vez de un sargento habría venido del brazo de un capitán general.

- ¿Y qué le parecen ahora? –le preguntó subiéndose la falda por encima de la rodilla.

Se sonrojó. No daba crédito a lo que veía. Hizo un esfuerzo y preguntó:

- ¿Puedo tocarlas?

- Por supuesto.

Las acarició con suavidad como si pasara la mano por el lomo de un gato.

- ¡Divinas! Sencillamente divinas. Permítame que le presente a un buen amigo especializado en estas cuestiones. Hizo una señal y se acercó un señor calvo de mediana edad, bien trajeado, con cara de luna llena y un curioso tic en los párpados.

- Don Jordi Casadevall, fabricante de medias de Barcelona.

Nos dimos la mano.

- ¿Qué le parece? ¿Ha visto usted algo de estas características?

Mi madre había puesto el pie sobre la mesa para mostrar mejor la pierna y el catalán la contempló detenidamente.

- Toque, toque –le animé-.

La acarició con mucha profesionalidad usando el anverso y el reverso de la mano.

- No cabe duda que es la pierna más perfecta que he visto en mi vida. ¿Le interesaría posar para un anuncio de mis medias?

- ¿Qué te parece Francis?

- No creo que haya ningún inconveniente.

- En ese caso, trata tú con el señor Casadevall de las cuestiones económicas. A ver si se notan los estudios de comercio.

Se sabía poseedora de la belleza, un arma letal con la que estaba dispuesta a ir por la vida sin someterse a privaciones. Desde que salí del coma había descubierto que a mamá la envolvía un encanto singular que encerraba un misterio muy apetecible de descifrar. Atraído por ese misterio, el fabricante de medias de Barcelona ofreció 20.000 pesetas por fotografiarle las piernas.

Tenía la certeza de que ahora, solo con mi madre, se abría una nueva etapa en mi vida y las cosas iban a funcionar mucho mejor por esa gracia especial que tenía ella para conseguir dinero, un elemento imprescindible para la buena vida que tanto nos gustaba a los dos.

Desde Cibeles subimos hacia la Plaza de España. En el Círculo de Bellas Artes, sumergidos en la gran pecera de humo y aburrimiento, se amojamaban un grupo de viejas glorias literarias, sentadas en enormes butacas de mimbre, ante el sempiterno cafelito español, esperando que les llegara la inspiración. Los comercios de la Gran Vía, remozados por la influencia americana del plástico y el neón, daban fe de que la guerra hacía veinticinco años que había terminado. Mi entrañable cine de barrio, donde tantas veces soñé la vida en technicolor en compañía de la Metro, la Fox y la Paramount, ya no existía, y su lugar lo ocupaba una entidad bancaria de las muchas que crecían por Madrid.

Al anoecer, cansados de rememorar tantos recuerdos, volvimos al hostel. La dueña, doña Rebeca, una cuarentona de muy buen ver, antigua bailarina de la compañía de Celia Gámez, nos acogió con una sonrisa. Usaba el

mismo perfume que tía Julia, y entre botón y botón de la blusa negra de organza, dejaba vislumbrar su generoso pecho. Sentí deseos de besarla. Parecía una niña grande y su voz, mezcla de argentina y sefardita, me atraía invitándome a perderme en sus dulces profundidades.

- Les he preparado una habitación exterior con dos camas y van a estar ustedes divinamente. Ahora quiero que conozcan a los huéspedes.

Nos llevó hasta el comedor y, desde la puerta, fue señalando cada una de las mesas mientras explicaba:

- Aquellos cuatro señores son viajantes de comercio. Esa parejita tan rica viene todos los años en viaje de novios desde Orense para celebrar su aniversario. Estos tres señores de luto, son viudos, jubilados de Tabacalera, y están de clientes fijos. -Los comensales nos saludaron haciendo una ligera inclinación de cabeza y la dueña añadió-: Digan, digan ustedes cómo se les trata aquí.

- Como en casa -contestaron todos al unísono, acostumbrados a este tipo de presentaciones de doña Rebeca-.

- Y aquel señor del fondo, el del bigote, es don Laureano, un ejecutivo que viene todos los fines de semana acompañado de sus dos sobrinas.

Mi madre esbozó una sonrisa y doña Rebeca le aclaró.

- No, no. No piense usted mal. Las chicas estudian para monjas. Son muy aplicadas.

El viejo camarero nos sirvió la cena triste de la pescadilla, la lechuga y la naranja. Antes de retirarnos a dormir, doña Rebeca, que no apartaba los ojos de la caja de madera con el asa, sugirió:

- Si llevan algún santo en la cajita pueden ponerlo sobre el aparador. En esta casa somos todos muy católicos.

- No, no -contestó mi madre-. No se trata de ningún santo.

- Ya me parecía a mí, porque ustedes tienen pinta de extranjeros. Pero les advierto que si se trata de embutido o jamón, está terminantemente prohibido llevar comida a las habitaciones.

- No se preocupe. La caja contiene dos botellas de sangre fresca para mi hijo que es tuberculoso.

- ¡Quién lo diría con esa planta! Si quiere, se la podemos guardar en la nevera.

No pudo negarse y dejó la preciada reliquia en manos de la hostelera para que el brazo incorrupto durmiera en el frigorífico. Al fin y al cabo, era el mejor sitio para estar al abrigo de miradas indiscretas.

A la mañana siguiente, antes de salir de la habitación, pusimos la caja de Farias con las cenizas de papá en una bolsa de El Corte Inglés y, dispuestos a cumplir su última voluntad, tomamos un taxi para ir al Valle de los Caídos.

Al llegar, nos quedamos anonadados. En plena sierra de Guadarrama, sobre un imponente risco, se alzaba una cruz monumental más alta que un rascacielos de 50 pisos. A sus pies, en la explanada de 30.000 metros cuadrados – según rezaba el folleto publicitario- la inmensa abadía formaba una enorme plaza que daba entrada a la cripta principal. El gran mausoleo mandado construir por el General Franco para su descanso eterno, acompañado por los caídos y excombatientes de la Guerra Civil. Soplaban un vientecillo suave y agradable que traía el aroma de los grandes pinares cercanos. Saltaba a la vista que el Caudillo había elegido un lugar majestuoso, enmarcado en un paisaje único, en cuyo fondo sobresalía la octava maravilla del mundo, el Monasterio del Escorial, donde dormían su último sueño los reyes de España.

Al no venir nosotros por ninguna de las agencias del I.N.I. (Instituto Nacional de Industria), empresa responsable de los servicios funerarios, nos dirigieron al Prior del monasterio, fray Justo Pérez de Urbel, para solicitar el oportuno permiso de enterramiento gratuito, al que teníamos derecho dada la condición de ex-combatiente de mi padre. Recorrimos una larguísima galería porticada hasta llegar a un austero despacho presidido por un cuadro de Zurbarán. Mientras esperábamos, mi madre sacó de la bolsa del Corte Inglés la caja de Farias y la depositó sobre la mesa. Luego dobló la bolsita de plástico y se la guardó en el bolso esperando la llegada del prior.

Fray Justo, pequeño, enjuto y calvo, con gafitas redondas de montura de oro, entró sonriendo y nos ofreció su mano sarmentosa para que se la besáramos.

- ¿A qué se debe vuestra visita? -preguntó con el tuteo propio de los poderosos mientras tomaba asiento-

Antes de que mi madre pudiera contestar, al ver la caja de Farias en su mesa, se le iluminaron los ojos.

- ¡Vaya hombre, Farias de Alicante! Éste sí que es un buen detalle.

Tomó la caja entre sus manos, y acercándosela a la nariz, la olisqueó con delectación.

- ¡Son magníficos, señora! Es un regalo digno de agradecer. Dios se lo pagará.-
Y sin soltar la caja añadió:- Dígame en qué puedo servirles.

Mamá señaló con la mirada la caja de puros sin atreverse a hablar.

- Sí, sí. Ya le he dicho que los Farias me gustan mucho y se lo agradezco, pero dígame qué puedo hacer por ustedes.

- Queríamos depositar en la cripta las cenizas de mi marido que fue falangista y ex combatiente.

- ¡Ah! Muy bien, muy bien. Es una idea excelente que les honra. Éste es el lugar ideal para que reposen las cenizas del guerrero. No hay problema. ¿Han traído las cenizas y los papeles?

- Las cenizas están ahí... En la caja de Farias.

A Fray Justo le cambió el semblante. Soltó la caja de puros que tenía entre las manos con un gesto de asco, y preguntó en tono desabrido:

- ¿Y los papeles? ¿Han traído los papeles?

- No, no sabíamos...

- Lo siento. Sin papeles no podemos hacer nada. Necesitan partida de nacimiento, certificado de buena conducta, carnet del Frente de Juventudes, libro de familia, certificado de ex-combatiente, nota de la Dirección General de Falange, certificado de defunción y certificado de adhesión al Glorioso Movimiento Nacional.

Se levantó dando por terminada la visita y señalándonos la puerta con el dedo índice, como si fuera el ángel que expulsó a Adán y Eva del paraíso, gritó:

- ¡Váyanse inmediatamente y llévense esa maldita caja!

Metimos la caja de Farias con las cenizas de papá en la bolsa del Corte Inglés y salimos a toda prisa.

En el gélido atardecer, de regreso a Madrid, el cielo se cubría de colores fúnebres y si no hubiera tenido la certeza de que aquellas cenizas eran la nada, habría pensado que papá se estremecía de frío en la caja de Farias.

Mi mamá apoyada en el respaldo del asiento, permanecía en silencio viendo desfilan el paisaje a través de la ventanilla. Aquel vestido negro con el cuellecito de encaje blanco la rejuvenecía dándole cierto aire de colegiala traviesa. Los buenos oficios de Comptom saltaban a la vista y contemplándola con aquel aspecto tan adorable y encantador, recordé las dos tardes de ensueño pasadas con su hermana Julia y comencé a enamorarme de ella mientras mi cabeza buscaba la felicidad sobre su regazo.

Como habíamos acordado el día anterior, el fabricante de medias de Barcelona nos esperaba en el estudio del fotógrafo Gyenes, un húngaro que llegó a España huyendo del régimen comunista. Gyenes era el gran maestro, el supremo divo de la fotografía, el fotógrafo oficial del régimen de Franco, de los políticos, de los artistas y, sobre todo, de la buena sociedad. Por primera vez en su vida, había accedido a realizar unas fotografías publicitarias.

Sentó a mi madre en un sillón isabelino donde solía retratar a los Ministros y le pidió que pusiera las piernas sobre la mesa para que mostraran toda su belleza. El señor Casadevall se las frotó suavemente a fin de eliminar las arrugas de las medias y alinear debidamente la costura, mientras Gyenes colocaba las luces y miraba a través del cristal esmerilado componiendo el encuadre.

Después de cada fotografía, por indicación del fabricante de medias, mi madre iba remangando la falda un poquito más, hasta que, en un momento dado, quedó el ligero al descubierto.

- ¡Fantástico! ¡Fantástico! ¡Es una idea magnífica para la campaña!

El ligero llevaba los colores de la bandera nacional. Era el mismo que usara la tarde que descubrió los huevos de marfil de su cuñado el embajador. Nunca comprendí la manía de mamá por lucir en su ropa interior la bandera española, hasta que un día me confesó que en tiempos de nacionalismos exacerbados causaba magníficos efectos sobre los políticos.

- Será un éxito don Jordi –exclamó el fotógrafo-. Es una combinación perfecta. Las medias y la bandera nacional. Seguro que el Ministerio de Turismo subvencionará la mitad de la campaña. Éstas son las ideas que le gustan a don Manuel.

El fabricante catalán, siempre deseoso de hacer patria, preguntó:

- ¿Y si pusiéramos la cuatribarrada?

Gyenes, que era muy adicto al Régimen, le atajó:

- Calle hombre ¡Por Dios! No querrá usted que nos metan en la cárcel.

Quién le hubiera dicho a los quince años, cuando a la pobre le crecieron vedijas en las piernas, que iba a servir de modelo para un anuncio de medias.

- Creo que con estas fotos vamos a hacer una gran campaña -dijo el señor Casadevall entregando a mi madre el dinero prometido-.

- Me alegro de que al fin mis piernas hayan servido para algo.

- No sea modesta. No sólo sus piernas, sino toda usted sirve para muchas cosas.

Permítame que le diga que es un compendio de belleza.

Le había tocado su punto flaco y no pudo reprimir una sonrisa de coquetería.

- Ustedes los catalanes son muy amables.

El vendedor de medias fue directamente al grano.

- Me gustaría invitarla a cenar esta noche.

- Lo siento, pero tengo que ocuparme de mi hijo.

- Por Dios mamá. Ya no necesito que te ocupes de mí.

- Entonces –sonrió el señor Casadevall-, deje al nano cenadito y acostado, y yo paso a recogerla a las diez.

- De acuerdo. Le espero a las diez.

El fantasma de los celos aparecía frente a mí. Aquel hombre gordo, casado, calvo y pequeñito me robaba la novia en un santiamén y además se permitía el lujo de llamarme enano cuando yo le pasaba dos cuartas por encima de su cabeza.

La duermevela resultaba interminable esperando el regreso de mi madre y me hacía un sinfín de preguntas, mientras oía sonar las campanadas del reloj de la Puerta del Sol. Tan pronto sentía calor, como me arrebujaba en la manta aterido de frío. Los pensamientos más dispares giraban en mi cabeza y los caprichos de Goya parecían dibujos de Walt Disney al lado de las imágenes que

alumbraban mi cerebro, protagonizadas por mamá y el señor Casadevall. Al fin, meditándolo con serenidad, en un momento de lucidez, comprendí que no valía la pena enamorarme de mi madre. El mundo estaba lleno de mujeres. Allí mismo, en la habitación del fondo, dormía una mujer cautivadora.

Me acerqué a la habitación de doña Rebeca. Se oían bisbiseos y unos chasquidos mezclados entre jadeos y hondos suspiros. Comido por la curiosidad me asomé por el ojo de la cerradura. Nunca había visto nada como aquello. Volví a mirar. Doña Rebeca, espléndida, vestida de cuero negro, con botas de montar y gorra militar, empuñaba un látigo de siete colas y azotaba a don Laureano que, desnudo y arrodillado sobre una silla, babeaba contemplándola, mientras sus dos sobrinas, las dos jovencitas que estudiaban para monjas, se masturbaban mutuamente. No pude reprimirme. Llamé a la puerta y pregunté:

- ¿Puedo pasar?
- Adelante. Te estábamos esperando

Abrí la puerta con el corazón a cien, y me deslumbró la luz parpadeante de los anuncios luminosos y el trasiego de la Puerta del Sol. ¡Estaba en el balcón! Cerré la ventana y volví a la cama. En aquel momento entraba mi madre en la habitación acompañada del señor Casadevall y tras desnudarse en silencio, se metieron en la cama.

Por la mañana, en el comedor, apenas me atreví a mirar a doña Rebeca que servía el desayuno al ejecutivo y a sus dos sobrinas. A mi lado, mamá y el señor Casadevall permanecían absortos en una conversación de cuchicheos y risitas. Para poner fin a tan ridícula situación saqué el papel con la lista de los certificados que nos había pedido fray Justo para poder enterrar a mi padre en el Valle de los Caídos. El señor Casadevall se puso sus gafas de présbita y al observar aquella larga retahíla de documentos, con su espontánea generosidad, volvió a ofrecer sus servicios:

- Esto es mucho papeleo. Si me permitís yo podría acompañaros para tratar de aligerar todos los trámites.
- Eres muy generoso. No sé qué sería de nosotros sin tu ayuda.

El fabricante de medias, complacido por la sonrisa bobalicona con la que lo contemplaba mi madre, tomó la lista, abrió su portafolios y preparó el bolígrafo.

- Sólo tenemos el certificado de defunción firmado por el médico de Londres, y nos falta todo lo demás. Habrá que empezar por la partida de nacimiento. ¿Dónde nació?

- En Chinchón

- Muy bien. Esta mañana haremos las gestiones aquí en Madrid, en la Secretaria General del Movimiento, y por la tarde iremos a Chinchón. Ahora veamos: ¿dónde está el muerto?

- En la habitación. Lo tenemos metido debajo de la cama.

Por poco se cae de la silla. Se puso lívido. Le dio una tos nerviosa salpicándonos de gotitas de café con leche y miró atemorizado a los comensales, ¡Se había acostado con una viuda estando el muerto debajo de la cama! Aquello era muy fuerte para un catalán católico y devoto de la Virgen de Montserrat. Asustado, arrepentido y avergonzado se persignó a hurtadillas.

- ¿Le ocurre algo?

No contestó. Sudaba copiosamente y se daba aire con la servilleta mientras mi madre, sin inmutarse, untaba la mermelada y la mantequilla en las tostadas. Yo fui a la habitación y traje la caja de Farias.

- Aquí está mi papá.

Don Jordi Casadevall poseía todas las virtudes del *seny* catalán y también, cómo no, las pequeñas singularidades de quienes se creen diferentes. El componente religioso que suele adornar a los nacionalistas, hace que sean muy aficionados a encerrarse en sus capillas con los símbolos y los ídolos de la tribu para conservar vivas sus señas de identidad. Por eso, en el coche de don Jordi, se reflejaba la idiosincrasia de aquel personaje que venía a ocupar un lugar en nuestras vidas. Era un Dodge-Dart metalizado que parecía un trocito de su querida patria. Estaba tapizado con los colores de la cuatribarrada. En el cristal de la parte trasera colgaba la camiseta del Barça y, entronizada sobre el salpicadero, una imagen de la Virgen de Montserrat de la que salía un cordoncito que, al tirar de él, dejaba oír *La Santa Espina*.

Durante toda la mañana realizamos varias gestiones en distintos despachos y, gracias a las medias que el señor Casadevall regalaba a conserjes, empleados y funcionarios, los resultados fueron muy satisfactorios y en poco tiempo tuvimos en nuestro poder todos los papeles oficiales. Sólo nos faltaba la partida de nacimiento.

A mediodía el coche se detuvo en la puerta del Palace.

El señor Casadevall bajó del coche, tomó del brazo a mi madre y, entre reverencias de porteros y conserjes, se perdieron por las mullidas alfombras hacia el interior del hotel. El chófer y yo fuimos a comer a un bar cercano. Por primera vez me fijé en él. No había abierto la boca en toda la mañana. Aparentaba unos cincuenta años. Tenía un rictus serio y una mirada crítica como si estuviera en contra de todo lo que sucedía a su alrededor. Según me contó mamá, Basilio, además de chófer, era cantante, y el señor Casadevall le había contratado porque interpretaba muy bien el repertorio de canciones catalanas prohibidas, y, en los largos viajes entre Barcelona y Madrid, le deleitaba cantándoselas ininterrumpidamente. Eso era lo poco que sabía de él, pero su condición de bizco me hacía presentir que aquel hombre guardaba una historia interesante, porque los estrábicos tienen una doble vida y por eso llevan siempre un ojo puesto en cada una de ellas. Más tarde supe que pertenecía al Partido Comunista y aumentó mi curiosidad hacia él.

Cuando recogimos a la pareja en el hotel observé por su aspecto que habían realizado importantes progresos sentimentales. El señor Casadevall se sentía espléndido y, ejerciendo de padre, me entregó un duro y un consejo:

- Toma hijo, no te lo gastes en vicios. Procura ahorrar y serás un hombre de provecho el día de mañana.

Más que un hombre de provecho, yo quería ser un hombre de negocios, y el catalán era un buen modelo, tanto en el asunto de los negocios, como en el de las mujeres, por las que cada día me sentía más atraído.

Camino de Chinchón, don Jordi Casadevall, repantingado en el asiento trasero, sostenía un Montecristo entre los dedos de la mano izquierda, mientras con la derecha, buscaba las ingles de mi madre, y ella, con el brillo del champán en las pupilas, ya no cerraba las rodillas como le hacía antaño al bueno de mi

padre cuando se las buscaba por debajo de las faldas de la mesa camilla en la siniestra casa de la calle de Hortaleza.

- Anda hijo. Tira del cordoncito de la Virgen.

Obedecí, y el coche se llenó con la música de *La Santa Espina*.

Basilio conducía atento a la carretera. Dejamos atrás los altos bloques de viviendas del extrarradio. Atravesamos la llanura manchega llena de chabolas y rebaños de ovejas en plácido aburrimiento. Luego al torcer a la derecha, comenzó a verdear el paisaje hasta que llegamos a Chinchón para buscar la partida de nacimiento de mi padre. Chinchón era un puro anís en medio de la meseta castellana. Un pueblo blanco semejante a la absenta mezclada con agua. Limpio y transparente de luces como el anís Machaquito de los toreros.

El coche se detuvo ante la iglesia parroquial donde un hombre de unos cuarenta años, subido en una escalera, repasaba con blanco de España las huellas de unos cohetes que habían ennegrecido la fachada. El señor Casadevall le gritó:

- Oiga ¿sabe usted si está el párroco?

- El párroco soy yo -contestó el pintor sin soltar la brocha-. ¿Qué se les ofrece?

- Veníamos a por una partida de nacimiento.

Bajó de la escalera, se quitó el pañuelo de cuatro nudos que llevaba en la cabeza, y nos hizo pasar a la sacristía. Olía a cera y a vino de consagrar y, allá en el fondo, se escuchaba una radio a todo volumen.

- Es mi madre que está un poco sorda.

El catalán aprovechó la oportunidad y, sacando un par de medias, que siempre llevaba en el bolsillo, se las entregó al cura.

- Tome, tome, para su señora madre. Le sentarán muy bien.

- Gracias, -contestó el cura sin mirar el paquete dejándolo sobre los ornamentos de celebrar misa-. Siéntense, siéntense y díganme el nombre de la persona y la fecha de nacimiento.

- Francisco Brunete de Armas. Nacido el dos de mayo de 1916.

- No me suenan esos apellidos aquí en el pueblo, pero... veamos, veamos.

Abrió un viejo armario de madera de teca. En el estante inferior guardaba cuatro botellas de anís con vino de consagrar, un mazo de velas y un tarro de cristal repleto de hostias. En la balda superior se alineaban los libros

parroquiales: el de bautismos, el de confirmaciones, el de matrimonios y el de defunciones. Allí estaba, meticulosamente reseñada, toda la historia de los vecinos del pueblo. Tomó el libro de bautismos y buscó entre sus páginas el año 16.

- A ver, en el mes de mayo... Sí. Sí, efectivamente. Aquí está. Un solo nacimiento hubo en el pueblo. Francisco Brunete de Armas, hijo de padres desconocidos. Nació el 2 de mayo de 1916 a las cinco de la mañana. Es curioso. ¡Un hijo de padres desconocidos, en este pueblo donde todos se conocen!

Yo asomé la cabeza para comprobar lo que había leído el párroco, y pregunté:

- ¿Entonces es verdad que no tengo abuelos por parte de papá?

El párroco me acarició la cabeza para tranquilizarme.

- Sí hombre, sí, todos tenemos abuelitos. Lo que ocurre es que...

- Mire, mire. -El señor Casadevall se había puesto sus gafas y observaba la amarillenta hoja del libro de bautismos-. Fíjense. Aquí hay una nota a lápiz.

El párroco acercó el flexo que tenía sobre la mesa y pudimos leer una anotación a pie de página que decía: "El sacristán sí que lo sabe". Hubo un momento de silencio y todos nos miramos perplejos. A mamá se le avivó la curiosidad.

- ¿Dónde vive el sacristán?

- No sé quién estaba de sacristán en aquel tiempo, pero podríamos preguntarle a mi madre a ver si ella se acuerda.

- Pero ¿su madre estaba ya aquí en el año 16?

- Sí, en aquel tiempo mi padre era el párroco.

- En ese caso seguro que nos puede dar alguna información.

Era una viejecita menuda y sonriente vestida de negro que arrastraba los pies apoyándose en un bastón. El señor Casadevall tomó el paquete de medias que había dejado el cura sobre los ornamentos y se lo entregó.

- Hemos traído este regalito para usted.

La buena señora lo abrió. Se le arrebolaron las mejillas y quedó fascinada por las medias.

- ¡Uy qué bonicas son! ¿Puedo ponérmelas?

- Luego madre, luego. Ahora atienda a lo que le preguntan estos señores.
- ¿Usted recuerda, antes de la guerra, quién era el sacristán de esta parroquia?
- ¡Cómo no me voy a acordar! El Onofre. Uno al que luego le dieron plaza de guardia jurado en Galapagar.

Era suficiente. En Galapagar podríamos seguir la pista del Onofre. Tomamos el certificado de bautismo que nos expidió el párroco, dimos las gracias a su madre por la información, y emprendimos el viaje de vuelta a Madrid.

Aquella noche el señor Casadevall se sentía contento con mi madre y en cuanto Basilio desapareció con el coche me propuso:

- ¿Quieres quedarte a cenar con nosotros?

Cenamos en el restaurante *Edelweis*, junto al Palacio de las Cortes, el sabroso *choucrout* acompañado con un delicioso vino del Rin. Poco a poco, al empresario catalán se le iba soltando la lengua y se le alegraban las pajarillas. Me pareció que era el momento adecuado para preguntar por Basilio:

- ¿El chófer? –Se llevó los dedos a la cabeza imitando los cuernos del demonio y dijo con voz cavernosa:- Basilio es comunista.

Mi madre lo miró con un gesto de extrañeza, pero yo, que por mi afición al cine sentía gran interés por las cuestiones sociales y la lucha de clases, insistí:

- ¿Cómo un empresario, un hombre de negocios, tiene a su servicio a un comunista? Yo pensaba que los comunistas predicaban la lucha de clases para sacarles el dinero a los ricos como usted.

- Llevas razón, pero las cosas no son tan esquemáticas como tú crees. Te explico. Basilio era hijo de una prima de mi madre. A los cinco años ingresó en la escolanía de Monserrat y a los siete, cuando hizo la Primera Comuni3n, le castraron para que conservara la voz.

- ¡Qué barbaridad! ¿Pero todavía se sigue castrando a los niños?
- Cataluña es un país muy tradicional. Recuerdo la homilía del padre Prior, en que decía: “Hemos quitado de tu colmena los panales con miel para que se los ofrezcas a la Virgen”.

- Qué curioso –intervino mi madre-. Mi cuñado Roberto tuvo un problema parecido, pero nunca me habló de los panales con miel. A él se los pusieron de marfil.

- Deja, deja mamá. Eso no viene al caso ahora.

- Cuando creció y se dio cuenta de que lo habían convertido en un eunuco, entró en una profunda depresión y, aunque le dijeron “Serás un *castrati* famoso y triunfarás en la Scala de Milán”, decidió abandonar Barcelona y exiliarse en Toulouse. Allí encontró la paz, y, con la fuerza de una vocación, abrazó el comunismo. Liberado de las pasiones carnales por su condición de castrado, se entregó al estudio de todos los textos de Marx. Fue colaborador de Radio España Independiente. Escribió en Ruedo Ibérico y en el periódico “*L’Aurore*”. Volvió a España y en 1951 participó en la huelga de tranvías de Barcelona. Ése fue su final político. Le detuvieron. Pasó una temporada horrorosa en prisión y, al fin, gracias a mis amistades, pude sacarle de la cárcel. Salió destrozado y desde entonces está a mi servicio.

- ¿Los señores tomarán postre?

Me regalé con un *biscuit glacé* cubierto de chocolate caliente compadeciéndome de los pobres comunistas. Después del café, mientras mi madre le encendía un puro a don Jordi, descapullándolo, mimosa, con sus dientes de porcelana, me despedí de la pareja y fui dando un paseo por la Carrera de San Jerónimo hasta el Hostal Burgalés.

Subiendo las escaleras, creí oír perfectamente la letanía mariana subrayada por el monocorde *Ora pro nobis* de todos los huéspedes, pero en el comedor sólo estaban doña Rebeca, don Laureano y sus dos sobrinas jugando al parchís. Y es que, a veces, como ocurría en el cine de barrio, se me desincronizaba la banda sonora y la imagen no coincidía con el sonido.

- Este chico necesita un ángel de la guarda –dijo doña Rebeca cuando me vio entrar-.

Las chicas sonrieron. El ejecutivo ordenó a una de sus sobrinas que me acompañara a la habitación. Fue la segunda mujer que conocí en sentido bíblico. A partir de esa noche comprendí lo importante que era llevar la iniciativa. En mi primera relación con tía Julia fui un perrito faldero, una marioneta en sus manos

expertas, pero con Isabel, que así se llamaba la sobrina del ejecutivo, puse al descubierto mi vocación de director de cine. Preparé el argumento, dicté el guión, elegí vestuarios y decorados, decidí el encuadre y la planificación, fijé el ritmo de las secuencias y las órdenes mágicas: ¡Acción! ¡Corten! Pero el resultado de este primer largometraje, que en principio me pareció magistral, me llevó a una consulta de Enfermedades Secretas, y arrastré sus consecuencias durante tres años de abstinencia.

A las diez de la mañana sonó el teléfono. Era mi madre.

- Francis, coge la caja de Farias y vente para el Palace.

Me duché. Tomé la caja, la puse en la bolsa de El Corte Inglés y en diez minutos me presenté en la puerta del Palace.

- ¿Te importaría ocuparte de papá?

- No. Sabes que puedes confiar en mí.

- Gracias cariño. La verdad es que desde que saliste del coma, con esos pantalones largos, te veo hecho un hombre. Jordi y yo aprovecharemos la mañana para ir de compras.

El señor Casadevall ordenó a Basilio que me llevara al Valle de los Caídos.

- Toma hijo -me entregó la carpeta repleta de papeles-. Aquí están todos los certificados necesarios y mil pesetas por si tienes que dar alguna propina. Recuerda que *Dádivas abren peñas*.

- Y no te olvides de pedir el resguardo acreditativo del enterramiento -añadió mi madre- sin él no podemos cobrar el seguro de la Lloyd's.

La palabra negocio aleteaba constantemente a mi alrededor: un hombre de negocios, los grandes negocios, el negocio de su vida, ricos negociantes, negocios sustanciosos..., incluso negocios de cine. Decía Saavedra Fajardo: "Pocos negocios vence el ímpetu; algunos la fuerza; muchos el sufrimiento y casi todos la razón y el interés". Yo seguí su consejo y puse todo mi interés en los negocios. Desde la peseta navideña de tío Roberto, a las pequeñas dádivas

dominicales de los novios de mamá, las 20.000 pesetas de las fotografías de las medias. Ahora llegaba el dinero de la Lloyd's, si, además, lograba encontrar a mis abuelos paternos, tendría derecho a una buena herencia. Aunque Tolstoi decía que el dinero es una nueva forma de esclavitud yo lo veía como un talismán que me permitiría ser libre. Empezaba a sentirme un hombre de negocios. Me estaba aficionando a la buena vida, a la buena mesa, a los buenos cigarros, y sobre todo, a las mujeres. Porque tras el fabuloso descubrimiento de tía Julia y los encuentros con Isabel, la sobrina del ejecutivo, que no ponía límites a mi imaginación, se habían convertido en mi obsesión: verlas, olerlas, tocarlas... “Andas tú muy enamorado”, me decía mi madre, y ahí comenzaban mis dudas, porque yo el amor nunca acabé de comprenderlo pues siempre pensé que el amor y la libertad eran incompatibles. Menos mal que Schopenhauer vino a confirmar mis teorías diciendo que *el amor siempre tiene sus raíces en el instinto sexual*, y eso me tranquilizó bastante.

Basilio bajó hacia Neptuno, giró a la izquierda y enfiló la Castellana camino de la carretera de Irún. Antes de que se pusiera a cantar, como tenía por costumbre cuando llevaba al señor Casadevall, introduje en el radiocasete la Novena Sinfonía de Brahms, abrí la guantera, tomé un Montecristo, lo encendí y me dispuse a disfrutar del viaje hasta el Valle de los Caídos. Se me habían confiado las cenizas de mi padre para que me ocupara de todos los trámites, y con la música de Brahms, el aroma del habano y sentado en aquel magnífico coche, comenzaba a sentirme un auténtico hombre de negocios. Sólo me faltaba, tener a mi lado una linda muchacha para buscar entre sus piernas el cálido aleteo de las oscuras golondrinas, porque yo en el fondo era un romántico.

Con todos aquellos papeles de la Jefatura Nacional del Movimiento ya no tuve ninguna necesidad de pasar por el despacho de Fray Justo Pérez de Urbel y me dirigí directamente a la cabeza de la organización. El funcionario vestía la clásica camisa azul con el yugo y las flechas bordadas en el pecho y sobre el hombro llevaba la boina roja debidamente doblada. En cuanto vislumbró los documentos me saludó brazo en alto:

- ¡Viva Franco!

- ¡Viva Franco! -contesté yo, que no tenía ningún interés en llevar la contraria a nadie en tan sacrosanto lugar-.

- Aquí traigo las cenizas de mi padre que fue falangista y ex-combatiente.

Saqué la caja y la puse encima de la mesa.

- ¡Hombre, qué curioso! ¿Cómo se te ha ocurrido ponerlas en una caja de puros?

- Porque mi padre era hijo del presidente de Tabacalera -mentí para presumir-

- ¡Ah! muy bien. Es un bonito detalle. Supongo que moriría en combate.

- Por supuesto. Murió en acto de servicio.

- ¿Brunete acaso?

- Sí, sí, Brunete, como su nombre indica.

- Curiosa coincidencia. Yo también estuve en Brunete. ¿Te gustaría ver un recuerdo de aquella batalla?

Sin esperar mi respuesta se desprendió de su pierna ortopédica y la puso sobre la mesa.

-¿Qué te parece muchacho?

- No sé qué decirle. Pero... para piernas las de mi madre.

- Supongo -me miró con gesto torvo- que no querrás comparar una pierna de mujer con una de Caballero Mutilado por la Patria.

- No, no. Donde esté una pierna de Caballero Mutilado por la Patria...

El funcionario sonrió y tomando la caja de Farias, pegó sobre ella una etiqueta y anotó cuidadosamente todos los datos de mi padre.

- Por la documentación, he visto que debió ser un hombre importante y lo he puesto en lugar preferente.

El rum. rum de la cinta transportadora se llevó a mi padre al lugar del eterno descanso, entre sus camaradas, para hacer guardia junto a los luceros.

Al salir a la gran explanada, un grupo de niños, ataviados con el uniforme del Frente de Juventudes, hacía la instrucción con fusiles de madera cantando el Cara al Sol. Se notaba en aquel lugar que el espíritu bélico de la Cruzada estaba presente. Abundaban los correajes, las botas militares y los gritos ordenancistas de rigor. Todavía recuerdo la ilusión que le hizo verme el día de mi Primera Comunión vestido de falangista. Pero desde que llegamos a Inglaterra e ingresó

en el Club de los Poetas Locos, sus veleidades falangistas languidecieron. Comprendí entonces que no hay nada como viajar para que se le cure a uno el Nacional Catolicismo.

Las relaciones de mi madre con el fabricante catalán se hacían cada vez más parecidas a lo que los moralistas llaman el santo matrimonio. Aunque las ligas que usaba el señor Casadevall para sujetarse los calcetines no tenían el encanto del liguero de mi madre, la calva de él podía ser tan aburrida como los rulos de ella. La intimidad encierra peligros insospechados. Los calcetines sudados, las medias arrugadas, los ronquidos, bragas y calzoncillos con un halo amarillento, el bostezo, el eructo mal contenido, y el uso indiscriminado del retrete, hacían que la pasión se deshinchara como un globo pinchado por la monotonía. Aquella noche se retiraron pronto a la habitación del Palace. Él se sentó ante el televisor para ver un partido de fútbol, y ella decidió llamar por teléfono a su hermana Julia. Ahora, desaparecido el maldito problema de los celos, el amor fraterno y el recuerdo de su cuñado habían despertado la necesidad de volver a restablecer los lazos familiares. Descolgó el teléfono y pidió a la operadora:

- Por favor, póngame con la embajada española en Mongolia.

El señor Casadevall sin dejar de mirar el televisor preguntó:

- Amparito ¿sabes lo que nos puede costar una conferencia con Mongolia?

- No seas tacaño. Tú calla y mira la televisión.

Al otro lado del teléfono se oyó:

- ¡Hello!

- Julia. Soy yo. Tu hermana.

- ¡Qué alegría oírte! No sabes cómo te he echado de menos. Pensé que ya no querrías saber nada de nosotros.

- Siempre quise saber cosas de vosotros. Pero hasta hoy no he dejado de teneros celos.

- Pues me alegro. Nos ha costado caro, pero me alegro de que al fin se te haya curado la celotipia.

- Bueno Julia, cuéntame ¿qué tal os va por esos mundos?

- Regular hija, regular.

- ¿Qué me dices?

- Angelito se ha hecho budista y vive en un monasterio con un Lama.

- No te quejes, el orientalismo se lleva mucho ahora. Ya puedes estar contenta.

- No, no puedo estar contenta porque el Lama está enamorado de él.

- Vamos, vamos Julia, no seas antigua y no te lamentes. Si el chico es feliz... Y Roberto ¿qué tal anda?

- Pues la verdad es que anda mal. Anda muy encorvado por el peso de esos dichosos testículos de marfil.

- ¿Y por qué no le pones un suspensorio? o ¿por qué no se opera? Para ti debe ser una cruz.

- ¡Figúrate!

- Me han dicho que ahora en Pekín ponen pelotas de ping-pong.

- Sí, nos hablaron de ello, pero no han dado resultado y se rompen al más mínimo tocamiento. Seguramente este verano iremos a Badem-Badem para que se las pongan de goma.

- Seguro que funcionarán bien. Ya lo verás.

- Esperemos que así sea. Bueno ¿y a ti cómo te va?

- Pues te llamo desde Madrid. Vinimos para traer las cenizas de mi marido, y ahora estamos intentando averiguar el paradero de su familia para hacer valer nuestros derechos ante una posible herencia.

- Sería una suerte. Cuanto me alegro.

- Pero es muy difícil. Ayer encontramos la partida de nacimiento, y resulta que es hijo de padres desconocidos.

- Mujer, por algo se empieza. ¿Y Paquito, cómo está?

No tuvo tiempo de responder, en aquel momento finalizó el partido y el señor Casadevall apagó el televisor y, con el agrio sabor de la derrota del Barça, gritó:

- ¡Collons, ya está bien de teléfono! ¡Me va a costar un huevo!

¡CLICK!

- Muy bien señor Brunete. Ya ha pasado la hora.

El doctor Sivera desconectó el magnetófono, sacó la bobina y anotó: "El Valle de los Caídos".

- Verdaderamente el título de esta tercera cinta es un acierto. ¿Le importa que fume?

El doctor Sivera, sin esperar la respuesta, abrió un cajón de la mesa del escritorio y sacó una caja de Farias.

- ¿Le apetece?

- No, gracias. No soy fumador. La verdad es que usted me recuerda ahora a Fray Justo Pérez de Urbel. La caja es igual a la que le llevé al Valle de los Caídos con las cenizas de mi padre.

- Sí. No me extraña. Tabacalera es muy clásica y no suele cambiar el diseño.

- Bueno. Y de lo que le he contado hoy ¿ha sacado algo interesante?

- Quizá su obsesión por el dinero y las mujeres.

- ¿Quiere decir que soy un obseso?

- ¡Pero, hombre de Dios! ¿Por qué siempre quiere ponerse etiquetas?

- Pues yo le diría a usted que está obsesionado por el tabaco.

El doctor Sivera, saboreando el puro, bromeó:

- Lo siento Francis, usted no es el psiquiatra y sus palabras no tienen ningún valor. Pero le voy a confesar una cosa. Me está intrigando con sus historias.

Las palabras del psiquiatra me ilusionaron. No pude dejar de sonreír con orgullo. El doctor reconocía que estaba ante un guión interesante lleno de posibilidades y ardía en deseos de conocer todo lo que encerraba.

- ¿Quiere que le cuente el final?

- No. No. Por Dios. No se precipite. Quiero escuchar todo el relato.
Recuerde que todavía faltan seis sesiones.

Me acompañó hasta la puerta y antes de despedirse insistió:

- ¿De verdad no le apetece fumarse un Faria?

- No. Gracias. Sería como fumarme a mi padre.

El viernes siguiente me presenté en la consulta del psiquiatra con una caja de Montecristos.

- Por Dios Francis. No tenía que haberse molestado. Es usted muy amable.

- He pensado mucho en usted durante estos días y creo que para poder comprender mejor toda mi historia, debe sustituir los Farias por los Montecristos.

- Si usted lo dice...

Mientras el doctor Sivera abría la caja con un cortaplumas y sacaba el encendedor de oro del bolsillo del chaleco para encender un puro, yo mismo puse el magnetófono en marcha, cogí el micro, me tumbé en el diván y puse título a la cuarta cinta: "El brazo incorrupto".

CINTA N° 4

EL BRAZO INCORRUPTO

El país iniciaba su Plan de Desarrollo y en la misma plaza del Ayuntamiento estaba aparcado el flamante camión del butano, el invento que

revolucionaría las cocinas de los españoles, haciendo realidad las palabras del Caudillo: “Ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan”.

En el balcón principal del ayuntamiento de Galapagar ondeaban, tal como estaba ordenado, las tres banderas: la nacional con el águila de los Reyes Católicos, la roja y negra de Falange con el yugo y las flechas, y la blanca de los requetés, de rancio sabor carlista, luciendo la cruz de San Andrés.

La secretaria cerró la novela de Rafael Pérez y Pérez y la metió en el cajón donde guardaba un bocadillo envuelto en papel de periódico y una naranja. Pese a estos detalles, desconfió de ella. Era demasiado hermosa y elegante. Parecía sacada de la terraza de Chicote y desentonaba en aquel viejo y polvoriento despacho presidido por el crucifijo, flanqueado por los retratos de Franco y José Antonio, obligatorios como las banderas, en todos los despachos oficiales.

- El alcalde no está en este momento, pero si puedo serles útil...
- Buscamos a un tal Onofre que fue guardia jurado durante la guerra.
- ¡Ya era hora! Supongo que vendrán ustedes para llevárselo al manicomio.
- No, no. Sólo queremos hacerle algunas preguntas.
- No creo que saquen mucho de él.

El viejo sacristán Onofre debía rondar los ochenta años, pero además de conservar intactos los dientes y el cabello, en su rostro no se observaba ninguna arruga. Decían que se mantenía así porque en su juventud, siendo sacristán, bebía mucho vino de consagrar y se aplicaba por todo el cuerpo la cera virgen, derretida, que caía de los candelabros. Estaba deslumbrante y relucía como una patena sentado a la puerta de casa tomando el sol septembrino. Permanecía inmóvil sin decir palabra y una vecina nos advirtió:

- Pueden sacar sillas de la casa; a él le gusta que se sienten a su alrededor.
- ¿Puede hablar?
- Sí, sí. Pero háblele alto que está un poco sordo.

Mi madre fue directamente al grano:

- Señor Onofre ¿Se acuerda usted de Francisco Brunete de Armas?

Nos miró fijamente de uno en uno y al llegar al señor Casadevall, alargó la mano, le cogió de las solapas con una fuerza inusitada para sus años, y le suplicó a voz en grito:

- Dime la verdad. ¿Tú eres Paco? Llevo cuarenta años esperándote.
- No, no. Yo soy Jordi Casadevall, para servirle.
- ¿Y dónde está Paco?
- Francisco ha muerto. Era mi marido.

La respuesta fue como un mazazo. Se le apagó un poco el resplandor y preguntó:

- ¿Y no dejó ningún encargo para mí?

Aquel hombre estaba verdaderamente loco. Después de tantas averiguaciones, y con la ilusión puesta en encontrar a mis abuelos paternos, nos encontrábamos con un viejo chocho que preguntaba si mi padre le había dejado algún encargo.

- Mire buen hombre, venimos desde Londres para preguntarle si sabe usted quiénes eran los padres de mi marido.

- Claro que lo sé –hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras y sentenció-: Los padres de su marido fueron Rosa Carpintero y Francisco Franco.

Definitivamente este hombre estaba loco de atar. La aparición del Generalísimo Franco en nuestras vidas superaba la lógica del absurdo y entraba en el terreno de las alucinaciones de un viejo demente. Pero aquel hombre continuó su relato como si fuera una lección aprendida de memoria:

- Fue a finales de 1917. El comandante Franco se hallaba destinado en Oviedo, y al estallar la Huelga General, en compañía de Millán Astray tuvo una destacada intervención para atajar la revuelta de Asturias. En el mes de agosto le concedieron varios días de permiso y vino a Chinchón a pasar las fiestas en casa de un compañero de armas, hijo de un importante fabricante de anís. Mi sobrina Rosa era aquel año la reina de las fiestas, de ahí que conozca tan bien esta historia. El caso es que la Rosa y el Paco, como le llamábamos entonces, se encelaron. Él no estaba tan gordo como ahora, llevaba ya su bigotito y, aunque el traje de militar favorece mucho, no era gran cosa. En cambio, la Rosa, mi sobrina, era una mujer de bandera, y pasó lo que tenía que pasar; se quedó preñada. Franco regresó a Oviedo y ella se quedó en el pueblo viéndose crecer la barriga. El parto fue muy complicado y mi sobrina se puso a las puertas de la muerte. Viendo que no mejoraba, Franco vino trayendo una preciada reliquia que

le regalaron las carmelitas de Ávila. Era el brazo incorrupto de santa Teresa de Jesús. Aquello fue mano de santo. En pocos días se produjo el milagro, y Rosa recobró la salud. Para evitar el escándalo, yo me hice cargo del niño y lo deposité en la inclusa diciendo que era hijo de padres desconocidos. El niño era bastante enclenque y muy propenso a coger todo tipo de enfermedades, así que decidí dejar también la sagrada reliquia para que le protegiera a lo largo de su vida. Franco volvió a Oviedo para casarse y ya no supimos nada más de él, hasta que acabada la guerra, nos enteramos por la radio y los periódicos que había sido elegido Caudillo de España por la Gracia de Dios.

Había sido un monólogo perfecto. Mi madre y yo estábamos sobrecogidos por el relato. Uniendo ciertos cabos, ahora podíamos adivinar el origen de aquel brazo incorrupto que mi padre guardaba con tanta devoción debajo de la cama. Toda su peripecia vital comenzaba a tener una explicación. ¿Sería posible que después de tantas miserias y privaciones fuera yo el nieto secreto del General Franco? Si fuera así, ya no necesitaría la sombra protectora de Spencer Tracy. Pero no me imaginaba al Caudillo cantándome: “¡Ay mi pescadito no llores ya más! ¡Ay mi pescadito deja de llorar!”. Mi madre y yo nos miramos perplejos. Nuestras pesquisas habían tomado un giro inesperado. ¿Quién hubiera podido imaginar este milagro? Presintiendo la importancia del descubrimiento, mi madre quiso dejar al margen al fabricante de medias.

- Anda Jordi, ya podéis ir tú y Basilio hacia el coche que nosotros vamos enseguida.

- Está bien, pero no os entretengáis. Éste hombre está como una cabra.

Se abrió ante nosotros un mundo lleno de posibilidades, pero debíamos ser realistas, Franco no aceptaría nunca la existencia de un nieto secreto. Y ¿encontraríamos a algún abogado que quisiera encargarse de este delicado asunto? porque, si salía a relucir el nombre de Franco, el escándalo podría ser mayúsculo.

Mi madre quería atar todos los cabos y siguió preguntando:

- ¿Su sobrina, la madre de mi marido, ya no volvió a tener ningún contacto con Franco?

- No, no. Hubiera sido peligroso.

- ¿Y qué fue de ella?

- Se casó con un periodista y al poco tiempo sacaron al niño de la inclusa. Un año más tarde les nació una hija y los cuatro vivieron felices durante diez o doce años, hasta que, un buen día, descubrió que el periodista mantenía relaciones con un marqués, y ella acabó cometiendo una barbaridad.

- ¿Una barbaridad?

- Sí. Usó los dos cartuchos de una escopeta de caza. Uno para el marido y otro para ella. Fue suficiente.

- ¿Y qué ocurrió con los dos hijos?

- Pues no lo sé. A partir de ahí les perdí la pista y me aconsejaron que procurara olvidarlos.

- ¿Y nunca volvió a tener noticias de ellos?

- De Paco, la primera noticia la he tenido hoy, cuando ustedes me han dicho que ha muerto, y de su hermana supe hace algún tiempo que la vieron trabajando en los lavabos de un cine.

- ¿El cine Montera?

- Es posible.

 Mi madre hizo un gesto de contrariedad y se levantó de la silla.

- Francis, ahora encaja todo. Nuestro gozo en un pozo. Ya nos podemos ir.

- ¿Por qué?

- ¿No te das cuenta de que sólo se trata de un vulgar crimen y el brazo es la prueba?

- Pero Franco es mi abuelo. Él llevó la reliquia cuando nació papá.

- No Paquito, no. Nada de reliquia. Todo ha sido un montaje de este viejo para salvar el honor de su sobrina.

- Bueno. El crimen estará claro pero ¿quiénes son mis abuelos?

- Mira Paquito: Rosa, la sobrina del señor Onofre, tu abuela, tuvo a tu padre con un señorito del pueblo y el Onofre se inventó esa ridícula historia de Franco. Luego, tu abuela se casó con el periodista y tuvieron una hija hermanastra de tu padre. Ahí tienes claramente tu árbol genealógico. En resumen: tu abuelo sigue siendo un desconocido. Tu abuela se pegó un tiro. Tu padre ha muerto dejándonos el brazo de un cadáver que por muy milagroso que sea, es la prueba

de un asesinato. Ahora sólo te queda la tía, esa señora de los lavabos del cine Montera.

- Entonces ¿ya no podremos tener ningún derecho a la herencia de la familia de mi padre?

- Como no se lo preguntes a tu tía. A lo mejor te dice el nombre del señorito del pueblo que embarazó a tu abuela. ¡Menuda familia!

- De todos modos, aunque hayan pocas esperanzas, podríamos ir a visitar a la tía.

- Eres un sentimental, Francis. ¿Tú crees que una mujer que se ocupa de los lavabos de un cine puede tener dinero?

- Estando aquí en Madrid, poco cuesta comprobarlo.

- En eso llevas razón. Si ese tipo que embarazó a tu abuela es de una familia adinerada, y encontramos un buen abogado podríamos plantearles un contencioso para intentar sacarles algún dinero.

El señor Casadevall y Basilio se habían alejado hacia el coche, y aproveché para preguntarle a mi madre:

- ¿Tú has pensado que al fabricante de medias también podríamos sacarle algún beneficio?

- Por supuesto. Es un hombre rico, y en su momento, si no quiere escándalos...

Mamá me parecía un ser excepcional. Se había casado a los veinte años y, sin duda, las necesidades de todo tipo que sufrió hasta su llegada a Londres, espolearon su imaginación para sobrevivir, convirtiéndola en una *mantis religiosa*. Ahora con 37 años era una mujer enamoradiza pero sabía que una esposa sin dinero estaba condenada a vivir siempre a expensas del marido, por eso se enamoraba con precaución, para sacar el máximo provecho de los hombres.

Aquella misma tarde, pensando en una posible herencia, nos dirigimos al cine Montera.

- Juraría que aquel tipo de la gabardina, estaba en el camión del butano esta mañana en Galapagar.

- No empieces otra vez a decir tonterías.

Sobre una mesa pintada de blanco, reposaban un rollo de papel higiénico, una pastilla de jabón Heno de Pravia, un frasco de colonia de marca indefinida, un peine y un platillo con monedas. Junto a la mesa, sentada en una silla, estaba la señora de los lavabos.

- Por favor ¿Es usted Rosita?

No contestó. Ni siquiera levantó los ojos para mirarnos. Mi madre insistió:

- Soy la mujer de Francisco Brunete de Armas.

Levantó la cabeza y nos preguntó en voz baja:

- ¿Conservan todavía el brazo?

Nos quedamos perplejos. ¿A qué venía esta pregunta? Mi madre no le dio una respuesta clara.

- Es posible, pero necesito saber algo más de usted.

- Mi hermano llevaba tatuado en el brazo el escudo de la División Azul.

- No es suficiente.

- Es una historia muy complicada. Díganme dónde se hospedan y esta tarde iré a verles y se lo explicaré todo.

- Estamos hospedados en el hostel Burgalés, en la Puerta del Sol.

- Está bien. No digan una palabra a nadie y espérenme esta tarde en el hostel.

Cuando salimos del cine, el hombre de la gabardina había desaparecido.

- ¿No te parece muy raro todo esto?

- Sí. Al fin, creo que vas a tener razón.

- Entonces Franco...

- Calla. No digas ni una palabra.

El teléfono sonó en el despacho del inspector Sanchis, en la Dirección General de Seguridad del Ministerio del Interior. A través del auricular, escuchó el mensaje que durante tanto tiempo estaba esperando:

- La rata y el ratoncito han mordido el cebo.

- ¡Ya era hora, coño. Ya era hora! -Sonrió y se frotó las manos con un gesto de satisfacción. Descolgó el teléfono privado y dio la orden: -Avisen inmediatamente al General Vidal, al inspector Román y al Coronel Bufort. Dentro de quince minutos, reunión en el despacho del señor vicepresidente.

El inspector Sanchis, a las órdenes de Carrero Blanco, era el máximo responsable de la operación "Brazo de gitano", en la que estaban implicados el Grupo de Inteligencia Militar, la Brigada Móvil de Información y el Departamento de Espionaje del Alto Estado Mayor Central. Lo lógico hubiera sido iniciar la investigación en las Oficinas del Movimiento, donde, con toda seguridad, conocerían las vicisitudes de aquel falangista poeta, pero las diferencias de Carrero con la Falange era abismales, y el Vicepresidente encomendó la delicada operación al estamento militar, pensando además que el secreto estaría mejor guardado.

Acabábamos de merendar chocolate con picatostes en el comedor del hostel acompañados por doña Rebeca, esperando impacientes la visita de tía Rosita para poder conocer, al fin, la identidad de mis abuelos.

- Por favor, doña Rebeca ¿podría sacarnos la caja del frigorífico?

- Claro que sí. A este joven le va a venir muy bien un vasito de sangre fresca, para recuperar fuerzas, porque –sonrió- según me ha dicho Isabel la sobrina de don Laureano...

- ¡Este hijo mío es insaciable...!

- ¿Y hace tiempo que toma la sangre fresca?

- Nos la recetó el médico de Londres cuando salió del coma.

Trajo la caja envuelta en papel de periódico, y en el momento en que se la entregaba a mi madre, llamaron a la puerta.

- ¡Policía! ¡Abran inmediatamente!

Doña Rebeca, asustada por las voces, franqueó la puerta y aparecieron dos policías de paisano.

- ¿Quieren hacer el favor de acompañarnos?

Bajamos las escaleras, cruzamos la Puerta del Sol y entramos en la Dirección General de Seguridad.

¡En mala hora se me ocurrió la idea de ir a conocer a mi tía! Por el afán de investigar una posible herencia, habíamos caído en manos de la policía llevando con nosotros la prueba del delito. Por culpa de mi padre íbamos a cargar con el crimen. ¿Sería ésta su venganza póstuma?

- No tienes por qué preocuparte, Francis. Nosotros no tenemos nada que ver con ese crimen.

- Mira mamá, aquello debió ser algo muy comprometido porque si no, ¿a santo de qué han organizado todo este montaje del cura, el señor Onofre, el hombre de la gabardina, la señora de los lavabos...? No me cabe duda. Debe haber alguien importante implicado en el asesinato.

- Pero hijo, aunque nosotros guardásemos el brazo, no tenemos por qué ser los asesinos.

- Eso es muy fácil de decir. Ahora habrá que demostrarlo, y ya sabes que la policía no se anda con chiquitas para descubrir la verdad.

Se quedó un momento pensativa, y viendo la que se nos podía venir encima, pidió que la dejaran llamar por teléfono. Marcó el número del Palace.

- Por favor, póngame con el señor Casadevall. Jordi, cariño, ha ocurrido algo terrible.

-¿Qué ha sucedido?

- Nos han detenido. ¿Tú no conocerás a nadie?

- ¿Dónde estáis? ¿Desde dónde me llamas?

- Estamos en la Dirección General de Seguridad.

- ¡Uy, Uy. Collons, collons, collons! Olvídate de mí. No me conoces de nada.

- Pero Jordi, por favor, escucha.

- No, no. Escucha tú. Te lo digo por tu bien. Tú a mí no me conoces. Si saben que has tenido relaciones con un catalán que canta *Els Segadors*, se te puede caer el pelo por separatista.

- Pero cariño, es que me van a acusar de un asesinato.

- ¿No se tratará de aquella historia del brazo milagroso que tenía Franco?

- No. No. El brazo es de una mujer que asesinaron en el cine Montera.

- ¡Collons, collons, un asesinato! Lo mejor es que te olvides hasta de mi nombre. Ya verás como todo se soluciona. Adiós. Adiós.

El señor Casadevall colgó el teléfono y se dispuso a salir a toda prisa hacia Barcelona.

Cuando mamá volvió a sentarse en el banco, las lágrimas agrandaban el brillo de sus ojos de miope color miel y le resbalaban por las mejillas. Se las secó con un diminuto pañuelo y, pasando el brazo por mi hombro, me atrajo hacia su regazo. Estaba guapísima con el traje de punto ceñido marcando sus pechos que miraban al cielo. El pelo color calabaza, recogido en un moño acentuaba el perfil de su belleza clásica. Era una mujer monumental en la plenitud de su vida; una señora estupenda, como diría Mihura, que me traía siempre el recuerdo de tía Julia.

- Anda, anda, no te preocupes. Dijimos que íbamos a llevar los negocios a medias y, aunque éste nos salga mal, me tendrás a tu lado.

Me miró con ternura y no pudo menos de besarme.

- Francis, eres un tocinito de cielo. No sé qué haría sin ti.

- Mira mamá. Ahora, cuando entremos, tú no digas nada. Si hablas, hazlo sólo en inglés. Yo llevaré la voz cantante.

El inspector Sanchis nos ordenó entrar. La caja con el brazo, todavía envuelta en papel de periódico, estaba sobre un bargueño del siglo XVIII, en un lugar preferente, como la pieza clave de la tétrica historia. En el centro del despacho, alrededor de una gran mesa, los tres principales responsables de la operación "Brazo de gitano" daban buena cuenta de una succulenta fuente de mariscos regada con varias botellas de Ribeiro.

- Tomen asiento -ordenó el coronel Bufort mordiéndose la pata de una enorme langosta-.

El inspector jefe Román, mirando el paquete que había sobre el bargueño, añadió:

- Hemos de reconocer que gracias a ustedes estamos celebrando este importante hallazgo.

Mi madre y yo no comprendíamos nada esperando ser sometidos a un duro y terrible interrogatorio.

- Y ¿cómo se llaman ustedes? -preguntó el General Vidal-

- Mi mamá se llama lady Amp y yo me llamo Francis.

El Coronel Bufort nos miró con gesto hosco por encima de sus gafas y, sosteniendo la cola de una gamba, murmuró:

- Coño, coño. Nombres extranjeros... No creo que le gusten a su Excelencia.

- No se preocupe por eso. A mi mamá pueden llamarla Amparito y a mí Paquito.

- Tiene gracia el chico -dijo el general Vidal. Luego, dirigiéndose a mi madre, le preguntó:- ¿A usted qué le pasa que no habla. Es que no tiene lengua?

Mamá no osaba a abrir la boca y yo le indiqué:

- Please mum, show your tongue to the general.

Sacó la lengua y todos la miraron complacidos haciendo gestos de aprobación mientras el inspector jefe Román preguntaba:

- ¿Acaso es muda?

- No señor, es que sólo habla inglés.

Al oír mi respuesta, el general Vidal no se pudo contener.

- Pues anda niño. Pregúntale cuándo nos van a devolver Gibraltar.

Me quedé sin saber qué contestar. Gibraltar era una cuestión muy delicada que a tío Roberto le costó el puesto de embajador en Londres. Menos mal que el coronel Bufort intervino.

- No se preocupe mi General. Eso es cuestión de políticos. Bueno, y hablando de lo que nos interesa, supongo que en esa caja tendremos el famoso brazo.

- Sí, sí. Por supuesto. ¿Quieren que abra la caja?

- No, no -atajó el general Vidal-. Cuando acabemos con el marisco empezaremos con la carne.

El coronel Bufort ordenó, con un gesto de generosidad:

- Ande Sanchis, que se acerquen la señora y el muchacho y prueben también el marisco.

Ahora sí que nos parecía todo desconcertante. Esperábamos la brutalidad de un interrogatorio, y nos encontrábamos con la bondad de una mariscada en compañía de aquellos tres personajes que parecían los hermanos Marx. Durante un momento reinó el silencio, ocupados todos entre cigalas, gambas, percebes,

bogavantes y demás minucias que, según explicó el inspector Román, había mandado el Ministro Fraga para celebrar el éxito de la operación “Brazo de gitano”.

Bufort, que no apartaba los ojos del escote de mi madre, preguntó:

- Y díganos, Amparito ¿cómo llegó hasta ustedes el dichoso brazo?

- I'm sorry. I don't speak spanish.

- ¿Qué dice?

- Mi madre dice que lo siente mucho pero que no habla español.

El inspector jefe Román, un intelectual frustrado, muy aficionado a las lenguas, se apiadó de ella, y ofreciéndole un puñadito de percebes, le recomendó:

- Chupe, chupe, señora. Los percebes, como decía Rosalía de Castro, son muy buenos para aprender español.

- Mi mamá pretende explicarles que nosotros no tenemos nada que ver con el crimen del cine Montera.

El inspector Sanchis hizo un gesto de extrañeza. Me metió el dedo por el cuello de la camisa y me preguntó en tono amenazador:

- ¿Qué dices muchacho? ¿De qué crimen hablas?

Mi madre se asustó. Quiso ayudarme, y poniéndose en pie gritó:

- ¡Por favor no toque a mi hijo! Le aseguro, por mis muertos, que nosotros no hemos asesinado a nadie.

Todos se quedaron boquiabiertos al escucharla y el inspector jefe Román, sentenció con una sonrisa de superioridad:

- Ya se lo dije a ustedes. Los percebes siempre han dado un magnífico resultado para los idiomas.

- Pues me alegro, porque así me entenderá la señora. ¿A qué viene esa manía de hablar de asesinatos? ¡Aquí no hay ningún muerto!

Se produjo un momento de silencio y seguimos todos comiendo hasta que al fin, me atreví a preguntar:

- Entonces ¿de qué se nos acusa?

El inspector Sanchis, que se había atragantado con una patita de langosta, balbuceó a duras penas:

- A ustedes no se les acusa de nada. Están aquí para recibir el agradecimiento del Caudillo.

En aquel momento hizo su entrada en el despacho el vicepresidente Carrero vestido con su impresionante uniforme blanco de la Armada. Todos se pusieron en pie y el Almirante, que no era dado a los prolegómenos, se sentó en el sillón principal y nos miró de arriba a abajo sin decir palabra. Sus pobladas cejas se movieron en un gesto interrogante y preguntó al inspector Sanchis:

- ¿Está usted seguro de que esta pareja...?

- Sí, sí Almirante. Tienen la reliquia.

- ¿Han hecho las pruebas de dactiloscopia?

- En la Dirección General, no tenemos fichada a Santa Teresa.

- Pues infórmese en el Arzobispado. Necesito tener la certeza absoluta.

Sanchis tomó la caja y salió a toda prisa del despacho. El Almirante dirigiéndose al inspector jefe Román y a los dos militares que permanecían firmes junto a nosotros, les ordenó:

- Señores persígnense. Esperaremos rezando el rosario.

Otra vez, entre padrenuestro y avemaría, después de tanto tiempo apartados de él, el Padre Peyton volvía a aparecer en nuestras vidas, y mi madre, sacando el rosario que le regaló su hermana, aquella tarde aciaga en que nos visitaron en la casa de la calle Hortaleza para dar un giro copernicano a nuestras vidas, se unió a las plegarias ante el asombro de todos los presentes. Finalizado el cuarto misterio gozoso regresó el inspector Sanchis.

- Señor. El Arzobispado ha autenticado la reliquia. Es el auténtico brazo incorrupto de santa Teresa.

Por primera vez, en el rostro del Vicepresidente del Gobierno se dibujó una mueca parecida a una sonrisa, se santiguó y, puesto en pie, nos habló su voz campanuda:

- Gracias a ustedes hemos recuperado la gloriosa reliquia del brazo incorrupto de Santa Teresa de Jesús, a la que tanta devoción le profesa nuestro invicto Caudillo.

Sin poder contener la curiosidad pregunté:

- Entonces, toda aquella historia que nos contó el señor Onofre ¿es cierta?

El vicepresidente del gobierno, acariciándome la cabeza, contestó.

- Es posible muchacho. Es posible.

- ¿Y soy el nieto de Franco?

- Eso le corresponderá decirlo a tu madre, si tú eres de verdad hijo de Francisco Brunete de Armas. Y me interesa mucho conocer su historia.

Todos los ojos se volvieron hacia ella. De nuevo, volvía a sentirse la gran protagonista. Acababa de conocer su condición de nuera del Caudillo. ¡Menudo papel! Se iluminó el plató. Me acerqué a ella y moviendo las manos en forma de claqueta le susurré “El nieto secreto del general Franco”. Plano 328. Toma primera. ¡Acción!

Convertida en la Ava Gardner de un escandaloso peliculón que podía conmover los cimientos del Estado, encendió un cigarrillo, se apoyó indolente en la repisa de la chimenea y contó, con enorme fantasía, idealizando al personaje para presentarlo como un hijo digno del Generalísimo, la historia del noviazgo y boda con aquel falangista valeroso.

Cuando acabó su magistral interpretación, todos los presentes, emocionados, se levantaron para besarla. Ya no había duda de la autenticidad de la reliquia que mi abuelo Francisco Franco le llevó a mi abuela Rosa cuando dio a luz a mi padre. Por primera vez se dibujó una auténtica sonrisa en el rostro de Carrero Blanco y, tomándonos a mi madre y a mí de la mano, nos preguntó.

- ¿Hay algún deseo en que yo pueda complacerles?

Mi madre titubeó un momento y, al fin, se decidió:

- Quisiera pedir el traslado a Madrid del embajador de España en Mongolia.

- ¡Ave María Purísima! -exclamó Carrero-. Pero ¿ése no es el descerebrado que estuvo a punto de desencadenar un conflicto con Inglaterra?

- Sí, Excelencia -corroboró el coronel Bafort-. Es el de los huevos de marfil.

- ¡Los huevos de marfil! ¡Menuda indecencia! ¿A quién se le ocurre ponerse los huevos de marfil?

El general Vidal, que fue compañero de carrera de tío Roberto, intervino en su favor.

- Si su Excelencia me permite, le explicaré que no fue un capricho; se trató de un accidente cuando estaba de agregado en Nueva Delhi...

- No me haga reír Vidal. No me haga reír. Ése Retuerto o como se llame es un esnob. Y además, no creo que sea un buen católico. Eso de llevar los huevos de marfil debe ser cosa de masones.

- Le aseguro Excelencia -intervino mi madre- que es verdad lo que dice el general. Mi cuñado lleva los testículos de marfil como una cruz. Es un santo varón y está decidido a operarse este verano para que se los pongan de plástico.

- Bueno, bueno señora. A usted no le puedo negar nada y menos siendo familia. Le trasladaremos aquí a Madrid y le daremos una Dirección General. Pero que se opere ¡eh! Que se opere.

Hizo una pausa. Tomó un poco de agua con bicarbonato y dirigiéndose de nuevo a nosotros, retomó el hilo de su discurso:

- El Caudillo, en su infinita bondad, quiere conocerles. Pero -nos advirtió- todo ha de transcurrir en el mayor de los secretos. Su Excelencia aborrece el pecado del escándalo. Ya saben ustedes que el Evangelio: “Ay de aquellos que escandalizaran. Más les valiera que se ataran una rueda de molino al cuello y se arrojaran al fondo del mar”. Pues algo parecido podría ocurrirles. A partir de ahora, ustedes se olvidarán del Generalísimo, y por supuesto del brazo de Santa Teresa, como si nunca hubiera formado parte de sus vidas. -Endureció el ceño, arqueó las cejas y añadió con voz amenazadora: - Si esto no se cumple, el inspector Sanchis ya sabe lo que tiene que hacer con ustedes. Dentro de quince días los recogerá un coche oficial para llevarlos al Pardo.

Antes de abandonar la Dirección General de Seguridad, el inspector Sanchis le hizo firmar un recibo a mi madre y nos entregó doscientas mil pesetas. La vida volvía a sonreírnos. ¡Yo, nieto de Franco! Me veía poco menos que el dueño del país. Se había desvanecido el fantasma de la cárcel. Íbamos a ser recibidos por el Jefe del Estado y albergábamos la esperanza de que esta entrega de dinero fuera el primer plazo de una sustanciosa pensión que nos permitiría vivir sin problemas el resto de nuestra vida. Era el final feliz del brazo incorrupto, que durante tanto tiempo nos tuvo en vilo a toda la familia.

Según nos contó el inspector Román, cenando aquella noche en un bar cercano a la Dirección General de Seguridad, todo comenzó un buen día cuando doña Carmen, aquejada de un cólico nefrítico, le pidió a su marido:

- Paco ¿no tendríamos por ahí aquella reliquia de Santa Teresa a la que tu familia tenía tanta devoción?

- A ver. Déjame que piense. -Franco, acabó de abotonarse el pijama- Pues... la verdad, no sé dónde la habré puesto.

- Podrías buscarla antes de meterte en la cama, a ver si me alivia un poco.

- Mira Carmencita, estas no son horas. Tómate las medicinas que te han recetado y mañana haré que la busquen por todo el palacio.

Mientras doña Carmen, calmada por los supositorios de Nolotil roncaba plácidamente, el Caudillo no podía pegar ojo recordando el parto de su antigua novia, cuando se puso a las puertas de la muerte y tuvo que llevarle junto al lecho el brazo incorrupto de Santa Teresa. En cuanto la vio repuesta marchó a África y luego, en octubre, volvió a Oviedo para casarse, y aquel “incidente táctico”, como lo llamaba en la jerga militar, quedó olvidado por completo. Ahora su mujer reclamaba la reliquia. ¡Menuda situación!

A la mañana siguiente llamó a Carrero Blanco y, en pocas palabras, le contó su “incidente táctico” de juventud.

- Excelencia -le tranquilizó-. Puedo garantizarle que nadie sabrá nunca la existencia de este episodio.

- Sí, Luis. Tengo la seguridad de que lograrás mantenerlo en secreto, pero es preciso que aparezca el brazo. Carmen está empeñada. Y si llegara a sospechar algo...

Por primera vez, Carrero observó que la barbilla del Generalísimo temblaba ligeramente.

- Tranquilizaos Excelencia, ordenaré que intervengan los servicios secretos.

- Tienes poderes absolutos. Pero que aparezca ese maldito brazo.

- ¿Su excelencia puede proporcionarme alguna pista?

- Lo que te he contado. Fue antes de la Cruzada. Sólo sé que nació un niño. La chica vivía en una casa de Chinchón, y allí se debió quedar la reliquia.

Se notaba que al Inspector Jefe Román también le gustaba contar historias, hubiera hecho buena pareja con mi madre. Apuró la copa de Rioja y continuó el relato:

- Y así fue cómo comenzó la operación "Brazo de gitano". En la investigación preliminar aparecieron los nombres de Rosa Carpintero, el periodista Ricardo Belvedere y la hija de ambos; y aunque se decía que Rosa tuvo un hijo de soltera, en principio no apareció ninguna pista, hasta que en el registro de bautismos de la parroquia, encontramos el nombre de Francisco Brunete de Armas como hijo de padres desconocidos. Sobre este hallazgo montamos un operativo. Con ayuda del párroco de Chinchón y la secretaria del ayuntamiento, situamos a un policía en Galapagar que se hizo pasar por el viejo sacristán y a otra, como encargada de los lavabos del cine Montera. Así tendimos las redes esperando que apareciese un Francisco Brunete de Armas buscando sus orígenes.

El inspector Román apuró su copa de vino. Era un conversador nato, un hombre especial, quizá demasiado educado para ser policía. Mi madre y él se miraban con muy buenos ojos, creo que hubieran hecho una excelente pareja, pero el destino... Acabamos la noche oyendo jazz en un bar de la calle Postas, donde el famoso saxofonista Teo Vidal convocaba con su música a los espíritus de Nueva Orleans. Cuando finalizó el concierto, Lucho Gattica tomó el micrófono y comenzó a cantar boleros. Mi madre y el inspector Román acabaron bailando, muy pegados el uno al otro, cargados de romanticismo y *cubalibres*. A mí los boleros me resultaban bastante empalagosos y decidí retirarme.

Me dormí pensando en Franco. ¿Cómo era en realidad mi abuelo? Apenas sabía nada de él. Franco, el Caudillo Glorioso de España por la Gracia de Dios, aparecía en las monedas y los sellos de correo, y su retrato presidía los despachos de todos los organismos oficiales del país, las aulas escolares e incluso algunos comercios, al lado de un Sagrado Corazón o un San Pancraccio. Lo veía en los Nodos. Siempre de uniforme, con su barriguita y sus bracitos cortos, saludando a las multitudes que le aclamaban enfervorizadas. Pronunciaba trascendentales discursos. Inauguraba pantanos y carreteras, y, el uno de mayo, asistía a la Demostración Sindical que finalizaba con la actuación de los Coros y Danzas de

la Sección Femenina. En verano, vestido de marinero, pescaba grandes atunes desde la cubierta del Azor. ¿Pero cómo sería en la intimidad? ¿Se parecería al abuelo Salustiano “El Indiano Risueño”, que, según decía mi madre, tenía un don especial para contarles cuentos a ella y a su hermana Julia, y dormir las cantándoles boleros y habaneras? Aunque Carrero nos había dicho que a ese nuevo abuelo teníamos que olvidarlo, yo albergaba la esperanza de que nunca nos faltaría su ayuda.

Al día siguiente, en cuanto nos levantamos, nos fuimos al Palace, y al comunicarnos en recepción que el señor Casadevall había abandonado el hotel, en el rostro de mi madre se dibujó un rictus de rabia. Pero cuando el encargado le entregó un abultado sobre diciendo: "Dejó esto para usted", su semblante se iluminó con una amplia sonrisa. Por muy miedoso que fuera el catalán, era un hombre listo y no se atrevió a quedar expuesto a las iras de lady Amp que, con una simple llamada de teléfono a su esposa, hubiera dado al traste con su estabilidad familiar. Trescientas mil pesetas eran una cantidad justa para dejar a salvo el honor.

Quince días más tarde, cuando doña Rebeca vino a la habitación para avisarnos de que nos esperaba un policía uniformado del Parque Móvil de los Ministerios, al vernos vestidos de punta en blanco, no pudo evitar una exclamación:

- ¡Están los dos guapísimos! Seguro que se traen algo importante entre manos.
- Es un secreto de alta política, doña Rebeca.

La buena mujer se quedó mirándonos llena de curiosidad.

- Pero ¿de verdad son ustedes personas importantes?

- Mire -le dijo mi madre- le ruego que no haga comentarios, pero la caja que nos guardaba en el frigorífico no contenía sangre para mi hijo, guardaba un secreto de Estado.

- Entonces... ¿El chico no está tuberculoso? Porque esta mañana los huéspedes han hecho una donación de sangre.

- En absoluto. Mi hijo está sanísimo.

- ¿Y ahora qué hago yo con la sangre que donaron los huéspedes?

- Puede usted hacer sangre con cebolla para la comida; está riquísima.

- Pues sí, tiene usted razón. En vez de cocido madrileño hoy haré sangre con cebolla.

- Acuérdesse de ponerle ajo y perejil que le dará muy buen sabor.

El agente nos saludó con mucha ceremonia y bajó con nosotros hasta el portal. Ahora no necesitaba recurrir al mundo mágico del cine. Esta vez lady Amp y Francis Brunete eran los auténticos héroes de un suceso real. Yo llevaba un traje marrón claro, corbata de lazo y calcetines a cuadros escoceses como el hermano mayor de Guillermo el Incomprendido. Mamá estaba divina con el traje magenta de amplio escote que, por recomendación de Comptom, se puso el día aciago en que fue a visitar a tío Roberto en la embajada.

- ¿Te has puesto también el ligero con los colores de la bandera nacional?

- Por favor Francis. No creo que tu abuelo esté para esas cosas.

El ordenanza abrió la puerta trasera y nos aposentamos en el confortable interior de un Mercedes tapizado en cuero. El coche arrancó con suavidad.

- Esto es vida ¿eh mamá? Del Dodge-Dart del señor Casadevall hemos pasado al Mercedes del Generalísimo.

- Sí Francis. Al final, gracias al pelmazo de tu padre, tenemos algo de que disfrutar.

- Yo creo que ni él mismo conocía el significado de la reliquia.

- ¡Menos mal! Porque si lo llega a saber y se presenta con la cajita en el Palacio del Pardo...

- ¿Qué hubiera pasado?

- Tú me dirás, hijo. Conociendo a tu abuelo, si se entera de que su hijo es poeta y maricón, seguro que lo manda fusilar.

- ¿Tú crees que mi abuelo...?

- Pero ¿es que no oyes Radio España Independiente? ¡Menudo es tu abuelo! A la Guerra Civil la llamó Cruzada como si hubiera sido una lucha contra el infiel. La Santa Madre Iglesia le colmó de bendiciones y entra en las catedrales bajo palio. Los partidos políticos le producen alergia. En fin ya lo irás conociendo. De todos modos, te advierto que tiene muchos devotos.

La explanada del Palacio del Pardo estaba envuelta en silencio, y el crujir de la gravilla bajo nuestros pies hizo que los cuervos, que se refugiaban en los huecos de las ventanas, emprendieran un corto vuelo y se posaran sobre los árboles para observar desde allí el paso de la historia, siempre cruenta, de esta España inasequible al desaliento.

Entramos en un despacho, recargado de tapices, bronces y caobas, donde nos recibió el jefe de la Casa Civil de su Excelencia. Tras observarnos meticulosamente, nos explicó:

- Tengo que advertirles que este palacio es como una iglesia y deben guardar el máximo respeto y compostura. Como primera medida, usted señora deberá cubrirse el escote con un chal y ponerse una mantilla. Habrá que coserle también el corte de la falda para que no se le vea la pierna; de esto se encargará el señor Insa, jefe de nuestros servicios de ropería. He de prevenirles que en la audiencia nunca pueden dirigirse directamente al Caudillo, sólo en el caso de que él les pregunte podrán contestarle anteponiendo siempre la palabra Excelencia.

Nos colgó sobre el pecho una cartulina con un número y pasamos a la sección de ropería. Aquella mañana se celebraba en el Palacio del Pardo la presentación oficial de las Familias Numerosas de España, y los responsables de la operación “Brazo de gitano”, con el fin de que nuestra visita pasara desapercibida a los periodistas, decidieron disimularnos entre los familiares de las parejas ganadoras.

A las once en punto entramos en la sala de audiencias y, tras unos minutos de tenso silencio, los dos oficiales de la guardia mora, situados a ambos lados de la puerta principal, hicieron sonar sus trompetas. Los Niños Cantores de Madrid iniciaron la *Marcha Triunfal de Aida*, y el Caudillo, como un Radamés victorioso de la guerra, vestido con su uniforme de gala, entró en el salón precedido de sus

ayudantes y se situó sobre una tarima, rodeado por la familia numerosa ganadora de todas las categorías. Los fotógrafos dispararon sus cámaras. A continuación, Franco se puso sus gafitas de media luna y procedió a leer, con voz atiplada, un vibrante discurso sobre las virtudes de las familias numerosas. Luego, departió unos momentos con el matrimonio y, tras regalarles un rosario bendecido por el Padre Peyton, les entregó un pergamino dando constancia del premio para que lo colgaran en la salita de estar. Acto seguido, comenzamos a pasar todos los asistentes ante el Generalísimo haciendo una pequeña inclinación de cabeza. Mamá y yo nos detuvimos un momento frente a él con la mejor de nuestras sonrisas. Permaneció imperturbable, y el jefe de protocolo tiró suavemente de nosotros para que no interrumpiéramos el paso. Finalizado el desfile, para poner fin a aquel soneto palaciego de admiraciones y reverencias, el Caudillo, *caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.*

Yo estaba perplejo, pues, aunque le habían advertido quién era yo, no me dirigió la más mínima sonrisa. ¿Cómo era posible que un abuelo no atendiera a la llamada de la sangre? El sonido de las trompetas de la guardia mora, me sacó de mis elucubraciones y observé apenado cómo el Jefe del Estado abandonaba el salón sin habernos dirigido la palabra. Nos quedamos solos sin saber qué hacer, con la remota esperanza de que algún ayudante nos recogiera para llevarnos junto a él; pero sólo apareció un policía uniformado de torva mirada.

- ¿Pero qué coño hacen ustedes aquí? Vamos. Síganme.

A través de un largo pasillo, mal iluminado, nos llevó hasta una pequeña puerta de servicio.

- Deprisa. Lárguense de aquí.

Ya no nos esperaba ningún coche oficial. La gran explanada estaba desierta. El cielo se había cubierto de nubes y algunos cuervos solitarios revoloteaban sobre nosotros. Mi mamá y yo sentíamos como nunca esta nueva orfandad y, cogidos de la mano, emprendimos cariacontecidos el viaje hacia Madrid en la más completa soledad.

El objetivo principal de nuestro viaje a España estaba cumplido. Las cenizas de papá ya reposaban en el Valle de los Caídos, y con el correspondiente certificado, la casa Lloyd's nos iba a pagar las 1.800 libras del seguro. La

aventura de mi madre con el fabricante de medias también había dado buen resultado, pues además de las veinte mil pesetas que obtuvimos por las fotografías publicitarias, teníamos el sobre que el recepcionista del Palace le entregó a mi madre para asegurar su silencio, y las doscientas mil que le dio el inspector Sanchis. Sólo nos había fallado el abuelo, pero gracias a él, por mediación del señor Carrero, pudimos lograr el perdón para mis tíos que próximamente volverían a Madrid. Lástima que el primo Ángel, enamorado de un lama, hubiera decidido quedarse en el Tíbet.

¡CLICK!

La enfermera pelirroja que se parecía a tía Julia apagó el magnetófono.

- Ya es la hora. Don Alfredo ha tenido que ausentarse un momento. Me ruega que lo disculpe. Le espera el próximo martes.

Olía igual que mi tía y doña Rebeca. Parecía una mezcla gloriosa de ambas y no pude evitar decirle:

- El doctor Sivera tiene mucha suerte con las enfermeras. Pero creo que tanto usted como su compañera se merecen algo mejor. ¿Les gustaría hacer una prueba para el cine?

Sonrió ruborizándose y llamó a la morena que se parecía a Pier Angeli. Formaban una pareja adorable. Cuchichearon entre ellas y me preguntaron con lo ojos llenos de picardía:

- ¿No querrá usted quedarse con nosotras?
- ¡Qué más quisiera yo! Les estoy hablando en serio.
- ¿Y cómo se va a llamar la película?
- *El nieto secreto del General Franco.*

Pasé los días con Sumers y Cuadrado, mis dos compañeros de la Escuela de Cine ultimando el guión y el plan de rodaje. El martes por la tarde, cuando llegué a la consulta, el doctor Sivera estaba oyendo la última cinta. Me miró con gesto serio por encima de las gafas.

- ¿Es posible que Franco le causara tan mala impresión?

Por primera vez me fijé en que el psiquiatra llevaba bigotito, y sobre la mesa había una foto suya vestido con el uniforme de Alférez de Complemento. Me asusté. Él se dio cuenta inmediatamente y se excusó.

- Olvide mi pregunta. Hábleme usted con absoluta tranquilidad. Dígame todo lo que se le ocurra. Recuerde que soy como un confesor y estoy bajo el juramento hipocrático.

- Gracias doctor. Me quita usted un peso de encima.

- ¿Qué título ponemos a la cinta de hoy?

- "El hombre que cambió mi vida".

- Muy bien. Relájese y comience cuando quiera.

CINTA N° 5

EL HOMBRE QUE CAMBIÓ MI VIDA

El avión fue sumergiéndose, poco a poco, en el mar de nubes que cubría Londres mientras por los altavoces sonaba la música de *Pompa y Circunstancia*. Los pasajeros se abrocharon el cinturón de seguridad, pusieron el respaldo de los

asientos en posición vertical y el Boeing-747 tomó tierra suavemente en el aeropuerto de Heathrow.

Demasiadas cosas habían sucedido desde la muerte de mi padre. Mi ánimo andaba confuso por el cúmulo de las experiencias vividas en Madrid. Había madurado muy deprisa y necesitaba un período de sosiego para poner en orden las ideas, pues mi vida se había convertido en un continuo rodaje donde se sucedían las más variadas secuencias. Para colmo, dos días después de mi llegada, apareció Dorothy, la hija del reverendo Flanagan.

- Los de la Escuela de Cine te están esperando. Quieren rodar una película de indios.

- Deben estar locos. ¿Una película de indios en Londres?

- En realidad quieren hacer una experiencia, rodando en escenarios urbanos y con personajes actuales una historia del lejano Oeste.

Me reuní con ellos en el pub de la parroquia para trazar las líneas maestras del argumento. Fue una reunión multitudinaria: tres ingleses, un argentino millonario, dos rusos blancos, un mejicano ahijado de Jorge Negrete, un belga hijo de un fabricante de chocolate y un japonés extremadamente meticuloso. Todos querían imponer sus ideas, pero, al fin, ante tanto disparate, decidí tomar la iniciativa y les expliqué mi argumento: Dos pandillas de barrio formarían una tribu de indios y hostigarían a un grupo de niñas para robarles un muñeco que sería el Gran Dios Manitú de sus antepasados. Sólo el jefe indio aparecería armado con arco y flechas y el resto de los figurantes llevarían objetos comunes, como raquetas de tenis, palos de críquet, o cualquier otro juguete al que posteriormente, en los diálogos, les daríamos un significado especial.

- ¡Ah! Y no os olvidéis de los caballos. Como decía John Ford “Una película de indios sin caballos estará siempre abocada al fracaso”.

Como ocurrió en el ejercicio del pasado curso, aceptaron entusiasmados mi idea, y al mes siguiente, con el tam-tam de los sioux resonándonos en los oídos, una mañana cargada de buenas vibraciones, iniciamos el rodaje en el parque, junto a la iglesia del reverendo Flanagan.

Un sol de justicia, digno del desierto de Arizona, caía sobre Londres. El deslumbramiento me hacía ver la escena como a través de una nube de polvo que

convertía el inmenso gentío en manada de búfalos. Estaba sentado en mi silla plegable de director charlando con el argentino que interpretaba el papel de jefe indio mientras se preparaba la primera toma, cuando un taxi o una diligencia -no recuerdo ahora con exactitud- se detuvo debajo del árbol de los ahorcamientos. Descendió un individuo alto y corpulento, bien trajeado y de ademanes elegantes. Al destocarse para saludar a una dama, dejó al descubierto el brillo de una noble cabeza monda y lironda. ¿Sería un caballero del Este? Me gustaba aquel hombre para mi madre.

- ¿Quieres que te lo cace? –me preguntó el argentino adivinando mi pensamiento-.

Tomó la flecha, tensó la cuerda, apuntó sobre la esfera áurea, ajeno a lo que encerraba aquel tesoro, y la flecha, provista de una ventosa de goma, dio de lleno en el occipucio y se quedó fija. Por un momento el caballero permaneció inmóvil y al instante se derrumbó cual largo era ante el pasmo general de los viandantes que, de inmediato, comenzaron a lanzar sobre el indio gritos amenazadores de linchamiento, una costumbre muy extendida en el Oeste americano, donde por cualquier motivo se congregaban individuos vociferantes deseosos de armar camorra.

- Anda. Lárgate –le dije al jefe indio- y continuad el rodaje sin mí. Yo me haré cargo de todo esto.

La providencia, en forma de mayordomo inglés, vino en mi ayuda. Comptom, que desde la ventana, observaba el desagradable asunto en el que nos habíamos metido, acudió acompañado del guardia de la esquina y, mientras el policía ordenaba circular a la gente, él, con gran destreza, tomó por el cuello de la chaqueta al hombre tendido en el suelo y lo metió en casa dejándolo sobre el sofá del cuarto de estar.

Recogí el bombín del hombre de la cabeza rapada, y una cartera de grandes dimensiones. Al volver, encontré que mi madre había despegado la flecha de la cabeza de aquel rostro pálido y le frotaba la huella con *Embrujo de Sevilla*.

- Pareces una perfecta samaritana.

- Gracias, Francis. Tú sí que eres un perfecto cazador.

- ¿Te gusta la pieza?

- Sí, cariño. Se parece a Yul Briner.

Vestido con un terno gris marengo príncipe de Gales, corbata negra con rayas blancas, zapatos de tafilete y una leontina de oro que se perdía en el bolsillo del chaleco, evidenciaba su elevada posición económica.

El hombre pareció despertar de su desmayo y mi madre le administró una cucharadita de whisky de malta con azúcar y limón mientras yo le daba aire abanicándole la cabeza con el bombín. Abrió los ojos y nos miró sin decir palabra. Parecía asustado. Se palpó el bolsillo interior de la chaqueta, extrajo un pañuelo y se secó las gotitas de sudor que perlaban su frente. Pidió un vaso de agua y, mientras la bebía, observé que con el trasiego del pañuelo había quedado una pizca de polvo blanco sobre las solapas de la chaqueta. Pensé lo peor, pero no hice ningún comentario. De pronto, como si el agua hubiera sido un remedio milagroso, se puso en pie.

- ¿Qué me ha sucedido?

Deslumbrado por la envergadura y el noble aspecto de aquel caballero mi madre no supo qué contestar y yo le expliqué:

- Debíó sufrir el ataque de algún desaprensivo. Le encontramos inconsciente tumbado en la acera y nuestro mayordomo le trajo hasta aquí.

- Son ustedes muy amables.

- Debieron darle un golpe en la cabeza. Es un milagro que esté vivo.

Se frotó el chichón amoratado donde le golpeó la flecha y, sacando del bolsillo superior de la americana una medalla de plata, con la imagen de Cristo Rey y la leyenda “Detente bala”, la besó con extraordinaria devoción.

- Es una medalla milagrosa. Me la regaló mi padre antes de venir a Londres. A él le salvó la vida durante la Guerra.

- ¿Le apetece otra cucharadita de whisky?

- Sí, por favor. Si es posible, en vaso y sin azúcar.

Al segundo whisky estaba en plena forma. Había recobrado el color y parecía mirar a mi madre con muy buenos ojos. Aquel caballero nos contó su historia; una historia que podía resumirse así. Era un vasco de pura cepa. Se llamaba Iñaki Cazálluz y estudió en los jesuitas de Deusto. Se consideraba un

hombre recto, honesto, muy religioso y de acendrados principios morales. Estudió arquitectura. Disfrutaba de una holgada posición económica y trabajaba ahora en Londres en el despacho de Norman Foster.

Mamá se percató enseguida de lo que el destino nos había traído hasta casa, y comenzó a desarrollar su estrategia. Adoptando una actitud de viuda desconsolada y piadosa, necesitada de protección, le contó que su difunto marido fue un alto cargo de la Acción Católica que ejerció en Londres la representación española del Consejo Europeo de Moral y Buenas Costumbres. No tuve la menor duda que comenzaba a tejer un plan. Él la escuchaba como si oyese un cuento de hadas, cautivado en las redes de su simpatía.

Dos cosas me preocuparon de la historia de aquel hombre: la droga y el nacionalismo. Iñaki Cazálluz estaba tocado por el nacionalismo y establecía continuamente la barrera del ellos y el nosotros como posiciones irreductibles para defender unas señas de identidad en las que cabía, desde la flauta y el tamboril, hasta el levantamiento de piedras y otros curiosos folclorismos que se perdían en la noche de los tiempos. Pero, así y todo, no debíamos dejar escapar aquel mirlo blanco. La cuestión más preocupante era la del polvo blanco. ¿Cómo era posible que un hombre de tan acrisoladas costumbres morales y religiosas pudiera ser adicto a la droga? Dudaba de la fortaleza de mi madre si aquel hombre la invitaba a esnifar el polvo blanco y, aunque les dejé solos, permanecí atento a lo que pudiera suceder en el sofá.

Por suerte, todo se desarrolló dentro de los más estrictos cánones de moralidad y, aunque ella se insinuó en repetidas ocasiones, el vasco supo mantenerse firme y su declaración de amor sólo fue rubricada por dos castos besos en las mejillas. Al gran hombre se le veía feliz y satisfecho. Antes de despedirse dijo:

- El viernes próximo cenaremos en casa para celebrar el compromiso matrimonial.
- Francis -me llamó mi madre cuando se hubo ido el arquitecto-. Para que todo siga funcionando bien, hemos de estar de acuerdo en una cosa muy importante.
- Ya sabes que puedes confiar en mí.
- Lo sé. Me lo has demostrado con creces y no sabes cuánto me alegro.

- Y ¿qué es lo que se te ha ocurrido?

- Debemos procurar, por todos los medios, que Iñaki no conozca la existencia de Francisco Brunete de Armas y la relación con Franco. Si el vasco se enterara, con todo lo católico que es, podría ser el final de este proyecto, y eso no nos interesa a ninguno de los dos.

- No te preocupes. Ya he inventado una nueva historia. A partir de ahora, a mi difunto padre, el Presidente del Consejo Europeo de Moral y Buenas Costumbres, le llamaremos don Prudencio Celemin Olavide. Y a sus padres, María y José, dos aristócratas madrileños, que fusilaron en Paracuellos durante la guerra. Conviene no dejar ninguna huella del pasado.

- Es una bonita historia.

- Sí, por supuesto. Pero recuerda mamá, que tanto tú como yo hemos de ser verdaderos modelos de viuda e hijo virtuosos, para que deposite en nosotros toda su confianza.

- Si quieres, puedes sustituir la palabra confianza por herencia.

En aquel momento tuve la certeza de que mi madre y yo íbamos a poner en marcha el mejor negocio de nuestra vida.

La casa del arquitecto vasco, en el 47 de Bishop Avenue del elegante barrio de Kenwood, denotaba su extraordinaria posición económica y la afición desmesurada por las antigüedades; parecía una sucursal del *British Museum*. Cuadros, joyas, marfiles... ¿tendría alguna relación con el polvo blanco que salió de uno de sus bolsillos el día del accidente?

Nos recibió eufórico. Llevaba un mandil a rayas verdes y negras y se tocaba con un gorro de cocinero que agrandaba su respetable figura.

- Estoy cocinando para vosotros. La cocina es una de las grandes pasiones de los vascos.

En la mesa, dispuesta con todo detalle, nos esperaban una fuente de cocotxas y una cazuela con angulas. Sobre los fogones de la cocina se asaban a fuego lento tres enormes chuletones. En la tabla superior de una mesita auxiliar

destacaba una bandeja de quesos franceses, y en la parte inferior, un gran pastel de chocolate coronado con fresas silvestres.

- ¡Ave María Purísima! ¡Qué barbaridad!

- No os asustéis –sonrió-. La gula es nuestro único pecado.

Menos mal -pensé para mis adentros- porque si tuvieran más pecados y los ejercieran siempre con tanta vehemencia...

- Bendice Señor los alimentos que vamos a tomar para mantenernos en vuestro santo servicio.

- Amén.

- ¿Os gusta el vino? Es de nuestra cosecha. Lo elaboramos y envasamos en el caserío de mis padres.

Mi madre estaba exultante. Le brillaban los ojos color miel, de un modo especial. Los pechos parecían querer romper el sujetador, y llegué a temer que en cualquier momento se lanzara sobre aquel novio tan maravilloso. El destino había puesto en su camino al hombre ideal. Por fin, la vida le deparaba un porvenir feliz, a poco que supiera contenerse en sus apetitos sexuales y dejara la iniciativa en manos del arquitecto. Y si todo marchaba por el recto camino, yo también iba a salir beneficiado por la boda. Un padre rico, culto, educado y aficionado a la buena mesa no caía del cielo todos los días.

- Propongo un brindis por los novios.

Los tres éramos grandes aficionados al Moet Chandon y los brindis por la felicidad y prosperidad del nuevo matrimonio se sucedieron hasta vaciar la botella. Entonces, él sacó del bolsillo del chaleco un precioso anillo coronado por doce brillantes rodeando a un topacio de forma ovalada.

- He procurado que fuera lo más parecido al color de tus ojos.

Se lo puso con gran delicadeza en el dedo corazón. El brillo de las piedras iluminó su rostro, y ofreciéndole los labios al novio, lo abrazó llenándole la boca de besos. Esta vez él no tuvo fuerzas para rechazarla y al finalizar el besuqueo me miró sonrojado como excusándose por el arrebato.

- ¿Habéis pensado dónde vais a casaros?

- Donde Iñaki quiera, ¿Verdad, amor?

- Mi ilusión siempre fue casarme en la basílica de Begoña, pero tenemos mucho trabajo en el despacho y habrá que demorarlo por unos meses.

- Lo que tú digas, cariño. ¿Os apetece café? Enseguida lo traigo.

Teniendo en cuenta los sólidos principios religiosos del arquitecto, se me antojaban excesivos para mi madre unos meses de castidad que podrían dar al traste con nuestros planes y, aprovechando su ausencia, apunté:

- Podríais casaros por correspondencia.

- No creo que eso tenga efectos legales. Además donde esté una misa de pontifical con tres celebrantes y el Orfeón Donostiarra...

- De todos modos -insistí- deberías informarte. Creo que mamá necesita consumir cuanto antes el matrimonio. Desde que murió papá, los médicos han insistido mucho en ello.

- No sabía que tu madre...

- Sí, sí. Está en tratamiento desde entonces.

- En ese caso haré las gestiones oportunas con el sacerdote de la embajada.

Cuando regresó mamá con el café, yo me fui a la salita de estar a ver la televisión y los dejé solos para que hablaran de sus cosas. Después del boletín de noticias, me entretuve viendo *Lo que el viento se llevó*. Y justo en el momento en que la negra le aprieta las cintas del corsé a Escarlata O'Hara, mi madre me llamó angustiada.

- ¡Francis! ¡Francis! Ven enseguida.

El arquitecto Iñaki Cazálluz, atacado por un extraño mal, se retorció en el suelo bañado en sudor con los ojos desorbitados. Incapaz de incorporarse y sin poder articular palabra, se metía las manos torpemente por los bolsillos.

- ¿No se nos irá a morir ahora, verdad Francis? -preguntó mi madre pensando en la agonía de su primer marido-

- Tranquilízate, no será nada.

Recordé los vestigios de polvo blanco que había observado en su ropa y confirmé mis suposiciones. Aquel hombre sufría el síndrome de abstinencia. Rápidamente me arrodillé junto a él y, tomándole por las solapas, le pregunté:

- ¿Dónde la guardas?

Sin poder hablar, me miraba a través de unas pupilas enormemente dilatadas y señalaba con la mano un lugar indefinido.

- ¿Quieres que avisemos a Comptom?

- Olvídate de Comptom. Tenemos que encontrar dónde guarda la droga.

Registramos todos los cajones, mientras Iñaki, cada vez más lívido y sudoroso, se debatía entre estertores. Mi madre desesperada se preguntaba entre sollozos:

- ¿Por qué me tienen que suceder a mí todas estas cosas?

Yo seguía revolviendo cajones y armarios hasta que por fin:

- ¡Aquí está!

Era un bote de cristal verde lleno del preciado polvo blanco. Seguro que había más de un kilo de cocaína de alta pureza. Aquello debía valer una fortuna. En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

- ¡La policía! -exclamó mi madre-

Quedé paralizado con el frasco de droga entre las manos. Ella se desplomó en el sofá y la puerta se abrió. Entró una mujer de unos cincuenta años con un impermeable azul llevando un envoltorio de aspecto sospechoso.

- ¡Dios mío! ¿Qué le ocurre al señor?

Se precipitó junto a él y, quitándome el tarro de las manos, me gritó:

- Rápido. Déme una cuchara y un vaso de agua.

Le cogió la cabeza y, a duras penas, le abrió la boca y le introdujo una cuchara colmada de polvo blanco. Le hizo beber un vaso de agua y poco a poco, el rostro del arquitecto fue recobrando su aspecto normal.

- Por favor. Ayúdenme.

Entre los tres le sentamos en el sofá, y tras eructar varias veces volvió a encontrarse bien.

- El señor es incorregible. Le gusta demasiado la buena mesa. Procuren tener siempre a mano el bicarbonato. Ahora prepararé un té. Le sentará bien.

Recogió la mesa y se metió en la cocina para fregar los platos.

Tres semanas más tarde les acompañé al fotógrafo. La foto de boda era indispensable para iniciar los trámites del matrimonio por correspondencia. He de reconocer que formaban una magnífica pareja. Ella con un traje verde de terciopelo, adornado con lazos de encaje. Él, como siempre, sobrio, elegante y clásico, con un terno oscuro y corbata gris sujeta con una perla de magnífico oriente.

Con la transcripción al latín de los votos matrimoniales y, al pie, la firma del Vicecónsul junto con las de mi madre e Iñaki, la fotografía se mandó a Bilbao, a la basílica de Nuestra Señora de Begoña, donde el Vicario Episcopal puso los sellos correspondientes del arzobispado y el timbre móvil de los huérfanos clericales. Cuando la fotografía volvió a Londres, debidamente cumplimentada por las autoridades religiosas españolas, Iñaki y mamá la llevaron a la catedral de Westminster y, tras quedar inscrita en el libro de matrimonios por correspondencia, se celebró una emotiva ceremonia para que el Nuncio pudiera darles la bendición apostólica. Asistieron los compañeros del despacho de Norman Foster, y por parte de mi madre lo hizo un grupo de damas del Ejército de Salvación, en donde había vuelto a ingresar desde que su novio la llevara por el camino de la virtud. El Dean, un tipo pelirrojo con bigote de cepillo de dientes, confirmó la boda registrada en la basílica de Begoña, les puso los anillos y tras entonar el salmo del profeta David “La gloria de los esposos se ubica entre sus piernas que cual columnas marmóreas del templo de Salomón guardan la entrada a los más preciados tesoros”, les declaró marido y mujer.

- ¡Vivan los novios! ¡Que se besen! –grité enardecido-

Hubo un silencio sepulcral. Iñaki y mi madre me fulminaron con la mirada. El Dean y el Nuncio cerraron los ojos para no verme y los asistentes me miraron llenos de curiosidad pensando que me había vuelto loco. Menos mal que el órgano inició las notas de la Marcha Nupcial y se restableció la normalidad. Comptom, siempre fiel a una madre, sentado en un banco al final de la iglesia, sonreía beatíficamente mientras una lágrima se le escapaba por el rabillo del ojo.

Hicieron el viaje de bodas en el *Phantom*, uno de los barcos para turistas que recorren el Támesis con el aburrimiento propio de los barcos fluviales.

Partieron después de la ceremonia y regresaron a casa a las cinco de la tarde para poder tomar el té con nosotros. Comptom y yo les habíamos preparado una sorpresa. Recordando los prodigios del brazo incorrupto de santa Teresa y las profundas devociones del arquitecto vasco, compramos una imagen del Corazón de Jesús metida en un fanal de cristal, con una leyenda al pie que decía: "Dios bendiga cada rincón de esta casa", y la colocamos sobre la mesa del recibidor. Al entrar los recién casados, el arquitecto quedó gratamente sorprendido.

- Es un detalle magnífico.

Iñaki Cazálluz comenzó de inmediato a ejercer de padre de familia y, aunque ya tenía sus planes trazados de antemano, tuvo la deferencia de preguntar:

- ¿Os gustaría que fuésemos a vivir a mi casa?

Mamá y yo nos habíamos puesto de acuerdo en emplear todos los medios a nuestro alcance para lograr que Comptom se quedara a vivir con nosotros. Le había hablado de sus bondades, virtudes y eficiencia, y muy especialmente de sus deseos de abandonar el protestantismo y abrazar la fe católica.

- ¿Te parece bien que Comptom siga con nosotros?

- Por supuesto -contestó pensando en la conversión del mayordomo-. Pero me gustaría que durante las horas de servicio en casa, usara la armadura del siglo XVI que tengo en el salón.

- Me parece muy acertado. A aquella casa con tantas antigüedades le irá muy bien un mayordomo con armadura. ¿Qué opina usted, Comptom?

- Si los señores lo creen oportuno, estaré encantado de poder servirles con la armadura. Lo único que me permitiría rogarles -añadió- es que en vez de lanza me dejaran usar el paraguas para salir a la calle.

- Por supuesto, Comptom. No hay ningún inconveniente.

Mi padre apuró la taza de té y me miró a los ojos.

- Ahora tendremos que ocuparnos de ti.

No supe si estar triste o contento. Por primera vez en la vida alguien se iba a ocupar de mí, y esto podía acarrear graves peligros para mi libertad, sobre todo teniendo en cuenta el ramalazo piadoso que tenía el vasco.

- ¡Glupp! ¡Glupp! Perdón. Es el estómago.

Con todas las emociones de aquel día, a mi padre se le había formado una bolsa de aire y comenzaron a desencadenársele los eructos. Comptom, que ya estaba advertido, trajo de la cocina el tarro con bicarbonato y mi padre se sirvió dos cucharadas soperas.

- ¿El señor lo prefiere con agua o con whisky?

- Con whisky. Siempre con whisky, por favor.

Calmadas sus flatulencias, prosiguió el discurso sobre mi porvenir:

- Creo, Amparo, que lo mejor que podemos darle a este muchacho es una buena educación.

Era la frase tópica que pronunciaban todos los padres y, temiéndome lo peor, intenté protestar, pero mi madre me atajó con una sonrisa de complicidad:

- Deja, deja a tu padre que se explique.

- Francis tiene un cerebro privilegiado. Lo mejor que podríamos hacer por él es llevarle a Cambridge, al colegio para niños superdotados que dirige el profesor Noel Coward. Estoy seguro que le será de gran utilidad para su futuro.

- No sabes cuánto te agradezco que te ocupes del porvenir de mi hijo, cariño.

- De nuestro hijo, Amparo. De nuestro hijo.

Me veía encerrado tras los muros de aquel célebre colegio, rodeado de jovencitos repelentes y bajo la vigilancia de adustos profesores. Estaba muy feliz en Londres y no me apetecía marchar a Cambridge; pero pensando en los planes que habíamos urdido sobre el arquitecto, permanecí en silencio sin hacer comentarios.

En aquella primera tarde matrimonial se tomaron decisiones trascendentales para mi porvenir. Iñaki Cazálluz, convertido en mi padre putativo sonreía feliz sentado en el sofá junto a mi madre. Pero la función no había terminado. Tomó otra cucharada de bicarbonato, bebió whisky y anunció con voz solemne:

- Ahora, es tiempo de rezar el rosario. Por la señal de la Santa Cruz. De nuestros enemigos líbranos Señor...

Nuestras vidas seguían marcadas por la máxima del Padre Peyton y nos pusimos a rezar esperando que la nueva familia, permaneciera unida hasta alcanzar los objetivos propuestos.

Una semana más tarde, Comptom, vestido con la armadura del siglo XVI, que por cierto le sentaba divinamente, tomó el paraguas y se dispuso a acompañarme a Cambridge. El taxista que nos llevaba a la estación no dejaba de mirarnos por el espejo retrovisor, y, al fin, le desbordó la curiosidad.

- Caballero ¿usted es de la casa de York o de la casa de Lancaster?

Comptom se levantó la celada y respondió con voz solemne:

- Pertenezco a la casa del señor Cazálluz.

- No me suenan los Cazálluz. ¿Estaban con Enrique VIII?

- No, no. Los Cazálluz procedían de España y lucharon junto al príncipe de Cornualles.

El taxista se rascó la cabeza dándole vueltas a sus conocimientos de historia, e insistió:

- ¿No serían aquellos locos que incendiaron la ciudad de Norfolk?

Conocía la proverbial afición de los taxistas ingleses por los temas históricos relacionados con su admirada monarquía y le propuse un trato:

- Si usted quiere, el caballero puede contarle la historia de los Cazálluz por el módico precio de una libra.

- De acuerdo. Se lo descontaré del importe.

- Los Cazálluz proceden de la villa de Guetaria y, tras el asesinato del primer conde de Romanones que dio lugar a la desmembración del País Vasco por la muerte del Rey Aitor II a manos de Bellido Dolfos, llegaron a Inglaterra a principios de 1570. John Brown, príncipe de Cornualles, formó, con el hijo mayor de los Cazálluz y el dean de Canterbury, una coalición auspiciada por el Papa para luchar contra Enrique VIII. Tras la toma de Norfolk, los Cazálluz recibieron el condado de Sussex, y en la disputa de la casa de York con la de Lancaster, se alinearon al lado de estos últimos y llevaron el peso principal en la Guerra de las Dos Rosas. Actualmente el gobierno de España no reconoce la nobleza de los Cazálluz y la casa real inglesa les ha concedido amparo nobiliario.

El taxi se detuvo a la puerta de la estación. Llovía con intensidad. Menos mal que a Comptom se le había ocurrido cambiar la lanza por el paraguas. El taxista bajó mi equipaje y, enardecido por aquella maravillosa historia pidió

permiso a Comptom, golpeó con los nudillos la coraza para comprobar la calidad del acero, y no pudo menos que exclamar:

- ¡Gracias a Dios, en Inglaterra todavía se conservan las tradiciones!

La gente que deambulaba por los andenes apenas se fijaba en nosotros. Comptom vestía la armadura como si fuera su atuendo habitual. Y, con la celada levantada, andaba junto a mí sosteniendo con una mano la maleta y con la otra el paraguas.

Durante el breve tiempo de noviazgo, la correcta y puritana actitud de Iñaki Cazálluz hizo albergar a mi madre el temor de que aquel mirlo blanco, no tuviera el empuje de los militares de Caballería, ni siquiera el de un simple industrial catalán. Pero en cuanto el Dean de Canterbury levantó la veda con su bendición, mi nuevo padre abandonó sus morigeradas costumbres y, ante el asombro de mi madre, entró en un arrebató sexual que le llevaba a las más extraordinarias posturas, propias de un contorsionista, con la santa intención de dejarla embarazada, ya que, para él, el único fin del matrimonio era la procreación. Mi madre no sólo se dejaba hacer, sino que muchas veces llevaba la iniciativa con su natural alegría, sin presentir el peligro que supondría un embarazo. Me vi obligado a tomar cartas en el asunto, y aproveché uno de mis períodos vacacionales para hablar con Comptom.

- ¿Qué le parece lo de mis padres?

- He de confesarle al señor que estoy verdaderamente abochornado. No respetan horas ni lugares, cualquier momento es bueno.

- Pero esto puede llevarnos a una situación muy desagradable.

- Por supuesto. Ya se lo he advertido a su señora madre, pero... ella... En fin, usted ya la conoce.

- Claro que sí Comptom. Y usted también, por eso no debería tomárselo tan a pecho.

- Tiene usted razón. Un buen mayordomo no debe dejar nunca traslucir sus sentimientos.

Se había quitado el casco y la coraza y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. A duras penas podía disimular los sentimientos que le embargaban. La situación era francamente embarazosa.

- Y ¿se le ocurre algún remedio?

- Precisamente, ahora que ando yo metido en libros de caballería, había pensado que podríamos ponerle un cinturón de castidad.

- ¡Comptom!

- ¿No le parece bien al señor?

- ¡Me parece una barbaridad! A veces creo que con el uso de la armadura se le está a usted atrofiando el cerebro.

- ¿Por qué, señor?

- Con el dichoso artilugio no podría jugar al tenis ni montar en bicicleta, y se iba a poner las ingles terriblemente perdidas por el roce.

- Tiene usted razón. ¡Benditas ingles de lady Amp!

- Los contraceptivos metálicos han evolucionado mucho. Precisamente en Cambridge hemos estudiado estos días los nuevos modelos. Yo sería partidario de uno de esos dispositivos intrauterinos.

- ¿Usted cree que será suficiente?

- Espero que sí.

Al día siguiente, regresé a Cambridge. Comptom se encargaría de acompañarla al médico para que le colocaran el artilugio en el útero, y así, el arquitecto vasco, por mucho empeño que pusiera, seguiría teniéndome a mí como único hijo y heredero. Como decía mi abuelo, había que dejarlo todo atado y bien atado.

Durante el tiempo que mi padre pasaba en la oficina, Comptom y mi madre habían llegado a un acuerdo: él podría ir por casa sin la pesada armadura, y ella llevaría el camisón negro que, tras la impresión que le produjo la noche que murió mi primer padre, acabó siendo una de sus prendas fetiche preferidas. Ahora con el DIU ya no existía ningún peligro y de este modo se mantenían las viejas costumbres, porque, la especial atracción que nació entre ellos desde que llegamos a Inglaterra, se había convertido en una tradición.

Comptom se pasaba el día recogiendo y cepillando los restos de bicarbonato que mi padre dejaba por los bolsillos, los sillones, las alfombras... Hasta que una mañana tuvo la feliz idea:

- Lady Amp, creo que deberíamos ocuparnos del señor.

- ¿Le molesta mi marido?

- ¡Por Dios señora!

- ¿Entonces?

- Me refiero a las flatulencias y al bicarbonato. Lo pone todo perdido con este maldito polvo blanco.

- ¿Y se le ocurre a usted alguna solución?

- Podríamos llevarle al doctor Sloan.

- ¿Acaso le conoce?

- Sí. Es amigo mío. Pertenece también a la Real Asociación Inglesa de Pederastas.

- ¡Pero Comptom, el señor ya no es ningún niño!

- No importa. El doctor Sloan es cirujano de la Vesícula Real.

- ¡Ah! Muy bien. En ese caso podría pedirle hora.

En toda Inglaterra era proverbial la pasión del doctor Sloan por la cirugía. Llevaba siempre consigo el maletín del instrumental, y, en cuanto te descuidabas, te operaba en un santiamén sin preguntarte siquiera si estabas en ayunas. Con una inusitada facilidad, abría, cortaba, serraba, reparaba, cerraba, cosía y solucionaba el problema. Igual que sucedía con Norman Foster, la fama del doctor Sloan se extendía por todo el mundo, y reyes, princesas, jefes de estado, altos dignatarios, y millonarios de todos los colores requerían sus servicios para someterse a las más variopintas operaciones.

El día en que mamá y yo acompañamos al arquitecto a la consulta del eminente cirujano y comprobó la dolencia que le aquejaba, se le ocurrió la solución de inmediato. Pidió a su ayudante una válvula de rueda de bicicleta y, en un abrir y cerrar de ojos, se la implantó con extraordinaria precisión junto al ombligo. Mientras se lavaba las manos, nos explicó su funcionamiento:

- El método es muy sencillo. Está basado en la ley de Boyle-Mariot. En cuanto usted note que comienza a hincharse, aprieta esa pequeña válvula y ¡Pufff! el aire se saldrá y con él desaparecerán las flatulencias.

Le mirábamos boquiabiertos impresionados por la destreza y rapidez de la intervención. Encendió un cigarrillo y añadió:

- No creo que falte al juramento hipocrático si les digo que a la Reina Madre le realicé esta misma operación hace veinte años, y ahí la tienen ustedes tan campante con 64 años y el Imperio británico sobre sus hombros.

Norman Foster compactó el tabaco en la cazoleta de su pipa y le prendió fuego con estudiada parsimonia. Se puso las gafas y volvió a leer la carta del ayuntamiento de Melbourne. No hay nada como ponerse de moda –pensó-. Todos los días, desde cualquier parte del planeta, llegaban a su despacho los encargos más pintorescos. Puentes, rascacielos, edificios singulares, restauraciones de antiguos palacios, complejos urbanísticos... y los equipos de Foster recorrían el mundo aconsejando y diseñando proyectos con la firma millonaria de Norman Foster. La carta del ayuntamiento de Melbourne pidiéndole un proyecto para el nuevo palacio de congresos, llegaba en un momento de muchos compromisos, y pensó en un hombre de toda confianza. Pulsó el timbre del despacho y ordenó a su secretaria:

- Por favor, que venga el señor Cazálluz.

- ¿Le gustaría ir a Australia?

Antes de que pudiera responder, Foster continuó:

- Se trata de un proyecto muy ambicioso y me gustaría que usted se hiciera cargo de la delegación de Melbourne y supervisara los otros tres proyectos que llevamos allí.

- ¡Pschhhhhh...!

- ¿Le ocurre algo, Iñaki?

- Perdón. Es el estómago. Acaban de ponerme una válvula.

- Entonces ¿acepta la propuesta?
- Por supuesto. Y le agradezco mucho su confianza.
- Estoy seguro de que hará un buen trabajo, pero procure cuidarse ese estómago que está usted abusando demasiado del bicarbonato.

Nos lo dijo durante la cena de Nochebuena.

- He aceptado una propuesta muy interesante del señor Foster. Voy a ocuparme de las oficinas de la empresa en Australia. El trabajo durará un par de años. Francis podrá residir durante este tiempo en Cambridge en la residencia de las Almas Muertas, ya he hablado con Mr. Coward. Comptom seguirá aquí al cuidado de la casa. Y tú y yo –le cogió la mano- volaremos a Australia dentro de quince días.

Mi madre acogió la noticia con alegría apretando entre las suyas las manos del arquitecto. Si todavía quedaba en su subconsciente algún residuo de celotipia, la boda con el arquitecto vasco acabó, al fin, con todas las obsesiones enfermizas de su juventud. Había logrado un marido más guapo y más rico que mi padre y que el diplomático de los huevos de marfil. Además, seguía hermosa y atractiva. La melenita color miel enmarcaba su rostro sonriente, donde los ojos color topacio, se le iluminaban cada vez que miraba al arquitecto. En sus piernas ya no volvieron a aparecer las desagradables vedijas que le nacieron a los quince años. Y los pechos le seguían creciendo hacia arriba como una gloriosa ascensión a los cielos.

La mañana triste y fría del diez de enero fuímos a despedirles al aeropuerto. Con el último abrazo, le susurré a mi madre:

- Por lo que más quieras, vigílate el DIU.

Durante aquellos años de internado, apenas tuve noticias de mis padres. Mamá solía enviarme una tarjeta postal todos los meses con un escueto mensaje: “*The ruler* no ha faltado a la cita”. Para ellos fueron tres años de normalidad matrimonial en el lejano país de los canguros. Para mí, el *college* de Cambridge fue el Jordán que me convirtió en un snob, tolerante y cosmopolita.

Algunas veces el recuerdo de mi abuelo me inquietaba. Aquella desconcertante visita al Pardo... Ni siquiera nos había dirigido una sonrisa. ¿Dónde estaban sus sentimientos? Parecía que su único erotismo lo tuviera en el poder. No lograba liberarme de su recuerdo y continuaba albergando remotas esperanzas.

Antes de abandonar definitivamente Cambridge, donde estudié Finanzas, Literatura Erótica e Historia del Arte, el profesor Coward me advirtió:

- Tienes el sello especial de los elegidos. Estás muy seguro de ti mismo y no tienes contradicciones. Esto puede ser muy peligroso, pues la gente no te comprenderá y creará que eres un tipo hueco y sin sentimientos.

A partir de este momento comprendí que estaba predestinado a ser un incomprendido. Si no quería amargarme la vida, debía asumir esta singular característica y procurar vivir ajeno al que dirán, importándome un bledo la opinión de los demás.

A principios del 67, finalizados los trabajos de Melbourne, mis padres regresaron a Londres, y la vida en el 48 de Bishop Avenue volvió a su ritmo normal: él enfrascado en su trabajo, ella con el DIU en perfectas condiciones, Comptom eficiente y atento, y yo, con un bigotito canalla a lo Clark Gable, que me había dejado crecer por indicación de mi profesor de estética, me reincorporé a la Escuela de Cine. Pero esta vez ya no encontré a Dorothy, la hija del reverendo Flanagan; la separación había enfriado el amor, y según me contó Carlos, el argentino que interpretaba el papel de jefe indio, se había ido a vivir con un indio de turbante que vendía incienso y alucinógenos en Porto Bello.

Con la llegada de la primavera, mi padre recibió una nueva oferta de Norman Foster:

- La oficina de Madrid ha quedado vacante. ¿Le interesaría a usted hacerse cargo de ella?

Volábamos hacia Bilbao. La gran ilusión de Iñaki Cazálluz, antes de establecernos en Madrid, era que conociésemos a sus padres y sobre todo la noble tierra donde nació.

- ¿Habéis estado alguna vez en el País Vasco?

- ¿El País? -pregunté extrañado-. ¿Te refieres a las provincias Vascongadas?

Me miró con acritud y me reconvino.

- País Vasco, Francis. País Vasco. Que no se te olvide.

La observación echaba por tierra mis conocimientos de geografía aprendidos en Cambridge, pero comprendí enseguida que todo lo relacionado con aquella tierra era el punto débil, el talón de Aquiles, de mi nuevo padre y me acordé de la anécdota que me contó mamá cuando en la noche de bodas se le presentó con la ikurriña bordada en el calzoncillo.

- Es un país maravilloso. Os encantará. Su paisaje, sus pueblos, su mar y sobre todo sus gentes. Allí todos tenemos el factor Rh negativo. Y por cierto ¿cómo tenéis vosotros el factor Rh?

Nunca nos había preocupado aquella cuestión y nos miramos con inquietud tratando de encontrarnos el factor Rh. Menos mal que se presentó la azafata con las bandejas del desayuno y olvidamos por el momento aquella embarazosa cuestión.

Me preguntaba muchas veces por qué mi vida no transcurría como la de cualquier persona normal y me veía siempre implicado en extraños asuntos. ¿Tendrían algo que ver los genes de mi abuelo? Quizá ahora, esta nueva situación familiar me llevaría a una existencia más sosegada. Pero mi desmesurada afición al cine, me hacía vivir constantemente en estado de rodaje, y me ocupaba planificándolo todo, buscando el encuadre apropiado, y marcando el ritmo de las secuencias.

Envuelto en el *xirimiri*, el taxi avanzaba entre verdes praderas, salpicadas por viejos caseríos. Rebaños de vacas pastaban sin demasiada prisa ante la mirada de unos pastores que tocaban el chistu y el tamboril. En los pueblos, los niños jugaban en el patio de las ikastolas y, mientras los hombres tomaban chiquitos en las puertas de las tabernas, las mujeres enlutadas acudían a la iglesia.

Después de atravesar varios pueblecitos, el taxi enfiló una recta que llevaba a la cima de un montículo donde se alzaba un enorme caserío.

- Mira Francis, aquella es la casa donde yo nací. El solar ilustre de los Cazálluz.

En el salón principal, presidido por un retrato de Sabino Arana, ante una enorme chimenea, mis nuevos abuelos componían una imagen sacada de un cuadro de Zuloaga. Él, alto, huesudo, tieso como un roble, de nariz aguileña y mirada severa, vestía completamente de negro y se cubría con una gran txapela. Estaba como hipnotizado mirando absorto un vaso de txacolí que tenía sobre la mesa mientras la mandíbula inferior le bailaba inquieta al ritmo del parkinson. La abuela, vestida también de negro, era flaca y alta, el pelo gris lo llevaba recogido en un inmenso moño y movía con suma habilidad las agujas de hacer calceta. Apenas descompusieron el gesto cuando nos vieron aparecer. Mi padre se acercó a ellos, les abrazó, e hizo las presentaciones:

- Estos son mi mujer y mi hijo.

La respuesta fue contundente.

- No nos gustan nada. No has elegido bien.

- ¿Por qué decís eso?

- Se nota enseguida que no son vascos.

- Son personas muy respetables y religiosas.

- No nos gusta una viuda con un hijo.

Mamá y yo nos acercamos y les besamos con mucho respeto en las mejillas mientras permanecían impasibles sin devolvernos el saludo. El arquitecto les mostró la fotografía de boda y ellos torcieron el gesto. Enseguida comprendí que seguía sin tener suerte con mis abuelos. Iñaki continuó dándoles explicaciones en un idioma ininteligible, y cuando terminó de hablar, el abuelo le tiró a la cara el culín de vino que quedaba en el vaso, y la abuela continuó haciendo calceta sin quitar los ojos de las agujas.

A la hora de cenar, mi padre nos llevó al *batzoki* de Bilbao. Según nos explicó por el camino, allí se reunían los vascos de pura cepa para mantener la llama sagrada del nacionalismo. En el momento en que llegamos, su hermano Javier, vestido con la negra sotana de los jesuitas, dirigía uno de sus típicos sermones a los parroquianos que le escuchaban en medio de un religioso silencio.

Se le veía muy dotado para la predicación y gustaba de usar voz apocalíptica y dedo índice inquisidor.

- *Os hablo con las palabras propias de Sabino Arana. Todos los maketos, grandes y pequeños, burgueses y trabajadores, sabios e ignorantes, buenos y malos, son enemigos de nuestra patria.*

Mi madre y yo nos miramos asustados, pero el arquitecto nos tranquilizó con un gesto y nos sentamos en silencio para seguir escuchando a aquel esclarecido varón.

- *... Nuestra sociedad mezclada y hecha una con la española está fuera de sus fines, está perdiendo a sus hijos, está pecando contra Dios. La patria de los vascos es Euskadi. ¡Euskadi para Dios!*

- Mamá -le susurré- creo que no tenemos nada que hacer aquí.

- Calla y escucha. Siempre aprenderás alguna cosa.

- *Vosotros habéis negado vuestra nacionalidad y, bajo la influencia española, podrida y degenerada, la habéis contaminado, afeminado... y sin ningún tipo de respeto a vuestros antepasados, mezclando vuestra sangre con la sangre española o maketa os habéis emparentado y mezclado con una de las razas más despreciables de Europa...*

- ¿Te das cuenta ahora por qué quería que nos hiciéramos el análisis de sangre?

- Pero qué barbaridades dice. Este hombre debe de estar loco.

En cuanto finalizó el discurso, vino a abrazar a su hermano y se sentó entre nosotros. Mi madre procuró mostrarse amable desde el principio.

- Nos ha gustado mucho el panegírico. Iñaki nos ha hablado mucho de usted. Dice que es una persona fuera de serie.

Pero él apenas reparó en nuestras palabras y, mirando fijamente a su hermano, le reprochó en tono admonitorio:

- No acierto a comprender tantas prisas para casarte, y supongo que a este muchacho no lo habrás tenido fuera del matrimonio.

- No, no, tranquilízate. Amparito lo tenía ya de su anterior marido.

Murmuró unas frases en alemán y volvió a preguntar:

- Espero que por lo menos se habrán hecho ya los análisis de sangre.

Mi madre harta de su tono chulesco, le constestó:

- No sabía que se dedicara usted también a la medicina.

- Señora, yo no me dedico a la medicina, pero, para que ustedes entren a formar parte de mi familia, necesito la prueba del Rh. –Y añadió iracundo-. Nosotros los nacionalistas vascos ni creemos en la nación española ni la aceptamos.

Mamá sonrió. Sabía ponerse en su papel en el momento oportuno, y transfigurándose en Ava Gardner, se levantó de la silla, puso el pie sobre la mesa y tomándole por el alzacuellos, le advirtió:

- Mira cuñado, a mi hijo y a mí no nos toca nadie el Rh.

Luego, dirigiéndose a mi padre, añadió:

- Anda, Iñaki. Llévanos a cenar a un sitio elegante, que no soporto estos ambientes.

Antes de abandonar el batzoki, me acerqué al hermano de mi padre, y le di un consejo que aprendí en Cambridge con el profesor Noel Coward.

- No te equivoques, querido tío. El nacionalismo es sólo una mezcla de nostalgia y melancolía.

No pude conciliar el sueño. Estaba claro, a todas luces, que si nos quedábamos mucho tiempo por aquellos pagos, el arquitecto perdería el cosmopolitismo y acabaría sus días afiliado al partido político de don Sabino Arana. No había tiempo que perder y al día siguiente, a primera hora, tomamos el Talgo rumbo a Madrid.

- ¿Llevaste anoche el paquetito a tío Javier?

- Sí mamá, se lo llevé personalmente al batzoki.

- ¿Qué le mandaste? -preguntó mi padre con curiosidad-

- Tus calzoncillos con la ikurriña. Supongo que le harán falta cuando se quite la sotana.

¡CLICK!

- Doctor ¿No cree que ha pasado ya la hora?

- Oh. Sí. Perdone. Estaba metido de lleno en su historia. Yo también conocí al señor Cazálluz en su época de jesuita.

- ¿Y qué opina usted de los nacionalismos? Porque ése sí que es un asunto de psiquiatras.

- Bueno, bueno. Yo no diría tanto. Pero no entremos en política.

- ¿No se podría calificar el nacionalismo como un tipo de esquizofrenia?

- No diga barbaridades.

- ¿Y qué me dice del Nacional Catalanismo de mi abuelo?

- No creo que deba usted hablar tan a la ligera de estas cosas tan serias.

Hizo ademán de levantarse y le interrumpí.

- Perdóneme doctor. ¿Todavía sigo pareciéndole un tipo frío y sin sentimientos?

- Ya le dije que sólo al final tendré suficiente información para sacar conclusiones sobre su personalidad. En fin, Francis, hasta el próximo viernes. Y a ver si se le ocurre un título bonito para la cinta. Por cierto ¿sabe que mis enfermeras dicen que se parece usted a Paul Newman?

- Sus enfermeras son muy amables y creo que también se están aficionando al cine.

El médico no pudo evitar la broma:

- ¡Cuidado Francis. No me las vaya a contagiar!

El viernes, en cuanto llegué, mientras el doctor colocaba la bobina en el magnetófono, me apresuré a decirle:

- Anote el título para la cinta de hoy: "Sor Patrocinio de las Llagas".

El psiquiatra se quedó mirándome.

- Francis, he de reconocer que cada día logra sorprenderme un poco más. Nunca pensé que usted tuviera relación con asuntos de monjas.

- Hay cientos de películas de monjas, y no me negará que resultan adorables cuando se quitan el hábito.

No pareció gustarle mi comentario y me advirtió:

- Deje de pensar en el cine. ¡Por favor!
- ¡No puedo! -le grité acercándome a él y mirándole fijamente a los ojos- ¡Llevo el cine metido en la cabeza! ¡He venido aquí para que me cure!

Pareció asustarse. Pulsó el timbre y entraron las dos enfermeras.

- ¿Lo ve, doctor? ¿No se da cuenta? Son Pier Angeli e Ivone de Carlo. Usted es David Niven y yo Paul Newman. ¿A qué esperamos para comenzar la secuencia?

- ¡Cálmese! ¡Cálmese! Tome un poco de agua. Le sentará bien -añadió, poniendo un par de pastillas en el vaso-

Me desperté tumbado en la *chaiselongue*.

- ¿Qué tal se encuentra?
- Parece que me he quedado dormido.
- Sufrió un desvanecimiento. No tiene importancia -me entregó el micrófono-. Cuando quiera puede comenzar.

CINTA N° 6

SOR PATROCINIO DE LAS LLAGAS

En la Estación del Norte nos esperaba un Mercedes negro con chófer uniformado. Saludó a mi padre, intercambiaron unas palabras, y se hizo cargo del equipaje. ¡Era Basilio, el antiguo comunista, el chófer del señor Casadevall! Mi madre y yo nos miramos y apenas nos dio tiempo para hacerle un gesto de silencio. Basilio tomó las maletas y las introdujo en el maletero.

No había manera de llevar una vida sosegada y sin sobresaltos. ¿Cómo era posible que el destino nos pusiera siempre en trances tan peligrosos? Porque si el vasco se enteraba de nuestra historia con el fabricante de medias, mi madre y yo íbamos a volver al piso de Hortaleza condenados a comer berzas durante toda nuestra vida.

- Señor, sólo hay cinco maletas.

- Esperad un momento. Creo que ha habido un error.

En cuanto desapareció el arquitecto, preguntamos al unísono:

- ¡Pero Basilio! ¿Qué hace usted aquí?

- Cambié de amo. Es el sino de la clase obrera.

- Tiene usted que guardarnos un secreto. Como si nunca nos hubiéramos conocido.

- Descuide señora. Desde lo que me sucedió en Barcelona soy una persona muy discreta. Confíen en mí. No tengo ningún interés en verme de nuevo en manos de la policía. Yo también tengo cosas que ocultar.

Volvió el arquitecto con el maletín que faltaba y el Mercedes abandonó la estación.

Las oficinas de Norman Foster en Madrid ocupaban la planta baja de un precioso palacete de finales del XIX en el barrio de Salamanca. Allí trabajaba un equipo de arquitectos, aparejadores, topógrafos y delineantes a las órdenes del director ejecutivo, cuya vivienda, lujosamente amueblada, se ubicaba en el piso superior del edificio.

Desde los primeros meses de nuestra llegada a Madrid, mi madre y yo, con la vista puesta en el negocio, procuramos por todos los medios que la vida transcurriera con la mayor normalidad posible. Mi padre gozaba de la paz de aquel hogar modélico y pasaba sus horas de trabajo atendiendo los diversos proyectos que la compañía de Norman Foster tenía en España. Un complejo turístico en Cádiz, la reconstrucción de un famoso convento de monjas en la provincia de Segovia –declarado por la Unesco patrimonio de la humanidad–, y las obras de remodelación de la fachada marítima de la playa de Valencia.

Por las noches, mi madre cumplía sus obligaciones de santa esposa hasta que él se dormía esperando que el cielo bendijera el matrimonio con un hijo de su sangre.

Lejos de su tierra natal, al arquitecto se le fueron atenuando las visceralidades nacionalistas hasta tal punto que abandonó el uso de la boina y la sustituyó por un auténtico panamá que le hacía mucho más joven y cosmopolita. Aunque la prolongada estancia en Melbourne había debilitado su afición al rezo del rosario, conservaba su acendrada religiosidad, y, a fin de evitar que mi madre se disipara en una vida de paseos, cines y cafeterías, que pudiera afectar la paz matrimonial, la animé a afiliarse a un par de asociaciones piadosas para que ocupase su tiempo fuera de los peligros del mundo moderno.

En la agradable sobremesa, sentados en el saloncito rosa decorado con muebles franceses que daba a la calle de Serrano, mi padre aspiraba el humo de su pipa y lo expulsaba por las orejas haciendo perfectas volutas de humo que subían hasta el techo. Mi madre se pintaba las uñas de los pies, y yo leía a Kierkegaard, convertido en mi autor de cabecera por recomendación del profesor Coward.

- Os dejo. Mañana he de madrugar.

El arquitecto nos dio un beso y desapareció.

- ¿Qué te parece mamá? ¿No echas en falta la maquineta de subir puntos de media?

Mi madre sonrió, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo.

- ¿Quién nos lo iba a decir, eh Francis?

- Si papá levantara la cabeza...

- Calla, calla. No digas barbaridades. Anda, pásame el cenicero.

- ¿Sabes que a veces me preocupa nuestro futuro?

- Eso indica que te estás haciendo mayor, Francis.

- Me refiero al peligro de un embarazo.

- No sufras que en esta sociedad, no habrá más socios que tú y yo. Pero ahora me vas a permitir que, como madre, y también me ocupe de ti.

- ¿Ocurre algo?

- Sí, y lo sabes perfectamente. Llevas cuatro años sin acercarte a una mujer. Un buen mozo como tú, con 22 años...

- Eso es falso. ¿Quién te lo ha dicho?

- Comptom me contó toda la historia.

Por primera vez en mi vida me eché a llorar. No supe si de vergüenza, de rabia o de impotencia. La culpa fue de Isabel, la maldita sobrina del ejecutivo con la que alucinaba en el hostel de doña Rebeca, pero yo no me di cuenta de nada hasta que regresé a Londres y, preso de terribles picores, le pregunté a Comptom cuál podía ser la causa. El miembro estaba lacerado y tumefacto y cuando Comptom me indicó la conveniencia de consultar con el doctor Sloan, me puse a temblar. Si el célebre cirujano decidía cortar ¿qué sería de mí? Por suerte, gracias a la penicilina pude salvar mi preciado tesoro. “No te preocupes si durante algún tiempo te desaparece la libido y sientes cierto rechazo hacia las mujeres” me advirtió el doctor. Pero mi falta de apetito se prolongó durante tres largos años por culpa de Dorothy, a quien no le interesaba la penetración, y a la estancia en Cambridge en la residencia de las Almas Muertas.

- Estate tranquilo. Este asunto te lo soluciono yo en un pis pas. Y respecto a tus estudios, ayer me preguntaba Iñaki qué vas a hacer ahora ¿piensas todavía matricularte en Filosofía?

- Sí. Por supuesto, quiero tenerlo contento. Pero he decidido también matricularme en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas.

- Me lo figuraba. Siempre pensé que tú eras un hijo del cine.

- Toda la vida viviendo ese sueño y ahora que aquí en Madrid puedo hacerlo realidad...

- Francis, eres un soñador. Seguro que habrás pensado mucho en aquella prima de Boston con la que bailabas *Chatanoga Choo-Choo*.

- Bueno –sonreí- Susan era un amor de trece años. Ahora sueño con Pier Angeli.

- Entonces he acertado. ¡Encarnita!

La nueva doncella entró llevando el café. Era exacta a la adorable italiana de *Teresa*. La estampa de la adolescente virginal, por la que suspiraban tantos congregantes marianos y jóvenes de Acción Católica deslizándose en la cuerda

floja del deseo de besarla en los labios, pensando que ella cerraría los ojos y, musitando un no, se abandonaría al fuego de las caricias. Al acercarse a nosotros, resbaló y derramó toda la bandeja sobre mí.

- Perdón, señor.

El azúcar, el café y la leche pringaron mi traje de cheviot.

En aquel momento mamá pronunció una de esas frases acertadas con la que solía iniciarse una secuencia magistral:

- Por favor, Encarnita, llévase al señorito y dele un buen baño.

Mientras llenaba la bañera se excusó:

- No puede imaginar cuánto lo siento, señor.

- No debes preocuparte. Tranquilízate y confía en mí. Yo te protegeré. (Tampoco a mí se me daban mal las frases para iniciar una interesante secuencia).

La música de Nino Rota surgió como un lamento de violines y poco a poco, mientras el vaho empañaba los espejos, nos quedamos desnudos como dos ángeles de Boticelli. De nuevo el cuerpo femenino se mostraba ante mí en todo su esplendor y magnificencia, y al punto comprendí las palabras del Señor: “No es bueno que el hombre esté solo”. De ahora en adelante procuraría seguir estas sabias enseñanzas y admirado de tanta maravilla, alargué la mano para acariciar a Pier Angeli. Al sentir su estremecimiento, un hormigueo de espermatozoos corrió desbocado por mi cuerpo buscando su salida natural.

Pasamos el día sin salir de la bañera y cuando al fin, mi madre nos descubrió, estábamos amoratados y arrugados como pasas.

- Gracias a Dios que os encuentro. No pensé que fuera un baño tan largo. ¡Menuda secuencia!

Ayudada por la cocinera, nos metió en la cama y durante tres días estuvo reanimándonos con hígados de oca y consomé al jerez con una yemita de huevo. Cada vez que mi padre subía del despacho y nos veía a Encarnita y a mí en la cama, preguntaba a mi madre.

- ¿No crees que esto puede ser pecaminoso?

- Calla. ¿Qué sabéis los hombres de estas cosas?

Y apagando la luz, nos dejaba encerrados en la habitación para que descansásemos. Al cabo de una semana, volvimos a la vida normal. Gracias a mi madre estaba completamente curado.

- ¿Me prometes que Pier Angeli estará siempre con nosotros?

- Por supuesto que sí, pero no seas niño y acuérdate de no perder nunca las formas. Nada de tuteos. Siempre de usted. Con el servicio, hay que marcar las diferencias de clase.

Y es que, en el fondo, mi madre había nacido para ser una gran señora. Siempre le privó la aristocracia. Tío Alberto era marqués de Retuerto y ahí radicaba una buena parte de su admiración por los títulos nobiliarios. Sabiéndose ahora nuera del Caudillo, no abandonaba la idea de que algún día le concedieran un título. Porque Franco, siguiendo la costumbre de reyes, había hecho Conde de Fenosa (Fuerzas Eléctricas del Norte Sociedad Anónima) a un hombre de negocios del Norte.

- Los señores tienen servido el café y las bebidas en la biblioteca

Para no perder sus raíces, mi padre tomaba una copita de pacharán, mi madre saboreaba *pipermint frapé* y yo, adicto a lo dulce, paladeaba una copita del delicioso Licor del Paraíso, una fórmula inventada por Blasco Ibáñez en honor a Mary Pickford cuando rodaba en Hollywood *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis*.

Se abrió entonces un paréntesis de sosiego en nuestras vidas: mi mamá metida de lleno en su noble cometido de fiel y santa esposa, Iñaki repartiendo su tiempo entre el trabajo y el hogar, y yo, con Pier Angeli y mis clases de cine, inmerso en el mundo del Séptimo Arte. Hasta que un día:

- Señorito, preguntan por su madre.

- Debe estar en la reunión de las Hijas de María.

- Dice que es su hermana.

- ¡La tía Julia!

- ¿Qué tal estás tía Julia? –Me pareció oler su perfume a través del teléfono-

- ¡Al fin he dado con vosotros! No sabes lo que me ha costado encontraros.

- ¿Y tío Roberto y primo Ángel, cómo están?

- Muy bien, ya te contaré. Tenemos muchas cosas de qué hablar. Dile a tu madre que mañana os esperamos a comer.

- Pero ¿estáis en Madrid?

- Claro que sí. Vivimos en el palacio de Santa Cruz. Tío Roberto ocupa un cargo muy importante en el Ministerio.

- ¡Qué alegría se va a llevar mamá!

En cuanto llegó mi madre le di la noticia.

- No me digas que Carrero Blanco atendió nuestra petición.

- Pues parece que sí. Tenía aspecto de ser todo un caballero. Están en el mismo Ministerio de Asuntos Exteriores. Nos han invitado a comer mañana.

- Ojo. Advierte a Encarnita. Tu padre no debe saber una palabra de todo esto.

- Descuida.

Cuando llegamos al palacio de Santa Cruz y preguntamos por don Roberto Retuerto, una larga serie de ujieres y conserjes se deshizo en reverencias hasta conducirnos frente la puerta del apartamento que ocupaban mis tíos. Nos fundimos los cuatro en un abrazo. El aspecto de tía Julia era inmejorable por el bronceado especial que dan las altas nieves del Himalaya; su cuerpo seguía siendo espléndido y la sempiterna sonrisa aumentaba todavía más su extraordinario atractivo, subrayado por la llamarada roja del pelo y la prepotencia de sus pechos en contrapicado –una curiosa singularidad que compartían las dos hermanas-. Tío Roberto, con su nuevo uniforme, parecía David Niven en *La perla de la Corona*. Mi madre se lo comía con los ojos. Yo no pude menos de recordar la última tarde en Londres, en compañía de mi tía, recibiendo, sobre su cama, la primera lección magistral mientras la lluvia repiqueteaba sobre los cristales. Habían transcurrido cuatro años y tuve que reconocer, en honor a la verdad, que con el paso del tiempo todos habíamos mejorado como los buenos vinos.

- Y ¿qué es de primo Ángel?

Tía Julia se conmovió con un rictus de tristeza.

- Creo que lo hemos perdido para siempre.

- ¡Anda mujer! No seas pesimista -intervino tío Roberto-. El chico tenía vocación de monje y el profundo misticismo de Oriente caló hondo en su corazón. Estoy seguro de que allí encontrará la felicidad. Y tú, Paquito ¿qué has hecho durante este tiempo? Te veo hecho un hombre.

- Estuve en el colegio para niños superdotados de Cambridge.
- Ahora estudia en la Escuela de Cine -apostilló mamá con orgullo-, era el sueño de su vida.
- Sí –sonrió tía Julia- siempre fue muy peliculero. Y tú ¿qué tal en tu nuevo matrimonio?
- Es algo más que un matrimonio -apunté yo-.
- Pero ¿qué dices, sobrino?
- ¿Puedo hablar, mamá?
- Por supuesto, cariño. Con los tíos no debemos tener secretos.
- Se trata de una operación financiera a largo plazo. Iñaki Cazálluz, el marido de mamá, cree que somos dos almas cándidas y piadosas necesitadas de su protección, y nosotros hemos decidido representar ese papel, ya que gracias al matrimonio nos hemos convertido en sus únicos herederos.
- Lo importante ahora -añadió mi madre- es guardar el máximo secreto sobre nuestra vida pasada para que no pueda conocer nada que enturbie su admiración por nosotros.
- Enhorabuena, hermana. No sabes cuánto me alegro.
- Es una persona muy religiosa y si llegara a sospechar cualquier detalle escabroso de nuestra vida anterior, seguro que anulaba el matrimonio y se iban a pique todos nuestros planes.
- Ahora, querido sobrino –habló tío Roberto que todavía no daba crédito a su fulgurante ascenso en el escalafón del Ministerio- tenéis que explicarnos cómo lograsteis que acabara nuestro confinamiento en Mongolia.

Les contamos la historia del brazo de santa Teresa con todo lujo de detalles y al finalizar preguntaron estupefactos:

- Entonces... ¿De verdad sois vosotros...?
- Sí, sí. La nuera y el nieto de Franco.

No salían de su asombro, y mi madre, sonriendo con un orgullo mal contenido, preguntó desviando la conversación como si no le diera importancia a su nuevo estatus:

- Pero ¿es que en esta casa no se toma café?

Al retirarnos de la mesa y sentarnos sobre los almohadones, al estilo árabe, nos percatamos de que tío Roberto se movía con facilidad y ya no tenía que echarse mano a la bragueta ni tampoco se oía aquel cloc-cloc tan característico. Adivinando tía Julia mi pensamiento, le pidió a su marido:

- Anda, Roberto, enséñaselos. Tocad. Tocad.

Mi madre y yo le palpamos concienzudamente la vejiga y no pudimos evitar un comentario:

- ¡Es extraordinario! ¡Son magníficos! Parecen talmente naturales.

- No sabéis lo contentos que estamos -explicó tía Julia-. Aquellos huevos de marfil eran un verdadero martirio: el peso, el ruido. En fin, una cruz. Menos mal que el cirujano de Baden-Baden le solucionó el problema.

- Y ¿qué tal eyacula? -preguntó mi madre recordando al teniente Centella-.

- ¡Uy, hija mía! La operación está todavía reciente, pero he de reconocer que domina el momento oportuno y la intensidad. Merece la pena probarlo.

Mi madre se ruborizó, pero su hermana, siempre tan generosa, insistió:

- El jueves que quieras, que es el día que voy a la hípica, vienes y lo pruebas. Roberto estará encantado. Ahora necesita practicar ¿Verdad, cariño?

Era patente la magnanimidad y alegría de tía Julia y tuve la certeza de que volveríamos de nuevo al juego maravilloso de las dobles parejas.

- Oye tío, ¿y qué hiciste con los huevos de marfil?

- Ahí los tengo guardados ¿Te interesan?

- La verdad es que sí. Veo en ellos algo mágico, como de piedra filosofal.

- Pues son tuyos, querido sobrino.

Se levantó, y acercándose al aparador, sacó una cajita de plata forrada de terciopelo rojo con las dos gónadas de marfil.

- Ahí tienes, Francis, los huevos que estuvieron a punto de desencadenar la guerra contra el Imperio Británico.

Desde aquel apacible salón del Ministerio, se veía el Madrid de los Austrias teñido de ocres y violetas melancólicos por la luz del atardecer. Envueltos por los recuerdos, consumíamos la tarde contándonos las peripecias de aquellos años de separación. Faltaban mi padre y primo Ángel y, de pronto, como empujados por su memoria, dijimos al unísono.

- ¡Familia que reza unida, permanece unida!

Al regresar a casa, entré en el despacho del arquitecto. Hojeaba el catálogo de una subasta de antigüedades y al mostrarle la cajita de plata con los huevos de marfil, no pudo evitar una exclamación:

- ¡Dios Santo! ¿De dónde has sacado esto?

- Lo encontré en el Rastro –mentí-.

- Pero si es una de las antigüedades más buscada por los coleccionistas.

- Y ¿de qué se trata?

- Son los famosos testículos de don Miguel de Cervantes. ¡Tienen un valor incalculable!

- No sabía que Cervantes...

- Sí Francis. Es una historia muy curiosa que siempre silenciaron sus biógrafos. Cuando Cervantes perdió el brazo en la batalla de Lepanto, recibió un sablazo en el bajo vientre que afectó a sus criadillas, y el cirujano de don Juan de Austria le implantó estos testículos de marfil. –Los observó detenidamente y, sin dejar de acariciarlos, prosiguió-. Después de su muerte, como ya sabes, fue enterrado en la iglesia de Las Trinitarias y al llegar las tropas francesas profanaron su tumba y desaparecieron estas magníficas bolas de marfil.

El arquitecto estaba entusiasmado. Era la oportunidad ideal para demostrarle nuestro cariño. Mi madre entraba en aquel momento y no lo dudé:

- Mamá y yo pensamos que te gustarían y...

Se le iluminó el rostro, erizósele la pelusilla de la calva y acercándose a mi madre con los huevos en la mano, la abrazó diciendo el consabido tópico:

- Tengo una mujer y un hijo que no merezco.

- ¿A qué viene eso?

- Ya me ha dicho Francis que esta tarde os acordasteis de mí y tuvisteis el detalle de comprarme estas gónadas marfileñas de don Miguel de Cervantes.

- Te lo mereces todo Iñaki. Eres un marido y un padre ejemplar.

Y era verdad, aquel hombre se portaba con nosotros espléndidamente y el dinero nunca faltaba en nuestros bolsillos. ¿Qué más podíamos pedir?

De los cuatro proyectos que la compañía de Norman Foster desarrollaba en España, el de Segovia era sin duda el que más apasionaba a mi padre por su gran afición a las antigüedades. El real convento de las Meretrices Arrepentidas ocupaba un soberbio palacio del siglo XVI en las afueras de Segovia. Fue propiedad de doña Leonor de Castro y, al casarse ésta con el duque de Gandía, Francisco de Borja, lo donó a su prima, la duquesa de Pastrana, que en aquellos años, abandonados los placeres del mundo, se dedicaba en Madrid al cuidado y redención de mujeres descarriadas. Esta pía obra de las Meretrices Arrepentidas, una de las más antiguas de España, fue elevada a la categoría de Orden Religiosa Menor en 1531 por el Papa Alejandro VI, Rodrigo de Borja. A finales del siglo XVII, el llamado palacio de las Rabizas, se convirtió en la casa madre de la orden de las Meretrices Arrepentidas. Durante la República, don Manuel Azaña lo declaró monumento de interés europeo, y ahora, por fin, llegaba una subvención, a fondo perdido, de varios millones de pesetas para su restauración. El palacio se alzaba sobre un altozano y sus torres almenadas destacaban en los cuatro vértices de una fábrica rectangular de estilo gótico florido, rodeada toda ella por una enorme extensión de tierras amuralladas donde las monjas cultivaban una huerta para su manutención.

El arquitecto hizo sonar la campanilla y la hermana portera le abrió la puerta.

- ¡Ave María Purísima!

- Sin pecado concebida.

- ¿Es usted el nuevo arquitecto, verdad? Pase, pase. La Madre Superiora le está esperando.

Mientras atravesaban los largos pasillos abovedados, se oía un espléndido gregoriano que parecía formar parte de la paz que se respiraba en aquel convento. Salieron a un jardín. Atravesaron un campo de hortalizas y frutales, y por un largo pasillo de cipreses llegaron a lo que parecía una nave industrial. Al entrar se llevó una desagradable impresión. Era una estancia moderna y diáfana con

muebles de acero y metacrilato. Una mujer joven con el pelo muy corto vestida con camisa y pantalones vaqueros, le saludó en un impecable latín. Mi padre, atónito, apenas murmuró la contestación.

- Perdóneme que me presente así. Soy sor Patrocinio de las Llagas, superiora de este convento. Supongo que usted será el nuevo arquitecto que el señor Foster me anunció en su carta.

- Sí reverenda madre. Soy Iñaki Cazálluz.

- Siéntese, siéntese, por favor.

Mi padre, sorprendido por aquella monja tan singular y el horrendo mobiliario modernista, buscó consuelo fijando sus ojos en un Cristo de Berruguete que colgaba de la pared.

- Comprendo su extrañeza señor Cazálluz pero desde que comenzaron las obras de reconstrucción, decidí instalarme en este despacho más funcional.

Mi padre seguía perplejo y la monja le explicó:

- Tenga en cuenta que casi todos los días despacho con la gente del Ministerio, el delegado del Banco de Fomento, el encargado de obras, ustedes los arquitectos...

- Ya veo, ya. Parece que el Señor ha querido que se convierta usted en una mujer empresaria.

La monja no pudo evitar una sonrisa.

- Es mucho el dinero que hay que administrar y necesitamos ser operativas.

Entraron dos mujeres portando un rimero de carpetas y se sentaron frente a una máquina de escribir.

- ¿Son monjas también?

- Sí, sí, por supuesto. Toda la administración la llevamos nosotras. Ahora, si quiere, le pondré al corriente de la situación.

Se entretuvieron durante varias horas examinando planos y documentos, y cuando la luz de la tarde comenzó a menguar, el toque de la campana anunció el fin de la jornada de trabajo.

- El próximo día que venga a visitar las obras, le enseñaré el convento.

Mi padre salió algo turbado de aquella primera entrevista, y aún reconociendo el excelente trabajo de las religiosas, dado su carácter conservador, no le agradó el aspecto y la actitud de aquella monja tan moderna.

- Te veo preocupado –le dijo mi madre al entrar en casa-.
- A veces no logro comprender ciertas situaciones.
- ¿Problemas de trabajo? Anda, olvídate de todo y vámonos a cenar.

Nos fuimos a cenar al Palace. Cada vez estábamos los tres más compenetrados. Nos unía la afición por las buenas cosas de la vida: algo tan simple como hacer el amor y comer. Aunque el arquitecto en lo primero se limitaba sólo a lo que le autorizaba la Santa Madre Iglesia, en lo segundo no tenía límites.

Pese a lo desagradable que resultó la visita al Palacio del Pardo, no dejaba de acariciar la idea de que algún día el destino tendería un puente y podría llegar hasta mi abuelo: el Caudillo, el hombre todopoderoso que reinaba en España y tenía a todo el país bajo sus órdenes. Pero al poco tiempo ingresar en la Escuela de Cine, llamada pomposamente Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas I.I.E.C., con mis veintidós años recién cumplidos, comencé a darme cuenta de que en España no existían libertades y la censura imperaba en la mayoría de las cuestiones político-religiosas. Los compañeros de la Escuela de Cine fueron para mí inestimables maestros, y con sus comentarios, hurgando en el meollo de la política, me ayudaron a descubrir el verdadero carácter del dictador que, al frente del Partido Único, del que era dueño y señor, quería llevarnos, por el Imperio hacia Dios, salvaguardando así nuestra moral y buenas costumbres.

A partir de aquí comencé mi época de progre, como correspondía a un hombre del cine. Los compañeros del IIEC acostumbábamos a vernos en la cafetería Sésamo, una cripta donde se reunía el rojerío intelectual. Solía ir acompañado de Basilio pues me gustaba presumir de tener un amigo comunista de toda la vida. Hasta que una noche la policía hizo una redada y, tras detenernos

a todos, me vi de nuevo entrando en la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, escoltado por los grises. Tomaron mis huellas, me midieron, anotaron mi nombre y dirección y me fotografiaron de frente y de perfil sujetando un número entre las manos. Luego, nos encerraron a todos en un calabozo maloliente del sótano, y al día siguiente me llevaron ante la presencia del comisario.

- A ver. ¡Identifíquese!

No me dio tiempo a contestar. Se quedó mirándome por encima de las gafas, y sin dar crédito a lo que veía preguntó:

- ¿Qué haces tú aquí?

Era el inspector Román. Estaba terriblemente alterado. Se puso en pie y tomándome del brazo me llevó a un despacho contiguo. Abrió un pequeño escritorio, sacó una botella de coñac y bebió un trago.

- ¿Es que quieres buscarme la ruina? ¿No te acuerdas lo que dijo Carrero?

En ese momento me di cuenta de la responsabilidad que caía sobre mí por ser el nieto del General Franco. No tenía ninguna ventaja y estaba condenado a permanecer en el punto de mira de la policía franquista. El inspector Román tenía toda la razón y sólo me atreví a pedirle que se interesara por el antiguo chófer del señor Casadevall.

- Me gustaría que Basilio, el hombre que me acompañaba...

- Está bien, está bien. Pero largaros inmediatamente y no vuelvas a meterte en problemas. Recuerda que estás poniendo en peligro tu vida.

Se abrió la puerta y apareció el inspector Sanchis acompañado por dos guardias uniformados que sostenían a duras penas el cuerpo tumefacto de Basilio.

- Mira Román. Mira a quién hemos pescado. Es el comunista responsable de los disturbios de Barcelona. Dice que trabaja en casa de ese tipo que estás interrogando.

Estaba de espaldas, y en cuanto me volví, el inspector Sanchis me reconoció.

- ¡Coño! ¿Tú?

Ordenó a los grises que se llevaran a Basilio. Cerró la puerta con llave y ocupando el sillón principal se hizo cargo de la situación.

- ¿Lo sabe Carrero?

El inspector Román no contestó. Sacó un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo.

- No me digas que ibas a soltar a este palomo. Tú ya no sirves para policía Román. Eres un blando. ¿Ya le has dicho que estabas enamorado de su madre? – El inspector Román permanecía mudo, con la mirada baja, fumando y bebiendo pequeños sorbos de coñac-. Tú sabes que hay órdenes estrictas para evitar que se hable de toda aquella historia. Y además, ahora, el jovencito se nos ha hecho rojo. Habrá que darle un buen escarmiento. Anda. lárgate que ya me ocuparé yo de todo.

En cuanto el inspector Román salió del despacho el mundo se me desplomó encima. Apartó una librería y quedó al descubierto una puerta.

- Ábrela –me ordenó-.

Apenas se veía el inicio de una angosta escalera y del fondo subía un apestoso olor a alcantarilla.

- ¿Sabes lo que es esto? No. No me digas nada. Esto es el sumidero, la gran cloaca de la ciudad donde va toda la porquería. La última vez que estuviste en este edificio se te advirtió que borraras de tu cabeza el nombre de Franco y que pasaras desapercibido. –Me apuntó con una pistola-. Ahora comienza a bajar esas escaleras. No sé si podrás salir nunca de ahí, pero si lo consigues piensa que la próxima vez las bajarás con un tiro en la cabeza.

No puedo recordar el tiempo que pasé en aquel infierno nauseabundo de las cloacas, envuelto en la oscuridad entre las aguas pestilentes y las ratas. Hasta que una mañana la brigada de poceros me descubrió completamente extenuado librándome de una muerte cierta.

En casa me recibieron como al hijo pródigo y, aunque en pocos días me repuse físicamente de aquella terrible aventura, entré en un profundo abatimiento pensando que éste podría ser el inicio de una nueva etapa de mi vida llena de desgracias y sinsabores. Caí en el terrible pozo de la depresión. Mamá, que

desconocía el verdadero motivo de lo sucedido, se lo comunicó al arquitecto y a mis tíos sin tardanza.

- Tenemos a Francis con la depre.

- ¡Vaya por Dios!

Luego se lo anunció al servicio:

- El señorito está depre.

- Debe tener embotado el cerebro -dijo la cocinera.

- Ése, lo que tiene es la cabeza llena de pájaros -sentenció Encarnita.

Basilio, que se reponía todavía de los golpes recibidos en comisaría, no hizo ningún comentario.

Pasaba los días sin querer ver a nadie, encerrado en la salita rosa, hurgándome insistentemente las orejas con una aguja de hacer calceta con la vana pretensión de que el aire puro llegara para ventilar mi cerebro donde todavía resonaban las amenazas del inspector Sanchis. Dejé de comer y acabé alimentándome sólo de alpiste que Encarnita compraba en la pajarería de la calle de Atocha, una tienda especializada en comida para depresivos famosa en todo Madrid. Por la noche, cuando mis padres acudían al salón rosa para tomar café, yo permanecía tumbado en el sofá contemplando las musarañas, sin atreverme a cerrar los ojos para no verme en el infierno de las cloacas, por el simple motivo de ser nieto del General Franco.

- Me parece, Amparo, que habrá que tomar en serio la depresión de Francis. Haberse caído en el alcantarillado, no es suficiente motivo para el lamentable estado en que se encuentra.

- Por supuesto. Hemos probado el agua imantada, el ionizador, las infusiones de crisantemo, la pulsera magnética, el sofronizador, los supositorios de camomila y, como si nada.

- No nos queda más que acudir al psiquiatra.

- ¿Conoces alguno?

- No. Miraremos en las páginas amarillas.

- Procura que sea argentino, parece que dan muy buen resultado.

Mi padre hojeó la guía telefónica.

- A ver, a ver. Aquí viene un tal Lombardini, psiquiatra de la Universidad de Tucumán. Llamaré y concertaré una cita.

El ascensor nos introdujo directamente en el piso catorce.

- ¡Pero ¿Qué es esto?!

Mi padre estuvo a punto de sufrir un desmayo. La consulta del doctor Lombardini era un recinto ultramoderno adornado con acero, metacrilato, y luces coloreadas de neón por todas partes. Aquel tipo de decoración era superior a sus fuerzas.

- ¡Aquí no es! Nos hemos equivocado de piso.

Y es que además las enfermeras vestían trajes de ballet y el doctor Lombardini se presentó vestido de domador de circo. Todo aquello fue demasiado para el arquitecto.

- Os espero abajo en la cafetería.

Mamá y yo entramos en la consulta y el doctor Lombardini me ordenó ponerme a cuatro patas sobre una banqueta como si fuera un tigre amaestrado. Tomó el látigo y, ante mi asombro, lo hizo restallar un par de veces a pocos centímetros de mi cabeza. Luego me preguntó cogiéndome por el cuello:

- ¿Es usted el deprimido?

- Sí, doctor.

¡Plaf! ¡Plaf!. Me propinó dos sonoras bofetadas y un hilillo de sangre comenzó a salirme por la nariz. Se puso a dar vueltas a mi alrededor chasqueando de nuevo la tralla y, de repente, se detuvo y volvió a preguntar:

- ¿Se encuentra deprimido?

- Sí, doctor.

Recibí una patada tremenda en el estómago y mientras me retorció en el suelo, me puso el tacón de su bota sobre el pecho y, echando salivilla por la boca, insistió:

- ¿Está usted deprimido?

No me atreví a contestar. Me dolía todo el cuerpo y miré a mi madre pidiéndole auxilio, pero ella sonrió desde su butaca y me mandó un beso con la mano. El doctor Lombardini me propinó seis latigazos y el cuero argentino abrió surcos de sangre sobre mi cuerpo. Quedé tumbado boca arriba respirando con

dificultad como si estuviera encerrado en las cloacas y oí que el psiquiatra le preguntaba a mi madre.

- ¿La señora prefiere Delibes o Tchaikovsky?

- Tchaikovsky. Tiene algo militar que me recuerda a mi primer marido.

El doctor Lombardini conectó el aparato de música y una de las enfermeras comenzó a bailar *El Soldadito de Plomo* sobre mi estómago. En los momentos álgidos en que atacaban la percusión y los timbales, parecía que el cuerpo de baile hacía puntas sobre mi cerebro. Al finalizar la música, el psiquiatra me tomó por las solapas, me levantó del suelo y apoyándome contra la pared, preguntó por enésima vez a voz en grito:

- ¿Todavía está usted deprimido?

Apenas podía hablar. Tenía el cuerpo completamente magullado y *El Soldadito de Plomo* me picoteaba la cabeza, pero saqué fuerzas de flaqueza y contesté:

- No, no, doctor. No estoy deprimido. Me encuentro perfectamente.

El psiquiatra argentino se sentó junto a mi madre, estiró el labio superior para alinear los pelos del bigote y le explicó:

- Como usted habrá podido comprobar, no soy partidario de los fármacos. La terapia persuasiva es el mejor tratamiento para las depresiones.

Aquella noche, ya no tomé alpiste y cené en compañía de mis padres, como si nunca hubiera sucedido nada, langosta con salsa tártara y turnedo Rossini con espárragos trigueros. De postre, profiteroles con aspirina y, rememorando nuestra primera cena en su casa de Londres, mi padre descorchó una botella de Moet-Chandon para celebrar el éxito del doctor Lombardini.

¿Cómo fue posible que perdiera el control de la mente y me sumergiera en el lago de la depresión, donde a punto estuve de ser devorado por el monstruo de la locura? Llegué a la conclusión de que debía poner todos los medios a mi alcance para lograr el perfecto control de mis pensamientos. La fórmula me llegó por casualidad. Una larga noche de insomnio, mientras en el dial de la radio recorría diversas emisoras escuchando los estrafalarios programas de gente en busca de consuelo para los más variados problemas, encontré la voz sosegada de un caballero que decía:

- *¿Sabes que en el cerebro tienes la herramienta para conseguir todo lo que quieras en la vida?*

Era exactamente lo que me interesaba y presté atención.

- *El cerebro es una computadora biológica que gobierna el cuerpo y su fisiología, pero ¿sabes tú cómo se maneja esa computadora para lograr lo que tú necesitas? En primer lugar quiero que sepas que cada uno de tus pensamientos lo recibe el cerebro como una orden a cumplir, como un programa que tratará de hacer realidad en tu vida por todos los medios a su alcance. Si pensamos cosas positivas todo marcha mejor, si pensamos cosas negativas el cerebro va a tratar de hacerlas verdad inevitablemente en nuestra vida, porque no distingue entre nuestro bien y nuestro mal; se limita a funcionar cumpliendo el programa que cada pensamiento le proporciona. Tú dispones de la energía para fabricar el bien que necesitas con el poder creador de tu pensamiento. Entonces, si quieres vivir mejor a todos los niveles, ya sabes lo que tienes que hacer: pensar sólo y siempre en el bien , en el bien que tienes para que aumente y en el bien que necesitas para atraerlo a tu vida.*

Eran las palabras del doctor Escudero que mi padre repetía constantemente durante aquellos días aciagos que permaneció encerrado en el desván de la casa de Londres pidiendo, a la reliquia del brazo incorrupto, el milagro para afianzar su personalidad.

Aquellas palabras sembraron la paz en mi espíritu y, desde entonces, mi mente serenada superó los miedos a las amenazas policiales. Para que la tranquilidad fuera completa, necesitaba asegurar mi futuro económico y confirmar que la testamentaría de mi nuevo padre estaba perfectamente en regla, pues, según le oí al señor Casadevall, en los asuntos de las herencias solían presentarse los más insospechados pleitos. Al día siguiente salí de dudas porque la visita al Registro Civil fue esclarecedora. Allí constaba, debidamente inscrito, el matrimonio de mi madre con Iñaki Cazálluz y también la inscripción en la que el arquitecto me reconocía como su hijo. No cabía ninguna duda de que a su fallecimiento, mi madre y yo seríamos los legítimos herederos.

Las visitas con mamá a casa de los tíos se convirtieron en una de mis aficiones favoritas. Superadas felizmente, desde hacía tiempo, discrepancias, celos y desigualdades, se había restablecido un clima de agradable familiaridad. Tía Julia, magnánima y condescendiente, no ponía ningún reparo a los inocentes escarceos entre mi madre y tío Roberto y, de este modo, aquel primer encuentro en la embajada se prolongaba ahora en un nuevo capítulo de románticos amores propios de una pareja de adolescentes. Nunca supe cuántas personalidades tenía mi madre, pero conociendo su afición por los hombres, me maravillaba que, ahora, con tío Roberto, se limitara a un amor casi platónico. Hasta que descubrí que el embajador, al igual que su mujer, encontró de la mano de un gurú de Benarés, las técnicas del orgasmo múltiple. Él, para suplir la carencia de sus auténticos testículos, aprendió en el Libro de los Vedas la sublimación del amor en el punto alfa de su cerebro. De este modo, sin necesidad de grandes esfuerzos físicos, podía proporcionar extraordinarias dosis de placer a sus acompañantes. Poseía también asombrosas habilidades digitales comparables a las del difunto marido de doña Rebeca, el pianista argentino compositor de tangos. Pero además, por su afición a la historia, había recuperado el uso del consolador que griegos y romanos ilustres usaron sabiamente en los días de gloria y esplendor del Imperio.

Era inevitable que yo estableciera comparaciones entre tía Julia y la doncella Encarnita. El resultado, fue el descubrimiento del “Principio de los Tres Ángulos de Visión”, basado en que la valoración de la mujer no debía hacerse desde un solo punto de vista, sino que era necesario observarla desde tres perspectivas diferentes: de frente, de perfil y de espalda para lograr la trinidad perfecta. En el caso que me ocupaba, tía Julia, con su triángulo bermellón y los pechos buscando el cielo, era mejor de frente que Encarnita; sin embargo, vistas de espaldas, Encarnita con su estilizada figura y su culito de queso de bola holandés era mucho más atractiva que tía Julia, lo cual me hizo establecer la conclusión de que el individuo para lograr el goce absoluto debería rodearse por lo menos de tres mujeres, sobresalientes cada una de ellas desde uno de los tres puntos de visión. De la desgraciada Isabel, la sobrina del ejecutivo, no quería

acordarme ni tampoco de la infranqueable Dorothy, la hija del reverendo Flanagan. Ahora sólo me faltaba encontrar a la mujer perfecta vista de perfil.

Aquel primer rechazo que sintió mi padre cuando conoció a sor Patrocinio de las Llagas desapareció poco a poco a medida que se sucedían las visitas para inspeccionar las obras del antiguo convento. Terelu, como se llamaba la superiora antes de entrar en la vida religiosa, resultó ser hija del célebre historiador medievalista don Cirilo Bustamante.

- ¡No puedo creer que sea usted hija de don Cirilo! ¡Era uno de mis autores preferidos para el estudio de la arquitectura medieval!

- ¿Le gustan las antigüedades?

- Soy un clásico. El arte para mí acaba en el siglo XVII.

- Entonces tenemos un punto de coincidencia.

- ¿También le interesan a usted?

- Por supuesto. Yo fui una gran admiradora de mi padre y me licencié en historia medieval.

- Y ¿qué hace metida aquí en el convento?

- Esa es otra historia.

A mi padre, que al principio la contemplaba con admiración intelectual, le sorprendió que oliese a colonia para recién nacido y comenzó a fijarse en que sor Patrocinio de las Llagas tenía el pelo rubio, los ojos verdes manchados de gris, la nariz respingona y la boca... En aquel momento sonó la campana anunciando la hora del Ángelus.

- El ángel del Señor anunció a María.

- Y concibió por obra del Espíritu Santo -contestó el arquitecto arrodillándose junto a ella-.

Ese día Iñaki Cazálluz se quedó a comer en compañía de la comunidad de las Meretrices Arrepentidas. Durante la comida, siguiendo la tradición monacal, una monja leía *El Libro de la vida de los Santos*. Mi padre escuchaba con

atención. Se trataba de la vida de San Dionís, un santo de gran devoción en Valencia que se veneraba como patrón de los enamorados, y en el que se había inspirado para proyectar el monumento que presidiría la nueva fachada marítima de la playa de Valencia.

Después de comer, paseando bajo los olmos que crecían junto al río, explicaba a sor Patrocinio de las Llagas las características del monumento:

- La imagen de san Dionís emerge desde una antigua torre vigía sosteniendo entre sus manos un pañuelo lleno de dulces, mientras un enorme dragón de fauces flamígeras, simbolizando el pecado, acecha al pie del torreón en donde se estrellan las olas de un mar de pasiones.

- ¡Es fantástico, cómo se une la visión de lo clásico y lo monumental con el hecho milagroso del santo patrón de los enamorados!

Mi padre le preguntó esbozando una sonrisa:

- ¿Se ha detenido usted alguna vez a pensar que sería del mundo sin amor?

- Por supuesto que sí, don Iñaki. Yo ya viví la experiencia del amor humano pero ahora, gracias a Dios, he encontrado el amor divino.

- ¿Y no le parece que sería maravilloso poder unir esos dos amores?

La Madre Superiora bajó los ojos y se sonrojó mientras se aceleraba su respiración. El arquitecto no apartaba sus ojos de los labios carnosos de la monja, embriagado por el olor a colonia de recién nacido tocada con un punto íntimo de mujer.

- Se está haciendo tarde. Tendremos que volver al despacho.

Basilio conducía en silencio camino de Madrid. Sentado en el asiento posterior mi padre, consumido por el remordimiento, se sentía culpable de haber fijado su vista y su pensamiento impuro sobre sor Patrocinio de las Llagas. ¿Sería pecado oler? No dejaba de preguntarse, cómo un hombre vasco y de acendrados principios religiosos, casado además con una santa esposa y con un hijo modelo de virtudes, había podido caer en aquella terrible tentación.

La campana del Monasterio de las Meretrices Arrepentidas sonó anunciando maitines y sor Patrocinio de las Llagas, levantándose de la cama en un acto heroico, se metió debajo de la ducha fría. Al salir, vio reflejado en el cristal de la ventana el cuerpo desnudo de Terelu Bustamante, mientras por sus pechos resbalaba el agua hasta la apoteosis rosada de sus pezones y, desde allí, goteaba como dos rosarios de cuentas de cristal. Aquella gloriosa dualidad le trajo a la memoria el recuerdo del arquitecto que le preguntaba si era posible la unión del amor divino y el amor humano. -¡Señor. Señor. Aleja de mí estos pensamientos!-. Se vistió y bajó al despacho donde ya la esperaba mi padre con el aparejador y el encargado de obras para hablar de la reparación de la torre del campanario que desde hacía tiempo presentaba un aspecto ruinoso.

- Mire, don Iñaki -sugirió el maestro de obras- lo mejor es que usted y la Reverenda Madre lo comprueben personalmente.

- Pero ¡hombre de Dios! ¿cómo va a subir la Madre a la cúpula del campanario?

- No hay problema don Iñaki -intervino ahora el aparejador-. Hemos colocado una pequeña cabina en la pluma de la grúa y podemos hacerla llegar hasta allí sin dificultad.

- Pero eso puede ser peligroso.

- Descuide. Están tomadas todas las precauciones. El técnico de la grúa lo ha preparado a conciencia. Vengan y verán.

- Este sistema se ha usado ya en otras ocasiones y no ofrece ningún peligro.

- Está bien. Vamos a ello.

La monja y el arquitecto entraron en el pequeño habitáculo que semejaba una cabina de ascensor y, tras cerrar la puerta, el encargado puso en marcha la grúa. Poco a poco fue elevándose sobre el tejado de la iglesia descubriendo, a vista de pájaro, toda la belleza del convento y el paisaje que lo rodeaba, hasta que al fin, alcanzó su punto máximo a la altura de la veleta; entonces, el operario accionó la palanca y la cabina comenzó a aproximarse hasta detenerse junto a ella. Las cigüeñas levantaron el vuelo, y mi padre y la superiora pudieron constatar con sus propios ojos todos los desperfectos que el paso del tiempo había ocasionado. Pero cuando el maquinista movió la palanca para hacer

retroceder la cabina, los engranajes comenzaron a patinar y el habitáculo quedó inmóvil pegado a la cúpula del campanario. Intentaron sin éxito reparar el motor, y al fin tomaron la decisión de avisar al mecánico de Segovia que, al comprobar la avería, diagnosticó:

- No habrá más remedio que pedir una pieza nueva a Madrid.

La cabina, varada en el extremo del brazo de la grúa, se balanceaba suavemente mecida por la brisa del atardecer. Los trabajadores se fueron retirando y antes de marcharse el jefe de obras, tomó el megáfono y le gritó a mi padre.

- Don Iñaki, procuren tener un poco de paciencia, la pieza llegará mañana por la mañana.

Oscureció poco a poco y las constelaciones acudieron puntuales a su cita. Abrazados como dos náufragos perdidos en la inmensidad de la noche, vieron aparecer la Vía Láctea rodeada de asteroides, estrellas fugaces y meteoritos. Se buscaron el uno al otro, y, al tiempo que entre dulces gemidos descubrían la esplendidez de la carne, refulgió con un brillo especialísimo la Estrella Polar señalándoles el nuevo camino de sus vidas.

Al día siguiente, en cuanto se reparó la avería y el motor pudo accionar el mecanismo de la corredera, bajaron la cabina. Sor Patrocinio de las Llagas marchó directamente al convento y mi padre se entretuvo un instante para explicar al aparejador la reparación que debía hacerse en la cúpula del campanario. Luego, ordenó a Basilio que trajera el coche, y antes de partir hacia Madrid se detuvieron en la parte trasera del convento junto a una pequeña puerta. Al poco rato, apareció Terelu Bustamante envuelta en un anorak y subió al coche.

- ¿Te encuentras bien, cariño?

- Sí, pero tengo miedo.

- Estando conmigo no tienes por qué temer nada.

Basilio, que durante la noche había observado los extraños movimientos de la cabina suspendida en el aire, comprendió enseguida el significado de aquel bamboleo y, en cuanto subió la monja, permaneció con el oído atento a la conversación de los enamorados.

- Prométeme que me ayudarás a terminar mi novela.

- Y tú, prométeme que me darás un hijo.

Se besaron apasionadamente entre jadeos y movimientos compulsivos obsesionados por una mutua atracción. Pero, de la larguísima conversación que sostuvieron camino de Madrid, Basilio dedujo que cada uno de ellos albergaba un plan diferente que les había conducido a dar aquel paso decisivo en sus vidas. Si el deseo de mi padre era tener un hijo propio, el de Terelu Bustamante fue siempre la literatura. Desde los quince años intentaba escribir una gran novela pero estaba afectada por un maleficio especial y los personajes, que creaba con facilidad, se le morían al cabo de quince o veinte páginas, hasta el punto que no conseguía nunca acabar una historia y la novela no avanzaba. Pero un buen día creó un personaje del que se enamoró perdidamente y ante el temor de que se le muriese entre las manos, dejó de escribir y se sumergió en una profunda crisis espiritual que la llevó a ingresar en el convento. Allí, liberada de la pasión humana, encontró la paz hasta que un buen día mi padre se cruzó en su vida y se dio cuenta de que aquel arquitecto vasco era precisamente el personaje de su novela.

- Tengo miedo Iñaki.

- No tienes nada que temer, Terelu. Me tienes a mí.

- ¿Pero no te das cuenta de que se me mueren los personajes?

- Olvida ya esa idea. –sonrió para infundirle ánimo-. Ahora puedes escribir todo lo que quieras, yo no me voy a morir.

- ¿Me lo prometes?

- Sí. Te lo prometo.

Se detuvieron ante unos grandes almacenes. En lo más alto del edificio refulgía la Estrella Polar que vieron la noche anterior. Entraron, y al cabo de media hora salieron cargados de paquetes de ropa y una máquina de escribir.

- Con todo esto vas a estar elegantísima y además, no tendrás excusas para no escribir tu novela.

- ¿Al Palace, señor?

- Sí Basilio, al Palace. Quiero la mejor suite para la señora.

Al leer la documentación, el recepcionista no pudo evitar un gesto de asombro.

- ¿Es usted la Reverenda Madre sor Patrocinio de las Llagas?

- Sí ¿Quiere verlas?

- ¡Por Dios señora! No es necesario. Firme aquí, por favor.

- Ahora descansa y luego escribe. Escribe mucho. Escribe sin miedo que esta vez no se te va a morir el personaje.

- Sí amor mío. Y tú no dejes de venir a verme todos los días. Así muy pronto podré darte el hijo que tanto deseas.

Escribir un libro y tener un hijo; sólo les faltaba plantar un árbol. Tres deseos estúpidos que se han convertido en la meta de mucha gente vulgar. No podía comprender cómo estos dos sujetos, con su sólida formación cultural y religiosa, tras pasar una noche bajo las estrellas metidos en la cabina de una grúa, se embarcaban en el carro de la trivialidad para conseguir unos objetivos completamente pasados de moda: un libro y un hijo.

Los huevos de marfil de tío Roberto que yo había regalado a mi padre como si fueran los famosos testículos de don Miguel de Cervantes, tan apreciados por los coleccionistas, ocupaban el lugar preferente en la vitrina que presidía el comedor. Durante la cena, el arquitecto no apartó la vista de ellos y en cuanto terminamos con el postre, al levantarse de la mesa para ir al saloncito rosa a tomar café, los cogió con disimulo y se los guardó en el bolsillo.

- ¿Quieres que leamos un rato en la cama? -preguntó mi madre dispuesta siempre a complacerle-.

- Gracias Amparito, pero he de salir. Tengo una reunión con la gente del Ministerio.

- ¿Por la noche? ¡Qué raro!

- Vamos a ver las pruebas de iluminación en los Jerónimos para decidir si aplicamos el mismo sistema en el monasterio de Segovia.

Basilio esperaba a mi padre en la puerta de casa con el coche en marcha.

- ¿Al Palace, señor?

- Sí Basilio, al Palace.

La Reverenda Madre Superiora del convento de las Meretrices Arrepentidas de Segovia, sor Patrocinio de las Llagas, vestida con un camisón imperio color ciclamen, tecleaba con entusiasmo ante la máquina de escribir mientras sus pechos virginales revoloteaban bajo la transparencia de la seda.

- ¡Estás divina!

Cesó el tecleo y se fundieron en un abrazo lametoneándose sin ningún recato. Si a mi padre le empujaba el deseo de tener un hijo, la exmonja, debido a los años de clausura, se humedecía con gran facilidad y, durante veinte largos minutos, el arquitecto vasco bailó el mejor auresku de su vida en brazos de Terelu Bustamante. Al finalizar, hizo la pregunta inevitable.

- ¿Te ha gustado?

- Sí cariño. Sólo me ha molestado un poco el pitorrillo ése que tienes junto al ombligo.

- Es una válvula que me instalaron en Londres para la aerofagia.

- ¡Qué curioso!

- Ahora te haré una demostración.

Tomaron un par de copas de champán y en cuanto notó que el gas se le revolvía en el estómago, le indicó:

- Aprieta el pitorrillo.

¡Puffffff...! Y el aire escapó como si se deshinchara un globo.

- ¡Qué maravilla! Lo que no inventen los ingleses...

- ¿Qué tal va la novela?

- ¡Fantástica! Llevo ya más de cuarenta páginas y no se me ha muerto el personaje.

- Pero mujer, no insistas. ¿Cómo se te va a morir si estoy aquí en carne y hueso?

- Es verdad Iñaki. No sabes la suerte que he tenido al encontrarte.

- Pues ya me tienes contigo para siempre. Y además te he traído un talismán que hará de tu obra la mejor novela después de El Quijote.

Sacó del bolsillo los huevos de marfil de tío Roberto y se los entregó con un beso.

- Son las gónadas de don Miguel de Cervantes
- ¡No es posible! ¿Cómo las has conseguido?
- Eso no importa. Lo que deseo es que te den suerte.
- Seguro. Desde que imaginé a mi personaje, siempre pensé, que si lograba sobrevivir traería consigo algo prodigioso. Ahora sí tengo la certeza de que nunca te morirás.

Se abrazó a él llenándole la boca de besos. Luego besó con devoción los testículos de marfil y los colocó junto a la máquina de escribir como una reliquia milagrosa.

¡CLICK!

- Está bien por hoy Francis. Nos detendremos aquí.
- Llevamos ya seis sesiones. Tres semanas viéndonos martes y viernes. ¿Puede decirme si estoy loco?
- Le dije que esa palabra estaba prohibida. No se le ocurra ni pensar en ella.
- Ahora comienzo a tener dudas. Dígame, por lo menos, si usted cree que todo lo que le he contado ha sucedido realmente.
- ¿Se ha detenido alguna vez a pensar qué es la realidad? Porque no querrá decirme que el cine, las películas, son una realidad. Decía Rabindranath Tagore que *la realidad, con su sentido mal leído y el énfasis mal situado, es la ficción.*

Me observaba desde su posición privilegiada de gran brujo de la tribu. Titubeé un momento y, al fin, levantándome del diván contesté:

- Para mí, el cine sí que es una realidad; lo que ocurre es que a usted le falta imaginación.

El doctor Sivera no se inmutó.

- Bueno, bueno Francis. Aquí no hemos venido para discutir. Estoy psicoanalizándole y en honor a la verdad he de decirle que todo marcha muy bien. Le espero el próximo viernes. Anímese y procure controlar esa imaginación.

- ¿No podría darme algo para tranquilizarme?

Garabateó una receta y me despidió con un apretón de manos.

Pasé el fin de semana medio dormido por las malditas pastillas.

- Bueno Francis ¿Qué tal se encuentra?

- Si ésta es la solución, no me interesa. Prefiero vivir a dormir.

- Bueno. Ya hablaremos de eso. Túmbese y coja el micrófono. ¿Tiene el título para la cinta de hoy?

- Sí. Anote: "Amores prohibidos. Óbitos inesperados".

CINTA N° 7

AMORES PROHIBIDOS. ÓBITOS INESPERADOS

Con la presencia en Madrid de sor Patrocinio de las Llagas, las urgencias de mi padre para meterse en la cama con mamá desaparecieron por completo. Mi madre no le dio mucha importancia, estaba ya cansada de soportar cada noche las insistencias del arquitecto vasco en busca del hijo. Obligada por mí a tomar la píldora y harta de la monotonía de tío Roberto, se le había apaciguado el apetito

sexual. Pero las relaciones de Iñaki con la exmonja podrían dar al traste con todos nuestros planes, pues, aunque por sus creencias religiosas no llegara a separarse de mi madre, otra mujer y otro hogar iban a mermar su patrimonio en detrimento de la herencia tanto tiempo esperada. Además, cabía el peligro de que su hermano, el jesuita, metido en política y con gran influencia en el Obispado de Bilbao, lograra la anulación canónica del matrimonio, con lo que mi madre y yo volveríamos a las penurias de los malos tiempos. Perder aquella casa, perder a Encarnita y a tía Julia, dejar las clases en la Escuela de Cine, y mi cómoda situación de hijo de papá era una perspectiva demasiado terrible. Aquella exmonja era una bomba de relojería y pensé que había llegado el momento de viajar a Londres para poner en orden ciertos asuntos.

Habíamos salido de casa de los tíos después de pasar la tarde y regresábamos paseando por las calles de un Madrid lleno de luciérnagas blancas, amarillas y rojas que parpadeaban entre los viandantes.

- Francis, ¿tú nunca te aburres?
- No, mamá. Mi imaginación no me permite ese lujo.
- No creo que sea ningún lujo el aburrirse. Yo lo paso fatal.

Caminaba con la elegancia de siempre, pero en sus ojos no brillaba la luz de la felicidad.

- ¿Te ocurre algo?
- Sí. Me aburro –insistió.
- Pero, ¿siempre y en todas partes?
- Pues sí, pero principalmente me aburro en la cama.
- ¿Con el arquitecto y con tío Roberto?
- Sí. Con los dos.

En su respuesta comprendí la oportunidad del viaje a Londres.

- Entonces eso quiere decir que ya ha llegado el momento.
- ¿El momento de qué?
- El momento de poner en marcha nuestro plan. O ¿es que has perdido también el interés por el dinero?
- No querido, eso no. Pero ¿no crees que es algo prematuro para...?

- Los destinos del Señor son inescrutables. Habrá que ir preparando las cosas. Te voy a explicar lo que tienes que hacer. La semana próxima saldrás para Londres. Con los poderes que nos firmó Iñaki, cancelas sus cuentas, vendes la casa de Bishop Avenue, las antigüedades y las acciones, y lo ingresas todo en la cuenta mancomunada donde pusimos el dinero de la Lloyd's.

- Pero, ¿para qué necesitamos hacer eso si tú y yo somos sus únicos herederos?

- Muy sencillo. Imagina que después de la muerte del arquitecto, sus padres o su hermano Javier intentaran algún tipo de reclamación sobre la herencia. En Londres no aparecería nada y sólo encontrarían la cuenta corriente de Madrid que ya nos encargáramos nosotros de controlar.

Llegamos a casa en el mismo momento en que se detenía el coche del arquitecto. Basilio le abrió la puerta y mis padres, tras darse un beso de circunstancias, entraron juntos a la casa, mientras el viejo comunista, preocupado, me decía en voz baja:

- Francis, si no hacemos algo, esa monja va a acabar con tu padre.

- No sería una mala muerte.

Era también la antítesis de mi prima Susan, el amor virtual de los once años, un amor masturbatorio con el que paliaba las miserias del piso de la calle de Hortaleza, y de la inglesita Dorothy, la impenetrable, aquella pecosa con gafas hija de un pastor protestante que me llevó a la Escuela de Cine de Londres y me abandonó más tarde por un indio de turbante.

Con Encarnita-Pier Angeli, desde aquella primera semana iniciática que pasamos metidos en la cama, todo fueron facilidades: amable y simpática, era un gozo perpetuo. Olía a albahaca. Tenía un lunar en el muslo con sabor a chocolate. Cantaba boleros con mucho sentimiento y, por fin, la penetración de la que estuve apartado por las desagradables consecuencias que me trajo la relación con Isabel, la sobrina del ejecutivo, se convirtió en un venturoso ritual que practicábamos en mi habitación pletóricos de felicidad.

- Francis, ¿quieres que te cante un bolero?

Me encontraba feliz pastando en la selva negra de Encarnita, y en el campo de azafrán de tía Julia. Además tenía puestos mis ojos en la belleza áurea de sor Patrocinio de las Llagas, el tercer ángulo de visión, la mujer perfecta de perfil, y el tono que me faltaba para completar los tres colores del cabello de ángel que tanto perseguí a lo largo de mi vida.

Terelu Bustamante, la ex monja, escribía una novela y estaba enamorada. Todas las mañanas acudía al café Gijón para darse un baño literario entre poetas, novelistas y otras gentes de pluma. En un pequeño velador, junto al ventanal que daba a la Castellana, se pasaba las horas, ante una copa de licor carmelitano urdiendo las historias de su protagonista, liberado ahora del maleficio de la muerte. Su figura se multiplicaba reflejándose en toda la cristalería del café. Vestía colores muy vivos llenos de encajes y transparencias, y su rostro encantador parecía nimbado por la luz de oro que despedía su rubia melena, una cabellera sobrenatural que traía a mi mente el brillo dorado de su pubis angélico que junto al de Encarnita y tía Julia formarían la trinidad perfecta de los colores.

El arquitecto apareció por el Café Gijón, se acercó a la mesa de Terelu y la besó en la boca como nunca le había visto hacer con mi madre.

- Recoge los papeles y vente conmigo. Tenemos que aprovechar el tiempo.

- Te voy a dar una sorpresa.

- No me lo digas que ya lo sé.

- ¿Cómo que lo sabes?

- Sí. ¿No recuerdas que eres mi protagonista y soy yo quien escribe la novela?

- Pero ¿qué dices? No seas bruja.

- Fíjate. Basilio tomará la carretera de Galapagar y llegaremos hasta San Lorenzo del Escorial. Y ahora te dejo que me cuentes tú lo de la casa.

- ¿Lo de la casa?

El arquitecto miró con cierta prevención a sor Patrocinio de las Llagas maravillado por sus poderes y preguntándose si a partir de ahora sería ella la que trazaría el rumbo de su vida. El coche fue poco a poco perdiéndose en la lejanía.

Llegaron a San Lorenzo del Escorial. Frente a un bar a la salida del pueblo, Basilio recogió una llave y siguieron carretera adelante. Tres kilómetros después, el coche se detuvo a la entrada de una gran finca. Al fondo del jardín de

formas geométricas destacaba un edificio blanco del más puro estilo neoclásico como la mansión de *Lo que el viento se llevó*.

- Ahí tienes la sorpresa que te quería dar. ¿Es esto lo que habías imaginado?

- Exactamente. ¿Quieres que te cuente su historia? Diseñada y construida en los años 50 por el productor de cine americano Samuel Bronston, fue el regalo que el general Eisenhower quiso hacerle a Franco para que pudiera contemplar desde allí las obras faraónicas del Valle de los Caídos. La casa ha sido residencia de huéspedes ilustres. Está decorada con muebles del patrimonio nacional y lámparas y tapices de la Real Fábrica de la Granja. ¿Correcto?

Mi padre quedó fascinado. ¿Cómo era posible que conociese con tanto detalle la historia de aquella casa? La había adquirido unos meses antes con la idea de darnos una sorpresa a mi madre y a mí, pero al cruzarse en su vida la rubia Abadesa, decidió cambiar los planes.

- Aquí vas a vivir como una princesa.

- Pero no se te ocurrirá ponerme un dragón para que me vigile.

- El dragón voy a ser yo que te voy a comer a besos.

Entre lo apetitosa que estaba la monja y el hambre que había despertado en el arquitecto, no me extrañaban este tipo de diálogos vulgares y antropofágicos.

Cogidos de la mano se asomaron a la balconada para contemplar el soberbio paisaje poblado de pinos que se extendía al pie de la casa.

- ¿Sabes cuál es ese monasterio que se ve allá a lo lejos?

- Lo conozco muy bien, es el Valle de los Caídos. Pero tú no sabes que al principio se pensó que estuviera regido por monjas y doña Carmen, la mujer de Franco, sugirió que fuéramos las Meretrices Arrepentidas las que nos ocupáramos de él.

- Y ¿qué sucedió?

- Pues que los falangistas se opusieron diciendo que aquello era una cosa de hombres y sólo para hombres.

- Entonces ¿allí no hay enterrada ninguna mujer?

- Oficialmente no, pero te diré un secreto. En la cripta junto a la actual bodega de los monjes, reposan los restos de una mujer.

- ¿Una mujer?

- Se llamaba Rosa Carpintero.

- No me dice nada ese nombre.

- ¿Y si te digo que fue novia de Franco antes de casarse, con la que tuvo un hijo?

- ¡Estás loca Terelu! Eso lo habrás inventado para alguna de tus novelas. Anda. Déjate de bromas y vámonos a comer. Y, como todavía no estamos en Cuaresma, si te apetece podemos tomar cochinitillo.

A Terelu se le iluminaron los ojos y se abrazó al arquitecto.

- Me encanta el cochinitillo. Me recuerda a la carne de los niños recién nacidos.

- Pues ya sería hora que te quedaras embarazada, amor mío.

Se besuquearon sin ningún recato al tiempo que el camarero los observaba con gesto serio esperando la orden.

- Cochinitillo para dos. Y una botella de Moet Chandon.

Al día siguiente, Terelu Bustamante, provista de su equipaje, la máquina de escribir y un montón de folios, se instaló en la nueva casa de la Sierra, ilusionada en seguir escribiendo la novela mientras esperaba cada atardecer la llegada de su protagonista.

Aunque nunca se perdieron las formas y seguían tratándose de usted, las relaciones entre Comptom y mi madre fueron siempre muy satisfactorias. Ahora, con su llegada a Londres, disfrutaban unos días de agradable reencuentro dentro de aquel mundo lleno de obras de arte que era el piso del arquitecto en Bishop Avenue.

- ¿Sabe una cosa, Comptom?

- Dígame lady Amp.

- Todavía no he logrado borrar de mi mente la voz de mi primer marido cuando decía: “Por favor, Comptom, deje cuanto tenga entre manos y súbame un whisky a la biblioteca”.

- Lo comprendo. Verdaderamente era una situación muy embarazosa, pero no cabe duda que don Francisco Brunete de Armas fue siempre un caballero.

- Gracias a usted que supo estar a la altura de las circunstancias.

- Y ¿qué tal se encuentra el señor Cazálluz?

- Pues últimamente no está muy en forma.

- ¿Sigue usted dándole el ponche de huevo con jerez y whisky?

- Sí, todas las noches. Pero no consigo que se anime.

- No será que le ha tomado cierto rechazo por el penoso incidente con el DIU?

- No creo.

- Debió de ser una situación muy embarazosa.

- Figúrese. Tuve que decirle que lo llevaba por recomendación de un sacerdote.

- Seguro que eso le tranquilizaría.

- Menos mal que no le aclaré que era presbiteriano

- ¿Sabe usted que el padre Flanagan ya no está entre nosotros?

- Qué lástima. Pensaba ir a verlo. Siempre fue muy comprensivo y acogedor conmigo.

- Lo mató el marido de la señora Smith.

- ¡Qué barbaridad! Nunca hubiera creído que a un inglés le afectara el goce de su mujer.

- Por supuesto, ese asunto es más propio de españoles. Seguro que su marido...

- No sé qué decirle. Últimamente mi marido parece que está algo distante.

Comptom permaneció pensativo, tumbado en la cama, contemplando la figura de mi madre reflejada en el espejo.

- ¿Se le ocurre a usted alguna cosa para motivarle?

- Yo me atrevería a decir que la señora se ha abandonado un poco.

- ¿Usted cree?

- Si he de serle franco, sí –la miró detenidamente-. Necesitaría un estiramiento en la cara y el cuerpo; algo de silicona en los pechos y una liposucción para el vientre y los muslos, y además...

- Dígame, dígame Comptom.

- ¿Se ha mirado usted el bajo vientre?

- Ya veo que hay algunas canas. ¿Cree usted que debería teñírmelo?

- Mas bien afeitárselo. Parece la barba de Carlos Marx. Ahora comprendo los reparos del señor Cazálluz.

- Puede que tenga razón. Mi marido odia a los comunistas.

- No es una cuestión ideológica. Se trata más bien de un desmesurado crecimiento capilar.

- En ese caso pídamelo para la peluquería.

- Si la señora prefiere, puedo hacerle el trabajo aquí en casa.

- Gracias, Comptom. Siempre he dicho que es usted una persona muy eficiente.

Mi madre aprovechó bien las dos semanas en Londres. Llegó a un acuerdo con Sothesby para que se ocupara de la valoración y subasta de todas las antigüedades que albergaba la casa del arquitecto. De la caja fuerte recogió un fajo de acciones y obligaciones del London City Bank por un importe de 400.000 libras esterlinas y a la mañana siguiente, con los poderes de su marido, se personó en el banco y firmó la orden para que, a su vencimiento, el importe se transfiriera a nuestra cuenta mancomunada que abrimos al cobrar el seguro de la Lloyd's por la muerte de mi primer padre. Con la operación de Sothesby y del London City Bank quedaban a nuestro nombre todos los bienes de Iñaki Cazálluz. Pero, además, Comptom llevó a mi madre a la consulta de su amigo el doctor Sloan, el mismo cirujano que colocó al arquitecto la válvula para corregir su aerofagia y, en una sola sesión de cirugía reparadora, la dejó convertida en una modelo.

- ¡Iberia anuncia la llegada de su vuelo 343 procedente de Londres!

Al ver a mi madre sentí de nuevo aflorar el complejo de Edipo, pero supe contenerme.

- Está usted divina, lady Amp.

- Anda, no digas tonterías.

Estaba espléndida. El trabajo del doctor Sloan había valido la pena y todos sus encantos sobresalían ahora con renovado esplendor. El pelo color calabaza lucía unas mechas doradas que le daban un toque de distinción. El talle resaltaba

por el balanceo de sus caderas. Los pechos se mantenían firmes, y parecía que en sus ojos grandes de miope color miel había aumentado el brillo del deseo.

A la hora de la cena, mi padre no se encontraba en casa y llegó cuando estábamos tomando el café en el saloncito rosa con la huella del cansancio reflejada en el rostro.

-¿Cómo te ha ido el viaje?

Apenas reparó en ella. La besó rozándole la mejilla y se sirvió una taza de café.

- ¿No me notas nada? -preguntó mi madre-

La miró por encima de las gafas.

- No. ¿Te ocurre algo?

Ella no se dignó contestar y se puso a resolver el Damero Maldito de La Codorniz. Él tomó su copita de pacharán para mantener vivo el espíritu nacional y se levantó del sillón.

- Si no os importa me voy a la cama. Mañana tengo que madrugar.

- Que descanses, papá.

En cuanto cerró la puerta del salón, me preguntó:

- ¿Qué le ocurre a tu padre?

- Nada -intenté tranquilizarla-. Anda muy atareado con el trabajo.

- Hace algún tiempo que le encuentro raro, pero esperaba que esta noche se fijaría en mí. ¿No estará ocurriendo nada extraño, verdad?

- No, mujer. Tu marido tiene mucho trabajo y está un poco agotado. Necesitará algún reconstituyente.

- Pero si todas las noches le doy el ponche de huevo con jerez y whisky.

- No debes preocuparte tanto. Al fin y al cabo ya sabes el destino que le espera.

- Sí. Quizá lleves razón.

Siguió al arquitecto al dormitorio albergando todavía la esperanza de que se tratara de un asunto político y, al haber desaparecido las barbas de Carlos Marx, todo volviese a ser como antes. Pero, aunque se cuidó muy bien de mostrarle su pubis barbilampiño, Iñaki Cazálluz, con el pensamiento puesto en el vellocino de oro de la Abadesa, no reparó en él y se durmió envuelto en una apoteosis de ronquidos. Menos mal que el día siguiente era miércoles y nuestra

visita al Palacio de Santa Cruz fue como un bálsamo milagroso que alivió todas las preocupaciones de mamá. Tía Julia y tío Roberto quedaron fascinados al verla aparecer y se deshicieron en elogios.

- Fue cosa del doctor Sloan -dijo ella como queriéndose quitar importancia-.

- Nada, nada -apuntó mi tío- eso es mérito tuyo que tienes un cuerpo muy agradecido.

Tía Julia sirvió el *five o'clock tea* para recordar los buenos tiempos de Londres y, haciendo gala de su condición de mujer inteligente y generosa, me dijo al oído:

- Anda, Francis, vámonos al cine que hoy tu madre necesita todas las atenciones de tío Roberto.

Albergaba cierta preocupación por la extraña influencia que, a través de su novela, Terelu Bustamante pudiera ejercer sobre mi padre y se precipitaron los acontecimientos, antes de culminar mis planes. Necesitaba pedir consejo. Una tarde, me decidí a visitar al inspector Román que para mí seguía siendo el policía bueno de las películas. Compartía su trabajo con la pintura en un pequeño estudio de la plaza del Cascorro. Estaba enfrascado perfilando las flores y los pájaros exóticos que pugnaban por salirse del cuadro y, en cuanto me vio, no pudo ocultar un gesto de disgusto.

- ¿Otra vez tú? ¿Será posible que no logre apartarte de mi vida?

- No quisiera crearle problemas.

- Ya tuve bastantes la última vez. A punto estuve de perder el cargo.

Dejó la paleta y los pinceles y, quitándose las gafas como lo hacen los presbitas elegantes, me invitó a tomar asiento.

- ¿Qué nuevo asunto te trae por aquí? ¿Supongo que no será nada relacionado con tu abuelo?

- No, no. Ya sé que lo de Franco puede ser peligroso. Sólo vengo a pedirle consejo.

- En ese caso. Adelante.

Le expliqué con todo lujo de detalles la peripecia de mi padre con la Abadesa, haciendo especial hincapié en las extrañas particularidades de la escritora que le había convertido en el protagonista de su novela.

- Es muy curioso todo lo que me cuentas. A Dostoyewski le sucedía lo mismo. La suerte de tu padre es que aún no se ha publicado el libro.

- ¿Qué quiere usted decir?

- En realidad lo que le ocurría a Dostoyewski era que sus personajes se morían en el momento en que la novela veía la luz.

- ¿Y qué tiene que ver eso?

- Pues muy sencillo, que hasta que la novela no se publique, el personaje no se morirá.

- No comprendo nada.

- Fíjate bien. Los personajes de una novela sólo se hacen realidad cuando ésta llega a manos del lector, pero mientras viven en su imaginación o en sus papeles son sólo fantasmas, y, por tanto, a la monja sólo se le mueren personajes imaginarios. Tú no tengas ninguna preocupación. Mientras la novela no se edite tu padre no corre ningún peligro.

- Es que últimamente le veo muy estropeado.

- Vivirá, vivirá. Mientras esa novela no llegue a la imprenta a tu padre no le ocurrirá nada.

Sin saberlo el inspector Román acababa de darme la fórmula perfecta para acabar con el arquitecto: editar el libro.

- Y ahora Francis quisiera darte un consejo. Debes andarte con mucho cuidado respecto al asunto de tu abuelo. Ni los políticos, ni la familia desean ningún tipo de escándalo. Además, tu abuelo tiene hoy demasiados enemigos, acaba de decretar el estado de excepción y no sería bueno para ti que descubrieran vuestro parentesco. Procura cuidarte.

- Me ha ocurrido algo maravilloso, Iñaki.

- ¡No me digas que estás embarazada!

- No te preocupes que pronto llegará. Hoy he recibido la llamada de un editor para publicar mi novela.

- Anda, ponme un whisky y no me tomes el pelo.

- Te lo digo en serio. La semana pasada vino a visitarme un joven muy educado que se presentó como delegado de la editorial Planeta.

- Seguro que querría venderte alguna enciclopedia.

- No, no. Era el descubridor de nuevos talentos literarios. Mira, aquí está su tarjeta.

- Pero mujer ¿no te parece extraño que este señor se presentara aquí como llovido del cielo para editarte un libro?

- No, apareció por casualidad. Venía de parte del señor Lara y le di una copia de los primeros capítulos.

- ¿Cómo del señor Lara?

- Sí. El señor Lara, el propietario de la editorial Planeta, tiene una tía monja en el convento de Segovia y algunas veces, cuando venía de visita, hablábamos de mis inquietudes literarias. Se enteró por su tía de que había abandonado el convento y...

- Eso cambia las cosas.

- Hoy me ha llamado por teléfono. Están muy interesados en mi obra y quieren editarla cuanto antes.

- Pues enhorabuena.

El arquitecto se sirvió un poco más de whisky sin percatarse del peligro que se cernía sobre él.

- Ya tengo ganas de leer todo lo que cuentas de mí en tu novela.

- Te prometo que el primer ejemplar será para ti. ¿Sabes que los huevos de marfil de don Miguel de Cervantes que me regalaste, me están ayudando mucho?

- ¿Es posible?

- Sí, cuando tú no estás y se me queda la mente en blanco, los acaricio y, al punto, se me aviva la imaginación.

- A mí también se me aviva cuando estoy contigo. –Sonrió bajándole las bragas- ¿Me concedes un deseo?

- Pídemelo lo que quieras.

- Hazme un peluquín con tu cabello de ángel.

El arquitecto estaba cada día más enfebreado por su pasión hacia la monja hasta el punto que andaba casi siempre con los calzoncillos húmedos y la calva amoratada de tanto pensamiento lúbrico. Ya no se conformaba, como hacíamos el resto de la familia, en emplear las tardes de los miércoles en escarceos amorosos. Ahora, atraído por el magnetismo de sor Patrocinio de las Llagas, acudía a la casa de la Sierra casi todas las tardes y muy pocas noches regresaba para la cena, con lo que mi madre comenzó a mostrar signos de nerviosismo, no sólo por aquellas extrañas ausencias que él intentaba justificar alegando motivos de trabajo, sino por la abstinencia forzosa a que la tenía sometida

El plan que había urdido presentándome como buscador de talentos de la editorial Planeta, debía de llevarlo en absoluto secreto, porque, si mi madre llegaba a conocer la relación adulterina de mi padre con la exmonja, se despertaría el monstruo de los celos que anidaba en ella y se vendrían abajo todos nuestros planes. Ahora debía esperar tres meses para que sor Patrocinio me entregara el original completo, y editar unos cuantos ejemplares. De este modo, en el momento en que el libro apareciera en los escaparates, se produciría la muerte del arquitecto.

Volvíamos una noche mamá y yo del campus de la Facultad de Políticas después de oír el recital de Raimon, cuando volvió a insistir:

- Francis, me sigo aburriendo.

- Ten un poco de paciencia.

- ¿Pero tú crees que yo puedo estar tanto tiempo en plan Santa María Goretti?

La compadecí viendo la huella del sufrimiento reflejada en sus ojos y traté de consolarla.

- Pero tienes los miércoles con tío Roberto.

- ¡Vamos Francis, como si tú no conocieras a tu tío!

- Tranquilízate. Pronto serás libre. Pero deberíamos esperar a que terminara los proyectos que lleva entre manos aquí en España, porque van a suponer unos ingresos muy importante en su cuenta corriente.

- En eso llevas razón pero, mientras tanto yo ¿qué?

- ¿Te apetecen unas tortitas con nata?

Entramos en la cafetería California. Mientras tomábamos un *Manhatan* se me ocurrió una mentira piadosa para consolarla.

- Si me prometieras llevarlo con total discreción...

- Dime, dime.

- ¿Te gustaría volver a ver al señor Casadevall?

Se quedó sujetando la copa en el aire y se le iluminaron los ojos.

- ¿No me digas que lo has visto?

- No, no lo he visto, pero te prometo que voy a intentar localizarlo.

- ¿En el Palace?

- No, no. Ya no es un hombre rico.

- Eso no importa. Guardo un magnífico recuerdo de él. Sobre todo en...

- Está bien. Está bien, no entres en detalles. Pero no olvides que si el arquitecto se enterase nos pondría a los dos de patitas en la calle y adiós herencia.

Había llegado la hora de comenzar a coordinar los últimos detalles del plan y llamé a Terelu Bustamante para preguntarle por su novela.

- Espero tenerla terminada el mes que viene.

- Procure que sea antes del día 30 porque así, durante el mes de noviembre entraría en imprenta y, en diciembre, que es buena fecha para lanzarla al mercado, podría estar en las librerías.

- Seguro que sí. No sabe lo ilusionada que estoy.

- ¿Ha pensado ya en el título?

- ¿Qué le parece *El Arquitecto y el Amor*?

- Muy sugerente. *El Arquitecto y el Amor*, la obra cumbre de Terelu Bustamante. Suena bien.

Si a principios de diciembre publicaba la novela, el arquitecto moriría antes de Navidad. Aquellas serían unas navidades negras pero muy substanciosas económicamente ya que la subasta de Sothesby estaba anunciada para primeros de diciembre y el vencimiento de las acciones de Inglaterra se produciría antes de finalizar el año. Sólo cabía esperar que todo sucediera tal y como estaba planeado.

Pero una semana más tarde se precipitaron los acontecimientos. Eran las once la noche. Mis padres no habían aparecido a la hora de la cena y yo, con Encarnita entre mis brazos, sin imaginar lo que iba a ocurrir, tomaba un combinado de ginebra y vodka. Oí voces y ruidos en la calle, y me asomé al balcón. Mi madre llegaba a casa al mismo tiempo que se detenía ante el portal el coche de mi padre. Basilio abrió la puerta de atrás y, con gran esfuerzo, intentó sacar al arquitecto que parecía inconsciente.

- Por favor, señora, llame a alguien para que me ayude.

- Pero ¿qué ha ocurrido?

- Nada. Tranquilícese. El señor está bien.

- Francis, hijo mío. Baja a ayudarnos.

A duras penas lo subimos a su habitación y logramos tumbarlo sobre la cama. Estaba borracho. El whisky se le salía por las orejas y llevaba, adheridos a la calva con pegamento, mechones dorados de vello púbico. Por el bolsillo superior del chaleco asomaban unas tijeras y en la mano derecha sujetaba unas bragas de encaje. Mi madre, impresionada, se dejó caer sobre la *chaise-longue*, y observé sobrecogido cómo comenzaba a convulsionarse. Respiraba con dificultad y el rostro se le tiñó de púrpura. No había duda: el monstruo de los celos se estaba apoderando de ella, pero al momento se repuso. Su instinto de posesión no podía permitir que nadie se apropiara de lo que creía suyo y se encaró con el chófer.

- ¿Quién es la puta que estaba con mi marido?

Basilio no contestó y se limitó a encogerse de hombros.

- ¿Es que no me has oído, imbécil?

- No lo sé, señora.

- Díme inmediatamente de dónde venís.

El buen comunista seguía sin contestar y mi madre se quitó el zapato, le cogió por la garganta y le gritó:

- ¡Cuenta todo lo que sepas!

El chófer hizo un relato pormenorizado de la aventura extraconyugal del arquitecto con la exmonja, y, al final, mi madre, imitando a Greta Garbo cuando le clavó el tacón de aguja al teniente Centella, le dio un zapatazo y lo dejó tumbado en el suelo.

- Ocúpate de estos dos, Francis. Ya tendrás noticias mías.

Se retocó el maquillaje ante el espejo y, tomando el bolso, se largó dando un portazo.

A aquellas horas de la noche el Palacio de Santa Cruz estaba cerrado a cal y canto y, al oír el timbre, mis tíos se llevaron un susto de los que hacen época.

- Pero, Amparo ¿Qué sucede?

Mi madre tomó asiento. Tío Roberto le ofreció un cigarrillo y tía Julia preparó tila. Oyeron el relato con toda atención y, al finalizar, tía Julia le dijo a su hermana en tono pragmático:

- Una mujer como tú no debe ponerse así porque su marido se enamora de una monja. Al fin y al cabo tú siempre has dicho que el vasco era un hombre profundamente religioso.

Y tío Roberto añadió para tranquilizarla:

- Comprende, Amparo, que estas gentes religiosas suelen tener arrebatos de amor puramente espirituales. Recuerda a nuestros místicos del siglo de Oro.

- No se trata de eso. Hay algo más importante.

- Pues explícate, ya sabes que puedes contar con nosotros.

- Por eso he venido. Es cuestión de dinero.

- En lo que podamos ayudarte...

- No, no. Muchas gracias. Se trata de la herencia de mi marido.

- ¿La herencia?

- ¡Claro que la herencia! ¿No comprendéis que si mi marido se encapricha de esa mujer y se divorcia de mí, Francis y yo perderíamos toda posibilidad de heredarle?

- Por supuesto. Llevas toda la razón.

- Pues ése es el asunto. Necesito que la suripanta ésa desaparezca cuanto antes de su vida.

- Y ¿qué has pensado hacer?

- Presentarme ahora mismo en su casa y amenazarla con acabar con ella si vuelve a ver a Iñaki. Estoy dispuesta a todo.

- Te acompañaré –se ofreció tío Roberto-. Julia avisa que preparen el coche oficial. Me pondré el uniforme de gala y le vamos a meter el miedo en el cuerpo a esa intrusa.

- Gracias cuñado. Sabía que podía confiar en vosotros.

En cuanto tomó la carretera general, el Mercedes del Ministerio aceleró adelantando a varios vehículos y enfiló la primera curva sin respetar la señal de velocidad. El chófer era un experto conductor pero al entrar en la siguiente curva, el automóvil hizo un extraño zig-zag, chocó contra una valla y fue a estrellarse en el fondo del barranco. Lo vi todo reflejado en los posos de la taza de café. Apenas hacía una hora que mi madre había abandonado la casa y tuve el presentimiento de que aquel golpe de la puerta que dio al salir era el punto final de nuestras relaciones. ¡Mamá había muerto! Volví a llorar como se llora a una madre. La buena mujer había apurado la copa de su vida a grandes sorbos y tuvo una muerte muy cinematográfica. Precisamente, dos años antes, el 11 de junio de 1967 había fallecido mi abuelo Spencer Tracy. Me fui a dormir con los ojos anegados en lágrimas, pero aliviado por una extraña sensación de orfandad que me liberaba, al fin, de la sempiterna tutela maternal.

Como todas las mañanas, Encarnita me trajo el desayuno a la cama junto con el periódico. La película de mi vida continuaba.

- ¿Qué tal va todo por la casa?

- La señora todavía no ha vuelto. El señor y Basilio siguen metidos en la cama de matrimonio bajo los efectos de una tremenda borrachera.

- ¿Basilio también borracho?

- Sí. En cuanto se repuso del taconazo que le dio la señora, me pidió un poco de whisky y ya no soltó la botella.

Sonó el teléfono.

- Por favor, ¿Don Iñaki Cazálluz?

Me hice pasar por mi padre.

- Sí, soy yo.

- Tenemos a su esposa aquí en la Facultad de Medicina.

El teléfono me había salvado. Aquella era la mejor noticia que podía recibir para que el arquitecto no conociera la muerte de mi madre, y seguí fingiendo.

- En realidad no se trata de mi esposa.

- En el bolso, junto al cadáver, encontramos su documentación.

- Sí. En realidad se trata de mi prima Eburne. Se llevó por equivocación el bolso de mi mujer.

- Queríamos en primer lugar testimoniarte el pésame de la Facultad y pedirte autorización para emplear el cuerpo en las clases de anatomía.

- No creo que la familia tenga ningún inconveniente.

- Son ustedes muy amables. ¿Desea que cuando acabemos el trabajo guardemos los restos en el frigorífico?

- No, no. Prefiero que los incineren. Pasaré después a recoger las cenizas para mandarlas a mi tía.

Me había convertido en el único heredero de mi padre. Qué razón tenía San Juan cuando decía en el Apocalipsis que los caminos del Señor eran inescrutables. Me levanté, tomé una ducha templada y me puse el traje negro de las grandes solemnidades. Antes de salir de casa contemplé a mi padre y a Basilio metidos en la cama matrimonial roncando plácidamente.

- Encarnita, que le ayude la cocinera y métanlos en la bañera con agua fría para que se vayan espabilando. Hoy vamos a tener un día muy ajetreado.

Al llegar al Palacio de Santa Cruz, me encontré con mi tío en el vestíbulo principal recibiendo el saludo de sus compañeros. Estaba en el centro del salón, dormidito en su ataúd, rodeado por cuatro enormes velones que ponían la nota mortuoria, mientras una orquesta de señoritas diplomáticas interpretaba, el

Réquiem de Mozart. Se le veía elegantísimo con el traje de gala lleno de entorchados y condecoraciones. El rostro apacible mostraba todavía un toque de color, recuerdo de su afición al *bourbon*, y las manos juntas, sujetando el rosario que le regaló el Padre Peyton, reposaban sobre la bragueta que fue durante mucho tiempo el centro neurálgico de todas sus tribulaciones.

Subí al apartamento para consolar a tía Julia y la encontré fuera de sí gritándole a la doncella:

- ¡Pero imbécil ¿cómo es posible que estando mi marido de cuerpo presente no te hayas acordado de traerme el traje negro de la tintorería? ¿Es que quieres que vaya al funeral con un vestido de lunares?!

- Vamos, vamos, tía. Tranquilízate y ven aquí que se te ha corrido el rímel.

Cada día me sentía más seguro en el trato con las mujeres. Mi obsesión por ellas me llevaba a profundizar en su estudio y a comprender los misterios de su idiosincrasia. Sorbí a besos las lágrimas de su dolor y, en aquel preciso momento, apareció el primo Ángel. Vestía una túnica naranja y llevaba la cabeza rapada. Miraba con ojos escrutadores, y la sonrisa se le había quedado congelada en el rostro como una mueca oriental. Juntó las manos, inclinó la cabeza a modo de saludo y preguntó:

- ¿Dónde está papá?

- En el salón principal del Ministerio.

- Si no tenéis inconveniente, me ocuparé personalmente del funeral.

Y sin más palabras ni saludos, se puso manos a la obra. Ordenó a todos los bedeles y conserjes del ministerio que recogieran la mayor cantidad de leña posible y la apilaran en medio de la plaza de Santa Cruz. Mientras tanto, ante el asombro del sacerdote, que aguardaba para iniciar el responso, mi primo dio por finalizado el *Réquiem de Mozart* y, armado de un molinillo tibetano y una campana, comenzó a dar vueltas alrededor del cadáver de su padre cantando el *Hare-Krisna*. Al finalizar, mandó a los monaguillos que inciensaran para alejar los malos espíritus. Acto seguido, indicó a los funcionarios que tomaran el ataúd y lo depositaran sobre la pira funeraria instalada en el centro de la plaza.

Cuando bajé con tía Julia ya había llegado el Ministro con todo su séquito. Las gentes de las casas aledañas se apiñaban en la plaza para presenciar aquella curiosa ceremonia.

- Pero ¿qué significa todo esto? -preguntó el Ministro a tía Julia-.

- Es nuestro hijo que ha venido de la India y quiere que hagamos el entierro al estilo tibetano.

- Pero Julia ¿No comprendes que va a ser un escándalo? Esto viola todas las normas del concordato con la Santa Sede.

- Se trata de la última voluntad de mi marido.

- Está bien. Haced lo que queráis pero daros prisa antes que lleguen los del NO-DO.

El primo Ángel volvió a iniciar sus rezos haciendo reverencias ante el catafalco funerario. Luego le prendió fuego y, mientras las maderas crepitaban, y el humo y las llamas se elevaban hacia el cielo, se acercó a tía Julia.

- Por favor, mamá, sígueme.

- Pero ¿qué dices?

- Que me sigas. Tienes que inmolarte en la pira junto a tu marido.

-¿Estás loco, majadero?

Mi primo la tomó del brazo y tiró de ella arrastrándola hacia la hoguera. El público gritó horrorizado. Me abalancé sobre ellos para impedirlo y, gracias a los guardaespaldas del Ministro que acudieron en mi ayuda, logramos separar a tía Julia de su hijo. El cuerpo del embajador ya estaba prendido por el fuego, y en pocos segundos desapareció entre las llamas. El gentío comenzó a aplaudir mientras el primo Ángel, enfebrecido por los aplausos, se puso a dar vueltas como un poseso alrededor de la hoguera. La gente aplaudía y gritaba cada vez más mientras él giraba sobre sí mismo como un derviche, hasta que en un momento de máxima tensión se precipitó sobre el fuego. Se produjo una gran llamarada. Las gentes gritaron horrorizadas y un sinfín de chispas, como pequeños asteroides, ascendieron hacia el firmamento quedando la noche madrileña tachonada por un millón de estrellas multicolores.

Recogí las cenizas, las guardé en un hermoso tarro de crema hidratante Margaret Astor y se lo entregué a tía Julia. Ella derramó las lágrimas de rigor, y

los asistentes le testimoniaron su más sentido pésame felicitándola por aquel magnífico funeral. Antes de despedirse, el Ministro de Asuntos Exteriores le susurró al oído:

- No te preocupes por nada, querida Julia. Hemos tenido la suerte de que tu marido muriera con el uniforme de gala y lo vamos a considerar como fallecido en acto de servicio para puedas recibir una buena pensión de viudedad.

El gentío fue dispersándose poco a poco haciéndose cruces del soberbio espectáculo que había presenciado. Cuando nos quedamos solos, tía Julia tomándome de la mano me preguntó con voz enigmática y los ojos extraviados:

- ¿Sabes dónde están ahora primo Ángel y tío Roberto?

- Pues... no sé. Quizá en el tarro que te acabo de dar.

- Te equivocas. Están en Madrid. Acaban de reencarnarse en un perro y un gato.

No me sorprendió lo que decía; con tanto tiempo viviendo en la India, había calado en ella la idea de la reencarnación. Estaba a punto de levitar y en su mirada destellaron chiribitas como en los ojos de los místicos iluminados.

- Te espero mañana sin falta. Tienes que acompañarme por Madrid para encontrarlos.

Al regresar a casa sorprendí a mi padre trabajando en su despacho mientras se sostenía sobre la cabeza una bolsa con hielo.

- Por favor hijo ¿puedes explicarme lo que ha ocurrido aquí?

- ¿Es que ha ocurrido algo?

- Parece que llevo dos días inconsciente. Me he despertado en la bañera completamente desnudo junto a Basilio mientras Encarnita y la cocinera nos enjabonaban. Creo que esta no es una situación normal.

- Por supuesto que no. Y ¿qué te ha contado el chófer?

- Lo único que recuerda es que tu madre le dio con un zapato en la cabeza.

- ¡Qué barbaridad! Basilio debe haberse vuelto loco.

- Por cierto Francis ¿dónde está tu madre? Parece que la otra noche no volvió a dormir a casa.

- Creo que se iba de peregrinación a Lourdes con las Hijas de María.

- ¡Qué extraño! No me dijo nada.

- No creo que te sorprenda. Últimamente no os veo muy enamorados.

El arquitecto levantó la vista de los planos, deslizó las gafas hacia la punta de la nariz y se quedó mirándome.

- Es posible que tengas razón. Este maldito trabajo me absorbe cada vez más.

Me desperté cansado, como si me hubiese hecho mayor en poco tiempo. Tres muertos en un solo día habían sido muchos y me obligaban a acelerar los planes para alcanzar cuanto antes la meta de mi proyecto económico. Se me presentaban días de gran ajetreo y abandoné la casa temprano para recoger a tía Julia.

Frente a la Puerta de Alcalá, en el inicio de Serrano, comenzamos el recorrido. Eran las 12 del mediodía y por las aceras deambulaban elegantes señoras y caballeros con perros de mucho pedigrí.

- ¿Qué te parece aquel pastor alemán?

- Seguro que ése no es.

- ¿Y el caniche que lleva la señora del sombrero?

- No, no. Tampoco.

Se nos acercó un doberman mal encarado y se puso a lamer los zapatos de charol a tía Julia. Su dueño tiraba de la correa para apartarlo de nosotros y el perro comenzó a gruñir.

- Vamos Robert, deja en paz a la señora.

Pero por mucho que tiraba, el doberman no se separaba de mi tía.

- ¿Cómo ha dicho que se llama?

- Robert -contestó el dueño-.

- No cabe duda, Francis. Es mi marido.

- Pero ¿qué dice usted, señora? Yo no soy su marido.

Ante el asombro del dueño, el perro se tumbó a los pies de tía Julia y permaneció inmóvil. El señor comenzó a ponerse nervioso mientras gritaba.

- ¡Vamos Robert, deja a la señora! ¡Levántate! ¡Vamos Robert! ¡Levántate!

- Es inútil que insista -le dije-. Mi tío Roberto se ha reencarnado en su perro.

- Pero ¿qué tonterías está usted diciendo?

Corroborando mis palabras, el dóberman se puso en pie y comenzó a ladrar a su dueño hasta que logró ponerle en fuga. Tía Julia le acarició el hocico babeante y el perro la husmeó por debajo de las faldas.

- Quieto, quieto Robert, no seas travieso.

- Este perro está muy mal acostumbrado.

- Sí. Será mejor que nos acerquemos a una pastelería y le compremos bombones.

- Entonces... tío Roberto...

- Sí, hijo sí. Tenía que darle bombones cada vez que le veía nervioso.

Al entrar en la pastelería, un gato persa de pelo rojizo que dormitaba en un rincón, abrió los ojos y al ver al dóberman arqueó el lomo y se le erizaron los pelos; pero el perro no le ladró, se acercó hasta el gato y comenzó a lamerle con suavidad hasta tranquilizarlo por completo.

- No te extrañe –me advirtió tía Julia-. Es tu primo Ángel.

Al igual que la mayoría de la gente encontraba consuelo para sus penas en la religión, gracias al hinduismo, tía Julia volvía a estar acompañada de su marido y su hijo. Sentada en la terraza del café, con el gato y el perro a sus pies, mimada por la luz del mediodía, la observaba embelesado mientras sorbía, frunciendo los labios como en un beso, las delicias de un batido de frutas tropicales. Nunca llegué a comprender el milagro de su belleza perenne. La piel tersa, ligeramente tostada por el sol del Himalaya, el cabello rojo, el cuerpo espléndido y los movimientos elegantes como los de una pantera, me tenían siempre cautivado.

- Anda, Francis, deja ya de mirarme y ocúpate de tu pobre madre.

El catedrático de anatomía, con un puro entre los dientes, me recibió en su despacho.

- Señor Cazálluz, he de felicitarle. Tenía usted una prima de antología.

- ¿Les ha servido para algo?

- Figúrese. La hemos repartido entre mil doscientos alumnos de anatomía y todavía ha sobrado para los estudiantes del laboratorio de patología.

- Me alegro de que haya sido útil para la ciencia.

El catedrático se acercó a su mesa y tomando una cajita de Montecristos del número cinco, me la entregó.

- Ahí tiene sus cenizas. Siento no tener un envase más digno.

- No se preocupe. A su marido le metimos en una cajita de Farias.

El médico me invitó a sentarme y confesó en tono preocupado:

- Quisiera explicarle un suceso curioso que nos ha ocurrido al diseccionar a su prima, y pedirle permiso para proseguir la investigación.

- ¿De qué se trata?

El médico sacó un pequeño envoltorio de papel y lo extendió sobre la mesa. Contenía tres pepitas de oro del tamaño de un garbanzo.

- Las hemos encontrado en los riñones. En toda la historia de la medicina sólo Vesalio describe un caso como éste. Y si usted me lo permite, necesitaría algunos datos para proseguir la investigación.

No pude menos de sonreír, y ante el gesto de extrañeza del médico, le expliqué:

- Es todo muy sencillo. Hace algunos años, esta mujer, tuvo problemas de arenillas que resultaron ser auríferas a causa de las relaciones que mantuvo con un joyero de Toledo sin usar el preservativo.

- ¡Qué barbaridad!

- No, no. Fue una bendición de Dios. Tenga en cuenta que eran tiempos de escasez y gracias a aquellas pepitas de oro ella y su familia pudieron superar la crisis económica.

- En ese caso ya no existe ningún misterio para la ciencia médica. Lo mejor será que guarde usted las pepitas de oro como recuerdo de su prima.

Tal y como habíamos quedado, mi padre me esperaba en Lhardy para cenar. Le encontré muy preocupado y, sin darme tiempo a que me sentara, preguntó.

- ¿Y tu madre?

- Ahora te cuento. Pero antes, supongo que tendrás algo que explicarme.

- ¿A qué te refieres?

- Desde hace tiempo observo que las relaciones entre vosotros no marchan bien.

- Sabes que tu madre es lo que más quiero en el mundo.

- Sí, eso pensaba hasta el otro día. Pero se te nota a la legua que hay otra mujer.

Al arquitecto se le subió la bilirrubina a la cabeza y su calva adquirió una tonalidad magenta.

- ¿Lo sabe tu madre?

- No. No le he dicho nada.

- Gracias, Francis.

Era evidente que por mucho que el arquitecto se hubiera encaprichado con la exmonja, no parecía dispuesto a tirar por la borda un matrimonio católico con todas las bendiciones y respiré aliviado dispuesto a seguir manteniendo en secreto la muerte de mi madre; porque si descubría su viudedad, se casaría con la ex-monja y perdería yo la herencia. Apuró el Martini y me preguntó:

- ¿En qué estás pensando, Francis?

- En nosotros. En nuestra familia. Recuerdo aquella frase tan bonita del Padre Peyton: La familia que reza unida, permanece unida.

- Sí. Es verdad -dijo contrito-. Tienes razón. Quizá he descuidado el rezo del santo rosario. Pero ¿qué me dices de tu madre?

Paladeé el Martini y acaricié la caja de Montecristos donde guardaba sus cenizas.

- Mamá ha ido de peregrinación a Lourdes con las Hijas de María. Volverá en un par de semanas.

Noté que mi padre se tranquilizaba, y dijo como queriéndose justificar:

- Es curioso nuestro matrimonio. Yo estoy descuidando cada día más las prácticas religiosas, y tu madre, que al principio parecía una mujer frívola y tornadiza, me está dando una gran lección.

- Vamos, vamos. Tampoco es para ponerse así. La carne es débil.

Siguiendo el mandato divino “Lo que ha unido Dios, que no lo separen los hombres” me sentía obligado a enterrar las cenizas de mi madre en el Valle de los Caídos, junto a mi padre, para que descansaran eternamente juntos. En el estado en que se encontraban ahora, les iba a ser imposible cualquier tipo de pelea o discusión, y disfrutarían de la paz eterna. En aquel momento, sonó el teléfono.

- Soy tía Julia, ¿qué haces?

- Pues, en este instante, estoy pensando en mamá.

- De ella quería hablarte. ¿Tú sabes si creía en la reencarnación?

- Nunca me dijo nada.

- ¡Qué lástima! He visto un loro precioso y he pensado que quizá podría ser ella.

- ¿Has podido hablar con el loro?

- No. Está aquí, en una pajarería en la calle de las Ánimas número 24.

- Pues espérame, que voy para ahí.

Cogí la caja de Montecristos, tomé un taxi y me presenté en la pajarería. Tía Julia me esperaba en la puerta.

- ¿Cómo se llama el loro? -preguntamos al dueño-

- No es loro, es lora. Se llama Ámpar.

Tía Julia y yo nos miramos boquiabiertos. Aquello era demasiada casualidad. Ella se acercó al pájaro, que nos miraba con atención, y comenzó a llamarle.

- ¡Ámpar! ¡Ámpar!

- No se canse -dijo el encargado-. Esa pájara es muda.

- Entonces seguro que no es mi madre.

Me gustaba pasear con tía Julia llevándola cogida por la cintura para sentir en mi mano el sugerente contoneo de su cuerpo. Bajábamos en dirección a Sol y no dejaba de lamentarse:

- Ha sido una lástima. Con el loro, el perro y el gato hubiéramos estado otra vez todos juntos ¿Te imaginas?

- No pases cuidado. ¿Llevas en el bolso el bote de crema con las cenizas de tío Roberto y el primo Ángel?

Tía Julia me entregó el botecito de crema Elizabeth Arden y con mucha devoción, derramé su contenido en la caja de Montecristos donde reposaba mi madre.

- Ahora, al menos, ellos ya están juntos para siempre.

- Eres único Francis. Lo que no se te ocurra a ti...

- Sí, sí, pero lo que necesitamos ahora es un médico que firme el certificado de defunción de mi madre.

- Eso no es problema. Madrid está lleno de médicos. La primera placa que veamos, entramos.

Era un rótulo dorado en el que se leía: “Rosa López Carpintero. Garaganta, Nariz y Oídos”. –Qué curioso, Carpintero era el apellido de mi abuela paterna-. La doctora nos recibió con una sonrisa estereotipada al tiempo que nos invitaba a sentarnos.

Para que las cosas no se complicaran y, tal como decía siempre mi abuelo paterno, era preciso dejarlo todo atado y bien atado. Los asuntos de Londres, tanto la subasta de antigüedades como la venta del piso y las acciones, estaban en manos del London City Bank con la orden de abonar el importe en mi cuenta corriente y traspasar a la cuenta de Comptom el diez por cien de todos los ingresos, pues mi madre, en su último viaje a Inglaterra, quiso premiar de este modo las fidelidades y atenciones del mayordomo. En cuanto al dinero de España, fallecida mamá, yo continuaba siendo el único hijo legítimo del arquitecto, y por tanto el heredero de todos sus bienes. Y respecto a las

mujeres... A la dulce Encarnita, Pier Angeli, la tenía siempre a mi lado como una fiel paloma. A tía Julia, por cuyo bosque de azafrán me sentía cada vez más cautivado, le pedí que continuara unos días viviendo en el Ministerio acompañada del dóberman y el gato persa hasta que pudiera yo traerla a mi lado. Sor Patrocinio de las Llagas, Terelu Bustamante, enamorada todavía del arquitecto, ejercía una atracción especial sobre mí y esperaba con ansia mal contenida el momento feliz de su soledad. Pero en la trama que había planificado existía todavía una cuarta persona. En mi inconsciente aleteaba, como una inquietante mariposa la imagen de doña Rebeca. Desde que estuve por primera vez en el hostel quedé prendado por los encantos de aquella mujer fuerte de la Biblia. Su toque de feminista activa hacía adivinar en ella al personaje noble y luchador capaz de embarcarse en cualquier tipo de aventura. Pero sobre todo tenía la convicción que, siguiendo las tradiciones hebreas, debía de llevar el pubis lampiño como mi madre, y, con estas características tan singulares, podría convertirse en el punto equidistante de los tres colores- rubio, negro y colorado- de mi triángulo mágico. Con el dedo índice, señalador y explorador de tantos placeres, marqué su número de teléfono.

- ¿Doña Rebeca?

- Hola, Francis ¿Cómo estás? ¿Y tu madre? Hace tiempo que no la veo.

- Está de excursión en Lourdes. Me gustaría hablar con usted ¿Puedo ir a verla?

- Eso no necesitas preguntarlo. Siempre eres bien recibido en esta casa.

- Gracias, doña Rebeca.

En el momento en que colgué el teléfono, mi padre entraba en la habitación.

- Francis, ven a ver la televisión. Va a salir mi hermano en el telediario.

- ¿El tío Javier?

- Sí, sí. Le han nombrado Aizkolari Principal.

- Y, ¿éso qué es?

- Pues algo así como el *primum inter pares*, el jefe de todos los vascos de pura cepa, los del Rh negativo.

En el telediario apareció el tío Javier de pie sobre el tronco de un árbol empuñando un hacha. Vestía una camisa veraniega con un cocodrilo bordado a la

altura del corazón. Llevaba en la cabeza una enorme txapela y se cubría las vergüenzas con la ikurriña. A su alrededor, un gentío inmenso tocado por un fervor mesiánico, le aclamaba gritando:

- ¡Kazálluz aizkolari! ¡Kazálluz aizkolari! ¡Kazálluz aizkolari!

Y, aunque llovía sobre los verdes campos del edén euskaldun, la multitud continuaba gritando impertérrita, bajo sus grandes paraguas totémicos. Mi padre me preguntó orgulloso:

- Supongo que te alegrarás de lo de tu tío

- No sé qué decirte. Como soy maqueto... -respondí pensando en el libro de Sabino Arana que me regaló tío Javier-

- No te preocupes, hombre. Ya me ocuparé yo de que te hagan una transfusión para solucionarte lo del Rh. Un sobrino del Azkolari ha de ser un auténtico vasco.

Horrorizado por las monstruosidades nacionalistas, no tuve ganas de contestarle. El ritual de la tribu finalizó con bailes regionales al son del xistu y el tamboril. Luego permanecimos un rato distraídos por los anuncios y, de pronto, exclamó mi padre:

- ¡No sabía que te habías hecho fumador de puros!

Me sobresalté al oírlo y me di cuenta de que la caja de Montecristos estaba sobre la mesa junto a la taza de café.

- ¿No me ofreces uno?

- Está vacía.

El arquitecto tomó la caja entre sus manos y, sopesándola, me preguntó con una sonrisa:

- ¿Supongo que no estarás engañándome?

- La verdad es que no está vacía del todo.

- Algún secreto guardarás en ella -dijo tamborileando con los dedos sobre la caja.

- No se trata de ningún secreto. Es una sorpresa para tu cumpleaños.

- Bueno, bueno. Allá con tus misterios. Voy a estar fuera unos días para inspeccionar las obras. Espero volver antes de que regrese tu madre. Y no fumes muchos puros. Recuerda que el tabaco perjudica seriamente la salud.

Se levantó. Me dio un beso en la frente, y salió del salón. Miré la caja de Montecristos y respiré aliviado.

Sonó el teléfono. Llamaban de la imprenta.

- El próximo miércoles ya puede pasar. Tendremos terminados los libros.

Colgué el auricular pensando en los personajes de Dostoieski que se morían cuando sus obras veían la luz. Y, en aquel instante, tuve el presentimiento de que ya nunca más volvería a ver a mi padre con vida.

El recuerdo de la hebrea, a la que imaginaba con las suavidades y la blancura de una muñeca de porcelana, espoleó mi imaginación. Me puse el sombrero y la gabardina modelo Bogart y salí de casa. Al llegar al Hostal Burgalés sonaban las doce y por un momento temí que igual que le ocurriera a la Cenicienta, perdiera yo mis encantos y me convirtiera en calabaza. Pero no fue así, porque doña Rebeca, que estaba metida en la cama, en cuanto me vio aparecer me invitó muy amablemente:

- Anda Francis, ven a mi lado y cuéntame lo que te ocurre.

Me quité los zapatos de cristal, la gabardina Bogart y el elegante traje Inglés, y me introduje entre las sábanas.

- Mamá ha muerto, doña Rebeca.

- Pobrecito mío. Anda, anda, ven aquí.

Me ofreció su hombro para llorar y yo preferí apoyar mi cabeza sobre sus pechos.

- ¿Qué le ocurre a mi pequeño Edipo?

A partir de ahí, metidos en el campo de la psicología freudiana, todo fueron facilidades, y envueltos en un clima de ternuras materno filiales, comencé mi periplo buscando entre las soberbias columnas del templo, el soñado Monte de Venus. Y tras recorrer un cielo de carnes sonrosadas acabé descubriendo el verdadero sexo de los ángeles, aquella pieza única, tersa y resplandeciente como la porcelana china, que formaban sus labios mayores guardando el rojo carmesí de su tesoro. Pero, cuando le expliqué la teoría de mi triángulo mágico de colores y el deseo de incorporarla a ella como punto equidistante y armonizador del negro, el rubio y el rojo, apareció su vena feminista.

- Tú lo que pretendes es aprovecharte de las mujeres.

- No, no doña Rebeca, está usted en un error.

- A mí no me engañas, Francis. Todos los hombres sois iguales.

- Se equivoca usted. Escuche mi razonamiento. Situémonos en el campo de la lógica cartesiana, y supongamos que a usted y a mí nos gustan los caracoles, tanto lo que asoma, como el orificio por donde asoma. A uno le apetece lo que asoma y al otro por donde asoma, estableciéndose así una relación de igualdad y paridad que no produciría nunca el dominio del uno sobre el otro, con lo que se evitarían machismos y feminismos.

Doña Rebeca me miraba con admiración mientras se empolvaba los pechos con polvos de talco.

- Está muy bien tu teoría sobre los caracoles. Me alegro de que no seas machista.

- Yo siempre he sentido una admiración reverencial por las mujeres. Al fin y al cabo de ellas venimos y a ellas vamos.

- No puedes negar que eres un caballero. Se nota que te has educado en Cambridge.

Me invitó de nuevo meterme en la cama, pero no me encontraba con fuerzas; a la mañana siguiente me esperaba un día ajetreado y decidí volver a casa para intentar dormir unas horas.

El coche abandonó Madrid y tomó el camino de la sierra de Guadarrama. El arquitecto sonreía feliz sintiéndose libre al pensar que mi madre estaba de viaje en Lourdes.

- Es un día muy hermoso, Basilio. Ponga un poco de música.

- Lo siento señor, pero la radio no funciona. Si quiere puedo cantarle algo.

- ¿No me diga que usted canta?

Basilio, como en sus mejores tiempos, cuando conducía para el señor Casadevall, se puso a cantar *Vienni o guerriero vindice*, de Aida, con aquella magnífica voz de castrati tan bien formada en la Escolanía de Monserrat, mientras el coche corría alegremente a 130 kilómetros por hora para llevar al

amado con la amada. En cuanto se vieron, Terelu e Iñaki se abrazaron comiéndose a besos.

- Tengo una noticia estupenda, cariño. La próxima semana aparecerá mi novela.
- Ves como has podido llegar al final sin que se te muera el personaje.
- Tenías razón. Todo eran figuraciones mías. ¿Me quieres amor mío?
- Me falta la vida cuando no te tengo cerca.

Sumergidos en aquella ciega felicidad, las horas transcurrían sin solución de continuidad. La exmonja solía tumbarse desnuda sobre la alfombra frente al fuego que ardía en la gran chimenea; al principio esta costumbre de sor Patrocinio de las Llagas no era muy del agrado de mi padre poco dado a los exhibicionismos, pero día a día fue aficionándose, hasta el punto que ahora se desnudaba con inusitada rapidez dejándose sólo la cabeza cubierta con el panamá para resguardarse del frío. Y los dos, tal como hacían Romeo y Julieta, se entretenían asando castañas de Padua y bebiendo *chiantí*, hasta que sor Patrocinio alcanzaba el clímax y cantaba gregoriano con aquella voz tan profunda y misteriosa que parecía salirle de las trompas de Falopio. Pero aquel atardecer invernal teñido de ocre y bermellones, la ex Abadesa le pidió a mi padre que cantara un bolero; y él, exponiéndose a coger un constipado, se descubrió la cabeza y comenzó a cantar como en un presentimiento: *Bésame, bésame mucho como si fuera esta noche la última vez.*

Al día siguiente partieron en dirección a Valencia. Yo aproveché la mañana, y tras recoger los libros de la imprenta -cumpliendo el protocolo- los repartí por las principales librerías de Madrid.

- Pónganlo en el escaparate. Es una promoción especial. Si se interesa alguien por el libro pueden regalarlo.

Como es natural, los libreros aceptaron encantados los ejemplares gratuitos y, al mediodía, los escaparates de las más importantes librerías de Madrid exhibían en lugar preferente la novela *El Arquitecto y el Amor* de Terelu Bustamante.

El Gobierno en pleno, presidido por la Consejera de Cultura, esperaba a mi padre al pie del monumento a San Dionís situado en el centro del Paseo Marítimo. Se saludaron en un clima amable y distendido y el hombre de confianza de la consejera, un sudamericano siempre atento a la voz de su ama, distribuyó cascos de albañil entre los presentes para hacerse la foto oficial con los políticos. Acto seguido, el presidente de la Diputación pronunció el discurso oficial glosando las grandes obras realizadas para la remodelación de la fachada marítima y el grandioso monumento construido en honor de San Dionís, patrón de los enamorados. El arzobispo impartió su bendición y mientras los asistentes aplaudían, la banda de música inició un pasodoble. La Consejera y mi padre comenzaron a subir la escalera de caracol sujeta a los tubos de la estructura metálica que, rodeando el monumento, llegaba hasta coronar la cabeza del santo a 80 metros de altura. Las piernas de la señora Consejera atrajeron las miradas del arquitecto y, a medida que ascendían, no pudo resistir la tentación y fue subiendo los ojos hasta descubrir los muslos, que cual columnas del Templo Sagrado, parecían sostener las bragas de encaje, entre cuyas transparencias, se adivinaba un séptimo cielo. Hasta aquella altura la música llegaba convertida en un aleluya gozoso, y mi padre, absorto por el soberbio espectáculo que vislumbraba entre las piernas de la Consejera, perdió pie y se precipitó en el vacío.

Fue un golpe seco subrayado por el grito de espanto de todos los presentes y el silencio de los músicos.

Los ángeles de la guarda no llegaron a tiempo de sujetarle, y el cuerpo del arquitecto quedó tendido en el suelo; sólo le faltaba el casco y el soplo mágico de la vida que se le había ido contemplando el paraíso terrenal de la señora Consejera de Cultura.

A Terelu Bustamante, que esperaba a mi padre en la terraza de un café cercano, se le llenaron los ojos de espanto al verlo caer y quedó petrificada por el horror, como una estatua de sal manteniendo inmóvil en la mano el vaso de whisky. La maldición de Dostoievski se había cumplido. El enorme gentío que se

bañaba en la playa, pese a ser invierno, apenas se percató del accidente, y el camarero le comentó a la exmonja:

- Estos madrileños son incorregibles. No hacen caso a los socorristas y se bañan en plena digestión.

La novelista quedó anonadada. Perdido su gran amor, no tenía sentido seguir viviendo. Estaba a punto de pedirle una pistola al camarero, cuando se presentaron dos jovencitos encorbatados y rubios como dos querubines americanos y le preguntaron:

- ¿Conoce usted la Biblia?

Aquellos ángeles enviados por Dios hicieron que al momento recobrarla la fe y las ganas de vivir. Les invitó a sentarse junto a ella. Pidió whisky para los tres, y se sumergieron en una profunda conversación de altos vuelos sobre el sentido trágico de la vida.

Una hora más tarde apareció Basilio. En la baca del coche, bien atado, llevaba el ataúd con el cuerpo de mi padre.

- Señora, el señor ya está preparado. Cuando quiera podemos salir para Madrid.

Sor Patrocinio de las Llagas apuró el vaso de whisky, se retocó el maquillaje mirándose en el espejo de la polvera, observó por última vez el monumento a San Dionís, que se reflejaba en las azules aguas del Mediterráneo, y se despidió de los dos predicadores.

- No podréis imaginaros nunca el bien que me habéis hecho.

Kirk Douglas y Dany Key la besaron, y cuando el coche se perdió en la lejanía siguieron su eterno peregrinar vendiendo biblias americanas entre los bañistas.

A última hora de la tarde llegaron a Madrid. Basilio descargó el ataúd en las oficinas de Norman Foster y llevó a Terelu a la casa de la Sierra. En cuanto la doncella le abrió la puerta le comunicó:

- Llamaron de la editorial. La novela ha sido un éxito. El delegado de Planeta vendrá pasado mañana a hablar con usted.

¿Un éxito? ¿Un éxito? Prorrumpió en sollozos y sin poder contener las lágrimas, ahogada en un mar de recuerdos, se encerró en su habitación.

- ¿Qué tal ha ido todo Basilio?

- Sin novedad. He dejado a su padre colocado en el centro del despacho. ¿El señor desea algo más?

- Sí. Mañana informe a los de la oficina. Avise a su familia y a la central de Norman Foster en Londres. Comuníquelos que pasado mañana a las cinco de la tarde celebraremos el funeral.

Aquella misma noche recogí en el Ministerio a tía Julia con sus maletas, el doberman y el gato persa y los traje a todos a la casa de la calle Serrano.

- Encarnita, tía Julia ocupará las habitaciones de mis padres.

- Pero ¿y su madre?

- No volverá. Ha decidido quedarse en Lourdes. No olvide recoger toda la ropa de mis padres y llévela al Ropero Parroquial. Si queremos ir al cielo debemos practicar la caridad.

Liberado de todas las ataduras que imponía la familia, me sentía libre, independiente y, sobre todo, rico. Tía Julia y yo cenábamos sentados frente a frente en la larga mesa rectangular. Nos habíamos vestido de tiros largos, como en las películas de gente importante y, entre plato y plato, fumábamos cigarrillos turcos con largas boquillas de marfil.

- ¿Qué te parece Encarnita, tía Julia?

- No me extraña que te guste. Se parece a Pier Angeli y la veo muy espabilada.

- ¿Sabes que tiene un lunar en forma de trébol junto a la ingle con sabor a chocolate?

- No. No he tenido ocasión de vérselo, pero ésa es una señal extraordinaria, lo leí en el libro de *Los saberes ocultos* de Raimundo Lulio.

- Sí, allí lo cita de pasada pero yo encontré su verdadero significado en los *Aforismos* de Hipócrates.

- Y ¿qué decía?

- Se trata de un signo de doncellez perenne.

- ¿Qué quieres decir?

- Sencillamente que cumple la teoría del *himen per eternitas*.

- Sigo sin comprender.

- La explicación es fácil, querida tía. Presionando el lunar en forma de trébol, el himen de este tipo de mujeres se recompone manteniendo siempre intacta su virginidad.

- Debe ser muy agradable para los hombres. ¿Sabes algo más de ella? Porque esas mujeres suelen tener una historia curiosa

- Podrás preguntarle lo que quieras. Precisamente la he elegido como uno de los ángulos del triángulo mágico del que te hablé.

- Es una idea magnífica –sonrió-. ¿Y puedo saber cuál va a ser el tercero?

- ¿Qué te parecería una exAbadesa del convento de las Meretrices Arrepentidas?

Se quedó mirándome sorprendida.

- ¿La amante de tu padre?

- Exacto. Sor Patrocinio de las Llagas, la del pubis guarnecido por bucles de oro.

- Eres incorregible, Francis. Pero ¿es cierto que lo tiene tan largo que se lo riza con tenacillas?

- Espero poderlo comprobar muy pronto.

Cuando entraron Basilio y Encarnita para servir el postre, ordené a la doncella:

- Por favor, quítese el uniforme y siéntese con nosotros a la mesa. Y usted, Basilio, sírvanos la tarta de difuntos.

- ¿Tarta de difuntos?

- Sí. Es un dulce especial en forma de corona que prepara Encarnita con tocino de cielo y huesos de santo. Te gustará mucho. Mi Pier Angeli es una excelente respoftera.

Tía Julia probó dos cucharaditas y las saboreó en silencio paladeando una amplia sensación de aromas.

- Magnífico. Tiene el sabor agridulce de la muerte. Y el color morado de los arándanos con el negro del café le da un aspecto acertadamente fúnebre.

- ¿Y qué me dices del detalle de las crucecitas?

- Muy apropiado. ¿Son de chocolate?

- Sí -intervino Encarnita-. Son de un chocolate belga especial que me descubrió mi tío el marqués de Retuerto antes de dejar la embajada de los Países Bajos.

Tía Julia la miró asombrada.

- Qué casualidad, el marqués de Retuerto era mi marido. Pero no sabía yo que tuviera ninguna sobrina.

- En realidad sólo fui su sobrina durante el tiempo que estuvo en Bruselas. Era un hombre muy necesitado de amor y le gustaban mucho las películas italianas.

- Pues no sabes la suerte que tuviste, al poco tiempo tuvo un accidente en la India y le desapareció la necesidad.

- ¿Qué le ocurrió?

- Fue algo muy desagradable –intervine yo para evitar malos recuerdos a tía Julia-. Ya te contaré. Ahora prefiero que nos expliques tú la historia del chocolate.

- La fórmula la inventaron las Hermanitas Belgas de la Buena Muerte en el siglo XVIII. Era un chocolate especial que no se descomponía con el paso del tiempo, y a las monjas se les ocurrió poner una tableta antes de cerrar el ataúd, como hacían los egipcios con sus difuntos, para que pudieran alimentarse en la otra vida. Actualmente aquel milagroso chocolate se fabrica en forma de crucecitas, y se acostumbra a repartirlas en los entierros para endulzar el duelo entre los asistentes.

- ¿Os apetece un poco más de tarta de difunto?

- Sí, sí; con dos crucecitas. Está riquísima.

Don Andrés Calatayud, el abogado del arquitecto, se presentó al día siguiente a las diez de la mañana.

- Lo siento, Francis. Te acompaño en el sentimiento. Tu padre era una gran persona.

- Y ¿qué me dice de mi madre?

El abogado me miró sorprendido.

- ¿Tu madre? ¿Pero qué le ocurre? ¿No estaba en Lourdes?

- Sí, pero me la han mandado esta misma mañana.
- ¿Cómo que te la han mandado?
- Sí. Tuvo un accidente.
- ¿Y qué le ha ocurrido?
- Murió. Aquí la tiene -le dije entregándole la caja de Montecristos del número 5.
- ¡Vaya por Dios! Estos franceses ya no son lo que eran.
- ¿Por qué lo dice?
- ¡Hombre! Mandar a tu madre en una caja de puros... Creo que hubiera sido más delicado meterla en un frasco de perfume francés.
- Sí. Tiene usted razón. No cabe duda que se están perdiendo las buenas formas. ¿Le apetece desayunar?

Abrimos la caja de caudales y le entregué toda la documentación que guardaba mi padre y los resguardos del banco que trajo mi madre de Inglaterra. Don Andrés los estudió meticulosamente.

- Es todo correcto. El matrimonio de tus padres es legal. El arquitecto te reconoció como hijo. Y los poderes a tu nombre están en regla.

- Mi mamá pensó que los padres y el hermano del arquitecto podrían reclamar...

- No, no. En absoluto. Tú eres el único heredero. Ahora, si me lo permites, quisiera darte un consejo. Me preocupan mucho tus problemas con la policía. Gracias a Dios tu padre no llegó a saber nada de este asunto –ya sabes a lo que me refiero-. Tengo muy buena amistad con el Inspector Román y estoy al corriente de toda esa extraña historia que has montado.

- ¿Quién le ha dicho que yo he montado ninguna historia?

- Francis. Mírame a los ojos. ¿No pretenderás hacerme creer que tú eres el nieto de Franco? Desde que Gil Robles fundó la CEDA estoy metido en política y nunca he oído semejante historia.

- Le juro don Andrés.

- No, no jures. ¿Tú crees firmemente todo eso que dices? Contéstame sí o no.

- Por supuesto que sí.

- Está bien. Hazme un favor. Toma. Ésta es la dirección del doctor Sivera, un psiquiatra buen amigo mío. Prométeme que irás a verlo.

- Pero... ¿A qué viene todo esto?

- Si algo te ocurre, quiero tener su informe.

Tras la conversación con el abogado quedé desconcertado. En realidad durante estos días apenas pensaba en mi abuelo. Habían sido jornadas de mucho ajeteo y todavía tenía pendientes dos asuntos de gran importancia, conseguir el pubis de oro de sor Patrocinio de las Llagas y enterrar las cenizas de todos mis muertos en el Valle de los Caídos.

- Basilio, prepare el coche. Nos vamos a la casa de la Sierra.

Dejamos atrás la contaminación madrileña y nos adentramos en el verdor de la naturaleza.

- ¿Quiere el señor un poco de música?

- No. Prefiero que cantes el *Ritorna Vincítor* de Aida.

Al llegar a la entrada principal pedí a Basilio que me aguardara fuera. La doncella, tras introducirme en el salón, anunció:

- Es el delegado de la editorial Planeta.

Terelu Bustamante, la exAbadesa, vestida de luto riguroso, me recibió encarnada en Greta Garbo tras unas gafas oscuras y fumando con displicencia un cigarrillo turco de boquilla dorada. Me tendió una mano lánguida y se la besé.

- Vengo a felicitarla de parte del señor Lara por el gran éxito de su novela.

Permaneció en silencio durante unos segundos, y al fin contestó envuelta en las volutas de humo del cigarrillo:

- Supongo que ya sabrá la desgracia que me aflige.

- ¿Una desgracia?

- Sí. Tengo la maldición de Dovtoyeski. Mi vida como novelista ha terminado.

- Se equivoca, señorita Bustamante. Ésa es una leyenda falsa. El señor Lara quiere que continúe usted escribiendo.

- Pero yo soy gafe -respondió con un hilo de voz-.

- No, no -la tranquilicé-. Usted posee una imaginación maravillosa. Tenemos grandes planes para usted. El señor Lara ha decidido comprar esta casa. Dentro de unos días volveré con otras dos novelistas y nos instalaremos todos aquí.

Iniciaremos de este modo lo que se va a llamar “La Factoría Planeta” para la producción de novelas.

La ex-monja se quitó las gafas y sus ojos se iluminaron de alegría. Me tomó las manos y preguntó:

- ¿Y usted estará con nosotras?

En aquel momento tuve la feliz sensación de que la había enamorado, y al observar en el espejo del recibidor que un aura especial me mimaba la cabeza le contesté:

- Sí. Estaré entre vosotras hasta la consumación de los siglos.

- Es una frase preciosa. La usaré en mi próxima novela. ¿Permite que le bese?

Los acontecimientos se precipitaron con inusitada rapidez, y esta vez los ángeles llegaron puntuales a la cita y, llevándonos en volandas, nos depositaron en el gran lecho matrimonial -King Size- que el arquitecto se había hecho traer de Estados Unidos. Y allí, entre jadeos -porque la monja sufría de asma- descubrí el tesoro espléndido de su pubis de oro.

Salió a despedirme hasta la puerta y al ver a Basilio exclamó asombrada:

- ¡Pero si éste es el chófer del señor Kazálluz!

- Sí -contesté sin darle importancia-. Entra también en el lote que ha comprado el señor Lara.

Al llegar a Madrid ordené instalar la capilla ardiente de mi padre en la planta baja de las oficinas. Lo colocamos en el centro del salón principal y llenamos el ataúd con cubitos de hielo para que se conservara en buen estado. A las cinco de la tarde comenzaron a llegar los invitados al funeral. Norman Foster en persona se presentó acompañado de un grupo de antiguos compañeros de mi padre que unos años antes habían asistido a su boda. Acudieron también diversas personalidades del Ministerio de Obras Públicas con los que el arquitecto mantenía frecuentes contacto y el último en llegar fue tío Javier que se presentó provisto de flauta y tamboril y tras bailar un auresku frente al cadáver de su hermano pidió la independencia del País Vasco, a lo que nadie puso ninguna objeción. En el tocadiscos sonaba el *Réquiem de Mozart* interpretado por el Orfeón Donostiarra Tía Julia, Encarnita y Basilio servían bebidas y canapés, y algunos invitados tomaban cubitos de hielo del ataúd para prepararse su

combinado *on the rock's*. La reunión estuvo muy animada y se pronunciaron diversos parlamentos glosando la figura de mi padre.

Cuando se retiraron los invitados, cerramos el ataúd y lo llevamos al crematorio. Las cenizas las coloqué dentro de la caja de Montecristos en compañía de las de mi madre, tío Roberto y el primo Ángel en un *totum revolutum*, unidas para la toda eternidad. Se cumplía así la famosa divisa del Padre Peyton: “Familia que reza unida permanece unida”.

Al día siguiente, en compañía de tía Julia, Encarnita, Basilio, el dóberman y el gato persa, abandoné definitivamente la casa de la calle de Serrano para irme a vivir a la Casa de la Sierra. Antes me detuve en el Valle de los Caídos. Entré solo en el silencio de la basílica y pregunté por la persona que me había indicado don Blas Melgar. Apareció un monje anciano y venerable de luengas barbas y le entregué la tarjeta del notario. Al leerla, se le iluminaron los ojos, quedó mirándome y exclamó:

- ¡Usted es el nieto de...!

No se atrevió a pronunciar su nombre, se santiguó, y me ordenó que le siguiera. Atravesamos largos pasillos, claustros y galerías hasta llegar al refectorio de la comunidad. Pasamos a la cocina y bajando unas escaleras llegamos a la bodega. Una enorme cuba de vino disimulaba la puerta secreta. El monje la abrió con facilidad y nos introdujimos por un largo y estrecho corredor donde el eco de nuestros pasos acentuaba el clima de misterio. Al fin, arribamos a una estancia rectangular recubierta totalmente de mármol negro. En el centro, sobre un catafalco, reposaba un sarcófago vacío esculpido en alabastro.

- Aquí es donde descansará su abuelo cuando Dios tenga a bien llamarlo, rodeado de todos sus amigos y familiares.

En la pared del fondo sobresalían una serie de estantes donde se alineaban frascos de vidrio, botes de cerámica, cajitas de madera, pequeñas ánforas de barro y algún cofrecillo con esmaltes. El monje preguntó en voz baja:

- ¿Ha traído usted las cenizas?

Tomó entre sus manos la caja de Montecristos y se acercó para depositarla en uno de los estantes.

- Supongo que la querrá aquí, junto a la caja de Farias.

No pude evitar un recuerdo emocionado hacia mamá, mis dos padres, tío Roberto y el primo Ángel que, a partir de este momento, descansaban juntos esperando al abuelo Francisco Franco. Pero de pronto reparé en una pequeña botella de anís tallada en puntas de diamante. En la etiqueta se leía: Rosa Carpintero ¡Era mi abuela!

- Es una botella muy bonita de Chinchón; nos la trajo un ayudante del Generalísimo para que la guardáramos en la cripta.

Por fin veía un detalle humano de mi abuelo acordándose de su primera novia. Si alguna vez tuve dudas acerca de mi parentesco, aquella botellita de anís de Chinchón era la prueba evidente de que yo Francisco Brunete Villena era el nieto del general Franco. Hasta aquella cripta, íntima y silenciosa, iluminada tan solo por la parpadeante luz de las velas, llegaba atenuada la música de Juan Sebastian Bach que sonaba en el órgano de la basílica, como si fuera el hilo musical. Sólo echaba en falta un tresillo forrado de cretona a cuadros para que mis muertos pudieran reunirse en amable tertulia, y comentar los avatares de sus vidas saboreando unas copitas de *Licor Oro*, y *Brasiblanc*, dos deliciosos licores, que los hermanos Ferri, parientes de tío Roberto, fabricaban por encargo del Ministerio de Asuntos Exteriores para proveer a las embajadas de España en los días de Navidad.

Al volver al coche, preguntó tía Julia:

- ¿Qué tal se han quedado?

- Muy bien. Aquello es muy confortable. Tiene hasta hilo musical. Quizá falten algunos muebles pero en realidad no van a necesitarlos.

Mientras el coche se alejaba del Valle de los Caídos y la enorme cruz se difuminaba sobre el cielo envuelta en las brumas del atardecer, el dóberman y el gato persa, recordando a sus antecesores, lloraban con el hocico pegado al cristal trasero del coche, y tía Julia no pudo evitar un comentario:

- Estos animalitos tienen demasiada sensibilidad.

- Sí, tía. Creo que tendremos que comprar el loro para que no se sientan tan solos.

- Por supuesto. Les vendrá muy bien la compañía de tu madre aunque esté muda.

- ¡Señor Brunete! ¡Señor Brunete!

- ¿Qué ocurre?

- Se había quedado dormido. El doctor dijo que le dejáramos descansar. Son las ocho y vamos a cerrar.

Las enfermeras parecían dos ángeles de la guarda que hubieran estado velando mi sueño. “Ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes solo ni de noche ni de día”.

- ¿Os apetece venir a cenar conmigo?

Se miraron sonriendo, se quitaron las batas blancas y salimos los tres cogidos del brazo. Madrid se había iluminado y lloviznaba suavemente. Abrimos los paraguas y bajamos por Preciados chapoteando en los charcos cantando bajo la lluvia.

En la misma suite del Palace que ocupara sor Patrocinio de las Llagas, sin necesidad de gafas polarizadas, alcanzamos la tercera dimensión envueltos en el sonido estereofónico de la Orquesta de Mantovani.

El martes, cuando llegué a la consulta del psiquiatra, me abrió la puerta una encantadora viejecita. Parecía sacada de una novela de Agatha Christie. Le dije mi nombre. No se aclaraba buscando la ficha y al momento apareció el doctor Sivera.

- Perdona Francis. Las dos enfermeras se despidieron ayer y a mi madre le cuesta un poco localizar las fichas.

- Por mí no pase cuidado. Atienda usted a sus pacientes que yo mismo me ocuparé de grabar la cinta.

Conecté el magnetófono, me tumbé en el diván y comencé:

- Cinta número 8. “Bailando rumba sobre la tumba”.

CINTA N° 8

BAILANDO RUMBA SOBRE LA TUMBA

Terelu, tía Julia y Encarnita, pese a sus diferencias, se compenetraron a la perfección desde el primer momento. Me habían aceptado cual sumo sacerdote para construir con ellas mi nueva y particular iglesia. Su erotismo para mí era como un libro abierto. Tenían el convencimiento de estar hechas para ser amadas y no para ser comprendidas, por lo que apenas me daban quebraderos de cabeza.

Era nuestra primera noche en la casa de la Sierra y cenábamos alrededor de una mesa redonda de tres patas mientras Basilio, entre diácono y mayordomo, nos servía siguiendo un ritual lleno de rúbricas y ceremonias. Bien parecía aquella una estampa evangélica de Cristo con las santas mujeres; las tres no apartaban los ojos de mí y escuchaban mis palabras, sin parpadear, llenas de admiración y embeleso. Finalizada la cena, les dije poniéndome en pie:

- Ahora, para premiar vuestra felicidad, vais a recibir el tributo de mi admiración.

Extendí sobre la mesa tres collares de los que colgaba una pepita de oro y fui imponiéndoselos a cada una mientras les explicaba:

- Estas tres pepitas de oro se hallaron en uno de los riñones de mi madre cuando le hicieron la autopsia. Son la herencia que le dejó un amante sefardita. Creo que es la mejor muestra de cariño que puedo daros. No, no digáis nada. Recordad siempre que la verdadera hermosura y la gala más preciosa de las mujeres es el hablar escaso. Sabed queridas mías que sois como Diosas, porque según Aristóteles, las mujeres cuando aman ponen en el amor algo tan divino como el sol que da vida a la naturaleza.

Pese a la insistencia de las tres mujeres, aquella noche dormí solo en mi habitación. Estaba persuadido de encontrarme en un momento trascendental. Había llegado al convencimiento de poseer extraños poderes sobrenaturales que

hacían de mí un personaje dotado de singular magnetismo, un ser con carisma, un líder nato, un Caudillo como el padre de mi padre. Por un momento pensé, que si en el ámbito doméstico era yo capaz de tan singulares prodigios ¿hasta dónde podría llegar si me dedicaba a la vida pública como mi abuelo? En momentos como éste echaba de menos el brazo incorrupto de Santa Teresa que tanto me hubiera ayudado para tomar una sabia decisión. Recordé las palabras del profesor Noel Coward: *Tienes el sello especial de los elegidos. Estás muy seguro de ti mismo y no tienes contradicciones. Esto puede ser muy peligroso pues la gente no te comprenderá y creará que eres un tipo hueco y sin sentimientos.*

Mi vida había transcurrido siempre entre el teatro y el cine. El piso de la calle Hortaleza y el palacete de la calle de Serrano, junto a la casa de *Old Rose Street* y la de *Bishop Avenue*, en el barrio de *Kenwood*, fueron los escenarios teatrales para la representación cotidiana de la vida familiar. Pero donde yo desarrollaba la totalidad de mis deseos era en los flashes oníricos de películas americanas que proyectaba en cualquier momento de la función teatral para iluminar mi existencia con la magia del cine. Y así habitaba dos mundos diferentes como las vidas paralelas de Plutarco. Ahora, al fin, en la casa de la Sierra parecía que se juntaban estos dos universos y, transformado en guionista, director, actor y decorador, llevaba con total libertad el rumbo de mi existencia en la gran película de mi vida.

Terelu Bustamante, por su desmesurada afición a escribir novelas, era la única que a veces parecía querer salirse de la senda que yo marcaba e intentaba inmiscuirse en mis planes. Aunque no lo decía, se creía superior a mí en el plano literario, y esta situación producía un cierto desequilibrio en la perfecta armonía de la casa, hasta el punto que decidí sorprenderla para dejar fuera de toda duda mi superioridad.

- ¿Te apetece acompañarme? –le pregunté-. Voy a ver a un amigo al Círculo de Bellas Artes.

- ¿Dónde se reúnen los escritores famosos?

- Exactamente.

- ¿Puedo llevar la pluma estilográfica y la máquina de escribir? Quisiera que me las bendijera don Pío Baroja.

- ¿Para qué necesitas tú la bendición de don Pío?
- Así les quitaría el maleficio y ya no se me morirían los personajes.
- Eres una maniática. Todo eso ya pasó. Pero, en fin, los Baroja entienden mucho de brujería y por probar no se pierde nada.

La ex monja eligió una falda larga con amplia abertura lateral y una blusa cuajada de transparencias, se iluminó la cara con el maquillaje y diose un ligero toque de perfume detrás de las orejas.

- Estás encantadora. He de reconocer que te sienta tan bien lo natural como lo sofisticado.

Basilio tomó el camino a Madrid. Acomodados en el asiento posterior, envueltos en la fragancia del Chanel Nº 5, le dí a fumar un cigarro de cannabis. Del pequeño bar del coche saqué la botella de vodka y le preparé un combinado con un par de pastillas.

- Está riquísimo.
- Pues relájate, bebe y aspira el humo despacio. Vas a conocer a la flor y nata de la literatura española.

Los corpúsculos luminosos de Madrid se reflejaban en la capa de vapores que envolvía la ciudad creando un mundo cada vez más fantasmal. A medida que nos acercábamos se difuminaban las luces y los jirones de niebla borraban en algún momento la realidad.

Al bajar del coche frente al Círculo de Bellas Artes, llegaba don Camilo José Cela en el Rolls conducido por la choferesa negra acompañado por Umbral envuelto en su bufanda blanca. En cuanto me vieron, ante el pasmo de Terelu Bustamante, se acercaron a saludarme. Antes de despedirse, don Camilo me palmoteó la espalda diciendo:

- Amigo Francis, cada vez admiro más la fuerza de su prosa.
- Y el estilo –añadió Umbral-. Es usted único.

Posamos un momento para los fotógrafos y luego los dos escritores se dirigieron al salón pompeyano donde les esperaban sus incondicionales para iniciar la tertulia vespertina. Terelu no daba crédito a lo que había visto y oído.

- Pero... ¿desde cuándo los conoces?

Me limité a sonreír. En el saloncito griego, un grupo de poetas presidido por Gloria Fuertes y Antonio Antonomasia, discutían acaloradamente sobre el hiato y la sinécdoque.

- Hombre, Francis. A ver si nos aclara usted este enrevesado asunto.

Durante cinco minutos fui el centro de la discusión ante la mirada perpleja de la exmonja y, resuelta la cuestión nos dirigimos a la sala de billar. Los espíritus de César González Ruano y Wenceslao Fernández Flores seguían enfrascados en su eterna partida a tres bandas mientras don Pío Baroja, envuelto en una manta y sentado ante la mesa camilla que le preparaban especialmente para él, impartía consejos a un grupo de jóvenes escritores. En cuanto me acerqué acompañado de Terelu, uno de los discípulos se levantó y le cedió su sitio. Emocionada, se sentó junto a don Pío y éste la animó con una sonrisa.

- Ande, ande, señorita, ponga usted sus lindas piernecitas al amor de la lumbre.

Y, don Pío le acarició las rodillas con su mano de empedernido escritor.

Media hora más tarde cuando regresé, don Pío le decía:

- Tiene usted mucha suerte en conocer a Francis. Es uno de nuestros mejores novelistas. Siga sus consejos.

De nuevo en el coche camino de la casa de la Sierra, le pregunté:

- Y... ¿qué tal te ha ido con don Pío Baroja?

- Estupendo. Es un viejecito maravilloso.

- ¿Te ha bendecido la estilográfica y la máquina de escribir?

Él no cree que la cuestión radique en la máquina de escribir; si hay algún problema, opina que debe estar en la estilográfica, por medio de la cual alumbro las palabras.

- ¿Y qué vas a hacer?

- Nada. Ha tenido un detalle magnífico y me la ha cambiado por la suya. Me dijo que le hacía mucha ilusión.

Abrió el bolso y me mostró la pluma Parker que tío Roberto le regaló a mi padre. Me eché a reír.

- ¿Qué ocurre?

- Estás alucinando, Terelu. Don Pío Baroja murió hace seis años.

Me miró sin decir nada, y de pronto, al volver a la realidad, se echó a llorar. Entre sollozos, balbuceó:

- Te has burlado de mí.

En la casa de la Sierra comencé a percibir el gozo y la alegría de sentirme amado por los demás. En aquel bendito lugar todo se hacía para darme el mayor placer. Las tres mujeres celebraban gozosos rituales en mi honor, tanto en el altar de la mesa donde se desvivían por ofrecermé exquisitos manjares, como en la cama donde también daban rienda suelta a su imaginación. Y, por extraño que pudiera parecer, vivían en perfecta armonía y felicidad por el mero hecho de estar a mi servicio. Aunque alguien pudiera tacharme de machista, en honor a la verdad he de decir que nunca obligué a ninguna de ellas a obrar en contra de su voluntad, pues al contrario de lo que les ocurre a la mayoría de los hombres que constantemente afligen a las mujeres con sus comentarios groseros y maneras violentas considerándolas un objeto de su propiedad, yo me limitaba a mantener una relación dulce y apacible, llena de cortesías, que despertaba en ellas el deseo de estar a mi lado.

No albergaba ninguna duda de que la posesión en su día del brazo incorrupto de Santa Teresa de Jesús, y ahora los huevos de marfil de tío Roberto, habían obrado en mí un curioso prodigio, y fueron como las órdenes sagradas del sacerdote que le imprimen carácter a lo largo de toda la vida.

Pero, pese a todo, echaba en falta a la dueña del Hostal Burgalés. Doña Rebeca, con el pubis rasurado, se salía de las normas y constituía para mí un reto importante. Poseía la misteriosa belleza de las sinagogas y sentía hacia ella una atracción fuera de toda lógica. Por su carácter tradicional, dentro de las más puras esencias hebraicas y mesetarias heredadas sin duda, de los sefardíes, nuestras escasas relaciones sólo pudieron celebrarse en el lecho conyugal, una sólida cama de palosanto que se había empeñado en conservar como recuerdo de su difunto marido, un pianista argentino compositor de tangos con el que me comparaba, no para contrastar el número de veces, el tamaño y la fogosidad, sino para poner de relieve mis pocas habilidades digitales en las que su difunto era un consumado maestro.

- ¡Ay, Francis! ¿Te creerás que aún no he encontrado a nadie que le pueda sustituir?

- La verdad doña Rebeca, es que no puedo comprenderlo. Yo creía que me esmeraba...

- Sí, sí. Tanto tú ahora, como antes un pianista de la orquesta de Celia Gámez que abarcaba dos octavas con una mano, ponéis mucho empeño para intentarlo pero, si te he de decir la verdad, como los dedos de mi difunto...

Aquellos comentarios no sólo me llevaban a la eyaculación precoz, sino que abrían una brecha en mi autoestima y se convertían en el punto flaco de mi personalidad; y temiendo que si la llevaba a la casa de la Sierra pudiera pregonar mis incapacidades digitales entre las otras mujeres, decidí, muy a mi pesar, abandonar por algún tiempo su compañía. He de reconocer que no fue una decisión fácil. Desde que llegué a Madrid procedente de Londres por primera vez en compañía de mamá, llevando con gran secreto el brazo incorrupto de santa Teresa, encontré en aquella extraordinaria mujer el pecho acogedor que tanto necesitaba para guarcerme en los días de melancolía.

Tía Julia, Terelu, Encarnita y yo formábamos una auténtica familia y, como tal, solíamos reunirnos en las sobremesas, no para rezar el rosario, que entonces ya no estaba de moda, sino para escuchar mis reflexiones, sentencias y apotegmas que tanto bienestar aportaban a sus vidas.

Un buen día Terelu Bustamante invitó a nuestra mesa a una antigua compañera de convento que se encontró casualmente en Madrid. Días más tarde tía Julia nos presentó a un embajador compañero de su marido, y también Encarnita apareció por casa con otros invitados. Poco a poco, se fue formando a mi alrededor un grupo de gentes interesadas en recibir mis consejos. Y pronto llegó a mis oídos que en algunos cenáculos comenzaban a llamarme maestro y nuevo mesías. Los asistentes me pedían fórmulas y asesoramiento para reordenar sus vidas. Y en poco tiempo la casa de la Sierra se convirtió en el santuario

donde acudían gentes de todo tipo y condición en busca de soluciones para sus problemas.

Una noche, después de la cena, me encontraba sentado en brazos de tía Julia con la cabeza apoyada sobre el pecho de Encarnita mientras a nuestro lado, Terelu, que movía entre sus manos los huevos de marfil para aliviarse la artrosis, practicaba el cunilingüis con Basilio. El antiguo comunista había sucumbido en el universo de placeres que era la vida en aquella casa; sus sólidos principios marxistas-leninistas se fueron desmoronando poco a poco y ahora, rodeado de lujos y comodidades, pese a sus años, no desaprovechaba ninguna ocasión para recuperar los paraísos perdidos mostrando un especial interés por la exAbadesa.

- Nunca pensé que estos huevos de don Miguel de Cervantes tuvieran un efecto tan maravilloso.

- ¿Notas alivio?

- Por supuesto. Mucho más que con las bolas chinas.

Encarnita Pier Angeli, que no conocía la historia, preguntó con curiosidad:

- ¿Y dices que son los huevos de don Miguel de Cervantes?

- Sí, me los regaló el arquitecto cuando se enamoró de mí.

Tía Julia no pudo menos de sonreírme con un gesto de complicidad y yo, les aclaré:

- Estáis en un error, queridas mías. Esos son los huevos del marido de tía Julia.

- ¿Del embajador que murió con su madre en el accidente?

- Exacto. De tío Roberto.

- ¿Pero cómo es posible? Cuando le conocí en Bruselas su tío no tenía los huevos de marfil.

Tía Julia les contó la historia del accidente rememorando sus felices días en la India cuando iban a la caza del tigre montados sobre el elefante del marajá de Kapurtala.

Encarnita, que gracias a su lunar con sabor a chocolate, había mantenido estrechas relaciones coitales con mi tío, impresionada por la terrible historia, no pudo menos de preguntar a tía Julia:

- ¿Y con la prótesis siguió satisfaciéndola como antes?

- No. Decreció mucho su líbido. Se volvió platónico.

- Sería muy traumático para usted.

- Al principio sí. Pero luego con la ayuda de ciertas técnicas orientales conseguí hacerme multiorgásmica.

La exmonja, que no salía de su asombro, sopesando las bolas, comentó:

- El peso y el ruido serían molestísimos.

- Sí. Os he de confesar que pasamos una temporada muy difícil hasta que en Alemania se los sustituyeron por unos de plástico.

Aquella historia había alterado sobremanera a Terelu Bustamante y la tranquilicé:

- Mi querida Abadesa, aunque no son precisamente los huevos de don Miguel de Cervantes, no debes perder la fe en sus poderes literarios; porque, al fin y al cabo, las cosas son lo que nosotros queremos que sean.

Terelu apretó con más fuerza entre sus manos los huevos de marfil y acercándolos a sus labios los besó con devoción.

Con la magnífica herencia de mis padres, mis poderes mentales y adornado con un físico nada desdeñable, no podía menos que sentirme complacido de la vida, subrayada por los tres pubis: negro, rojo y dorado, y no acertaba a comprender cómo disfrutando de aquella situación tan privilegiada que hubiera hecho feliz al más caprichoso de los mortales, todavía seguía atraído por el influjo de doña Rebeca, sobre todo después de aquel fracaso incomprensible de mis dedos que no lograron nunca hacerle ver las constelaciones.

Una tarde soleada de otoño, paseando por la Gran Vía, descubrí en el escaparate de una ortopedia, entre piernas artificiales, muletas, collarines y bragueros, un objeto que trajo a mi recuerdo la preciada reliquia del brazo incorrupto de santa Teresa que durante tanto tiempo guió la vida de mi padre.

- ¿Qué desea el señor?

- ¿Podría mostrarme aquella prótesis del escaparate?

- ¿La pierna articulada?

- No, no. El brazo.

- ¿Es para usted?

- No. Es para mi padre que lo perdió en la guerra.

- Estas malditas guerras nos llenan el país de cojos y mancos -dijo mientras sacaba el brazo del escaparate, y añadió:- Pero, en fin, no puedo quejarme, es mi negocio.

Era una magnífica pieza de caucho y silicona cuyo color y textura imitaban perfectamente el brazo y la mano humanas.

- Está fabricado en Japón. Es la última novedad en el campo de la electrónica y funciona con una pila. Posee también un sensor de voz por el que puede recibir las órdenes para ejecutar todos los movimientos de la mano. Fíjese bien.

Colocó el brazo en el mostrador en posición vertical. Conectó la pila y gritó:

- ¡Cierra!

La mano extendida se cerró.

- Como ve, de este modo tan sencillo, podrá su padre estrechar la mano a cualquiera. Y ahora comprobará cómo reconoce los números. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

A cada orden, la mano iba extendiendo los dedos uno tras otro.

- Puede rascarse, pellizcar, hurgarse la nariz... No me negará que es una maravilla de la técnica. Además, en el folleto de instrucciones figuran muchas más posibilidades.

Ante mi gesto de admiración, continuó:

- Le puedo asegurar que a su padre le quedaría el brazo como si fuera suyo.

- Está bien. Me lo quedo. Envuélvame.

Bajé por Preciados hasta Sol y me presenté en el Hostal Burgalés. Llevaba un año sin ver a doña Rebeca y al encontrarla tomando chocolate en compañía de un canónigo deduje que de nuevo había vuelto al seno de la religión. La presencia del canónigo me trajo a la memoria a la abuela materna, aquella buena mujer que una tarde, harta de aguantar los celos de mi madre hacia su hermana, decidió morirse, mientras tomaba chocolate con un obispo. La abuela Mercedes, junto al abuelo cubano apodado “El Indiano Risueño”, eran los personajes de mi familia que más me hubiera gustado conocer.

El canónigo era uno de esos tipos metomentodo y quiso conocer mi identidad:

- ¿No conozco yo a este muchacho?

Para obviar la respuesta doña Rebeca aclaró:

- No creo. Es inglés.

- ¡Ah! Entonces será protestante.

No contesté, pero el canónigo siguió preguntando:

- ¿Ha estado usted en los toros?

- No. No me gusta la fiesta nacional.

- Algo rojillo debe ser usted –sonrió–.

- Si usted me disculpa... querría hablar un momento con doña Rebeca.

- Vayan, vayan. Por mí no se priven.

Doña Rebeca me acompañó a su habitación.

- ¿Qué te ocurre con tantas prisas?

- Necesito hacer un experimento. Por favor, túmbese en la cama.

- ¡Menudo sinvergüenza estás tú hecho! Conque un experimento.

- Le aseguro que es muy importante.

Doña Rebeca, picada por la curiosidad, accedió y se metió en la cama.

- ¿Podría quitarse las bragas?

- ¡Pero, Francis...! El canónigo nos espera para tomar el chocolate.

- Olvídense de él. Cierre los ojos y dígame lo que siente.

Conecté el circuito electrónico, coloqué el brazo entre los muslos de doña Rebeca y ordené a la prótesis:

- Busca, toca, acaricia, frota. Suavemente, suavemente.

A doña Rebeca se le encendieron los ojos. Las mejillas se le arrebolaron como a una quinceañera y comenzaron a endurecerse los pezones.

- ¿Qué tal?

- Muy bien, Francis. ¡Parece como si mi marido hubiese resucitado!

- ¡Aleluya doña Rebeca! ¡Aleluya!

Las yemas de los dedos del brazo ortopédico proseguían su labor obedeciendo mis palabras. Los jadeos y exclamaciones de placer de doña Rebeca iban en aumento a medida que crecía su excitación, pero a los cinco minutos...

- ¡Francis! ¡Francis! ¡¿Qué ocurre?! ¡No te pares! ¡No te pares!
- Son las pilas, doña Rebeca.
- ¿Qué dices de las pilas, majadero?
- Que se han agotado las pilas.

Gracias a Dios pude solucionar el problema comprando un adaptador para enchufar el brazo a la corriente eléctrica y, aquella misma tarde, doña Rebeca traspasó el hostel al canónigo, que estaba empeñado desde hacía tiempo en montar una residencia para señoritas, y se vino a vivir conmigo a la casa de la Sierra, donde con gran contento y alegría, se integró con tía Julia, Encarnita y Terelu Bustamante. Y, con la singular belleza de su pubis rapado, se convirtió, como tantas veces había yo soñado, en el punto equidistante de mi triángulo amoroso. Sin embargo todavía me aguardaba una sorpresa mayor. Doña Rebeca era toledana y procedía de una antigua familia de aurifabristas sefardíes.

- ¿No tendría usted un hermano llamado Benito?
- Sí. El pobre murió hace quince años cuando estaba cumpliendo el servicio militar en Madrid.

¡Fantástico! Doña Rebeca era la hermana del sargento Benito... Poco a poco se cerraba el círculo e iba congregando a mi alrededor a todos los que por cualquier motivo, en algún momento de la vida, habían formado parte de mi gran familia cinematográfica.

Durante las noches de verano, sentados los cinco en la terraza, contemplábamos la impresionante cruz del Valle de los Caídos recortándose sobre las estrellas donde una legión de Falangistas hacía guardia junto a los luceros que parpadeaban en la lejanía y, mientras corría el Chivas con hielo, llegaba, desde el fondo de la cripta, el recuerdo de mis padres, de tío Roberto y del primo Ángel. Tía Julia, con su proverbial simpatía, nos entretenía contándonos un sinfín de anécdotas de la familia.

- ¿Recuerdas cuando tu madre fue a ver a mi marido a la embajada con peineta y mantilla y aquel vestido tan extravagante que le preparó Compton?

- ¿Y qué me dices de la boda de mamá con el arquitecto vasco?
- Lo más gracioso debió ser lo de tu tío el nacionalista.
- Pues, si me llegas a ver haciendo el manco para pasar el brazo incorrupto por la aduana...
- Supongo que estarías hecho un cromo.

Y así, una tras otra, pasábamos las horas hasta que el amanecer borraba la corona de estrellas y luceros que iluminaba el Valle de los Caídos y, empapados en whisky, bajábamos al sótano y nos metíamos en aquella enorme cama para seis personas que el bueno de Basilio había ideado con el exclusivo objeto de usarla los días de morriña y añoranza. Y, mientras nosotros intentábamos conciliar el sueño, el dóberman, el gato persa, y el loro que recientemente habíamos comprado en memoria de mi madre, seguían impertérritos, sobre la barandilla con los ojos puestos en la basílica, como si observaran el espíritu de sus antecesores en la suave luz del amanecer.

La lengua de Basilio, el viejo comunista, poseía toda la dialéctica marxista aprendida en su juventud, y sus repetidos cunilinguis con la exmonja, despertaron en ella nuevos aspectos de su riquísima personalidad, que la llevaban a poner en duda mis aseveraciones y, apoyada por Basilio, se atrevía a expresar su opinión sobre mis teorías. Entonces la pirámide donde yo me sentía tan seguro, comenzó a tambalearse. Nunca hubiera llegado a pensar que la dialéctica marxista de Basilio, siempre fiel servidor, iba a conmover las estructuras de mi organización. Aquello no podía continuar así y subyugado todavía por los bucles de oro de la exAbadesa, intenté un pacto de no agresión para que todo siguiera igual. Pero fue inútil.

- Te has equivocado conmigo Francis.
- ¿Qué quieres decirme?
- Sencillamente que no has sabido valorarme.
- Pensaba que eras feliz.
- Sí. Admito que el sexo funcionaba bien entre nosotros pero esperaba algo más de ti.
- Te animé para escribir tu novela.
- No. Me animaste para deshacerte de tu padre.

Apareció Basilio sin el uniforme de chófer. Se había afeitado la barba y parecía diez años más joven.

- Cuando quieras Terelu.

- Pero ¿qué dices insensato? ¿Crees que podréis llegar muy lejos?

- Estamos enamorados. Podemos llegar hasta el fin del mundo. ¿Verdad cariño?

Basilio se sentó en el sofá junto a la exmonja, estiró las piernas, tomó un cigarro y tras encenderlo me habló cambiando el tono de su voz:

- Eres un peliculero, Francis. Has vivido toda la vida en las nubes y ahora comienza tu declive. A tu abuelo el General le queda ya muy poca vida. Cuando el equipo médico habitual finalice su trabajo, te darás cuenta de lo poco que sirve el poder.

- ¿Y qué me importa mi abuelo?

- Eres igualito que él: mandas en todo y sobre todos, haces siempre tu santa voluntad. Eres un dictador.

- Pero Basilio tú me conoces. Siempre he querido lo mejor para todos vosotros.

- A Terelu y a mí no podrás convencernos.

¿Qué había sucedido? Ya no estaban sumisos ante mí. Me miraban de igual a igual.

- ¿No te das cuenta de que estamos enamorados?

Se levantaron del sofá cogidos por la cintura, y al pasar junto a mí, la exAbadesa del Convento de las Meretrices Arrepentidas, que sabía maldecir en arameo, pronunció unas palabras ininteligibles y me escupió en la cara.

A través del ventanal de la biblioteca les vi atravesar el jardín. Subieron en el mercedes negro y se perdieron camino de Madrid.

De pronto me di cuenta de que de la vitrina del aparador habían desaparecido los huevos de marfil de tío Roberto.

- Anda Carnicerito. Vete preparando los lanzagranadas.

- Para ese edificio necesitaremos al menos catorce.

- Pero ¿qué dices? ¿Tú estas loco? ¿No querrás disparar sobre el Monasterio de El Escorial? ¿No te das cuenta de que ésta es la octava maravilla del mundo?

Patxi dudó un momento, observando el amplio panorama.

- Oye ¿y si lo hacemos sobre la basílica del Valle de los Caídos?

- ¡Cojones, Carnicerito! Es que siempre te pasas. No querrás darle a la cruz y que se nos vaya toda la parroquia.

- Pero al obispo no le iba a importar que derribáramos la cruz franquista.

- Deja, deja. Los símbolos son peligrosos. Anda, toma el móvil y pregúntale a Gorka.

La voz de Gorka sonó cabreadísima.

- ¿Pero a vosotros quién os ha mandado atentar contra El Escorial o El Valle de los Caídos? Fijaros bien. Desde donde estáis ahora, a la derecha del brazo de la cruz, veréis un chalet blanco con columnas situado en un promontorio.

- Sí, sí. Se ve perfectamente. Pero ¿eso qué es?

- El chalet de Carrero Blanco.

Abrumado por la huída de Terelu y Basilio, aquella mañana salí al monte a recoger malvavisco y caléndulas para preparar una de mis infusiones preferidas. Estaba a unos cuatro kilómetros de la casa cuando de repente resonó por todo el valle una explosión aterradora y se levantó una columna de humo sobre la casa de la Sierra. Cuando llegué, bomberos y ambulancias trabajaban entre un montón de ruinas.

- Ha sido una explosión de propano. ¿Tenía usted los papeles en regla?

- Por supuesto. Yo siempre tengo los papeles en regla.

¡Mi templo sagrado estaba destruido! Ni el gato persa se había salvado de aquella hecatombe. Sólo mamá revoloteaba entre los árboles luciendo el colorido de su espléndido plumaje. La catástrofe había sorprendido a los habitantes de la casa realizando sus tareas cotidianas tal como ocurrió en la ciudad de Pompeya

cuando el Vesubio entró en erupción dejando petrificados en lava a sus habitantes. Encarnita apareció sosteniendo en sus manos el espejo y un pequeño pincel de maquillaje. El doberman y tía Julia estaban metidos en la cama como despidiéndose en un último abrazo. El cuerpo de doña Rebeca, con el rostro rebosante de felicidad, descansaba sobre el diván del salón; tenía el brazo ortopédico entre los muslos y todavía se movían los dedos, con la última carga de las pilas.

Era un panorama desolador, una visión digna del Apocalipsis, como si Dios hubiera querido castigar mi orgullo. La maldición de la exmonja se había cumplido. En verdad yo creía que Dios premiaba y castigaba en la otra vida, pero por lo visto se había adelantado conmigo llenándome la vida de muertos.

- ¿Qué hacemos con los cadáveres? -me preguntó el jefe de bomberos, un hombre de anchas espaldas con el pelo y el bigote al estilo del káiser Guillermo.

- Llévelos al crematorio, y por favor, tráiganme luego las cenizas.

Cuando se marchó todo el mundo quedó flotando en el aire el tenue polvillo de la muerte que precede a las catástrofes y no pude menos de pensar: *Memento homo qui pulvis eris et in pulvis reverteris*. Me entretuve paseando entre las ruinas y, del maremágnum de objetos que pululaban mezclados entre los cascotes, recogí una botella de champán francés que milagrosamente permanecía entera. Llegaba la hora del mediodía y mi estómago, revuelto por tanta tragedia, reclamaba la comida. La fonda del pueblo era famosa por su buena cocina y en cuanto me senté, don Servando, el dueño, se acercó solícito.

- ¿Es cierto que fue el propano?

- Vaya usted a saber. Los designios del Señor son inescrutables.

- Y usted que lo diga. Será mejor ocuparse de las cosas terrenas. ¿Prefiere cochinillo o cordero lechal?

- Tráigame las dos cosas. Ha sido una mañana muy dura y se me ha abierto el apetito.

- ¿Le abro la botella de champán?

- Sí. La tomaré en la comida.

Al poco rato se presentó el jefe de bomberos.

- Los tres han quemado muy bien -dijo al tiempo que ponía sobre la mesa las bolsitas de plástico con las cenizas.

- ¿Le apetece una copa?

- Sí. Gracias.

Mientras la paladeaba, me preguntó con curiosidad:

- ¿Y ahora cómo conocerá usted quién es quién en esas bolsitas?

La huída de la exAbadesa y Basilio llevándose los huevos de marfil de tío Roberto, y la muerte de las otras tres mujeres habían provocado en mí una profunda crisis de personalidad. Necesitaba de nuevo sentirme admirado y para reafirmarme decidí recurrir a los efectos especiales. Sonreí con suficiencia y le pregunté:

- ¿No conoce usted la teoría sobre los colores púbricos? Es uno de los métodos clásicos en la investigación de la criminología inglesa.

- No me diga que usted puede saber ahora a quién pertenece cada bolsita.

- Acérqueme tres copas y se lo demostraré.

El bombero colocó las copas sobre la mesa y yo fui tomando una cucharadita de cenizas de cada una de las bolsas y metiéndola en las diferentes copas. Don Servando, el dueño de la fonda, y algunos parroquianos que habían seguido con curiosidad nuestra conversación, se acercaron para presenciar de cerca el experimento.

- Recuerde -le dije al bombero- que usted se llevó al crematorio tres cadáveres de mujer.

- Sí. Así es.

- Entre las mujeres había una pelirroja y dos morenas. ¿Me sigue?

- Sí, sí, perfectamente.

- Pues ahora, con mucho cuidado, tome usted la botella de champán y vierta tres cucharadas soperas en cada una de las copas.

Al momento se formó en cada una de ellas un jarabe de diferente color. En la primera, de un rojo intenso azafranado. En la segunda, completamente negro. Y en la tercera copa, apareció una sustancia transparente.

- No crean ustedes que están ante un fenómeno de magia o esoterismo. Se trata de una sencilla reacción química entre los folículos pilosos, el alcohol etílico y el ácido carbónico del champán.

El bombero miró fijamente el color del contenido de las copas y exclamó:

- Ahora comprendo. Las cenizas de la primera copa son las de la mujer pelirroja. Las de la segunda corresponderán a la mujer que tenía el pelo negro. Las cenizas de la tercera copa, completamente transparentes, deben ser de una de las mujeres que llevaría peluca.

- No exactamente.

- ¿Qué quiere decir?

- ¿Vió usted el cadáver desnudo de esa mujer?

- No ¿por qué me lo pregunta?

- Porque el aspecto transparente de esas cenizas se debe a que la mujer llevaba el pubis depilado.

- ¡Es asombroso! -exclamaron todos los presentes-.

Afianzado de nuevo en mi superioridad sonreí satisfecho.

- No. Es sólo una cuestión de química.

Todos los clientes prorrumpieron en aplausos y de nuevo sentí renacer la confianza en mí mismo. El bombero se despidió maravillado por mis conocimientos, mientras don Servando, el dueño del restaurante, que era una persona muy escrupulosa en materia de religión, me preguntaba:

- ¿Pero la Iglesia permite que las mujeres se rasuren el pubis?

- Por supuesto que sí. Recuerde aquel pasaje de *El Cantar de los Cantares*:

“Limpié de arbustos tu monte de Venus y
aparecieron impolutos los labios carnosos, enmarcando
tu boca profunda llena de misterios”

- Es usted único don Francisco. Con todas las desgracias que le afligen y todavía tiene usted humor para recitar versos.

- Hay que sobreponerse a todo querido amigo.

- ¿El señor tomará café?

- Sí, por favor. Tráigame un solo y un Montecristo.

En la botella de Moët-Chandon, medio vacía, fui metiendo las cenizas de Encarnita, tía Julia y doña Rebeca. Al mezclarse con el champán se produjo una apoteosis de colores iridiscentes y las burbujas comenzaron a moverse en todas direcciones como un conjunto de locos asteroides cruzando el firmamento. Aquellos, con los que pocas horas antes, compartía el gozo de la vida, nadaban ahora felices entre las burbujas. Bebí media copa, cerré la botella y pedí un taxi.

- Por favor, lléveme al Valle de los Caídos.

En cuanto el monje encargado de la cripta me vió llegar, se acercó solícito.

- ¿Viene a ver a sus padres?

- Vengo a traerles compañía -dije entregándole con mucho cuidado la botella de champán francés-. Por favor, colóquela junto a la caja de Montecristos. Formarán una buena combinación.

- Y, si no es curiosidad ¿quién es el difunto que trae en la botella?

- Son tres difuntas.

- ¡Alabado sea Dios!

- Sí. No se preocupe. Son todas de la familia.

- ¡Ah! Bueno. En ese caso no creo que haya ningún impedimento canónico. ¿Quiere acompañarme hasta la cripta?

- No, gracias. Sé que las dejo en buenas manos.

El monje esbozó una sonrisa y me dio su bendición.

- Vaya usted con Dios y ya sabe que puede venir cuando quiera.

Comenzaba a caer la tarde. Soplaban un viento frío proveniente de la Sierra y allí, solo, en medio de la inmensa explanada, comencé a preguntarme el porqué de la misteriosa atracción que el Valle de los Caídos ejercía sobre mí. Todo empezó cuando a la muerte de mi primer padre comunicaron a mamá aquella cláusula del testamento en la que expresaba su voluntad de reposar en el Valle de los Caídos, seguramente con el deseo de estar algún día cerca de Franco; de aquel padre que nunca le reconoció. Desde el mismo día que llegué acompañado de Basilio en el coche del señor Casadevall para dejar sus cenizas, nació en mí la devoción y el deseo de que aquel lugar del refrigerio, de la luz y de la paz, acogiera a todas las personas de mi familia. Mi obsesión por recoger sus cenizas y ordenarlas en cajas y botellas, me convertía en un auténtico coleccionista de

muertos; exactamente igual a mi abuelo que hizo construir este alucinante Valle de los Caídos para recoger, en un soberbio y faraónico panteón, a todos los muertos de su guerra, al millón de muertos que noveló Gironella.

Me vi vestido de militar, con gorra, sable, polainas y fajín de general. Sentí miedo de mí mismo. ¡Estaba convirtiéndome en la reencarnación de mi abuelo Francisco Franco!

Las campanas enloquecidas comenzaron a tañer a Gloria. Sonaba el Himno Nacional. De la basílica salía un clamor de voces: ¡No pasarán! ¡A mí la legión! ¡Caídos por Dios y por España! ¡Franco sí, comunismo no! ¡Franco! ¡Franco! ¡Españoles todoooooos...!

La bóveda celeste se oscurecía por momentos y destellaba el resplandor de los rayos saltando entre las nubes. Busqué en mi bolsillo los huevos de marfil de tío Roberto y no los encontré. La maldita monja me había dejado a merced de su maldición. Cesó el repiqueteo de las campanas a gloria y, al instante, comenzaron a desgranar el toque de difuntos. El viento ululaba cada vez con más fuerza haciendo tintinear las medallas del uniforme. Había oscurecido por completo y al verme solo en medio de aquella enorme explanada, el pánico se apoderó de mí. Anduve a ciegas zarandeando por el viento y al fin descubrí a lo lejos las lucecitas del taxi que aguardaba y corrí desesperado hacia él.

- Por favor, dese prisa. Lléveme al Palace.

- A sus órdenes mi General.

En el recuadro del espejo retrovisor se reflejaba exactamente el bigote del Generalísimo.

- El Papa ha mandado este telegrama –dijo el chófer entregándome un papel azul-.

“Levantando nuestro corazón al Señor, agradecemos sinceramente con V.E., deseada victoria católica España. Hacemos votos porque este queridísimo país, alcanzada la paz, emprenda con nuevo vigor sus antiguas y cristianas tradiciones, que tan grande le hicieron. Con esos sentimientos efusivamente enviamos a V.E. a todo el noble pueblo español nuestra apostólica bendición. Pío Papa XII”.

El taxi llegó a los Altos del Hipódromo y se detuvo en la puerta de la Escuela de Cine. Me esperaba una multitud enfervorizada: Ministros, Gobernadores Militares, Jerarquías del Movimiento, Procuradores en Cortes, Autoridades Religiosas, Mandos del SEU y varias centurias de Falange Española Tradicionalista y de las JONS con sus bandas de cornetas y tambores. Un grupo de pequeños requetés rivalizaban entre sí para tocarme los borlones que colgaban de mi fajín de General. Todos aplaudían entusiasmados y el grito de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! se hacía ensordecedor.

Seis obispos se acercaron hasta el coche y me condujeron bajo palio hasta el pie de la escalinata donde me aguardaba el Cardenal Primado que acogiéndome en sus brazos, me dio a besar su anillo y yo le correspondí dándole a besar la cruz laureada de San Fernando. Tras los saludos de rigor se formó una gran comitiva y al llegar al paraninfo, donde me esperaban los Gobernadores Civiles de todas las provincias, Alcaldes de las más importantes ciudades y los Procuradores en Cortes del Sáhara, Ifni y Fernando Poo, me impusieron la gran cruz al Mérito Cinematográfico, con la que tanto había soñado a lo largo de mi vida.

El Ministro Fraga tomó la palabra, y después de glosar los aspectos más destacados de mi personalidad, terminó diciendo:

- Excelencia. Ahora, si me lo permitís, voy a tener el honor de presentaros a la delegación americana que os envía el presidente Eisenhower.

Se hizo el silencio. Comenzaron a sonar las primeras notas de *Barras y Estrellas*, y por el fondo del paraninfo apareció Spencer Tracy acompañado de Loretta Young y James Stewart. El público, sin dar crédito a lo que veía, aplaudía frenético e intentaba tocarlos con la mano para cercionarse de su autenticidad, pero ellos, sonriendo impertérritos, avanzaban hacia mí iluminados con la magia del technicolor.

Nos fundimos los cuatro en un abrazo y mientras Loretta Young me besaba, susurró en mi oído:

- No podíamos dejar a nuestro hijo solo en una fecha tan importante.

Por un momento me sentí en el séptimo cielo, pero el inexorable *The End* apareció como la maldición de sor Patrocinio de las Llagas. De pronto irrumpió

una multitud vociferante de comunistas, masones y librepensadores y, ante el pasmo general, me tomaron en hombros como a un torero. Yo grité:

- ¡A mí la legión!

Pero, por lo visto los legionarios estaban muy ocupados con la cabra y nadie vino en mi auxilio. La turba incontrolada inició un florilegio de insultos. ¡Franco, cabrón! ¡Franco, asesino! ¡Menos Franco y más pan blanco! ¡Libertad! ¡Libertad! Me llevaban como en una manifestación por los jardines que rodean la Escuela de Ingenieros Industriales, y al grito de ¡Al agua con él! me lanzaron de cabeza a la piscina.

Amanecía cuando un guarda jurado me sacó del agua. Llegó un coche de la policía destellando azules y me echaron como un fardo en el asiento posterior.

- Va indocumentado. Lleva buena ropa; debe ser un señorito calavera.

Pasé veinticuatro horas en el calabozo entre putas y borrachos y al día siguiente fui conducido al despacho de un comisario para que me tomara declaración. ¡Era el inspector Román!

- ¿Otra vez tú? Me lo temía.

Estaba aterido, calado hasta los huesos y con un terrible dolor de cabeza.

- No comprendo nada. No sé lo que ha sucedido.

- ¿Qué ha ocurrido? –tronó el inspector Román-. Que anteanoche hubo una manifestación en la Escuela de Industriales con insultos al Jefe del Estado. Detuvieron a doce personas y tú eres uno de ellos. ¿Te parece poco?

- Le juro inspector que no sé nada. Y, la verdad, comienzo ya a estar harto de todo esto.

- ¿Harto tú, que vives como un Capitán General?

- No diga eso. Ayer volaron mi casa y murió toda mi familia.

- Eso son gajes del oficio. ¿No presumes de ser nieto de Franco?

- ¿Qué tiene que ver eso? Fue una fuga de gas.

- Vete a saber. Tal como están las cosas...

- ¿Qué quiere usted decir?

- Mira Francis, te lo dije la última vez que te detuvieron. Tu vida corre peligro de verdad. Le molestas a mucha gente. A la familia de Franco no le hace ninguna gracia que andes por ahí con tu historia. Y a los enemigos del régimen...

Impulsado por el fervor democrático me atreví a decirle:

- Estoy con ellos para sacar a la luz el escándalo de mi abuelo.

- Calla, calla, por favor. ¿De verdad crees que alguien te va a creer? Para tus amigos del cine puede que tengas gracia. Pero tu historia es increíble.

- Le juro inspector...

- No jures. Lo mejor que podrías hacer es abandonar este país. Eres un hombre rico y aquí lo único que vas a tener son problemas.

Como había sucedido desde que le conocí, el inspector Román llevaba razón. Era un buen hombre. Lo vi siempre enamorado de mi madre y me trataba con cierto afecto. Quedó un momento en silencio. Con gesto pausado sacó del bolsillo del chaleco una foto de mi madre y la puso sobre la mesa.

- Fue una lástima que muriera. Todavía la necesitas –aspiró el humo del cigarro y lo expulsó suavemente sobre el retrato como una nube de incienso, y dirigiendo los ojos al techo susurró: -Te hubiera venido bien un padre como yo.

Fingí no haberle oído y me puse en pie para despedirme.

- Lo mejor será que me marche. Parece que soy incompatible con mi abuelo.

- Por supuesto. Ahora empiezas a comprender. Pero dime una cosa, Francis –el inspector Román esbozó una sonrisa- en confianza ¿Cómo se te ocurrió elegir a ese abuelo?

- ¿Qué quiere usted decir? ¿Es que no cree que soy el nieto de Franco?

- ¿Cómo te voy a creer? Tú eres un peliculero. A mí no me engañas. Pero he de reconocer que has montado una bonita historia.

Sacó una botella de chinchón, llenó dos vasitos y brindamos en silencio.

Esta entrevista con el inspector Román que acabo de contarle, tuvo lugar hace un mes. Todavía llevo el sabor del anís en la boca, como si la película de mi vida, marcada por el chinchón hubiera invadido todo mi cuerpo. Ya no puedo más. Estoy cansado de tanto cine.

- Tranquilícese Francis. No se excite.

El doctor Sivera apagó el magnetófono y se sentó a mi lado. –

- Creo que ha hecho usted un esfuerzo muy meritorio y me ha proporcionado un excelente material para poder analizar su mente.

- Entonces dígame... ¿Qué es lo que me ocurre?

- Es evidente que usted ve la vida a través del prisma del cine.

- Para llegar a esa conclusión no hacían falta ocho sesiones de psicoanálisis. Yo quiero saber cuál es mi enfermedad.

- Cállese. En principio no parece ninguna cosa grave; incluso creo que puede hacerle la vida más agradable pero no cabe duda de que ahora se halla usted en plena crisis. La cuestión principal radica en la elección del argumento. Ahí está el verdadero peligro. Fíjese en Franco; ese personaje le trae a usted los mayores disgustos. Olvídense de él, ignórelo. Y sobre todo serénese. Dentro de diez días ya podré darle a usted mi diagnóstico. Por de pronto, hágame caso, bórralo de su mente. Ahí está su principal problema.

La anciana madre del doctor Sivera me despidió en la puerta con una pregunta:

- ¿Le han dicho a usted que es un buen mozo?

Bajé las escaleras de dos en dos. Hacía una tarde deliciosa. Había dejado de llover y Madrid parecía iluminado por el *Technicolor de Luxe*. Las dos enfermeras, Pier Angeli e Ivone de Carlo, me esperaban a bordo de mi nuevo coche, un Rolls blanco deslumbrante conducido por una choferesa negra —el mismo que usó Camilo José Cela en su último viaje a la Alcarria—. Me senté entre las dos, extendí los brazos sobre sus hombros y las atraje hacia mí.

- Estáis preciosas. ¿Os gustaría conocer el Valle de los Caídos?

THE END